

ALEJANDRO ZAMBRA

Poeta chileno



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

POETA CHILENO

ALEJANDRO ZAMBRA



ANAGRAMA

Narrativas hispánicas

Edición en formato digital: marzo de 2020

© imagen de cubierta, «Oscuridad», © Laura Wächter, a partir de una foto de Mabel Maldonado

© Alejandro Zambra, 2020

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2020
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4131-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Para Jazmina y Silvestre

No hay casa, ni padres, ni amor: solo hay compañeros de juego.

ALAIN-FOURNIER /
JORGE TEILLIER

Una técnica que sirve para escribir debe servir también para vivir.

FABIÁN CASAS

I. OBRA TEMPRANA

Era el tiempo de las madres aprensivas, de los padres taciturnos y de los corpulentos hermanos mayores, pero también era el tiempo de las frazadas, de las mantas y de los ponchos, así que a nadie le extrañaba que cada tarde Carla y Gonzalo pasaran dos o tres horas en el sofá cubiertos por un soberbio poncho rojo de lana chilota, que en el gélido invierno de 1991 parecía un producto de primera necesidad.

La estrategia del poncho permitía que, a pesar de los obstáculos, Carla y Gonzalo hicieran prácticamente de todo, salvo la famosa, sagrada, temida y ansiada penetración. La estrategia de la madre de Carla, en tanto, consistía en simular la ausencia de una estrategia, a lo sumo de vez en cuando les preguntaba, para minarles la confianza, con casi imperceptible socarronería, si acaso no tenían calor, y ellos replicaban al unísono, en el tono titubeante de unos pésimos estudiantes de teatro, que no, que hacía caleta de frío.

La madre de Carla desaparecía por el pasillo y se concentraba en la teleserie, que miraba en su pieza sin volumen —le bastaba el volumen de la tele del living, porque Carla y Gonzalo también veían la teleserie, que no les interesaba demasiado, pero las tácitas reglas del juego estipulaban que debían prestarle atención, aunque solo fuera para responder con naturalidad a los comentarios de la madre, que a intervalos inciertos, no necesariamente frecuentes, reaparecía en el living para arreglar el florero o doblar las servilletas o realizar cualquier otra actividad de discutible urgencia, y a veces miraba de soslayo hacia el sofá, no tanto para verlos como para que ellos sintieran que podía verlos, y dejaba caer frases como *ella solita se lo buscó* o *ese tipo es medio caído del catre*, y entonces Carla y Gonzalo, siempre al unísono y cagados de miedo, casi enteramente en pelotas, contestaban *sí* o *claro* o *se nota que está enamorada*.

El intimidante hermano mayor de Carla —que no jugaba rugby pero por tamaño y actitud perfectamente habría podido convertirse en seleccionado nacional— por lo general volvía a casa pasada la medianoche y las pocas veces que llegaba temprano se encerraba en su pieza a jugar Double Dragon, pero igual existía el riesgo de que bajara a buscar un pan con mortadela o un vaso de Coca-Cola. Por suerte, en esos casos Carla y Gonzalo contaban con la milagrosa ayuda de la escalera, en particular del segundo —o penúltimo— peldaño: desde que sentían el escandaloso chirrido hasta el momento en que el hermano mayor aterrizaba en el living transcurrían exactamente seis segundos, que era tiempo suficiente para que se acomodaran en el interior del poncho hasta parecer dos inocentes desconocidos que capeaban el frío juntos de puro solidarios.

La futurista cortina musical del noticiero marcaba, cada noche, el final de la jornada: la pareja protagonizaba en el antejardín una apasionada despedida que a veces coincidía con la llegada del padre de Carla, que subía las luces y hacía rugir el motor de su Toyota a manera de saludo o de amenaza.

—Este pololeo está durando demasiado —agregaba el hombre, alzando las cejas, cuando estaba de humor.

El trayecto de La Reina a la Plaza de Maipú tomaba más de una hora, que Gonzalo dedicaba a leer, aunque la menguante luz de los focos solía impedirsele y a veces debía conformarse con entrever un poema a la rápida aprovechando la detención en alguna esquina iluminada. Todas las

noches lo retaban por volver tarde y todas las noches Gonzalo juraba, sin la menor intención de cumplir su palabra, que en adelante regresaría más temprano. Se dormía pensando en Carla y cuando no podía dormir, como pasaba con frecuencia, se masturbaba pensando en ella.

Masturbarse pensando en la persona amada es, como se sabe, la más fogosa prueba de fidelidad, en especial si las pajas están, como dicen las propagandas cinematográficas, rigurosamente basadas en hechos reales: lejos de perderse en improbables fantasías, Gonzalo imaginaba que estaban en el sofá de siempre, cubiertos por el poncho chilote de siempre, y la única diferencia, el único elemento ficcional, era que estaban solos, y entonces él se lo metía y ella lo abrazaba y cerraba los ojos con delicadeza.

El sistema de vigilancia parecía infranqueable, pero Carla y Gonzalo confiaban en que la oportunidad se les presentaría pronto. Sucedió hacia el final de la primavera, justo cuando el estúpido calor amenazaba con estropearlo todo. Un rotundo frenazo y un coro de alaridos interrumpieron la calma de las ocho de la noche —habían atropellado a un mormón en la esquina, así que la señora salió disparada a copuchar, y Carla y Gonzalo comprendieron que el anhelado momento había llegado. Considerando los treinta segundos que duró la penetración y los tres minutos y medio que tardaron en limpiar el poco de sangre y en asimilar la desangelada experiencia, el proceso completo tomó apenas cuatro minutos, tras los cuales Carla y Gonzalo se sumaron sin más a la turba de curiosos que rodeaban al joven rubio que yacía junto a su bicicleta rota en la vereda.

Si el joven rubio hubiera muerto y Carla hubiera quedado embarazada, estaríamos hablando de un ligero desequilibrio en el mundo a favor de los morenos, porque un hijo de Carla, que era bien morena, con el aún más moreno Gonzalo, no podría haber salido rubio, pero nada de eso pasó: el mormón quedó cojo y Carla ensimismada y tan adolorida y triste que durante dos semanas, valiéndose de pretextos ridículos, se negó a ver a Gonzalo. Y cuando lo vio fue solamente para terminar con él, «cara a cara».

En defensa de Gonzalo hay que decir que en esos desdichados años la información circulaba escasamente, sin ayuda de los padres ni consejos de profesores u orientadores educacionales, y sin el auxilio de campañas gubernamentales ni nada por el estilo, porque el país estaba demasiado preocupado de mantener a flote la recién recuperada y tambaleante democracia como para pensar en cosas tan sofisticadas y primermundistas como una política integral de educación sexual. De repente liberados de la dictadura de la infancia, los quinceañeros chilenos vivían su propia transición a la adultez fumando hierba y escuchando a Silvio Rodríguez o a Los Tres o a Nirvana mientras descifraban o intentaban descifrar toda clase de miedos, frustraciones, traumas y perplejidades, casi siempre mediante el peligroso método del ensayo y error.

Entonces no había, por supuesto, miles de millones de videos online promoviendo una idea maratónica del sexo; si bien Gonzalo conocía publicaciones como *Bravo* y *Quirquincho*, y alguna vez había digamos que «leído» unas *Playboy* y unas *Penthouse*, nunca había visto una película porno, de manera que tampoco contaba con apoyos audiovisuales para comprender que, desde cualquier perspectiva, su performance había sido desastrosa. Toda su idea de lo que debía suceder en la cama se basaba en el entrenamiento ponchístico y en los relatos fanfarrones, vagos y fantasiosos de algunos compañeros de curso.

Sorprendido y desolado, Gonzalo hizo todo lo que estaba a su alcance para volver con Carla,

aunque todo lo que estaba a su alcance era nada más que insistir cada media hora por teléfono y perder el tiempo en un infructuoso lobby con un par de falaces mediadoras que no pensaban ayudarlo, porque les parecía inteligente, tincudo y divertido, pero comparado con los incontables pretendientes de Carla lo encontraban poca cosa, un bicho raro de Maipú, un infiltrado.

A Gonzalo no le quedó más remedio que apostar todo a la poesía: se encerró en su pieza y en tan solo cinco días se despachó cuarenta y dos sonetos, movido por la nerudiana esperanza de llegar a escribir algo tan extraordinariamente persuasivo que Carla ya no pudiera seguir rechazándolo. Por momentos olvidaba la tristeza; al menos por unos minutos primaba el ejercicio intelectual de arreglar un verso cojo o de atinarle a una rima. Pero a la alegría de una imagen a su juicio lograda le sucedía de inmediato la amargura del presente.

En ninguna de esas cuarenta y dos composiciones había, por desgracia, genuina poesía. Valga como ejemplo este para nada memorable soneto que sin embargo debería figurar entre los cinco mejores —entre los cinco menos malos— de la serie:

El teléfono es rojo como el sol
el teléfono es verde y amarillo
te busco día y noche y no te pillo
camino como un zombi por el mall.

Soy como una piscola sin alcohol soy como un peregrino cigarrillo deformado en el fondo del bolsillo soy como una ampolleta sin farol.

El teléfono suena todo el día
y es bastante improbable que sonría
me duele el corazón y las orejas

me duele un premolar y hasta una ceja
es verano o invierno o primavera
y es bastante probable que me muera.

La única presunta virtud del poema era el dominio esforzado de la forma clásica, lo que para un joven de dieciséis años podría considerarse meritorio. El terceto final era, por lejos, lo peor del soneto, y también lo más auténtico, porque, a su manera tibia y escurridiza, Gonzalo sí que se quería morir. No tiene gracia que nos burlemos de sus sentimientos; burlémonos mejor del poema, de sus rimas obvias o mediocres, de su sensiblería, de su involuntaria comicidad, pero no subestimemos su dolor, que era verdadero.

Mientras Gonzalo batallaba con las lágrimas y los endecasílabos, Carla escuchaba una y otra vez «Losing my Religion», de R.E.M., un éxito del momento que según ella resumía a la perfección su estado de ánimo, aunque entendía nada más que el significado de algunas palabras («life», «you», «me», «much», «this») y la frase del título, que conectaba con la noción de pecado, como si la canción se llamara, en realidad, «Losing my Virginity». Pese a que estudiaba en un colegio de monjas, su tormento no era religioso o metafísico, sino absolutamente físico, porque, simbolismos y pudores aparte, la penetración le había dolido más que la chucha: el mismo pene que solía meterse furtiva y alegremente a la boca y masajeaba a diario con bastante creatividad, se le aparecía ahora como un inclemente taladro traicionero.

—Nadie me lo va a meter nunca más, nunca. Ni el Gonza ni nadie —decía a sus amigas, que la visitaban cada tarde, un poco contra la voluntad de Carla, que proclamaba a los cuatro vientos su deseo de estar sola, pero ellas llegaban igual.

Las amigas de Carla se dividían espontáneamente en el angelical, aburrido y numeroso grupo de las todavía vírgenes y el abigarrado y escuálido grupo de las que ya no lo eran. El conjunto de las vírgenes se dividía, a su vez, en el minoritario subconjunto de las que querían llegar vírgenes al matrimonio y el mayoritario y veleidoso subconjunto de las *todavía no*, al que había pertenecido Carla durante una breve temporada. Por su parte, en el grupo de las no vírgenes brillaban con luz propia dos amigas que Carla llamaba, con sorna y con admiración, «las izquierdistas», básicamente porque eran, en casi todos los sentidos, más radicales o quizás simplemente menos reprimidas que toda la gente que Carla conocía (una de ellas le insistía en que cambiara de canción favorita, pues a su juicio «I Touch Myself», de Divinyls, otra canción por entonces de moda, era más adecuada que «Losing my Religion» para la situación actual. «Las canciones favoritas no se eligen», le respondió Carla, con toda la razón del mundo).

Tras considerar los profusos consejos de ambos bandos, y acogiendo especialmente las opiniones de las izquierdistas, Carla decidió que lo más sensato era borrar cuanto antes su primera experiencia sexual, para lo cual lógicamente necesitaba, con urgencia, una segunda experiencia sexual. Un viernes después de clases llamó a Gonzalo para pedirle que se juntaran en el centro. Él no podía más de felicidad: salió corriendo al paradero, cosa bien rara, porque pensaba que la gente se veía ridícula corriendo por la calle, sobre todo con pantalones largos. Le tocó viajar en una micro sin asientos disponibles, pero igual se las ingenió para releer de pie buena parte de los cuarenta y dos poemas que llevaba en su mochila.

Carla lo recibió con un elocuente calugazo y le dijo, de entrada, que volvieran y que fueran a un motel, que era algo a lo que ella misma se había negado casi un año entero, alegando decencia, falta de dinero, ilegalidad, bacteriofobia o todas las anteriores, pero ahora le aseguró, en un tono libidinoso medio exagerado, que sí quería, que se moría de ganas.

—Me dijeron que hay uno cerca de la feria artesanal y me conseguí unos condones y tengo la plata —dijo Carla en una sola frase acelerada—. ¡Vamos!

El lugar era un sucucho sórdido que olía a incienso y a aceite recalentado, porque era posible pedir empanadas fritas de queso o de pino a la habitación, además de cervezas, pichunchos y piscolas, opciones todas que desestimaron. Una mujer con el pelo pintado de rojo y los labios de azul recibió el dinero y por supuesto no les pidió identificación. Apenas cerraron la puerta de la minúscula pieza, Carla y Gonzalo se quitaron la ropa y se miraron con asombro, como si acabaran de descubrir la desnudez, lo que de algún modo era cierto. Durante unos cinco minutos se limitaron a los besos, lamidas y mordiscones, y luego la propia Carla le puso a Gonzalo el condón —había ensayado con una coronta de choclo esa misma mañana— y él la penetró de a poco, con la mesura y la emoción propias de quien desea atesorar el momento, de manera que todo iba de maravilla, pero la mejoría no fue significativa, porque el dolor persistió (a Carla le dolió incluso más que la primera vez), y la penetración duró, finalmente, lo que un especialista en cien metros planos tardaría en recorrer los primeros cincuenta.

Gonzalo entreabrió las persianas para mirar a la gente que salía del trabajo y regresaba a casa con una lentitud que a la distancia le parecía fabulosa. Luego se arrodilló frente a la cama y miró con suma atención los pies de Carla. Nunca había reparado en las líneas de los pies, en la existencia de líneas en las plantas de los pies: durante un minuto entero, como si intentara solucionar un laberinto, siguió esas huellas caóticas ramificadas hacia lo invisible y pensó en escribir un poema largo sobre alguien que avanza descalzo por un sendero interminable hasta borrar completamente las líneas de sus pies. Después se tendió junto a Carla y le preguntó si podía leerle sus sonetos.

—Sí —respondió Carla, abstraída.

—Pero son cuarenta y dos.

—Léeme el que más te guste.

—Es difícil elegir. Te leo veinte.

—Tres —negoció Carla, urgida.

—Cinco.

—Bueno.

Gonzalo empezó a leer sus sonetos con un fraseo solemne, y aunque Carla quería encontrarlos buenos la verdad es que no le decían nada. Mientras los escuchaba pensaba en el cuello de Gonzalo, en su pecho liso como el hielo y sin embargo tan cálido, en su gracioso esqueleto casi visible, en sus ojos a veces pardos, otras veces verdes y siempre medio extraños; creía que era hermoso y habría sido genial que también le gustaran los poemas que escribía, que de todos modos escuchaba con respeto y una sonrisa que pretendía ser serena y relajada pero más bien parecía un ejercicio de melancolía.

Justo cuando Gonzalo empezaba a leer el quinto soneto arreciaron unos gemidos desde la pieza contigua, de la que los separaba nada más que un delgado tabique. La intimidad no buscada con esos desconocidos produjo un efecto dispar: Gonzalo sintió algo así como el privilegio de acceder al porno verdadero, en vivo y en directo —sexo real, crudo, con el estruendo del catre y unos quejidos semisincronizados, que de seguro correspondían a embestidas memorables—. Para Carla, en cambio, tanta proximidad resultó, en principio, perturbadora, y hasta pensó en golpear el tabique para pedir discreción, pero luego prefirió concentrarse en esos gemidos y conjeturar si la gozadora desconocida estaba encima o abajo o en alguna de esas posiciones raras que sus compañeras de curso dibujaban temerariamente en la pizarra durante los recreos. La idea de gemir

de esa manera, como una imbatible campeona de Roland Garros, le parecía grandiosa y sin embargo, por el momento, imposible, porque los gemidos que escuchaba eran de placer, y aunque a veces el dolor y el placer se confunden no era el caso de Carla, lo suyo era puro y exclusivo dolor.

Con el repentino deseo de gritar más fuerte que su vecina, Carla se sentó encima de Gonzalo y empezó a lamerle el cuello. Él le agarró el culo con ambas manos y sintió que la erección plena retornaba al instante, por lo que el segundo polvo de la tarde, el tercero de sus vidas, destinado a borrar o al menos a matizar el recuerdo de los polvos anteriores, parecía inminente. Gonzalo intentó ponerse él mismo un nuevo condón y aunque procedió con una torpeza casi digna, esos segundos adicionales bastaron para que Carla desistiera de la penetración y la escaramuza terminara en rutinarias y eficaces masturbaciones mutuas.

Gonzalo se recostó entre los pechos de Carla y hasta se habría quedado dormido de no mediar la escandalera en la pieza de al lado, porque los vecinos seguían dándose como conejos o como locos o como conejos locos. Tomó el control remoto, igual faltaba poco para que empezara la teleserie, a la que ambos habían terminado por engancharse, cosa por lo demás natural, porque no era mala y además estaba en los capítulos finales, pero Carla, que llevaba como diez minutos mirando el techo, le quitó el control remoto y no solo apagó la tele sino que extrajo las pilas y las lanzó contra la muralla. Sobrevino un silencio que de silencio tenía poco, porque los vecinos seguían, como diría un profesor de teoría literaria, *in medias res*.

—No puede ser —dijo entonces Gonzalo, con sincera incredulidad—. Es demasiado.

—¿Demasiado qué?

—¿No los escuchas? Están durando demasiado. No creo que sea normal.

—Yo tengo entendido que sí es normal —dijo Carla, intentando moderar el énfasis—. Yo tengo entendido que *eso es lo normal*.

—Parece que sabes mucho de sexo —farfulló Gonzalo, tratando de disimular la vergüenza. Ella no le contestó.

Cuando los jadeos en la pieza contigua por fin se extinguieron, a Carla y Gonzalo aún les quedaba más de una hora de motel, pero no tenían ganas de nada, ni siquiera de irse de ahí. Gonzalo miró la preciosa espalda de Carla y acarició unas líneas ligeramente menos morenas, producidas por la alternancia de distintos trajes de baño, que caían desde los hombros y formaban una especie de tatuaje inverso.

—Perdón —le dijo.

—No importa —dijo Carla.

—Perdón —repitió Gonzalo.

Recuperaron las pilas del control remoto y alcanzaron a ver los últimos minutos de la teleserie. Caminaron hacia la Alameda, de hecho, comentando el capítulo. Fue una de las escenas tristes de la tarde, de la semana, quizás de la relación entera: Carla y Gonzalo de la mano, rumbo a la Alameda, hablando de la teleserie. Eran como dos desconocidos buscando desesperadamente un tema en común; parecía que hablaban de algo y estaban juntos, pero sabían que en realidad no hablaban de nada y estaban solos.

Gonzalo pretextó un dolor de estómago para ir a la consulta del doctor Valdemar Puppo, que no era psiquiatra ni psicólogo ni urólogo ni nada parecido, sino el pediatra al que había ido desde siempre. Aunque tendía a los rodeos y a los eufemismos, el paciente intentó ser claro: el problema era la penetración en sí misma, en los escarceos podía contenerse, pero cuando penetraba a Carla —no precisó que eso había sucedido apenas dos veces— le era imposible. El doctor soltó una babosa y bochornosamente larga risotada de complicidad masculina.

—A todos les pasa, compadre, aunque tengo que confesarte que a mí no me ha pasado nunca —dijo el hombre, mientras se acariciaba la guata con ambas manos, como si acabara de zamparse un jabalí—. La penetración está sobrevalorada. Te ponís nervioso nomás, campeón.

Siempre en ese esforzado y odioso tono juvenil, el doctor Valdemar Puppo le recomendó a Gonzalo que se relajara y le habló de la técnica de la distracción, que resumió de forma vaga y grosera:

—Cuando tengas el pico bien parado, piensa en tu abuelita —le dijo.

Gonzalo entendió el sentido del consejo, pero en ese momento no pudo evitar el pensamiento literal en su abuelita y por ende la tristeza, porque la anciana acababa de morir.

Fue un buen consejo, al fin y al cabo. Los pololos volvieron a tirar en el mismo motel y en un par de fiestas y hasta en el entretecho de la casa de Gonzalo, flanqueados por relucientes telarañas y tal vez también por algunas lauchas y ratones, y la técnica de la distracción, que Gonzalo llamaba «la técnica Puppo», tendía a funcionar: por supuesto que no pensaba en su abuelita sino en mujeres que le parecían feas, aunque su idea de la fealdad contemplaba, por así decirlo, categorías morales. La repulsión que le inspiraban, por ejemplo, la exministra de Educación Mónica Madariaga o la cantante Patricia Maldonado o la mismísima Lucía Hiriart de Pinochet era mucho más ideológica que física, puesto que —con la probable excepción de la señora Maldonado— no se trataba de mujeres objetivamente tan feas.

En cualquier caso, por atroces que le parecieran esas señoras, en algún momento las pieles que suponía ásperas, rugosas y fofas retrocedían ante la espalda suave o los perfectos muslos de Carla —la realidad vencía a la imaginación, y por lo tanto Gonzalo, muchísimo más temprano que tarde, se iba cortado. La clave, comprendió luego, era concentrarse en asuntos más abstractos o neutros o apacibles que le provocaran una distracción duradera, como los cuadros de Kandinsky o de Rothko o de Matta, o ciertos ejercicios de ajedrez nivel principiante, o la conquista del espacio exterior, o unos poemas muy serios y dramáticos de Miguel Arteche que no le gustaban nada pero que había tenido que analizar en el colegio («Golf», «El niño idiota»), y hasta logró resultados notables gracias al cruel recurso de imaginar a un enfermo de Parkinson tratando de comerse una alcachofa.

Aunque el sexo era cada vez más frecuente y ligeramente menos doloroso, Carla ya no se sentía segura de seguir con Gonzalo. Intentaba convencerse a sí misma de que estaba más enamorada que nunca, pero lo cierto es que había abandonado la disposición fantasiosa de los

primeros tiempos: la idea de pasar años o la vida entera con Gonzalo le parecía, de hecho, crecientemente abrumadora.

Ese verano una de las izquierdistas la invitó a Maitencillo y pese a que habría sido fácil idear alguna coartada para ir con Gonzalo, Carla pensó que prefería dedicar ese tiempo a pensar en la relación. Eso fue, básicamente, lo que hizo durante los nueve días que estuvo en Maitencillo: desayunaba, almorzaba y tomaba once pensando en la relación, se echaba en la arena a dormir largas siestas pensando en la relación, jugaba vóleibol o paletas o al caballito de bronce pensando en la relación, tomaba fanschops y bailaba desenfrenadamente los hits de Technotronic pensando en la relación, e incluso la noche en que dejó que un musculoso argentino le diera unos besos y le agarrara el potito y las tetas estaba pensando en la relación, y aunque suene medio insólito la verdad es que mientras le chupaba la verga a ese argentino Carla también estaba, de algún modo, pensando en la relación.

La aventura con el argentino fue relatada, comentada y analizada por numerosos testigos semipresenciales y estuvo a punto de llegar a oídos de Gonzalo. Asolada por los remordimientos, Carla decidió confesar su infidelidad, sin omitir la chupada de pico, que funcionaba como atenuante, porque demostraba que se había negado a la penetración, aunque, en honor a la verdad, no se había negado por fidelidad sino porque la idea de ser penetrada por un miembro unos cuantos centímetros menos largo pero considerablemente más grueso que el de Gonzalo le había parecido horrible.

Durante los siguientes seis meses, la culpa fue el combustible exclusivo de la relación. Había días en que Carla temía que Gonzalo consumara su venganza, pero otras veces hasta deseaba que lo hiciera, porque el empate al menos le permitiría recuperar la dignidad, que por supuesto no había perdido, si bien de vez en cuando Gonzalo la atormentaba con comentarios hostiles o autocompasivos.

Contrariando su naturaleza fiel, Gonzalo decidió corresponder a las insinuaciones de la Bernardita Rojas, una chica del barrio a la que se sentía imprecisamente unido puesto que él también se apellidaba Rojas. No eran parientes, desde luego, era un apellido de lo más común, pero ella lo saludaba como si lo fueran, en realidad en eso consistía el coqueteo («¿cómo estás, primo Rojas?», le decía, y abría las narinas como hacen las malas actrices para expresar emoción). La Bernardita Rojas le parecía original, porque no usaba esa chasquilla fijada con gel en forma de ola amenazante que lucían casi todas sus contemporáneas —Carla incluida—, como si las adolescentes chilenas se hubieran concertado para homenajear *La gran ola*, de Hokusai. Otra cosa que le atraía de la Bernardita Rojas era que siempre andaba con un libro de Edgar Allan Poe, que releía con la misma devoción con que otros descifraban *Fragmentos de un discurso amoroso*, *Las venas abiertas de América Latina* o *Tus zonas erróneas*.

Los falsos primos Rojas fueron juntos a ver *Una noche en la Tierra*, y aunque la idea implícita de ir al cine era aprovechar la oscuridad para pegarse unos atraques, la película de Jim Jarmusch les pareció tan divertida que se limitaron a mirar hipnotizados la pantalla.

—Me encantó salir contigo —le dijo la Bernardita, mientras esperaban la micro.

—A mí también —respondió, distraído.

En el camino a casa Gonzalo se dedicó a pensar en Winona Ryder —la imaginaba al volante de un taxi Lada, esperando la luz verde en alguna esquina de Santiago mientras masticaba chicle y fumaba y escuchaba a Tom Waits—. Cansada de que su compañero de asiento le devolviera puros

monosílabos, la Bernardita abandonó toda intención de diálogo y se puso a releer «Ligeia», que era su cuento favorito de Poe. Gonzalo la miró leer unos minutos, con el atardecer de la ciudad como imagen de fondo, y entonces sintió que sí quería darle un beso. Lo intentó, pero ella lo rechazó con su habitual sonrisa de labios apretados.

—Estoy leyendo —le dijo.

—Léeme un poco —respondió Gonzalo.

—No quiero —le dijo la Bernardita, que sin embargo puso el libro en medio para que Gonzalo también pudiera leer, y durante el resto del trayecto se fueron con las cabezas pegadas, casi abrazados, leyendo ese cuento de Poe.

Llegaron a la esquina donde debían despedirse y, ahora sí, la Bernardita le aceptó un beso breve, aunque sin mucha lengua. Gonzalo caminó a casa sopesando la posibilidad de proseguir con la venganza hasta que fuera más o menos simétrica. No estaba convencido, así que decidió consultarlo con Marquitos, un colorín algo mayor que trabajaba en el almacén del barrio y que debía el diminutivo a su escasa estatura, al borde del enanismo. Caía la noche, Gonzalo ayudó a Marquitos a cerrar el almacén y se instalaron en el mostrador con dos Escudo de litro y medio bien heladas.

—Tu polola está mucho más rica que la Bernardita —le dijo Marquitos, tras considerar unos segundos el dilema—. Para qué te voy a mentir, tu polola está mucho, pero mucho mejor.

Era la muletilla de Marquitos: «para qué le voy a mentir, señora, estas son las mejores sandías de la temporada», decía, por ejemplo, o bien «me quedé dormido, jefe, para qué le voy a mentir», y a veces también usaba la fórmula en frases insulsas como «para qué te voy a mentir, hace calor».

—Sí sé, pero me puso el gorro —respondió Gonzalo.

—Pero tú eres feo, Gonza, muy feo.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Qué importa que yo sea feo? —respondió Gonzalo, que en todo caso no se consideraba feo (ni lo era).

—Mira, lo que pasa es que tu polola es enferma de rica. Tu polola es la mina más rica de todas. —Sonaba como si Marquitos llevara siglos reprimiendo ese comentario.

—Qué te pasa, huevón —le respondió Gonzalo, sorprendido y molesto.

—Perdona, pero es verdad. La responsabilidad de los amigos es decir la verdad, ¿no? —Gonzalo vaciló dos segundos antes de asentir, con aparente mansedumbre—. Para qué te voy a mentir: tu polola es cuica pero rica. Y no te corresponde. Es demasiado para ti, flaco. No sé cómo hiciste para que te pescara. Si terminan, nunca más vai a conseguir una mina ni la mitad de rica.

—Yo no quiero terminar con ella —dijo Gonzalo, como pensando en voz alta.

—Pero te va a pillar, las minas las cachan todas —dijo Marquitos, con aires de entendido.

Marquitos fue a buscar más cervezas y también sacó un pan de molde y le ofreció unas rebanadas a Gonzalo.

—¿Y qué es lo que más te gusta de mi polola? —le preguntó Gonzalo, en un tono artificialmente sereno.

—¿De verdad querís saber?

—Sí.

—¿No te vai a enojar?

—No, Marquitos, tranquilo. Cómo me voy a enojar por una cosa así.

—Te vai a enojar, flaco.

—No, hermano, no pasa nada. Es pura curiosidad.

—No sé, huevón, todo. Las tetas precisas, preciosas. Y ese culo, por favor. Tu polola tiene el medio culo. Tiene el tremendo pedazo de culo, supongo que te hai dado cuenta. Y la cara.

—¿Qué tiene su cara? Dime nomás, si no me enojo. ¿Cómo es su cara?

—Te lo digo con respeto, pero es que tiene una cara... Para qué te voy a mentir, hermano, tu polola tiene una cara de caliente que te la encargo.

Gonzalo no tuvo alternativa: un combo en el ojo, dos cortos en el estómago y una patada en los cocos cancelaron para siempre su amistad con Marquitos. Se fue del almacén triste y desconcertado y también preocupado, por primera vez en su vida, por su presunta fealdad, que atribuyó a las obstinadas espinillas, aunque como las tenía desde los once años ya las consideraba parte de su cara.

—¿Qué te pasa, primo Rojas? —le dijo la Bernardita el viernes de esa misma semana.

—¿Por qué?

—Andas con la cara larga.

—Ando con la cara fea —dijo Gonzalo, intentando hacer un chiste.

Fueron a la plaza, hablaron mucho rato y Gonzalo le contó todo, o casi todo. Antes de despedirse, la Bernardita lo miró como si efectivamente Gonzalo fuera su primo o su hermano, aunque igual estaba enojada: sabía que tenía una polola, los había visto juntos más de una vez, pero pensaba que habían terminado o que estaban terminando y por supuesto le molestaba ser nada más que un medio para concretar la venganza. A la mañana siguiente, sin embargo, tocó el timbre de la casa de Gonzalo, le dejó un paquete y salió corriendo: era una caja de zapatos en la que había una rama de aloe vera recién cortada, una navaja, una nota manuscrita con las instrucciones de un tratamiento, y un mapa donde la Bernardita había consignado la ubicación de diez plantas de aloe vera en distintos puntos de Maipú.

Gonzalo adoptó la costumbre de cortar cada tarde una rama de la planta, cuya pulpa esparcía, antes de dormir, en las numerosas zonas problemáticas de su cara. Si alguien le hubiera preguntado por qué andaba con esa navaja en la mochila, él habría contestado que la necesitaba para defenderse, lo que en el fondo era cierto, porque la necesitaba para defenderse de la fealdad.

En un principio todo era tan natural, tan placentero y divertido, pensaba Gonzalo mientras recordaba el primer encuentro con Carla, hacía casi tres años, a la salida de un concierto de los Electrodomésticos —fue un coqueteo breve que pintaba para intrascendente, porque hablaron menos de cinco minutos, pero Gonzalo se envalentonó y le pidió el número de teléfono, cosa que nunca antes había hecho con nadie, y como Carla se negó él le rogó que le diera al menos los seis primeros números, y eso a ella le pareció tan gracioso que terminó dándole los primeros cinco.

Al día siguiente Gonzalo se plantó frente al teléfono amarillo de la esquina con el bolsillo lleno de monedas de cien pesos y procedió en orden ascendente (del 00 al 04), enseguida decidió cambiarse al orden descendente (del 99 al 97), luego se dejó llevar por corazonadas (09, 67, 75) y se enredó tanto que tuvo que anotar los números en la misma croquera donde boceteaba sus poemas. Parecía un proceso infinito, además de un derroche —el teléfono de la esquina se había vuelto una suerte de tragamonedas y Gonzalo un ludópata desatado y también un ladrón, pues no le alcanzaba con la mesada y el vuelto del pan, así que debía incursionar a diario en las billeteras de sus padres—. Cuando cundía el desaliento, Gonzalo pensaba en Carla amarrándose el pelo, se había quedado con esa imagen: ella alzando los brazos para atarse el pelo negro azabache, los codos huesudos, los pechos marcados en la polera verde y una sonrisa que dejaba ver sus dientes medio separados, que eran de lo más comunes pero a él le parecían inusuales y hermosos.

Cuando ya estaba casi seguro de que su empresa estaba condenada al fracaso, Gonzalo acertó con el número 59. En la primera llamada Carla fue más bien reacia, le costaba creer tanta persistencia, pero empezaron a hablar cada tarde unos minutos, casi siempre el tiempo que permitían doscientos o trescientos pesos, y luego, meses después, cuando por fin el cableado telefónico llegó a la casa de Gonzalo, hablaban al menos una hora diaria —el plan de juntarse era cada vez más serio y sin embargo Carla lo seguía postergando pues pensaba que quizás en persona Gonzalo le gustaría menos—. Pero desde la mañana de sábado en que se juntaron y se agarraron a besos ya no hubo más dudas.

Solían evocar con radiante satisfacción esos detalles iniciales que ahora él recordaba con pesar —a la vez que recapitulaba e insistía en idealizar su relación con Carla, comprendía y aceptaba a regañadientes que ya no lo pasaban tan bien juntos y que ya no se reían tanto y que, quizás por culpa de la famosa penetración, sus cuerpos ya no rimaban («nunca debí metérselo», dijo una mañana Gonzalo en voz alta, involuntariamente —sus compañeros se cagaron de la risa y desde entonces lo apodaron «el arrepentido»).

No le sorprendía que Carla fuera objeto unánime de deseo, ya estaba acostumbrado a que casi todos los hombres (incluyendo, tristemente, al propio padre de Gonzalo) la miraran descaradamente y a que hasta algunas mujeres disimularan mal la envidia o tal vez el soterrado deseo que Carla les despertaba. Gonzalo no era celoso, aunque después de la aventura con el argentino y el incidente con Marquitos pensaba que debía serlo, que en cierto modo tenía la responsabilidad de serlo. Pero no quería ser celoso ni posesivo ni violento. No quería ser como todo el mundo.

A contracorriente de esas hordas de jóvenes superficiales entregados a la endogamia y al culto de la belleza física, Gonzalo había encontrado, junto a Carla, un oasis de compañerismo puro.

Decir o insinuar, como había hecho Marquitos, que Gonzalo había «conseguido» a Carla y que debía esforzarse por conservarla y aferrarse a ella era no entender nada sobre la naturaleza del amor, pero lo verdaderamente ofensivo era que Marquitos hubiera tildado a Carla de cuica, porque no hablaba como cuica ni se vestía como cuica —o sea sí, era cuica en relación con Gonzalo y con Marquitos y con la Bernardita Rojas, pero comparada con una cuica de Vitacura o de Las Condes no lo era en absoluto.

Había entre Carla y Gonzalo diferencias evidentes, a las que ninguno de los dos era ciego: colegio particular de monjas en Ñuñoa versus colegio fiscal de hombres en Santiago Centro, casa grande con tres baños versus casa chica con uno, hija de un abogado y de una laboratorista dental versus hijo de un taxista y de una profesora de inglés, clase media tradicional de La Reina versus clase media de Maipú (clase media-baja, diría el padre de Gonzalo; clase media emergente, diría la madre). Ni Gonzalo ni Carla consideraban, sin embargo, que la brecha social los separara significativamente, y las diferencias más bien alimentaban el interés mutuo: la idea del amor como un encuentro afortunado y azaroso, avalada por la imperecedera teoría de la media naranja.

Las venenosas palabras de Marquitos reaparecían con la insistencia de un zancudo a medianoche y lograban colarse en la zona más frágil de la relación, que era el notorio desinterés de Carla por la poesía. Amaba la música, desde chica era aficionada a la fotografía y siempre estaba leyendo alguna novela, pero pensaba que la poesía era una cosa infantil y alharaca. Gonzalo, sin embargo, como casi todo el mundo, asociaba la poesía con el amor. No había conquistado a Carla con poemas, pero enamorarse de ella y enamorarse de la poesía habían sido asuntos casi simultáneos y le costaba separarlos.

La cosa se puso más grave cuando Gonzalo decidió que estudiaría literatura. Llevaba un tiempo seguro de que quería ser poeta, y aunque sabía que para ello no era necesario realizar estudios formales, pensaba que una licenciatura en letras lo desviaría menos del objetivo. Era una decisión valiente, radical e incluso escandalosa, a la que los padres de Gonzalo se oponían con tenacidad, les parecía un desperdicio: con mucho esfuerzo y un talento francamente inexplicable, su hijo se había convertido en un alumno destacado de uno de los supuestamente mejores colegios de Chile y por lo tanto podía y tal vez debía aspirar a un futuro menos aventurero. Cuando, esperando un apoyo ciego y solidario, Gonzalo le comentó sus planes a Carla, ella reaccionó con indiferencia.

A esas alturas, la poesía chilena era para Gonzalo la historia de unos hombres geniales y excéntricos, buenos para el vino y expertos en los vaivenes del amor. Infectado por esa mitología, a veces pensaba que en el futuro Carla solamente calificaría como esa lejana novia de juventud que no había sabido valorar al poeta en ciernes (la mujer que, a pesar de los numerosos indicios, no había dimensionado la magnitud del hombre que tenía enfrente, si hasta le había puesto el gorro). Definitivamente, Carla no parecía la compañera adecuada para la difícil travesía que él quería emprender; tarde o temprano, conjeturaba Gonzalo, la relación terminaría y ella se haría novia de algún ingeniero comercial o de algún dentista o de algún novelista. Gonzalo proyectaba la ruptura en el mediano plazo, aunque a veces se sorprendía pensando, de antemano, en las palabras que entonces le diría: imaginaba un sofisticado discurso que avanzaría paulatinamente hacia la necesidad de —le gustaba esta expresión— separar caminos, y en principio culparía al destino o a la fatalidad, pero si ella se ponía brava se echaría toda la culpa él mismo, y listo.

Una mañana hicieron la cimarra y caminaron en silencio por el bullicioso centro de Santiago

hasta llegar al Paseo Bulnes. Habitualmente se sentaban en un banco, frente a la librería del Fondo de Cultura Económica, a fumar y a darse besos, y luego doblaban por Tarapacá y después de comerse unos completos jugaban unas mesas de pool —ella siempre ganaba— o se metían al Cine Arte Normandie. Esta vez, sin embargo, era evidente que el guión era otro: Carla solo quería caminar, ni siquiera iban de la mano y ella miraba las copiosas nubes como si aspirara al superpoder de disolverlas con los ojos; había planeado una larga introducción, pero optó por soltar de una vez esta sentencia lapidaria:

—Los sentimientos cambiaron, Gonza.

Esta frase tan ruda como elegante golpeó a Gonzalo con una violencia desconocida. Ya sabemos que estaba medio preparado para la ruptura, pero en su cabeza era él quien terminaba.

Durante las semanas siguientes se debatió entre la negación y el despecho, que se concretaba en masturbaciones fantasiosas —castigaba a su ex imaginándose que se acostaba con Winona Ryder, con Claudia Di Girolamo, con Katty Kowaleczko y hasta con una tía de Carla que a Gonzalo le gustaba un poco.

En cuanto a la Bernardita Rojas, una tarde se la encontró justo frente a una monumental planta de aloe vera que había a la entrada de la Villa Las Terrazas. Lo primero que la Bernardita hizo fue acariciarle la cara, que gracias al tratamiento con esa maravillosa planta recuperaba en parte la lozanía. Él pensó que no perdía nada, así que se tiró al dulce de inmediato —ella lo esquivó.

—Somos amigos, primo Rojas —le dijo la Bernardita, tajante.

—No, Berni, si no somos tan amigos.

—Somos amigos. Somos muy amigos —volvió a decir ella.

—Si no somos tan amigos —volvió a decir Gonzalo.

El diálogo fue bastante más largo y majadero. No llegaron a ninguna conclusión.

—Yo solamente quiero ser tu amiga —insistió la Bernardita al despedirse.

—Es que ya tengo amigos —dijo Gonzalo—. Tengo demasiados amigos. No necesito más.

Gonzalo abandonó pronto el revanchismo onanista y se sumió en la abulia y en el disco *Corazones*, de Los Prisioneros, que de pronto le parecía la banda sonora de su vida entera. Se volvió reacto a toda forma de diálogo, incluso al diálogo consigo mismo, es decir, a la escritura. Casi no salía de su pieza, pero lo más preocupante, al menos para su entorno inmediato, era su negativa radical a bañarse.

Al fin una mañana, reeditando un castigo frecuente de la infancia, Gonzalo fue depositado a la fuerza bajo el chorro de agua helada y reaccionó como se reacciona a la más violenta de las humillaciones, pero igual encontró cierto placer o cierta novedad en enjabonarse el cuerpo minuciosamente y estuvo como una hora bajo el agua —que entonces era considerada un recurso natural inagotable—, en una especie de reconciliación con la limpieza. Se vistió rápido y aprovechó el día soleado para echarse en el disparejo pasto de la plaza con su croquera —no se lanzó a pergeñar poemas, sino que se detuvo en un estadio previo, en un asunto muchas veces postergado: la elección de un seudónimo.

La idea de adoptar un seudónimo le sonaba cursilona y desagradable, pero se sentía obligado, porque aunque solo había leído unos poemas sueltos de Gonzalo Rojas —que encontró magníficos, por lo demás—, estaba al tanto de que era uno de los poetas chilenos más reconocidos en el mundo, de hecho acababa de ganar el Premio Nacional de Literatura y otro premio parece que bien importante en España. El nombre estaba, entonces, ocupado, y la opción de usar el apellido de su madre, Muñoz, tampoco servía, porque había otro poeta, hartamente conocido que Gonzalo Rojas pero bendecido por una misteriosa aura vanguardista, llamado Gonzalo Muñoz. La posibilidad de firmar como Gonzalo Rojas Muñoz, en tanto, le sonaba demasiado a «no soy ese Gonzalo Rojas»; era como admitir de antemano la derrota.

Intentó seguir el modelo de Pablo de Rokha, nacido Carlos Díaz Loyola, que había inventado un apellido que significaba algo por sí mismo, pero se le ocurrían puras payasadas como Gonzalo de Rotha o Gonzalo de Maass o Gonzalo de Rape (que igual le gustaba un poco). Se inclinó entonces por buscar un seudónimo en otros ecosistemas literarios, tal como en su momento hicieron Gabriela Mistral y Pablo Neruda, ganadores del Premio Nobel al fin y al cabo. Tras descartar las opciones más necias (Gonzalo Rimbaud, Gonzalo Ginsberg, Gonzalo Pasolini, Gonzalo Pizarnik), consolidó una lista corta con los seudónimos Gonzalo García Lorca, Gonzalo Corso, Gonzalo Grass, Gonzalo Li Po y Gonzalo Lee Masters, pero no consiguió decidirse por ninguno. Ya caía la noche cuando se le ocurrió el seudónimo Gonzalo Pezoa, que le permitía homenajear, simultáneamente, al poeta portugués Fernando Pessoa (a quien no había leído pero sabía que era genial) y al poeta chileno Carlos Pezoa Véliz (que le gustaba mucho).

Siete meses después de la ruptura empezaron a llegar a casa de Carla, por correo certificado, las cartas de Gonzalo, que eran largas y divertidas y se basaban en la ficción de que el pololeo no había terminado sino que él andaba de viaje en lugares remotos como Marruecos o Estambul o Sumatra y hasta en algunos parajes inexistentes. Tenía un talento especial para inventar flores carnívoras y animales salvajes y destacaba también en el relato de desastres naturales. Esas cartas preciosas Gonzalo las firmaba con su nombre, pero los poemas que adosaba los firmaba, en cambio, con su flamante seudónimo.

Los nuevos poemas de Gonzalo no respetaban los moldes occidentales, porque en vez de sonetos o romances se había volcado a la escritura de haikús, o mejor dicho de unos poemas breves que él llamaba de esa manera. (Gonzalo nunca vinculó su repentina pasión por los haikús

con sus problemas de eyaculación precoz.)

En la primera carta figuraba este poema sencillo y quizás bello:

El viento en los árboles
dibujabas con los ojos
cerrados.

Menos memorable era este texto incluido en la carta número tres:

Traición de la mañana
mediodía impreciso
en mitad de la noche.

En algunos poemas la serenidad contemplativa característica del haikú brillaba por su ausencia, como sucedía en este de la carta número nueve:

Ya cayeron todas las hojas
del otoño. Y todavía es otoño,
por la mierda.

A la altura de la carta número doce asomaba un fallido deseo experimental:

Aclara cara Carla
la rala lacra y rara
clara: yema.

A la carta número catorce pertenecía esta instantánea erótica:

Los lunares de tu
muslo izquierdo
me los comí.

En sus últimas cartas el humor tendía a desaparecer, como prueba este poema sombrío, insolente y quizás desesperado:

Donde estaba tu sangre
estaba yo,
dentro.

Fueron en total diecisiete cartas, que su destinataria leyó y releyó y que le encantaron, pero tuvo la amabilidad o la sabiduría de no alimentar falsas esperanzas. No sentía rencor ni enojo ni nada por el estilo, pero su relación con Gonzalo le parecía ahora una soberana pérdida de tiempo. Por entonces varias de sus amigas acababan de terminar con sus respectivos pololos y una de ellas tuvo la idea de organizar una reunión tipo exorcismo en la que se dedicarían colectivamente a

quemar fotos y toda clase de recuerdos. La propuesta derivó en un asado: entremedio del carbón, rociadas por abundante parafina, decenas de esquelas, fotos, cartas, postales, entradas al cine, a la piscina y a conciertos, además de unos atribulados osos de peluche, ardieron bajo las miradas extáticas de las chicas. Carla en principio no quería colaborar, pero al final cedió a la presión colectiva y acabó alimentando la hoguera con todas las cartas y todos los recuerdos de su relación con Gonzalo, incluso una edición de bolsillo de *Siddharta* que él le había regalado.

Santiago es una ciudad lo suficientemente grande y segregada como para que Carla y Gonzalo no se encontraran nunca más, pero una noche, nueve años más tarde, volvieron a verse, y es gracias a ese reencuentro que esta historia alcanza la cantidad de páginas necesaria para ser considerada una novela.

II. FAMILIASTRA

Eran casi las cuatro de la mañana, sonaba «Stop», de Erasure, y los doscientos y tantos entusiastas que copaban la pista bailaban todos con todos o nadie con nadie. Carla lo vio primero, perdido cerca de la barra, y como era una disco gay asumió que Gonzalo había salido del clóset, lo que en principio le extrañó, y hasta momentáneamente le molestó, pero después de considerarlo unos segundos pensó que debería haberse dado cuenta, y que en cierto modo siempre lo había sabido y que eso explicaba muchas cosas, aunque si le hubieran preguntado cuáles cosas explicaba no habría sabido qué responder. Se le acercó ensayando un elegante trote ligero, dispuesta a escuchar confesiones asombrosas y contundentes —Gonzalo se abalanzó sobre ella y trató de conducirla a un rincón donde pudieran conversar, pero era difícil desplazarse entre la multitud fervorosa, de manera que siguieron en la pista, enredados en ese alegre simulacro de anarquía.

—¡No soy gay! —gritó Gonzalo, al caer en cuenta del posible equívoco, y recibió unas fulminantes miradas entre escépticas y decepcionadas, y quizás también Carla se decepcionó un poco, porque había alcanzado a imaginarse contándoles a sus amigas que su primer pololo, el primer hombre con quien se había acostado, a quien con cariñoso sarcasmo llamaba «el poeta», era gay, y hasta pensaba que a alguno de sus amigos podía interesarle salir con él.

—¡Yo tampoco! —replicó Carla, por si acaso, aunque en esos caricaturescos años de ignorancia colectiva recién empezaba a instalarse la idea de que la homosexualidad no era exclusivamente un asunto de hombres.

Sería ofensivo para los bailarines y para los coreógrafos y para los docentes universitarios de danza decir que Carla y Gonzalo bailaban, porque lo que realmente sucedía era que no estaban quietos y que esa ausencia de quietud se concretaba en una serie de confusos movimientos. Igual Carla sacudía los hombros con relativa gracia y sincronía, lo que creaba la falsa impresión de estabilidad y por lo tanto de sobriedad, mientras que Gonzalo se valía de un paso que bien ejecutado podría ser descrito como el fingimiento de una borrachera, pero el fingimiento en este caso no era necesario, así que, en rigor, Gonzalo no bailaba sino que estaba todo lo inmóvil que alguien así de borracho podía estar —trastabilló y agarró a Carla por la cintura, como afirmándose de un poste, y luego la abrazó plenamente, atrevidamente. Ella sintió que debía rechazarlo, pero quería y tal vez necesitaba corresponder al abrazo, porque hacía tiempo que nadie la abrazaba con esa intensidad o con esa urgencia, o porque al recibir el cuerpo de Gonzalo sintió una cálida ráfaga de familiaridad, o porque ese abrazo la regresaba nueve años en el tiempo, o quién sabe por qué, solo habría que descartar de plano estupideces como que ella nunca lo olvidó —había conseguido olvidarlo casi al tiro—, y descartemos también la influencia del alcohol, que por supuesto influía, pero ya entonces, en plena madrugada del siglo XXI, el cinismo de atribuirlo todo a la borrachera había pasado de moda.

Carla acarició el pelo largo de Gonzalo, que era algo que jamás había hecho, porque durante los años que estuvieron juntos él usaba el pelo invariablemente corto, «a tamaño reglamentario», como exigían en su colegio, es decir, dos dedos por encima del cuello de la camisa. El abrazo acompasó los movimientos y ahora sonaba «Can't Get You Out of My Head», de Kylie Minogue, pero parecía que bailaban una bachata de Juan Luis Guerra o uno de esos hits calentones de Chichi Peralta, aunque por momentos también parecía que bailaban una suerte de vals, como si fueran

unos novios desacostumbrados a la seriedad y a la solemnidad y al glamour que intentaban bailar un vals dignamente.

Pasaron, en un par de minutos, del errático baile libidinoso a prodigarse agarrones y babosearse mutuamente en el baño de hombres. Cuando entraron al único cubículo del lugar, por suerte disponible, hubo un momento de vacilación, una breve pausa de sensatez durante la cual Carla alcanzó a pensar qué chucha hago aquí y Gonzalo estuvo a punto de proponerle que en lugar de encerrarse en ese baño pestilente fueran a su departamento, pero ambos sabían que detenerse a conversar rompería el hechizo. Entre el tartamudeo de las frases típicas de un reencuentro y un posible polvo irresponsable, frenético y harto difícil de justificar, ambos prefirieron la segunda opción.

Carla clavó los dientes en el cuello de Gonzalo, que él ofreció mansamente, como un moribundo, pero como un moribundo lo suficientemente vivo como para tantear el culo de Carla, un culo que recordaba o creía recordar aunque le pareció más formado, más duro y abundante. Se agachó y mientras le besaba la entrepierna le quitó el calzón, que se guardó en un bolsillo, en calidad de trofeo. Ella también se agachó y entonces Gonzalo se puso de pie y hasta tuvo la gentileza de ayudar a Carla con el complicado mecanismo del cinturón. Ella empezó a chupárselo vorazmente. Con la mano derecha sostenía el pene y con la izquierda desató el bototo derecho de Gonzalo y luego cambió de mano para desatar también el izquierdo, y sin dejar de inmovilizar a Gonzalo con efectivos lengüetazos le quitó ambos bototos y el pantalón y el calzoncillo, y pese a que ella misma no tenía claro que ese fuera su plan lanzó el calzoncillo al water y acto seguido tiró la cadena.

Era un slip de color celeste con ribetes azules que acababan de regalarle para su cumpleaños número veintiséis justamente los amigos que esa noche lo habían arrastrado a la disco, unos amigos por cierto obsesionados con demostrarle a Gonzalo que la heterosexualidad era algo así como una enfermedad crónica pero curable. Al ver que su calzoncillo favorito —que más allá del diseño era realmente comfortable— se resistía a irse por el inodoro, a Gonzalo le vino un ataque de risa y también ella, hincada y con el pene de él latiéndole en la boca, se carcajeó. Entonces él también arrojó el calzón de Carla al water y tiró la cadena, y los dos siguieron tirando la cadena varias veces más, muertos de la risa, como si en vez de borrachos estuvieran volados, aunque más que volados parecían dos niños chicos repitiendo un juego una y otra vez.

—Hagamos esto bien —dijo ella de pronto, arreglándose la falda y ordenándose el pelo.

Gonzalo quería hacerlo bien o hacerlo más o menos o hacerlo mal pero ya mismo, y medio la convenció, porque reanudaron los besos y los manoseos y habrían seguido en eso de no mediar la intervención de un borracho que azotó la puerta del cubículo vociferando:

—¡Ey, el baño es de todos, ustedes no son los únicos que quieren culiar!

Sin calzones y sin calzoncillos, respectivamente, Carla y Gonzalo salieron a la noche de Bellavista. Les quedaba un poco de risa en las comisuras de los labios, además de una reserva importante de calentura, y era evidente que debían preguntarse mil cosas, pero prefirieron respirar el silencio parcial de la noche. Cuando divisaron a un grupo de punkies que terminaban una botella de pisco en medio del puente Pío Nono, Gonzalo tomó la mano de Carla y a ella le pareció un gesto antiguo, cómicamente galante, aunque le gustó caminar con Gonzalo de la mano o más bien recordar cómo era caminar con él de la mano. Los punkies ni los miraron y entonces Gonzalo la soltó pero ella lo retuvo.

—Me gusta esa disco, es el único lugar donde puedo bailar tranquila, a salvo de los jotes — dijo Carla cuando ya estaban en Plaza Italia y ninguno de los dos sabía qué hacer.

—A mí me gusta porque es el único lugar donde me siento realmente deseado —bromeó Gonzalo, aunque no quedó claro que fuera una broma.

Debían despedirse, habría sido perfectamente posible que todo quedara ahí, como un episodio listo para ser archivado en el prontuario de las noches locas, pero Gonzalo dijo que vivía a tres cuadras y ella aceptó acompañarlo. Mientras caminaban en silencio esas tres cuadras, que en realidad eran siete, se hizo de día.

Cuando el amanecer lo sorprendía en movimiento, Gonzalo solía pensar que había algún vínculo entre el nacimiento de la claridad y el hecho mismo de avanzar, como si el caminar fuera, de algún modo, responsable del amanecer, o al revés: como si el amanecer generara el movimiento de los pies sobre la acera. Estuvo a punto de decirle eso a Carla —no estaba seguro de poder explicarlo, temía enredarse, sentía que cualquier cosa que dijera podía estropear esa hermosa madrugada insensata.

En el departamento todo sucedió con rápida serenidad. Nada más cerrar la puerta él se lo metió de una, sin condón, ella se le colgó del cuello y se fueron a la cama —mientras Gonzalo le chupaba los pezones pensaba que tal vez los pechos de Carla eran ahora más grandes y eso le gustaba y también le extrañaba, aunque no tenía nada de extraño, se dijo, como respondiéndose a sí mismo, porque el cuerpo cambia, por supuesto que el cuerpo cambia: las caderas eran de hecho más anchas, las piernas un poco menos suaves, y estaba quizás menos flaca que hacía nueve años.

Gonzalo es otra persona, teorizaba también Carla por su parte, mientras él se lo metía lento y fuerte: al menos ahora es una persona que tira bien —sintió la inminencia del orgasmo y a la vez el anacrónico temor de que Gonzalo eyaculara de inmediato, y el placer retrocedió, pero la inminencia regresó un par de minutos después y entonces sí que tuvo un orgasmo, no supo si doble o solamente uno muy largo.

Él se fijó en el ombligo de Carla, no estaba seguro de recordarlo con precisión, le parecía ligeramente salido —bajó por entre los pechos hasta quedar frente al ombligo y lo besó y lamió detenidamente, o más bien lo besó y lamió con el propósito de mirarlo detenidamente, y pensó, de forma tentativa, imperfecta, que era un ombligo nuevo. Un poco más abajo, dos centímetros antes del pubis, Gonzalo encontró la tenue cicatriz de una cirugía.

Ella se puso en cuatro y él volvió a darle fuerte, en sintonía con los gemidos de ambos, al tiempo que le miraba la espalda y la cintura, donde había como unos archipiélagos de estrías, y entonces recordó —esto lo acababa de ver, pero ya era posible recordarlo— el ombligo, la cicatriz, los pezones más grandes y los pechos considerablemente más sueltos, y otras estrías que creía haber entrevisto, también, alrededor de los pechos, y formuló en palabras mentales lo que ya sabía, lo que se resistía a aceptar, porque era una frase irrevocable y atrocemente poderosa, capaz de arruinarlo todo: Carla tiene un hijo.

Se distrajo, igual que en los tiempos ya lejanos en que aplicaba la técnica del doctor Valdemar Puppo, aunque esta vez de forma completamente involuntaria: ya no necesitaba pensar en la paz del mundo ni en la música de las esferas ni en los campos magnéticos ni en las novelas de Mariano Latorre, hacía años que manejaba los tiempos sin sobresaltos, y sin embargo reconoció el avance de una fuga indeseada, que no anulaba del todo el presente, porque las embestidas y los gemidos continuaban y sentía el pene igual de duro, pero a la vez surgía con nitidez la imagen de

una playa donde se imaginaba caminando con un quitasol y armando castillos de arena y hasta le compraba un pan de huevo y un helado y le enseñaba a nadar al hijo de Carla, un niño sin rostro que enseguida reaparecía en una habitación saturada de colores, durmiendo a pata suelta mientras Gonzalo recogía innumerables juguetes regados por el suelo.

Siguieron tirando mientras él imaginaba que el hijo de Carla se portaba como el pico, que no le hacía caso a nadie, que se sacaba malas notas, que era hosco y desafiante, que con demasiada frecuencia hacía pataletas y le decía: tú no eres mi papá. Se veía en el living de una casa demasiado luminosa, donde Carla esperaba que el niño sin rostro dejara de jugar con los cereales y terminara, por fin, de tomar desayuno, y luego salían los tres apurados en dirección al metro, el niño se soltaba de la mano de su madre y se quedaba atrás o adelante, avanzaba a un ritmo distinto, a su propio ritmo, hasta que los tres se sumaban a la multitud que repletaba el vagón, y Carla y el niño bajaban y él seguía en el vagón varias estaciones más, y luego caminaba solo, muy rápido, corría varias cuadras para llegar a tiempo a un indefinido trabajo de mierda, el peor trabajo imaginable, un trabajo que nunca había querido pero al cual debía aferrarse porque tenía un hijo, porque tenía un hijo, porque tenía un hijo que ni siquiera era su hijo.

Carla tuvo un nuevo orgasmo y se recostó exhausta y satisfecha. Él, que no había eyaculado, presintió que perdería la erección y no quería que Carla se diera cuenta, así que, tras una breve pausa, volvió a la entrepierna e intentó concentrarse solamente en proporcionarle placer pero no conseguía evitar que emergiera otra escena, ahora en una plaza, donde jugaba a la pelota con el hijo sin rostro de Carla. Qué idea tan típicamente masculina: un padre y su hijo o alguien que parece ser su hijo jugando a la pelota en la plaza. El hijo trata de hacerlo bien pero la pelota salta para cualquier lado, el padre celebra los supuestos progresos, practica la estimulación positiva; el niño no ha marcado ningún gol, el niño no podría marcar ningún gol, el niño no domina todavía el concepto de gol, y de todos modos el padre dice o grita o proclama que el niño ha marcado un gol y lo celebra aparatosamente. El padre señala con sutileza y autoridad la forma correcta de patear la pelota, porque el padre sabe de esas cosas. El padre se deja ganar, porque para ser un buen padre hay que dejarse ganar. Ser padre consiste en dejarse ganar hasta el día en que la derrota sea verdadera.

Carla estuvo a punto de quedarse dormida con la boca de Gonzalo entre las piernas. Él se tendió a su lado pensando también en dormir, pero a los cinco minutos ella se desperezó y se puso a masturbarlo y a chupárselo. Gonzalo se resistió unos segundos, porque lo tenía ya totalmente lacio, pero ella siguió y él se desesperó un poco, estaba casi seguro de que la erección no iba a regresar, le parecía realmente improbable que regresara. Carla siguió masturbándolo sin quitarse el glande de la boca, y aunque el pene de Gonzalo no llegó a estar tan duro como hacía un rato, por fin eyaculó. Ella se tragó todo el semen y se quedaron dormidos entreverados en la sábana gris.

Gonzalo despertó a las dos horas. La luz del sol inundaba la habitación de tal manera que parecía que estuvieran a cielo descubierto, pero un delgado bloque de oportuna sombra protegía la cara de Carla. Él volvió a mirar la cicatriz de la cesárea, las areolas más anchas, los pezones más oscuros, y confirmó las estrías en los pechos. No quería mirarla de esa manera y sin embargo a la vez emergía en su cabeza una especie de autoridad, como si al acostarse con alguien, al haberse acostado con alguien alguna vez, se adquiriera para siempre el derecho de mirar su cuerpo fríamente. Igual su mirada no era fría, era minuciosa pero no fría.

Mientras caminaba al minimarket la alegría lidiaba con la sensación ominosa de haber dejado a Carla encerrada —no estaba encerrada, estaba durmiendo, y alguien que duerme es alguien que está libre, de algún modo—. Compró hallullas, marraquetas, huevos y una mermelada de mora, porque siempre había mermelada de mora o de alcayota en casa de Carla a la hora de once, siempre tomaban once antes de meterse en el poncho rojo a ver la teleserie. De pronto aisló el recuerdo antiguo de Carla pasándose la lengua por las paletas para quitarse los restos de mermelada de mora. Caminó rápido de vuelta al departamento. La encerré, quise encerrarla, volvió a pensar, porque si hubiera dejado la puerta abierta no pasaría nada, unos ladrones que irrumpieran en ese minúsculo departamento se llevarían una decepción ante la rotunda ausencia de un botín —ni una tele ni un computador, y desde luego ni joyas ni dinero en efectivo, apenas una juguera y libros y puros cuadernos a medio escribir. Y un walkman y unos CD y un abrigo negro y raído. En todo caso, si esos ladrones fueran medianamente expertos, abrirían la cerradura sin mayor trámite, con un alambre cualquiera. Y si llegaran ahora mismo se encontrarían con la sorpresa de una mujer desnuda en la cama, conjeturó Gonzalo, alarmado, así que subió las escaleras corriendo como un superhéroe que se esfuerza para llegar a tiempo, y al ver que Carla seguía dormida y desnuda sintió que él era el ladrón y ella la desamparada habitante de ese departamento. Pero ella no podría vivir en un lugar tan chico. ¿Por qué? Otra vez: porque tiene un hijo, porque tiene un hijo, porque tiene un hijo.

Se tendió cuidadosamente junto a Carla y mientras terminaba de engullirse una marraqueta trató de leer unos poemas de Jaime Sáenz, de Marianne Moore, de Luis Hernández, de Santiago Llach, de Verónica Jiménez, de Jorge Torres. No lograba concentrarse: eran poemas que le gustaban, que conocía bien, pero que ahora cumplían la función que unas revistas frívolas cumplirían en una sala de espera. Miró la nariz de Carla, ligeramente aguileña, la cara medio redonda, ningún lunar en la mejilla derecha, nueve en la mejilla izquierda; recordó, con vergüenza, haber escrito un poema en el que comparaba esa mejilla con el desorden de un puñado de tierra después de un temblor. Y pensó que Carla le gustaba tanto como a la persona que él era a los dieciséis años le gustaba la persona que ella era a los dieciséis años.

Creía estar preparado para cuando despertara, creía saber qué decirle, pero cuando Carla despertó no había tiempo para demasiadas palabras. Lo primero que ella hizo fue preguntarle la hora y pedirle la ducha. A los dos minutos estaba de vuelta, cubierta con una toalla de Mazingher Z, la única que Gonzalo tenía en casa. Le pasó un calzoncillo que a ella no le gustó, dijo que quería uno más bonito, así que él le acercó la caja de cartón donde guardaba la ropa limpia, que no era mucha. Carla eligió un bóxer rojo italiano.

—Me queda casi bien —dijo, mirándose en la pared como si allí hubiera un espejo.

Gonzalo le preguntó si quería comer algo. Ella respondió que estaba muerta de hambre pero que tenía que irse en veinte minutos. Mientras Carla se vestía, él preparó café y huevos revueltos y puso el pan a tostar.

En el living-comedor-escritorio había una mesa, dos sillas y dos libreros que no daban abasto. Carla miró los libros con tentativa curiosidad. Era el departamento más chico que había visto nunca y sin embargo le gustaba imaginar la vida alegre y desordenada de Gonzalo, su travesía anónima, autónoma, valiente; se había salido con la suya, al fin y al cabo, había estudiado lo que quería estudiar, vivía en compañía de sus libros y de sus innumerables cuadernos, seguramente garabateados con poemas mejores que los que escribía en la adolescencia.

—Parece que todavía eres poeta —dijo.

—Sí —respondió Gonzalo, que por suerte no pensó ni remotamente en leerle algún poema y reprimió la respuesta larga, que igual podría haber resumido brevemente: seguía escribiendo todos los días, con disciplinada pasión, pero nada de lo que escribía le gustaba, esa hubiera sido la respuesta corta.

Gonzalo echó la mermelada en un plato y se la ofreció.

—En tu casa siempre había mermelada de mora o de alcayota —dijo.

Era una de las frases que pensaba decir, imaginaba un diálogo largo y melancólico intercambiando detalles de esos años. Creía que tenían mucho de que hablar, recordaba demasiadas cosas, algunas porque las había atesorado, porque había querido y conseguido recordarlas, pero también habría podido llenar el silencio con mil imágenes intrascendentes adheridas a su abundante memoria involuntaria.

—Capaz que sí —respondió ella—. No me acuerdo.

—Comíamos siempre pan con mermelada. Tu mamá la ponía en unos pocillos de porcelana blanca, con dibujos azules de animales. Leones, elefantes. Y una jirafa.

—A mí me gusta la mermelada de mora. Claro, siempre me ha gustado —dijo Carla, que evitaba enganchar, no tenía tiempo para la nostalgia.

Gonzalo quería que se quedara. Y quería, al menos, tocarla. Tocarle un hombro, tocarle el pelo, por ejemplo, pero le parecía imposible acercarse, porque ella estaba apurada, y no solo por eso: de pronto Carla había construido una distancia que no hacía sino aumentar.

—¿Cómo se llama tu hijo? —le preguntó Gonzalo de sopetón.

Quería anular la distancia con una frase cálida y casual que sin embargo sonó como pregunta de detective o de funcionario público o de vecino entrometido. No le preguntó si tenía un hijo, lo dio por hecho. Y también dio por hecho que ese hijo era hombre. Creía que al decirlo así, de esa manera abrupta, se mostraba dispuesto, como creía estar, como estaba, a empezar algo o a retomarlo. Creía que su frase decía que no le importaba que ella tuviera un hijo. Que estaba preparado para cualquier cosa.

—¿Quién te contó?

—Nadie.

Carla sintió el escrutinio opresivo de muchas miradas. «Tu cuerpo es el cuerpo de una mujer que ha tenido un hijo», decía alguien, tal vez Gonzalo, tal vez otro hombre, un desconocido; sintió que Gonzalo era el vocero de una comitiva de hombres que la miraban sin piedad, con burlesca curiosidad —también algunas mujeres la inspeccionaban y se reían de ella o la compadecían con una sonrisa adusta: revisamos todas las marcas de tu cuerpo, recabamos toda la información que proporcionan las marcas de tu cuerpo y llegamos a la conclusión de que algo lo estropeó, probablemente un hijo, seguramente un hijo echó a perder tu cuerpo para siempre.

Se sentía revelada, acusada y maltratada y sin embargo miró a Gonzalo a los ojos y tuvo ganas de besarle los párpados y las ojeras y morderle la nariz. Se comió el pan de a poco, para que el silencio durara más, para no estar obligada a responder. Y se acabó el pan y seguía sin contestar.

—No tengo un hijo —dijo finalmente—. Tengo una hija que se llama Vicenta.

Era mentira, porque era madre de un niño llamado Vicente. Mintió instintivamente, tal vez para

que Gonzalo no fuera el mejor alumno del curso, el que acierta todas las respuestas. En ese momento decidió que no lo vería nunca más, así que no estaría obligada a explicarle esa mentira.

—¿Y qué edad tiene? ¿Tres años? —preguntó Gonzalo.

—Seis.

—¿Y el papá?

—Tú parece saberlo todo —dijo Carla, sin ninguna gana de solapar la ironía—. ¿Qué crees que pasó con el papá?

—Que ya no estás con él.

—Positivo —dijo Carla.

—Es un nombre original, Vicenta —dijo Gonzalo, para matizar la tensión, en realidad pensaba que era un nombre horrible.

—Es un nombre raro, pero me gusta —dijo Carla.

—¿Y Vicenta está ahora con el papá?

—No —dijo Carla, cortante—. El papá ya no existe. Vicenta está con mi mamá. Y tengo que irme.

Le dio un abrazo como de amiga y se fue.

Carla ni siquiera le había dado su número de teléfono, que durante las semanas siguientes Gonzalo trató inútilmente de conseguir, hasta que se le ocurrió llamar al número de siempre, el mismo cuyas últimas dos cifras había finalmente acertado, que aún sabía de memoria pues seguía siendo el que más veces había marcado a lo largo de su vida. Contestó la misma Carla, que seguía viviendo en esa casa, pero ahora sola con Vicente. Fue una llamada por momentos tensa y anacrónica, porque ya había pasado el tiempo de las llamadas largas por teléfono fijo.

—Quiero verte —dijo Gonzalo, por enésima vez, hacia el final de la conversación, obligado al todo o nada.

—Yo no quiero verte pero quiero que me lo metas por el culo —dijo ella, con placentera vulgaridad—. Y para que me lo metas por el culo tenemos que vernos.

Consecuentemente, las dos primeras citas fueron meros encuentros sexuales. En la tercera conversaron un poco más, sobre todo acerca de Vicenta —Carla le habló de los vestidos que le compraba a la niña, de lo mucho que le gustaba su habitación rosada con las paredes repletas de ilustraciones de hadas y princesas, y de cómo Vicenta era, según todo el mundo, el vivo retrato de Carla. A la cuarta cita, en un restorán italiano, Gonzalo llegó con un regalo para Vicenta: una muñeca de intrincadas trenzas negras, que en todo caso a Vicente le gustó muchísimo. Recién a la quinta cita, en el departamento de Gonzalo, Carla le confesó la verdad, pero lo hizo, por cautela, después de tirar, porque en algún minuto pensó que él se enojaría o que no entendería que le hubiera mentido. Gonzalo no se enojó y sí lo entendió y hasta, sin saber muy bien por qué, se disculpó.

—¿Y tiene seis años o no? ¿También me mentiste sobre la edad?

—¿Tienes whisky? —le preguntó, con una entonación ligeramente más grave.

—Tengo puro vino tinto.

—Dame.

Mientras Gonzalo descorchaba una botella, ella se puso los calzones y la polera, como poseída por un repentino y tardío pudor. Bebió de un sorbo la copa de vino y pidió la segunda ronda enseguida, parecía necesitar todo el alcohol del mundo para soltar la frase siguiente. Se llevó las manos a la cara, como si le dolieran los ojos, antes de decir:

—Vicente es tu hijo. Cuando nos separamos estaba embarazada pero pensé que no tenía sentido contarte.

El silencio que sobrevino fue larguísimo. Gonzalo estaba helado, conmovido, en cierto modo herido, pero también hasta casi entusiasmado. Harían falta muchos adjetivos para describir lo que sentía. Tuvo la visión súbita de un hijo de edad imprecisa, casi adolescente, se imaginó recibiendo su saludo gélido y hostil, y se sintió muy estúpido enseguida, cuando Carla no aguantó más y estalló en una carcajada que se convirtió al instante en un ataque de risa.

—Entonces es broma —dijo Gonzalo, con un hilo de voz.

—Claro que es broma, Gonza —dijo Carla, que tosía a la vez que trataba de recuperar la seriedad—. Vicente tiene seis años, en eso no te mentí. Y por supuesto que no es hijo tuyo.

A Gonzalo esa frase tan tajante le sonó ofensiva. «Y por supuesto que no es hijo tuyo», repitió

mentalmente, como registrando una información sombría y dolorosa.

—Lo que quise decirte es que no me importaba que tuvieras un hijo, que estaba dispuesto a todo —explicó Gonzalo más tarde.

—¿Y todavía estás dispuesto a todo?

—Sí —dijo él sin dudarlo.

Acordaron que la sexta cita tendría lugar en un restorán peruano que quedaba cerca de casa de Carla. Gonzalo llegó a recogerla a la hora señalada, ella le pidió que esperara en la reja, era evidente que no quería que conociera a Vicente, al menos hasta que la cosa fuera en serio, aunque ella misma no estaba segura de querer algo serio, ella misma no sabía si estaba dispuesta a todo. Gonzalo pasó cinco minutos mirando la fachada de la casa, un poco angustiado, como si lo obligaran a pasar las páginas de un anuario escolar. Era exactamente la misma imagen que guardaba en la memoria, salvo que el limonero ahora casi copaba el antejardín: le pareció que ese árbol era un adulto metido a la fuerza en la cuna de una guagua. Seguía mirando todo con la actitud de un pintor que proyecta una obra futura cuando Carla regresó y le dijo que era mejor que la esperara en el living, porque la niñera venía atrasada.

En lugar del amplio sofá de cuero donde se instalaron tantas veces en los tiempos del poncho, había ahora dos sillones y un enorme futón gris atiborrado de cojines verdes y azules. Las paredes seguían siendo blancas, pero era un blanco que a Gonzalo le pareció más absoluto o más frío: más blanco. Recordó las reproducciones de pinturas famosas que había antes en la pared principal — Velázquez, Van Gogh, Carreño—, reemplazadas ahora por fotografías de Sergio Larraín enmarcadas con prolijidad pero no muy bien impresas. En vez de lámparas colgantes había lámparas de pie, y la alfombra con arabescos negros y rojos que antiguamente le daba al lugar una graciosa solemnidad había cedido el espacio al piso helado de ladrillos rojos. La impresión de Gonzalo fue la de haber ingresado a un museo completamente remodelado pero que conocía bien; un museo del que, de alguna manera, él también formaba parte.

Sentado en el borde de un sillón, Gonzalo parecía lo que era, un pretendiente, le faltaba nada más que el ramo de flores. Desde el segundo piso le llegaban las voces de Carla y de Vicente, que armaban un recado ambiguo, indescifrable, pero también, en cierto modo, alentador: una especie de indirecta bienvenida. Luego las voces se extinguieron y Gonzalo pensó que conocía ese silencio de bocinazos, ladridos y zorzales. Tardó en percibir la presencia de Vicente, que llevaba un rato arriba, en la escalera, mirándolo.

Un niño alto, flaco y cabezón, con inmensos ojos negros y húmedos, comiendo o más bien devorando un puñado de alimento para gatos: esa fue la primera imagen que Gonzalo tuvo de Vicente. El niño bajó la escalera con coquetos pasos tentativos y el pretendiente lo saludó con esa alegría exagerada y penosa característica de quienes no están acostumbrados a tratar con niños. Vicente no le contestó, pero lo miró con picardía y se acercó para ofrecerle, ceremoniosamente, un poco de su comida, que Gonzalo no sabía que era para gatos: se echó a la boca, por pura cortesía, el aparente puñado de galletas o cereales, y casi vomitó ahí mismo. El niño articuló una sofisticada sonrisa de bromista consumado.

Por entonces Carla llevaba ya un tiempo batallando con la adicción de su hijo a la comida para gatos. Al comienzo estaba preocupada no por el niño sino por la misteriosa delgadez de Oscuridad, una gata negra de insólitos colmillos enormes que Vicente había insistido en adoptar. La hipótesis obvia era que algún otro gato lograba colarse a robar la comida de Oscuridad, y a Carla le costó trabajo descubrir que ese otro gato era en realidad Vicente, porque el niño procedía con cautela y tenía la precaución de lavarse los dientes inmediatamente después de su cotidiano banquete de pellets. Lejos de sospechar, Carla se vanagloriaba de lo bueno que era su hijo para lavarse los dientes, y solamente cuando la profesora le advirtió que Vicente llevaba alimento para gatos como colación y hasta promovía su consumo entre los demás niños, comprendió la repentina pasión de su hijo por la higiene dental. Intentó erradicar de plano la mala costumbre, pero Vicente se negaba a comer cualquier otra cosa.

El doctor le explicó a Carla que el asunto era bastante común y que también había niños adictos a la comida para perros, lo que en todo caso era menos frecuente, puesto que el alimento para perros era más duro y al parecer considerablemente menos sabroso para el paladar humano. Según el doctor no había nada estrictamente tóxico o nocivo en la comida para gatos, aunque desde luego no era el alimento más balanceado o nutritivo del mundo. El único peligro real, aseguró, eran los gérmenes del gato. Había que quitarle al niño de a poco la adicción: disminuir paulatinamente la dosis como si el niño fuera adicto al chocolate o al algodón de dulce o a la embriagadora fragancia del pegamento.

De manera que cada tarde Vicente recibía, junto a su leche de vainilla y una hallulla con palta, un puñado cada vez menos abundante de Whiskas, en un plan de racionamiento que también consideraba sus preferencias alimentarias: del Whiskas de salmón, que sin duda era su sabor favorito, pasaron al de carne, y luego al de pollo, que era el que menos le gustaba, cosa por lo demás curiosa, porque en materia de alimentos «reales» Vicente prefería el pollo a la carne y la carne al salmón.

—Ahora le doy solo un poquito del de pollo —le explicó Carla a Gonzalo, mientras compartían ceviches en el restorán peruano—. Y espero en unas semanas quitárselo del todo.

—Igual no era asqueroso, pero me tomó por sorpresa, esperaba algo dulce.

Enseguida, casi sin hacer la pausa para cambiar de tema, Gonzalo agregó:

—Yo sé que no querías que conociera a Vicente.

—No quería, pero quizás las cosas tienen que pasar así —respondió Carla, como hablando

consigo misma.

—¿Así cómo?

—Sin pensarlas. Sin pensarlas tanto.

Durante las siguientes semanas, a punta de paseos al parque y helados de pistacho, empezó a escribirse el borrador de una familia, pero ninguno de los dos tenía claro que ese borrador pudiera convertirse en un libro. Aunque Gonzalo era el más entusiasta, ambos se comportaban como esos escritores que en vez de perderse en paralizantes disquisiciones se limitan a echarle para adelante, confiando en que la abundancia se traducirá, a la larga, en unas cuantas páginas razonablemente buenas. No había para qué retroceder o corregir o imprimir o cambiar el tamaño de la letra, porque lo pasaban bien y se reían muchísimo, que era todo lo que deseaban, en especial Carla, que venía de vuelta: se había encaprichado ingenuamente con un sujeto lamentable que la había convertido en madre de un hijo que a su vez la había transformado en algo así como una solitaria esclava voluntaria —un niño al que adoraba, pero cuya llegada había aniquilado su idea de futuro, una idea a decir verdad nunca del todo elaborada, o elaborada sin solidez, con resabios fantasiosos. Arrinconada por los hechos, su nueva idea de futuro era bastante más precisa y no incluía, en principio, el amor, al menos no en su modalidad turbulenta-desestabilizadora-apasionada, y tampoco andaba en busca de un padre para su hijo o algo así, más bien al contrario: se imaginaba sola, con algún amorío puertas afuera, concentrada en su trabajo y en el niño, ojalá en ese orden. Por ahora ni siquiera tenía propiamente trabajo: de nueve a cinco oficiaba de secretaria en el bufete de su padre, y aunque no le desagradaba tanto contestar el teléfono o coordinar reuniones o actualizar los archivadores, y su sueldo no era malo, ser la secretaria de su padre era para ella una humillación cotidiana que a veces le parecía merecida y casi siempre irreversible.

La irrupción de Gonzalo removía sus planes. No creía estar enamorada de él, pero habría sido incapaz de afirmar lo contrario. No tenía dudas de esto: necesitaba su compañía, lo quería a su lado, lo más cerca posible, y él no se resistía, para nada. Entonces, quizás, si alguien la hubiera obligado a decidir si estaba enamorada de él, ella habría dicho que sí, aunque solo fuera para justificar sus decisiones, siempre ligeramente ensombrecidas por las dudas, lo que suena medio mal, pero está bien, porque todo es así, todo tiene sombra.

En cuanto a Gonzalo, no solo hubiera declarado sino también proclamado su amor por Carla, a pesar de que a veces temía que esa inesperada vida de familia enterrara para siempre sus proyectos, que en todo caso ya no eran tan idiotas ni tan espectaculares como en la adolescencia. En la facultad había ganado un par de becas pero igual tuvo que estudiar con crédito universitario, y luego trabajó en cualquier cosa —telefonista, mozo, cartero, escritor fantasma de estudiantes ágrafos, redactor de folletería en una cadena de farmacias— antes de recalar en un preuniversitario donde en lugar de hablar de poesía se dedicaba a enseñar trucos y atajos para enfrentar la prueba de ingreso a la universidad. Seguía proyectando viajes y libros, pero su sueño principal era conseguir un trabajo realmente vinculado con la literatura, y también pretendía depender menos de la milagrosa y sanguinaria tarjeta de crédito que había conseguido después de llorarle en la cara a un despistado o compasivo o tal vez negligente ejecutivo de cuentas. Aún aspiraba a alguna clase imprecisa de relevancia y su amor por la poesía se mantenía intacto, pero ya no soñaba con convertirse en un Pablo Neruda o un Pablo de Rokha o un Nicanor Parra, ni siquiera, por así decirlo, en un Oscar Hahn o un Claudio Bertoni: aspiraba a ser considerado un

buen poeta, nada más; aspiraba a que sus poemas figuraran en las antologías, quizás no en todas, pero en algunas, en las buenas.

Las primeras noches que Gonzalo se quedó a dormir fue harto difícil tener sexo o más bien — es la expresión que él usaba, con intención cómica— sexo de calidad. Como tantas madres separadas, Carla había dormido con su hijo durante años, y aunque había empezado a reeducarlo meses antes de reencontrarse con Gonzalo, se trataba todavía de un proceso en desarrollo. El niño solía bajar en mitad de la noche para instalarse entre su madre y Gonzalo, como la espada que se interponía entre Tristán e Isolda. La desatada lucha edípica incluía gruñidos, manotazos, patadones y hasta cabezazos, pero las hostilidades se suspendían en horario diurno, porque prácticamente desde el primer día Vicente había visto en Gonzalo a un formidable compañero de juegos, algo así como un amigo divertido que, como si no tuviera familia propia, se quedaba en la casa demasiado tiempo, incluso a dormir. Al niño siempre parecía sorprenderle que Gonzalo se quedara a dormir. La llegada de una cama king size solo sirvió para redimensionar el campo de batalla. Si la superficie del colchón era un mapa, Vicente representaba algo así como un pequeño y beligerante país mediterráneo, un país menor que sin embargo era motivo de constantes debates entre las grandes potencias, porque a veces arreciaban las discusiones: si bien, en abstracto, Carla estaba incluso más interesada en el sexo que Gonzalo, él reclamaba que ella no hacía nada para propiciarlo. El mayor punto de controversia era la negativa radical de Carla no solo a ponerle pestillo a la puerta sino a cerrarla del todo, porque honestamente pensaba que, de hacerlo, tardaría en escuchar los eventuales requerimientos de su hijo.

Salvo por las contadas noches que los padres de Carla invitaban a Vicente a alojar (ahora vivían en un amplio departamento en Ñuñoa) y algunas escapadas matinales a moteles (harto más decentes, dicho sea de paso, que el de sus primeros encuentros), Carla y Gonzalo estaban condenados a tirar en un tenso y monacal silencio y en posiciones no muy creativas. Por cierto, el segundo —o penúltimo— peldaño, el mismo que en tiempos del poncho les servía de centinela, ya no funcionaba. O sea, funcionaba mejor que nunca, porque se supone que los peldaños no deben crujir, y el peldaño de marras, inexplicablemente, había dejado de crujir. Lo primero que Gonzalo hizo cuando, a casi un año exacto del reencuentro, se mudó oficialmente a la casa de Carla fue desatornillar un poco esa tabla, pero los resultados del arreglo (o desarreglo) fueron deficientes: el peldaño parecía haberse acoplado definitivamente y seguía resistiéndose a emitir su característico sonido. Gonzalo probó con una amplia variedad de tornillos y con todas las tablas de la escalera, sin ningún éxito. Una mañana de sábado se dedicó a armar un collar de cascabeles que el niño se echó al cuello alegremente —«mi hijo no es un gato», dijo Carla, escandalizada, con extraña seguridad. Como último recurso, Gonzalo colgó el collar con cinta adhesiva en un extremo de la tabla, pero comprobó que incluso si un adulto se atrevía a bailar tap o zapatear una cueca en el famoso peldaño, los cascabeles emitían apenas un ruidito tímido, completamente insuficiente para servir de centinela.

En busca más o menos desesperada de una salida, Gonzalo fantaseaba con la posibilidad de que Vicente alojara en casa de su padre algunos fines de semana. Era en rigor la solución más sencilla, pero Carla no estaba dispuesta siquiera a conversarlo con León. Llevaban muchos años sin verse y era raro que hablaran por teléfono: lacónicos correos electrónicos y el no siempre puntual depósito paterno de una magra suma de dinero en la cuenta de ahorros materna eran las

únicas evidencias de interacción. Nada más.

El protocolo para evitarse estaba perfectamente establecido desde un principio. Los días de visita Carla conducía a la casa de los abuelos paternos del niño y tocaba la bocina cinco veces seguidas para que la abuela saliera a recoger a Vicente, y León lo devolvía a las siete de la tarde a esa misma casa, frente a la cual Carla estacionaba a las ocho y tocaba nuevamente la bocina cinco veces y la abuela salía a la reja a dejar al niño y saludaba a Carla alzando las cejas con calculado desdén. Cuando Gonzalo apareció en esta historia, el protocolo incluso se perfeccionó, porque se convirtió él en el encargado de trasladar al niño a casa de sus abuelos paternos.

Una mañana Gonzalo decidió, sin consultarlo con Carla, proponerle a León un arreglo. A contrapelo de lo establecido, se bajó del auto con Vicente, tocó el timbre e insistió en esperar a su eventual antagonista, que todavía no llegaba. El niño se fue al patio a jugar con Adamo, un insufrible y quejumbroso perro salchicha. Gonzalo los miró por el ventanal y pensó que Vicente era el niño más hermoso del mundo y que Adamo era el perro más feo del mundo. No estaba claro a qué hora llegaría León, pero Gonzalo iba preparado para una espera larga: llevaba en la mochila una voluminosa antología de poetas franceses contemporáneos y una botella de litro y medio de agua mineral, pues suponía que los abuelos del niño no le ofrecerían ni un vaso de agua —a la media hora apareció el padre de León con un vaso de Bilz y un plato con tres galletas de soda, y si bien el viejo ni siquiera lo saludó, para Gonzalo ese gesto constituyó cortesía suficiente.

A León la presencia de Gonzalo lo sorprendió pero también le hizo gracia. Mientras conversaban iba cortando en rodajas un salame y en un principio hablaron más de lo rico que estaba ese salame que del régimen de visitas. León disfrutaba del nerviosismo de Gonzalo, que no sabía bien cómo concretar la conversación, cuyo propósito para León era obvio: sabía reconocer a un pobre hombre que lo único que quería era acceder a una vida sexual como la gente. Quedaba menos de un cuarto del salame cuando Gonzalo por fin se aventuró con una propuesta.

—Fin de semana por medio —dijo, intentando sonar recio y sensato.

—No, compadre —dijo León—, un fin de semana al mes.

—A ver, tres días en el mes. Un sábado o un domingo y luego un sábado y un domingo.

—¿O sea dos fines de semana al mes, uno parcial y el otro completo?

—Exactamente —dijo Gonzalo, con la ilusión dibujada en las comisuras de los labios.

—Ni cagando, flaco, no me conviene. Un fin de semana al mes. Tómalo o déjalo.

—Ok, pero de viernes a lunes. Lo recoges en el colegio los viernes en la tarde y lo dejas ahí mismo los lunes en la mañana.

—Trato hecho, sociate —dijo León.

Adicionalmente, quizás porque no estaba completamente seguro de haber ganado, León abordó el siempre controversial asunto de los gastos adicionales: ya no compartirían los costos de la ropa ni de los textos escolares ni de las actividades extraprogramáticas del niño, que en todo caso se limitaban a unas clases de natación bastante baratas.

A Carla la idea de que Vicente alojara un fin de semana entero en la casa de León le pareció horrible —fue una discusión agotadora, la primera realmente seria y también la primera que Gonzalo ganó, argumentando que al niño le haría bien conocer mejor a su padre («saber quién es,

verdaderamente, su padre» fue su frase ganadora). Carla tuvo que resignarse a imaginar al niño sumido en una incesante maratón de hamburguesas y Cartoon Network. Gonzalo también pensaba que extrañaría a Vicente, a quien comenzaba a querer como a un hijo propio o como él creía que querría a un hijo propio, pero por supuesto estaba eufórico.

El primer fin de semana sin Vicente siguió rigurosamente el plan trazado por Gonzalo. La noche del viernes se entregaron a un encuentro sexual con predecibles disfraces que igual consiguió ser memorable, el sábado almorzaron sushi en la cama, pasaron la tarde viendo en DVD la segunda temporada de *Los Soprano* y se dieron largos baños de tina a la espera de que llegaran (1) los amigos gays de ella + los amigos gays de él, y (2) las amigas solteras de ella + los amigos poetas de él (que eran todos solteros y heterosexuales), y la cosa consistía en tratar de emparejarlos, lo que funcionó muy bien en (1) y muy mal en (2).

Al final de la noche estaban como taguas y el amanecer los sorprendió dormidos en el futón. Aunque el domingo (que empezó, en rigor, a las dos de la tarde), gobernados por la caña, prometieron no beber nunca más, adoraron esa dosis de irresponsabilidad y también disfrutaron de la condición de anfitriones. Ya estaban aburridos de las completadas, pícnicos y asados que hasta entonces caracterizaban la vida social en familia.

La menos contenta era Oscuridad, que odió esa invasión de amigos y la ausencia prolongada de Vicente y tampoco parecía aprobar la repentina concupiscencia que imperaba en la casa. A las siete de la tarde, después de un polvo tranquilo, como conviene a los convalecientes, Gonzalo fue al baño y de pronto se encontró con la mirada de Oscuridad fija en su pene. Su primera reacción fue cubrirse, como si la mirada de la gata le provocara vergüenza, pero enseguida soltó una carcajada y hasta meneó las caderas para que Oscuridad contemplara su pene y sus testículos en movimiento, y luego bailó y cantó una especie de tarantela ante la mirada atenta de la gata. Carla se sumó al tiro al baile, y si alguien los hubiera visto habría pensado que eso era la felicidad: bailar en pelotas en el living, sin música, interminablemente.

Un año más tarde, en marzo de 2003, Carla por fin pudo volver a estudiar. En principio había pensado en retomar Psicología, pero prefirió matricularse en Fotografía en un instituto, porque era una carrera corta y porque su afición a tomar fotos era una de las pocas cosas que habían sido constantes en su vida. A su padre la idea no le hizo gracia, pero terminó aceptando que Carla abandonara su puesto en la recepción del bufete para cumplir el rol más ambiguo de asistente a tiempo parcial. El aporte de Gonzalo fue clave, porque consiguió coordinar su ajetreada agenda de profesor-taxi —ahora trabajaba en tres preuniversitarios y daba un curso de introducción a la literatura en una universidad privada— con la aún más exigente rutina de Carla, que dividía su jornada entre el bufete y el instituto, donde tomaba clases sobre todo vespertinas y también los sábados. Casi todo el contacto del niño con su madre consistía en fugaces conversaciones soñolientas a la hora del desayuno.

Hasta entonces Gonzalo se había apegado al rol cómodo de hermano mayor o de tío indulgente o de payaso puertas adentro. Sus primeros meses a cargo de Vicente fueron, por lo mismo, desastrosos. Cuando lo ayudaba a hacer las tareas, Gonzalo sentía que él también era un niño obligado a hacer las tareas. Algunas le salían fáciles, tenía cierto talento como cocinero y hasta le parecía interesante el arduo aprendizaje del planchado (decía que planchar una camisa era mucho más difícil que escribir una sextina). Supervisar, en general, la conducta del niño, sin embargo, se le hacía cuesta arriba: Vicente se comportaba como una ardilla astuta y caprichosa o como un avezado prisionero empeñado en desafiar al gendarme nuevo e inexperto. Aún más complejo era enfrentar esas tardes en que el niño, sin motivos precisos, abandonaba su proverbial alegría para convertirse en un pequeño dinosaurio sentimental —Gonzalo recurría a la demagogia de las pizzas y trataba de hablar con él, pero recibía de vuelta una sonrisa quieta, ensimismada.

Lo más difícil era llenar o disimular la ausencia de Carla; por momentos lo conseguía, aunque en la medida en que se aproximaba la noche la derrota comenzaba a volverse inapelable. Hacer dormir a Vicente era un reto mayor, porque su capacidad de juego era suprema y porque los cuentos que solía leerle Carla perdían toda la gracia en voz de un extraño: eran una pura excusa para el vínculo amoroso, para la preciada rutina de la intimidad.

—No quiero que me leas —le dijo el niño a Gonzalo una noche—. Me duermo solo, mejor. O leo yo solo. Ya sé leer, hace rato.

—Pero no te vas a dormir.

—No me voy a dormir, pero quiero estar solo.

No era una provocación. La presencia de Gonzalo a los pies de su cama funcionaba para el niño como una parodia. Era mejor ahorrarse la escena.

—No te voy a leer —dijo Gonzalo—, pero me voy a quedar aquí hasta que te duermas.

—¿Para qué?

—Para acompañarte.

—Córtame las uñas, entonces.

—¿Las de los pies?

—Sí, las de las manos me las como.

—Pero no deberías comértelas.

—Pero me las como.

Nunca antes Vicente había pedido que le cortaran las uñas de los pies, que por cierto no le importaban nada, pero las tenía tan largas que casi no le entraban los zapatos. Gonzalo se puso nervioso, nunca le había cortado las uñas a Vicente ni a nadie y en realidad ni siquiera estaba satisfecho con la forma en que se cortaba sus propias uñas.

—¿Quieres que te enseñe a cortártelas? —le preguntó.

—No. Quiero que me las cortes tú.

Empezó, con supersticiosa cautela, su inesperado trabajo. Los pequeños pies de Vicente le parecían tremendos. ¿Por qué no tienen nombres los dedos de los pies? De pronto le pareció increíble y acaso injusto que a nadie se le hubiera ocurrido bautizarlos. Gonzalo pensaba en eso y a la vez dudaba, tal vez simplemente desconocía los nombres de los dedos de los pies.

—Igual te voy a contar un cuento —dijo, cuando ya casi terminaba su labor.

—Cuéntame un chiste, mejor —dijo Vicente.

—Te puedo contar un cuento que también sea un chiste. Un cuento chistoso.

—Mejor cuéntame un chiste.

—Bueno. Un adivino se encuentra en la calle con otro adivino y le pregunta: ¿cómo estoy?

Vicente soltó una risa exagerada, como de público cautivo, aunque no estaba claro que hubiera entendido el chiste.

—Cuéntame otro —rogó Vicente.

Gonzalo se sabía muchos, siempre había sido bueno para contar chistes, pero en ese momento no recordaba ninguno. Y se moría de ganas de fumar.

—Bueno, pero espérame un rato, vengo al tiro —le dijo.

Eran casi las diez de la noche, Carla solía volver a las nueve y media. Qué pasaría si no volviera, pensó Gonzalo mientras fumaba en el antejardín. Siempre imaginaba lo peor, era más o menos experto en conjeturar escenarios horribles, en parte porque sentía que al anticiparse al dolor conseguía evitarlo. Nunca tiembla cuando pensamos que va a temblar y cuando manejamos pensando en accidentes horribles no pasa nada. Y cuando alguien tarda lo suficiente como para que alcancemos a pensar que nunca va a regresar, sucede que de repente llega y luego es casi imposible contarle que por unos segundos, en medio de un cigarro, creímos que no volvería; suena exagerado, es exagerado.

Justo entonces, como si quisiera confirmar esa teoría, Carla llegó —subió de inmediato a la pieza del niño.

Gonzalo se quedó en el antejardín, prendió un segundo cigarro y siguió pensando en lo que pasaría si Carla no llegara más, si se muriera. Imaginó que Vicente era ya un adolescente y seguían viviendo los dos en esa misma casa, después de varios años de tristeza plena. Imaginó que se acompañaban, que a veces hablaban de fútbol o de literatura o de líos amorosos, unidos para siempre por el hábito del duelo. Incluso tuvo la visión de que pintaban la casa: Vicente tenía quince, dieciocho años, era más alto que Gonzalo. Una mañana soleada agarraban sus brochas y empezaban a pintar la fachada. Hacían una pausa para compartir unos panes con queso y tomar limonada. Y escuchaban las noticias de la radio. Y fumaban o tosían o silbaban, con la ropa manchada y los hombros doloridos.

Estaba juntando ganas para lavar los platos cuando Carla entró a la cocina.

—Vicente no quiere dormir, dice que le debes un chiste.

—Voy.

Subió la escalera de a dos peldaños, contento. Oscuridad dormitaba a los pies de la cama y al ver a Gonzalo soltó un bostezo tal vez demasiado largo y se puso a lamerse el pelaje con singular energía. El niño, en efecto, estaba completamente despierto.

—Un solitario se encuentra en la calle con otro solitario y no lo saluda, porque ambos son solitarios —improvisó al fin Gonzalo.

—Eso no es un chiste.

—Es un chiste —dice Gonzalo—. Un chiste malo, pero un chiste.

—¿Y qué más?

—Ahí termina.

—Qué fome.

—Bueno, al volver a su casa se acuerda de ese otro solitario y se arrepiente de no haberlo saludado y tiene ganas de verlo de nuevo.

—¿Y lo vuelve a ver?

—Sí, pero unos días más tarde, cuando vuelven a encontrarse por casualidad.

—¿Dónde?

—En la playa.

—¿En cuál playa?

—En una playa vacía.

—¿Cómo se llama la playa?

—Playa de los Solitarios.

—¿Y está llena de solitarios?

—No, todos los días va uno solo. Pero esa mañana, por casualidad, fueron dos.

—¿Y ahora sí se saludan?

—Sí.

La historia era mucho más larga o quizás eran varias historias con los mismos protagonistas:

—El solitario 1 invitaba al solitario 2 a jugar solitarios, pero como el solitario es un juego de naipes que se juega en soledad decidían sentarse en mesas contiguas, cada uno con un mazo de naipes, sin conversar ni hacer contacto visual, aunque a veces se saludaban alzando las cejas mentalmente.

—El solitario 1 y el solitario 2 discutían quién era el solitario 1 y quién el 2 y lógicamente ninguno quería ser el solitario 2, porque la existencia de un solitario 2 suponía la existencia de un solitario 1 y por lo tanto de una soledad más plena.

—Tras un larguísimo noviazgo, el solitario 1 decidía casarse consigo mismo y a la boda únicamente invitaba al solitario 2, que seguía soltero.

Vicente se reía a gritos, el relato duró casi una hora, daba la impresión de que nunca se quedaría dormido. Y el narrador estaba eufórico con su sorpresivo, amplio e incuestionable triunfo, así que también tuvo problemas, luego, para dormir.

A veces odiaba no exactamente que Vicente no fuera su hijo, sino haberlo conocido tan tarde. Sentía que había llegado a mitad de temporada a una serie que igual le parecía disfrutable y comprensible, pero ciertos detalles de pronto revelaban que no, que en esos primeros capítulos que no había visto y nunca podría ver estaban todas las claves de la historia. Le parecía que Vicente ya estaba formado, completamente hecho, para bien y para mal: ya era, en potencia, quien sería en el futuro. Carla le hablaba del tiempo de los pañales infinitos, de las agotadoras pataletas, de los abundantes caprichos y temores, y él callaba pero pensaba que si entonces hubiera estado a cargo todo habría sido distinto. Otras veces pensaba, con absurda y efusiva melancolía, que era en cierto modo su culpa haber llegado tarde.

Criar a Vicente era un bello desafío pero a punta de vacilaciones, errores e historias de solitarios consiguió estar a la altura. Salían todas las tardes, a veces al cine (vieron cuatro veces *Buscando a Nemo*) o a andar en bote en la laguna del Parque Intercomunal o a comprar cualquier cosa. En el supermercado, adonde iban todos los sábados, elegían los productos sin pensar en los precios ni en la calidad: optaban por el detergente de colores más atractivos o la marca de cloro de nombre más chistoso. La plata no les sobraba, pero compraban de todo: manjar, Nutella, quesos, embutidos, un montón de cereales y exóticas frutas importadas que ni siquiera les gustaban demasiado.

El paseo por la sección de juguetes era, naturalmente, el momento estelar, porque el niño conseguía muchísimo más de lo que su madre solía concederle. Una tarde, sin embargo, inexplicablemente, Vicente no quiso nada: miró el pasillo entero sumido en herméticas especulaciones, y aunque en un momento pareció que había elegido una pelota de básquetbol, que por unos segundos dominó con destreza, al final anunció, con un desgano medio violento o desafiante, que no quería esa pelota y que no quería nada. A Gonzalo le costó entender lo que pasaba, pero prefirió no preguntarle, lo mejor era fingir que ni siquiera había notado su comportamiento anómalo.

—Dicen que Santa Claus no existe —lanzó el niño, mientras esperaban su turno para pagar, en un tono que quería ser casual, como si comentara una noticia curiosa vista al pasar en la tele.

Recién entonces Gonzalo notó que, aunque noviembre acababa de comenzar, el supermercado ya estaba repleto de adornos navideños.

—Dicen tantas cosas raras, ¿no?

—Pero lo dice mucha gente.

—¿Por qué lo llamas Santa Claus?

—Porque así se llama.

—Pero antes lo llamabas Viejito Pascuero.

—*Viejo* Pascuero. Nunca le dije *Viejito*. Y Santa Claus es el nombre real —dijo Vicente, tajante.

—También le dicen Papá Noel. Y San Nicolás, creo. En Chile le decimos Viejito Pascuero. No sé cómo es en otros países.

Ponían los productos en la bandeja, se notaba que siempre procedían de la misma manera:

sacaban del carro primero los paquetes más grandes y los ordenaban intentando dar forma a una pirámide.

—¿Tú también has escuchado eso? —preguntó el niño.

—¿Que el Viejo Pascuero no existe?

—Sí.

—Muchas veces, desde chico; desde que tenía tu edad que vengo escuchando ese maldito rumor, ya me tienen chato.

—¿Y qué piensas? —preguntó Vicente.

—Yo lo conozco, ha venido a comprar aquí —los interrumpió la cajera, solidariamente.

—¿De verdad? —dijo Gonzalo.

—Por supuesto —dijo la cajera.

—¿O sea que compra aquí los regalos? —Gonzalo sonaba emocionado.

—Claro que no, y tampoco viene vestido de Viejito Pascuero. Es demasiado famoso, imagínense. Viene con lentes oscuros y un pasamontañas, para que nadie lo reconozca ni le pidan autógrafos. Se viste bien sencillo, con bluyines y pantuflas. Compra su whisky, su quesito chanco, sus omeprazoles, y se va. El otro día compró además un abanico, para el calor.

Vicente miró a la cajera con gravedad, con ansiedad. Ella le sonrió. Un cintillo verde ocultaba parcialmente su pelo, que también era verde, casi del mismo tono.

—Y ustedes, ¿son hermanos?

—No —contestó Gonzalo, titubeando.

—¿Y entonces qué son?

La cajera lo preguntaba para meter conversación, para cambiar de tema, para coquetear un poco. A sus veintiocho años, Gonzalo se veía joven, pero no tanto como para que alguien dudara de que fuera padre de un niño de ocho. Igual podrían ser hermanos, se parecían un poco: ambos eran morenos, delgados y altos, de ojos grandes, los de Vicente más grandes, también su pelo era más negro y menos liso que el de Gonzalo. Al comparar sus facciones afloraría, quizás, la semejanza; la forma de la cara, sobre todo la nariz más puntuda de Vicente. Al mirarlos minuciosamente, un experto tal vez habría postulado que no eran padre e hijo, pero la gente no suele mirar minuciosamente a nadie, y al verlos juntos todos pensaban o asumían que lo eran. La señora Sara, por ejemplo, que llevaba un año yendo a hacer el aseo dos veces por semana, hacía poco había escuchado que hablaban de «el papá de Vicente» y de esa manera se enteró de que Gonzalo y Vicente no eran padre e hijo. No podía creerlo, dijo, a su juicio eran iguales, si hasta se reían de las mismas cosas.

—¿Y entonces qué son?

La pregunta de la cajera seguía en el aire después de veinte segundos, una cantidad insólita de tiempo para la preparación de una respuesta en apariencia tan sencilla. Vicente se dio cuenta de que Gonzalo estaba paralizado. No quería responder, pero sentía la mirada anhelante del niño, sentía la responsabilidad de responder.

—Amigos —dijo Gonzalo finalmente—. Somos amigos.

La cajera respondió con una sonrisa cautelosa y no preguntó nada más.

Amigos, rumió Gonzalo en el auto, invadido por una pesadumbre que hubiera querido descifrar o descartar de plano. Pensaba que debería haberle dicho a la cajera que era el papá o el

tío del niño o simplemente que no se metiera en asuntos ajenos. Pero hay que usar las palabras, matizó enseguida, buscando una nota ligera, o al menos liberadora. La palabra *padraastro*, la palabra *hijastro* son tan feas en español, pero hay que usarlas. Hay que usarlas o quizás inventar otras.

Vicente iba concentrado en los cables del tendido eléctrico, le gustaba mirarlos, le gustaba pensar que eran como rasguños en el cielo, pero Gonzalo dejaba crecer el pensamiento de que el niño estaba dolido o decepcionado. Del supermercado a casa había unas diez cuadras, habían hecho mil veces ese trayecto diciendo trabalenguas o imitando pájaros o escuchando a Los Bunkers o las canciones del programa *31 minutos*, pero esa tarde nada resultaba fácil para Gonzalo.

En el último semáforo antes de llegar a casa, una mujer de unos cincuenta años se abalanzó sobre el auto para limpiar el vidrio delantero. Gonzalo buscó resignado unas monedas mientras la mujer procedía con una destreza mecánica y frenética que también tenía algo de solemne. Como hacía siempre en esos casos, Gonzalo le pasó las monedas a Vicente para que fuera el niño quien entregara la propina.

—No va a alcanzar —dijo Vicente, súbitamente interesado, pero la mujer alcanzó, claro, era su trabajo: terminó un segundo antes de que dieran la luz verde, y el niño extendió la mano para darle la propina. Ella lo miró con extrañeza, ofendida, no aceptó las monedas: sus enormes ojos comunicaban un profundo desconcierto.

—La conozco —dijo Carla esa noche, cuando Gonzalo relató la escena.

Estaban echados en el pasto del patio trasero, descalzos, tomando vino blanco. Celebraban que Carla se había sacado un siete en Iluminación II.

—¿Cómo que la conoces?

—¿Nunca la viste? Yo la veo casi todas las mañanas, a la salida del metro. Es la loca que se pone en Providencia. En la esquina de Eliodoro Yáñez con Providencia.

—Pero no fue en esa esquina. Fue aquí mismo, a dos cuadras.

—¿O sea que la loca no puede cambiar de barrio?

—A mí me pareció que no estaba loca —dijo Gonzalo, en el tono de quien se dispone a reconocer una culpa—. Estaba ofendida, creo. No sé por qué. Igual, está todo el día en la esquina limpiando vidrios y le dan las monedas a un niño para que se las pase. Para que aprenda la caridad, la limosna. Es horrible. O no es horrible, pero es humillante.

—Pero no lo hiciste con mala intención —dijo Carla, dulcemente.

—Pero es humillante.

—¿Era una tipa flaca, con el pelo ondulado? ¿Muy flaca?

—Sí.

—Con los ojos desorbitados, ¿cierto?

—¿Los ojos desorbitados, como los locos en las caricaturas?

—Los ojos grandes y muy expresivos —dijo Carla—. Verdes y oscuros. Yo creo que es esa loca de Eliodoro Yáñez. Es conocida justo por eso.

—¿Por el color de sus ojos?

—No, porque limpia los vidrios pero no acepta que le paguen. Lo hace gratis. Lo hace por placer.

—Por placer —dijo Gonzalo, remedándola—. No veo qué placer pueda sentir alguien limpiando los vidrios en un semáforo. Todo el mundo te rechaza. Debe ser una mierda trabajar en un semáforo.

—Yo creo que los malabaristas y los acróbatas lo pasan la raja. Y los bailarines de axé —dijo Carla, en broma.

—¡Son trabajos horrendos!

—Estoy hueveando. Es evidente que esa mujer está más loca que una cabra.

—No creo que esté loca. A lo mejor no entendió nomás, le molestó que fuera el niño el que le diera las monedas. O tal vez para ella es el conductor el que debe darle la limosna, no el copiloto —dijo Gonzalo.

Acababa de cometer un error garrafal, pero tardó unos segundos en darse cuenta. Desde hacía unos meses, siempre con el propósito de hacer de esas salidas los dos solos momentos memorables, y siempre que fueran trayectos breves, Gonzalo permitía que el niño ocupara el asiento del copiloto, que era algo expresamente prohibido por Carla.

No tenía mucho que ganar en esa discusión, como solía pasar cuando peleaba con Carla, que manejaba los énfasis con astucia, de manera que ni siquiera la recriminación más injusta sonara excesiva. Gonzalo estaba dispuesto de antemano a aceptar la totalidad de la culpa y su silencio era como de castigado, como de penitente. Carla se embarcó en una perorata sobre compromiso, confianza y responsabilidad que incluía datos y alusiones a estudios y a noticias de accidentes horribles, e incluso inventó, como broche de oro, una convincente estadística de niños copilotos muertos. No parecía que exagerara, la verdad: al escucharla era casi imposible no dejarse persuadir por la idea de que llevar a un niño en el asiento del copiloto era solo un poco menos cruel que agarrarlo a coscachos o abandonarlo en medio del desierto.

Gonzalo sabía que merecía el sermoneo, y sin embargo, cuando salió de la boca de Carla la palabra *traición*, que le pareció tan injusta, tan fuera de lugar, tan excesiva, la culpa se evaporó automáticamente.

—Te pido perdón por cuidar a Vicente todos los días —dijo Gonzalo.

—En estas cosas se nota que no eres el papá del niño —le contestó Carla.

Gonzalo la miró con asombro y desprecio. Se agarró el pelo con la mano izquierda y con la derecha arrancó una abundante champa de pasto.

—Soy mucho mejor papá que ese conchesumadre fome, feo, mediocre y pusilánime saco de mierda que te lo metió.

La frase era medio agramatical, pero casi todas sus aseveraciones relativamente justas. La fomedad de León estaba fuera de discusión y lo peor es que creía ser divertido, si es que no fascinante; su rutina diaria estaba llena de chistecitos obvios y obsoleta galantería. Gonzalo era, en cambio, muchísimo más divertido e intenso, y aunque a veces le venían los ataques de timidez o de seriedad, por lo general sabía captar la atención de los demás sin avasallarlos. Sabía conversar, sobre todo: escuchar, esperar, acelerar, detenerse.

Ni León ni Gonzalo habrían sido candidatos en un certamen de belleza, ni siquiera a nivel municipal o vecinal, y sin embargo la ventaja de Gonzalo también era en este punto indiscutible, porque los seis años de diferencia se notaban —ninguno de los dos practicaba deportes, pero el tiempo trabajaba a favor de Gonzalo, León lucía especialmente carreteado para los estándares de un hombre de treinta y cuatro. Las espinillas, por cierto, habían desaparecido completamente de la cara de Gonzalo. Los accidentes en el cutis de León, en cambio, recordaban la superficie lunar, y su gordura parecía irreversible. La belleza del niño era, por el lado del padre, difícil de comprender: al verlos juntos se llegaba a advertir el parecido, pero también surgía la sospecha de que la madre de Vicente debía ser —como de hecho era— despampanante.

Acerca de la mediocridad: Gonzalo no era ni se creía un héroe, al contrario, arrastraba el sinsabor de luchas perdidas y batallas incompletas, pero también ganaba ampliamente en esta pasada, porque no era el mejor profesor del mundo ni se perfilaba como un poeta importante, pero intentaba con lucidez y valentía ser algo así como un padre para Vicente, mientras que León, que era abogado, no se dedicaba a causas nobles ni nada por el estilo sino a tratar de hacer dinero y ni siquiera en eso destacaba. Como padre habría sido hasta generoso calificarlo de mediocre.

Sobre la palabra *pusilánime*, no correspondía; León no era pusilánime, al menos no con claridad o no todo el tiempo. Aunque solo habían hablado aquella mañana del salame, Gonzalo había notado que León conjugaba mal el verbo *prever* (que pronunciaba *preveer*, como buena

parte de la población chilena, incluyendo a casi todos los locutores de radio y televisión) y que decía *latente* queriendo decir *patente* (idem). No eran errores tan atroces, pero a Gonzalo lo irritaban particularmente. Entonces tal vez lo acusó de pusilánime por el puro placer de decir una palabra que León habría tenido que buscar en el diccionario. Pero León ni siquiera se habría molestado en buscar esa palabra en el diccionario. Hay gente que cuando escucha una palabra que no conoce simplemente se caga de la risa.

La expresión *saco de mierda* es antinatural y por lo mismo le otorga a la frase algo de fuerza. A Gonzalo le salió ese insulto porque además de hiriente quería ser original. *Saco de huevas*, *ahuevonado*, *mermelada de huevas*, *amermeado*, *hijo de puta*, *gil culiao* o cosas más antiguas como *saco de pelotas* o *saco de pernos* habrían sido menos ofensivas que esa expresión desusada y por lo mismo efectiva.

Lo verdaderamente grave era por cierto esa salida final, *que te lo metió*, que ponía en escena los celos e insinuaba que Carla era una especie de puta. Igual la acusación tenía un dejo infantil, como si Gonzalo acabara de descubrir cómo se hacen los niños.

Carla no respondió. Se calló, se ensimismó. Y mientras se comía unos brócolis con mayonesa decidió que permanecería en silencio indefinidamente. Gonzalo se sirvió un whisky doble que se tomó de un trago, igual que los malos actores beben los tragos falsos en las películas. Y sí se sentía, de algún modo, el sufriente protagonista de alguna película. Cerró la puerta de la cocina de un portazo, a pesar de que despreciaba esa costumbre, y se llevó la botella al cuartito de afuera, donde trabajaba.

Se creen generosos porque ponen cien lucas mensuales, pero nunca hicieron una tarea con sus hijos, que de todas maneras los quieren, los incluyen en todos los dibujos. Aunque no lleguen. Porque a veces no llegan. Los padres biológicos, los padres separados, los padres puertas afuera son todos la misma mierda. A veces no llegan y no pasa nada. Les ha sido dada esa garantía. Pueden desaparecer y siguen siendo esperados, perdonados, bienvenidos, y cualquier demora, cualquier reclamo, cualquier cosa se arregla con un paquete de cabritas o unos sibilinos osos de peluche.

Los niños se aburren como ostras en el estadio mirando unos partidos tristes y lentos. Mientras sus padres se desgañitan puteando a los árbitros, sus hijos pasan los noventa minutos absortos en sus chocolitos y creminos y maníes confitados. Luego, ya casi reventados de azúcar, los niños recogen sus cajitas felices en el McDonald's y sus padres aprovechan para zamparse unas hamburguesas dobles o triples y hasta con tocino, y apuran unos desmesurados vasos de aguachenta Coca-Cola. Y luego, con los dedos todavía impregnados del aceite de las papas fritas, esos hombres tan sacrificados se dedican a sorbetear sus sundaes con salsa de caramelo y piden innumerables cafecitos expresos mientras sus hijos bucean angustiosamente en esas estúpidas piscinas de pelotas multicolores.

De vez en cuando miran a los niños de reojo mientras conversan con las abnegadas mamás solitarias o con las cariñosas acompañantes de los niños, que tal vez son sus hermanas mayores pero en ningún caso parecen mayores de edad. Y quizás hasta se llevan un libro al McDonald's los conchas de su madre, para reforzar su aura de hombres serios, responsables, hasta sensibles. Capaz que citen a Ernesto Sabato o a Rubén Darío o que se carrileen disertando sobre Roque Dalton y que recomienden *El lado oscuro del corazón* o *La sociedad de los poetas muertos*, que no son sus películas favoritas, porque estos huevones son más de *Arma mortal* o de *Máxima velocidad*, pero igual saben cuáles son las películas que sirven para engrupir. Sus hijos constituyen la carnada perfecta para atraer minas cada vez más deslumbrantes e ingenuas. Minas cada vez más jóvenes y desinhibidas y complacientes, que premian el presunto esfuerzo, la pretendida abnegación de esos padres ocasionales, ilusionadas, atoradas con la promesa de un futuro que con cueva dura dos meses.

Esas pololas fugaces lo aceptan todo, de buena gana, con automática resignación, no se cansan nunca de escuchar la cantinela de los papás dominicales, porque de tanto repetirlo el parlamento va cobrando cuerpo y coherencia y sobre todo ritmo y vuelo dramático —hablan de la imposibilidad de proyectarse, de cambiar, de comprometerse, porque ya tienen un hijo, que es lo único que importa, porque ya tienen un hijo que lo es todo. Dicen que darían la vida por ese hijo, que cada mañana, cuando flaquean las fuerzas, piensan en la sonrisa de ese hijo y que por eso trabajan, por eso respiran, por eso están pensando seriamente en dejar de fumar, de tomar, por eso ya dejaron casi completamente la cocaína; por eso piensan en revisarse el colon, el colesterol, la próstata, todo.

Han sido bendecidos, ennoblecidos, legitimados por el perfume de la experiencia, pero no saben nada de nada. Son parásitos, son tumores inextirpables, meros rostros posando para las cámaras: radiantes, relajados, bronceados, psicoanalizados, descansados, livianitos; son

victimarios disfrazados de víctimas, porque hasta parece que no hubieran sido ellos quienes insistieron mil veces, en todos los tonos, incluyendo ataques de ira y zamarreos varios, en abortar. Parece que no hubieran sido ellos quienes buscaron clínicas clandestinas inmundas a precios módicos. Parece que no fueran ellos quienes no solamente los pocos días en que ejercen mediocrementemente su rol, sino también el resto del tiempo, sienten que sus hijos son una carga, la prolongada consecuencia de un irremediable condoro.

Y mientras discursen e inspeccionan escotes —han desarrollado la habilidad de mirar a los ojos y a las tetas simultáneamente— hay otros hombres, unos pobres huevones, criándoles al cabro chico las veinticuatro horas del día. Hombres que cometieron la torpeza de enamorarse de las mujeres que ellos alegremente desecharon. Hombres que ordenan la casa y que hasta cocinan y lavan los platos con denigrante entusiasmo. Hombres ridículos que evitan el azúcar, la sal y las grasas saturadas. Hombres mansos como caballos de feria, preocupados de cuidar el agua, ridículamente angustiados por el futuro del planeta y resignados de antemano a las múltiples críticas de sus mujeres exageradas, malagradecidas y crueles.

Gonzalo garabateó todo eso en un archivo y trató de darle la forma de un poema rabioso y arbitrario, un poema que se parecía poco o nada a los que habitualmente escribía, hasta que simplemente se le acabaron las palabras. Se quedó mirando la pantalla, como un televidente que se resiste a aceptar que se cortó la luz. El rugido del camión de la basura lo sobresaltó, se puso de pie, prendió el enésimo cigarro y miró sus libros con distancia, casi con curiosidad, como si pertenecieran a otra persona. Entonces, como concretando un pensamiento no formulado, tomó el diccionario y buscó la palabra *padraastro*. Leyó la primera acepción: «Marido de la madre, respecto de los hijos habidos por ella.» La segunda decía directamente «Mal padre». La tercera le era desconocida: «Obstáculo, impedimento o inconveniente que estorba o hace daño en una materia.» Hasta la cuarta acepción, más bien técnica, le pareció humillante: «Pedazo pequeño de pellejo que se levanta de la carne inmediata a las uñas de las manos, y causa dolor y estorbo.»

Diccionario de mierda, Real Academia Española de la concha de mi madre, pensó. ¿Quién era el mal padre, el obstáculo o impedimento, quién era el que estorbaba, el que hacía daño? ¿No debería estar viviendo él en un perfectamente amueblado departamentito de soltero, donde podría acostarse con medio Santiago, donde podría culiarse a minas mucho más ricas que las que probablemente se culiaba el papá de Vicente? ¿Acaso no se lo merecía, en cierto modo?

Lengua española de mierda, pensó de nuevo, ahora en voz alta, en el tono medio científico de quien constata o aísla un problema. Ninguna palabra española terminada en el sufijo *astro* significaba o podía significar más que desprecio e ilegitimidad. El calamitoso sufijo *astro* «forma sustantivos con significado despectivo», decía la RAE: *musicastro*, *politicastro*. La misma fuente definía la palabra *poetastro* simplemente como «mal poeta».

—¿A qué se dedica tu padraastro?

—Mi padraastro es un poetastro. —Imagino a Vicente respondiendo eso.

No es un problema exclusivo de la lengua española, descubrió después, mientras revisaba la pila de diccionarios de otras lenguas acumulados al final del estante inferior. Buscó también en internet y anotó en unos post-its, como si fuera necesario recordarlas siempre, las palabras *padraastre*, *patrigno*, *stiefvater*, *stefar*, *stedfar*, *ojczym*, *üvey baba*, *beau-père*, *duonpatro*, *isäpuoli*, y hasta transcribió laboriosamente las palabras en árabe, chino, ruso, griego, japonés y

coreano. Luego estuvo media hora buscando la palabra mapuche para designar al padrastro. No la encontró.

La palabra inglesa *stepfather* le parecía tanto más amable, fina y precisa que la palabra *padraastro*, signada por ese estúpido sufijo peyorativo. «The husband of one's parent when distinct from one's natural or legal father», decía el diccionario Merriam-Webster, simplemente. Y el Larousse definía la hermosa palabra francesa *beau-père* distinguiendo dos acepciones, ninguna de ellas despreciativa: «Père du conjoint» y «Second époux de la mère, par rapport aux enfants issus d'un premier mariage». A Gonzalo le pareció un detalle finísimo que en francés los roles de *suegro* y *padraastro* coincidieran en una misma palabra (aunque el padre de Carla le caía como patada en la guata)

Eran las cuatro de la mañana, pero igual llamó a Ricardo, un sabelotodo lingüista amigo suyo. Tuvo suerte, porque a esa hora el especialista estaba lo suficientemente borracho como para recibir la llamada con naturalidad. Ricardo le habló de *Las estructuras elementales del parentesco*, de Claude Lévi-Strauss, y citó una chorrera de otros estudios. Gonzalo le preguntó si en mapudungun existía la palabra *padraastro*.

—Para los mapuches —le dijo Ricardo, con repentina dicción profesoral—, el *chau* es el compañero de la madre, da lo mismo si es el padre biológico o no. *Chau* es el nombre de una función, la función-padre.

—¿Y cómo distinguen al padre del padrastro?

—Te digo que no les interesa diferenciarlos.

—¿Y el *chau* divorciado cambia de nombre?

—No. Bueno, no cacho tanto, pero creo que no. O sea, si fuiste *chau* lo sigues siendo, aunque haya otro *chau* ocupando tu lugar.

—O sea que un niño puede tener dos *chau*.

—Claro. O más.

A Gonzalo le pareció un criterio justo y genial. Decidió que realizaría una exhaustiva investigación y que luego entrevistaría a hablantes de los más diversos idiomas y les preguntaría no sabía bien qué, no conseguía articular ni vislumbrar la pregunta crucial, pero algo voy a preguntarles, pensó. Y también decidió que escribiría ya mismo una carta a *El Mercurio* sobre las distintas palabras que designan al «marido de la madre respecto de los hijos habidos por ella».

Un ensayo pase, pero ¿una carta al diario? ¿Cuánto tiempo tardó en recordar que él no era, para nada, como la gente que escribe cartas a *El Mercurio*?

Se quedó dormido cabeceando sobre el escritorio. Ahí despertó, en medio de un acogedor círculo de baba, poco antes del amanecer. Fue a la pieza y se metió en la cama, lo más lejos posible de Carla, que dormía con la mano derecha atenazando la sábana.

El domingo transcurrió como estaba previsto: no se hablaron, se evitaron mutuamente, las únicas palabras que pronunciaron iban dirigidas al niño o al gato. Recién después de almuerzo Gonzalo recordó su proyecto-padrastro y le pareció, en efecto, una insensatez. En el segundo piso sonaba la hipnotizante música de Super Mario World, lo que Gonzalo interpretó como un llamado, porque ese juego solían jugarlo juntos, Vicente en el rol de Mario y Gonzalo en el de Luigi. El propio Gonzalo había conseguido esa consola —un compañero del magíster se la había cambiado por las obras completas de Cervantes, que tenía repetidas—, a esas alturas ya casi obsoleta, los

amigos de Vicente tenían la Nintendo 64 o la Play1.

Subió a la pieza del niño, se sentó a su lado y de inmediato recomenzaron la partida de dos players que tenían grabada. Durante un par de minutos Gonzalo miró en silencio los porfiados empeños de Mario para rescatar a la princesa Toadstool.

—¿Te acuerdas de esa mujer en la caja? —preguntó Gonzalo, sintonizando un forzado tono inicial. Era casi una pregunta retórica, acababa de suceder, parecía imposible que el niño no la recordara.

—Sí —respondió Vicente, absorto en el ritmo del juego (Mario arriesgaba el pellejo para recoger unas monedas de oro).

—La que nos preguntó si éramos hermanos, digo.

—Sí —respondió el niño, con algo de tedio.

—¿Y qué respondí yo?

—Que somos amigos.

—Y es verdad, somos amigos —dijo Gonzalo.

—No es verdad —interrumpió Vicente.

—¿Por qué? —preguntó Gonzalo con un temor súbito, tremendista.

—Porque ella tenía razón, somos hermanos —dijo Vicente, con un proyecto de sonrisa en los labios.

Cualquiera hubiera presentado que venía un chiste, pero Gonzalo, que seguía medio desesperado, no fue capaz de anticiparlo.

—O sea, ahora —dijo Vicente—. Somos hermanos. Yo soy Mario y tú eres Luigi.

—Aaaah —dijo Gonzalo, aliviado.

Mario cayó al abismo y Gonzalo no tuvo claro si era una maniobra desafortunada o Vicente se había dejado ganar. Gonzalo tomó su control —que él llamaba, a la antigua, *joystick*— para reanudar la travesía de Luigi:

—Yo soy tu padrastro. Y tú eres mi hijastro. Suena feo en español.

—Sí.

Era muy raro hablar de eso mientras Luigi saltaba dinosaurios, así que Gonzalo detuvo el juego.

—Pero hay que usar las palabras. Aunque no nos gusten. La palabra *padrastro* suena fea, pero es la palabra que tenemos. Hay otras lenguas donde la palabra es más bonita. Y en mapudungun no hay una palabra como *padrastro*. A los dos, al papá y al padrastro, se les llama *chau*.

—¿Chau?

—Sí.

—¿Y cómo saben quién es el padrastro y quién el papá?

—Es que no les importa, les importa la mamá, el *chau* es el hombre que acompaña a la mamá.

—¿Y si son lesbianas?

—Bueno, supongo que ahí son dos mamás.

Gonzalo quería sonar convincente, aunque no estaba para nada seguro de que la información que le había proporcionado su amigo borracho fuera fidedigna. Se tocó la barba rala de forma exagerada, como los intelectuales.

—¿Y tú quieres que te diga *papá*? ¿O *chau*? Sería raro. *Hola chau*.

—No —dijo Gonzalo enfáticamente—. Tú dime como quieras, es cosa tuya. Tal vez *padraastro*, que en otros idiomas no es una palabra tan fea.

—¿Y cómo se dice en inglés?

—*Stepfather*. Y en francés se dice *beau-père*.

—Ah. ¿Tú sabes francés?

—No, pero conozco esa palabra. *Beau-père* significa *padre bueno*.

Debió decir *padre bello* o *padre hermoso*, aunque quizás era mejor, para demostrar su punto, el concepto de *padre bueno*: Vicente tenía dos padres y uno era bueno y el otro malo o mediocre y resulta que el padre malo o mediocre era el padre verdadero.

—¿Y tú quieres que hablemos en francés?

—No. Lo que quiero decirte es que esta es nuestra lengua, nuestro idioma. Hay que usar las palabras, aunque no nos gusten. Y si las usamos lo suficiente, capaz que signifiquen algo distinto, capaz que logremos cambiar su significado.

Esta última frase tan hippie no pensaba decirla, simplemente le salió, quizás gatillada por la cadencia esperanzada que Gonzalo procuraba imprimir a sus palabras cuando hablaba con el niño: de pronto apareció una fe sorpresiva, un entusiasmo agazapado, latente. Vicente miró a Gonzalo en silencio, enteramente concentrado en la conversación.

—La próxima vez que nos pregunten voy a decir que soy tu padraastro y tú puedes decir que eres mi hijastro.

—Vale, padraastro —dijo el niño, en un tono casi solemne—. ¿Seguimos jugando?

—Sí.

La ley del hielo parecía interminable. Había sucedido otras veces, pero ahora, contra la costumbre, Gonzalo se mantenía firme, convencido de que no debía disculparse, y hasta disfrutaba un poco cuando notaba que Carla dejaba caer algún suspiro o alguna frase involuntaria que traslucía su disposición a reconciliarse. Llevaban ya diez días en eso cuando Mirta, la madre de Gonzalo, lo llamó para rogarle que fueran a una fiesta en honor al chucheta. Gonzalo quería ir solo o con Vicente, pero Carla insistió en sumarse.

El chucheta era el abuelo de Gonzalo y claro que tenía un nombre, pero es mejor quitarle ese privilegio. Tenía entre veinte y treinta hijos —quizás el viejo llevaba la cuenta, pero nadie se atrevía a preguntarle, porque también era posible que no tuviera ni idea. Absolutamente todos sus hijos tenían motivos para odiarlo, en especial Mirta, a quien el chucheta había abandonado a los cuatro años —simplemente recordaba que el papá se había ido y unos meses más tarde había regresado pero solo para llevarse todos los muebles de la casa, con excepción de las camas. De chica, Mirta solía encontrárselo en la calle y de vez en cuando llegaban noticias de él relativas al nacimiento de otros hijos —generalmente dos o tres por año— o a esporádicos trabajos —jefe de un taller mecánico, cantante de boleros en una fuente de soda, conductor de taxis o de micros, apostador en carreras de caballos (que no era un trabajo pero constituía su ocupación más frecuente)—, y más o menos cada dos años reaparecía en gloria y majestad y se instalaba en el living a repartir opiniones y contundentes declaraciones de amor, aunque desde luego nunca pedía perdón ni nada parecido, y casi siempre, a punta de promesas y piropos convencionales, conseguía quedarse a dormir («vas a ser mi mujer toda la vida»). A la mañana siguiente, el propio chucheta partía al almacén y en un dos por tres preparaba un desayuno que él llamaba «desayuno completo», que incluía un vaso de jugo de naranja, dobladitas con mermelada y mantequilla, panqueques con manjar y una sobremesa larga de historias asombrosas que Mirta y su madre escuchaban paralizadas de emoción. Y quizás el viejo se quedaba una noche más, pero nunca tres seguidas. El chucheta entendía la paternidad de esa manera, y contaba con la aprobación generalizada de un mundo en que enamorar y embarazar mujeres a diestra y siniestra funcionaba como un prestigioso método probatorio de la hombría.

Gonzalo había visto al chucheta solo una vez, a los siete años, una tarde en que apareció de la nada, con su hija más reciente, que entonces tenía cuatro:

—Gonzalito, esta es tu tía Verito —le dijo entonces, muerto de la risa.

Las visitas se quedaron hasta pasada la medianoche. Mirta tuvo que prestarle a su pequeña medio hermana un suéter. Se fueron en la destartalada Renoleta del viejo.

La invitación de su madre le pareció a Gonzalo inverosímil. Ella misma se había empeñado en contactar al chucheta y en conseguir los teléfonos de buena parte de sus medio hermanos, diecinueve de los cuales habían confirmado su presencia en el almuerzo, pero lo más sorprendente e indignante era que Mirta se había gastado todos sus ahorros para pagar la comida y arrendar la casa donde se llevaría a cabo la reunión. La madre de Gonzalo no tenía dinero, nunca había tenido, llevaba un tiempo complementando su exiguo sueldo de profesora con unos cursos vespertinos de inglés para pequeñas empresas, y oficialmente el sueño de su vida era viajar a

algún país —a cualquier país— donde se hablara inglés, para eso ahorra. Y sin embargo ahora al parecer su nuevo sueño era homenajear al chucheta. Gonzalo pensaba que los hijos del chucheta debían juntarse pero no para homenajearlo, sino para pegarle un balazo o unas cuantas patadas en los cocos o por último para darle entre todos una aleccionadora camotera, coronada por una generosa lluvia de pollos. No quería ir, pero Mirta se lo rogó («es mi papá, finalmente», «un padre es un padre»).

Era un viaje largo, a Talagante, Carla manejaba, Gonzalo miraba por la ventana los campos de almendros y nogales, Vicente jugaba a pestañar entre los postes de luz. Poco antes de llegar al cruce, Gonzalo fantaseó con la posibilidad de que siguieran de largo por la carretera hasta llegar al mar: sería genial bajarse cien kilómetros después y caminar por la playa bajo el sol razonable de comienzos de septiembre. Imaginó que se metían a un restorán a comer mariscales mientras bajaban lentamente una botella de vino blanco. Pensó en proponérselo a Carla, pero recordó la ley del hielo.

La reunión era un megaevento, con decenas de autos apilados en el caminito de tierra contiguo a una parcela de media hectárea, gobernada por unos cuantos espigados eucaliptos y una piscina enorme, casi desproporcionada. Gonzalo saludó a todo el mundo con fingida espontaneidad. Los invitados decían sus nombres, aportaban algunas señas distintivas, presentaban a sus hijos, que curioseaban por la casa o correteaban por el pasto o se iban directo a la piscina. Cerca de un pequeño corral de gallinas, Carla y Mirta conversaban como si fueran grandes amigas, aunque nunca habían congeniado. Vicente se mantuvo junto a Gonzalo. En situaciones como esas se apegaba a su madre, pero en ese momento le pareció más divertido acompañar a Gonzalo.

El patriarca se hacía esperar y por momentos primaba la sensación de que no llegaría: todos los hijos se veían sumamente nerviosos, como si su padre no los hubiera decepcionado nunca. Gonzalo y Vicente jugaban discretamente a adivinar quiénes eran los hijos del chucheta y quiénes los respectivos acompañantes. Ninguno de los hijos medía más de un metro setenta, todos eran más bien morenos, predominaban los flacos, había más hombres que mujeres, a todos les quedaba abundante cabello, y aunque el entusiasmo del sol prescribía lentes oscuras, igual era posible notar la primacía de los ojos casi negros y más bien pequeños. Por cierto, ninguna de las exmujeres del chucheta participó de la fiesta, porque a esas alturas la mitad lo odiaba con toda el alma y las demás estaban muertas.

El viejo apareció, finalmente, caminando a paso firme, con la guitarra en la mano derecha como si fuera un bastón, pero por supuesto no se apoyaba en ella, que parecía más bien formar parte de su cuerpo. Lo flanqueaba su hijo más joven, que ya no era la Verito, sino un chico de unos catorce años, maceteado, con corte de pelo y actitud de militar. Ya estaban listas las papas y el costillar, comieron en el patio, disputándose con diversos grados de disimulo la atención del chucheta.

Después de comer el padre de Gonzalo llevó al quincho una mecedora para que el chucheta se sentara y tomara la palabra. El hombre se aflojó con cierta dificultad la corbata de franela y agradeció con parsimonia la invitación antes de soltar una noticia que ninguno de los presentes conocía: acababan de diagnosticarle un cáncer de vesícula, el panorama era aún incierto, pero probablemente pronto debería someterse a una cirugía y luego vendrían la radioterapia y la quimioterapia («la quimio», dijo el chucheta, y sonó raro, como si hablara de una nueva polola).

Las expectativas no eran alentadoras.

—Es probable que me vaya pronto al patio de los callados —sentenció, con teatral resignación.

Gonzalo recordó a esos mendigos que fingen ataques de epilepsia en las micros y que después de convulsionar en el suelo se levantan atléticamente a vociferar su triste historia y se bajan con las manos llenas de billetes para costear los imaginarios medicamentos. Pero nadie puso en duda la veracidad de la noticia. Varios de los hijos, apelotonados en torno al viejo, rompieron a llorar inmediatamente, incluida la madre de Gonzalo.

—Por favor, papá, déjanos ayudarte a pagar el tratamiento, podemos hacer una vaca —rogó uno de los hijos que más se parecía al chucheta. Gonzalo pensó que era un palo blanco.

—No sé, para qué van a perder su dinero —respondió el chucheta, pero todos insistieron e intercambiaron gestos espontáneos para acordar luego la manera de juntar el dinero—. A ver, no vinimos hasta aquí para estar tristes —agregó el chucheta enseguida, con gallardía—. Si me muero hoy mismo, habré vivido ochenta y dos años muy plenos, muy felices. Y la mejor demostración de ello es este homenaje que esta espléndida tarde me hacen todos mis hijos y mis nietos.

—No vinieron todos —dijo Gonzalo, por puro aguar la fiesta, y de inmediato recibió una fulminante mirada reprobatoria de Mirta, una mirada que él no veía en el rostro de su madre desde hacía décadas.

—Bueno, no todos, pero la mayoría —dijo el chucheta, que acto seguido desenfundó jovialmente su guitarra y se lanzó a cantar «Como la cigarra». Su puesta en escena era impecable, con la voz entera, hermosamente grave, y los arpeggios nítidos de la guitarra:

Tantas veces me borraron,
tantas desaparecí,
a mi propio entierro fui
solo y llorando.

El chucheta cantó esa estrofa con una emoción adicional que parecía aludir a sus actuales circunstancias, reforzada por el dibujo raro de sus abundantes cejas canosas que alzaba intermitentemente, como poseído por un repentino tic.

Luego vino el turno de sus hijos. El viejo les había enseñado a todos, cuando niños, las mismas canciones; por suerte solo unos cuantos querían cantar, habría sido eterno. La situación era ridícula y penosa, como si audicionaran para un papel importante; cada intérprete se esforzaba por convertirse en el hijo predilecto de un padre como las huevas.

Vicente y Carla habían permanecido junto a Gonzalo, pero el niño se aburría y se fue a la piscina con su mamá, que metió los pies en el agua mientras tomaba a sorbos lentos una copa de vino tinto.

—¿Quién es tu papá? —le preguntó a Vicente una niña que llevaba frenillos y unos aparatosos flotadores verdes en los brazos.

—Mi papá no está aquí —respondió con naturalidad—. Vine con mi mamá y mi padrastro.

Carla desconocía los devaneos conceptuales de su pololo, pero al escuchar a su hijo usar esa palabra comprendió que algo había cambiado en la relación de Vicente con Gonzalo. No era la primera vez que el niño usaba la palabra *padrastro*, ya la había estrenado con sus compañeros de curso; inmediatamente después de la conversación con Gonzalo, había decidido adoptarla, más

por necesidad que por obediencia: necesitaba nombrar a la persona con quien compartía buena parte de su vida; necesitaba, sobre todo, aclarar que ese hombre no era su padre.

Conmovida, Carla miró hacia el quincho buscando al padrastro de su hijo entre los espectadores del guitarreo, pero no lo vio porque estaba en cuclillas, con la cara tapada, mientras escuchaba a Mirta cantar «Debut y despedida», de Los Ángeles Negros, la misma canción que ya habían interpretado dos de sus medio hermanos:

Debo aclarar que no es la vida mía,
que cualquier coincidencia es pura fantasía,
ya me olvidé de ese cariño falso
que hoy me viene a premiar con un aplauso.

Gonzalo sentía en carne propia la humillación de su madre, aunque ella se veía orgullosa, incluso desafiante, porque era la que mejor cantaba, seguro que si de verdad hubiera sido un concurso habría pasado a la final.

La tarde avanzó a puro guitarreo hasta que por fin la atención se dispersó y empezaron a servir una jugosa torta de piña, la preferida del viejo. Entraron al living, Mirta se sentó junto al chucheta en el sofá principal, con un pesado computador en la falda donde iba tomando nota diligente, en una tabla de Excel de celdas primorosamente coloreadas, de los nombres de los nietos del chucheta y de sus respectivas fechas de cumpleaños.

—Oiga, usted —dijo el viejo hablándole a Gonzalo, que se hacía el desentendido—. ¡Usted!

La madre de Gonzalo le sopló al viejo el nombre al oído.

—¡Gonzalito!

Vicente se acercó instintivamente a Gonzalo y lo tomó de la mano. Era un gesto raro o infrecuente, como si quisiera ayudarlo, aunque cuando un niño toma la mano de un adulto se presume que es el niño quien busca protección. También Carla se acercó. Los dos acompañaron a Gonzalo, que caminó lentamente a comparecer ante el patriarca.

—Tú me juzgas, ¿cierto? —dijo el viejo, cambiando al tuteo.

—Sí —respondió Gonzalo—. Por supuesto que sí.

—Yo me doy cuenta. Yo te observo.

—¿Y qué? —La voz de Gonzalo sonaba adolescente.

—Yo no te juzgo por juzgarme —dijo el viejo, en tono magnánimo—. Siempre me acuerdo de ti. Para tu cumpleaños y para Navidad. Gonzalo. Gonzalito. El Gonzalo. Siempre pregunto por el Gonzalo. No es culpa mía si no te pasan los recados.

Gonzalo iba a responderle, se le ocurrían doscientas ironías, pero vio que su madre miraba la escena angustiada, como si efectivamente llevara décadas sin pasarle a Gonzalo los recados del viejo, así que se limitó a lanzar una risotada escéptica y tomó en brazos a Vicente, que a sus ocho años ya estaba demasiado grande para ser cargado en brazos, pero se acurrucó como si tuviera sueño. El viejo siguió hablando:

—La Mirtita me dice que eres poeta. A ver, recítanos una poesía.

—No soy poeta, le informaron mal —dijo Gonzalo, intentando disimular la vergüenza.

—Ya, pues, no te achunches, recítanos una poesía, yo te acompaño en la guitarra. —El viejo

intentó de inmediato los acordes iniciales de «Lágrima», de Francisco Tárrega—. Yo conocí a Neruda y a Pablo de Rokha y a todos los grandes poetas chilenos. Una vez canté en una peña donde estaba Neruda, y al final se acercó a felicitarme y me regaló su bufanda.

Todos escuchaban al chucheta con la atención con que se escucha a un líder. Vicente, todavía en brazos, estaba expectante.

En ese momento Gonzalo sintió el peso del niño, eran veinticinco kilos que le partían la espalda, pero no quería dejar de cargarlo. Pensaba confusamente que en ese momento cargar a Vicente era su responsabilidad.

—Le informaron mal, caballero —repitió Gonzalo antes de salir al patio con el niño aún en brazos.

Alcanzó a oír que el viejo le preguntaba a su madre, aludiendo a Vicente:

—¿Y ese cabro chico tan lindo también es nieto mío?

Partieron a la media hora, fueron de los primeros en irse. Al momento de la despedida, Gonzalo abrazó al chucheta. Fue un gesto inesperado, de aparente reconciliación, pero en realidad lo hizo para decirle algo al oído.

—¿Qué le dijiste a mi papá? —le preguntó Mirta, mientras los acompañaba al auto.

—Nada —dijo Gonzalo, evasivo.

—Chao, abuelastra —interrumpió oportunamente Vicente.

—¿Por qué me dices así? —preguntó Mirta, contrariada.

—Porque eres la mamá de mi padrastro, o sea que eres mi abuelastra —respondió el niño.

El padre de Gonzalo también salió a despedirlos.

—Chao, abuelastro —dijo Vicente.

—Chao, nietastro —respondió jovialmente el aludido.

—¡Chao, familiastra! —gritó Vicente desde la ventana del auto, a manera de despedida.

En el camino de vuelta era Gonzalo quien conducía, Carla y el niño iban atrás, acurrucados.

—¿Qué le dijiste al oído? —preguntó Vicente, por enésima vez, cuando entraron a la carretera.

—Le dije que lo quiero mucho —contestó Gonzalo.

—No le dijiste eso, porque no es cierto —dijo el niño.

Gonzalo trataba de concentrarse en el camino. Imaginaba que el cielo soltaba unos gruesos goterones y debía activar el parabrisas y seguía con los ojos el vaivén de las varillas en el vidrio.

—Ya, dinos qué le dijiste —pidió Carla también.

No esperaba que Gonzalo respondiera en serio, no había mala intención. Él sintió que era absurdo que ella también lo presionara, si seguían oficialmente enojados.

—Ok, voy a decirles lo que le dije al oído a ese hombre —anunció Gonzalo, mientras adelantaba a un camión en una curva—. Le dije que no creo que tenga cáncer, pero que ojalá tenga cáncer y que el cáncer avance rápido y se muera mañana mismo y que nadie vaya a su funeral.

Carla lanzó un suspiro nervioso.

—Es mentira, es imposible que Gonzalo le haya dicho eso a su abuelo —le aseguró al niño, que la miraba expectante.

—No es mi abuelo —dijo Gonzalo—. Es el papá de mi mamá. Es un hijo de puta que abandonó a mi mamá y a todos esos subnormales que estaban en la fiesta. Es un conchasumadre indolente, despiadado y calentón que no merece el respeto de nadie.

—Contrólate, por favor —dijo Carla.

Pasaron diez minutos durante los cuales Carla trató de explicarle al niño lo que Gonzalo había querido decir. Vicente percibía el amenazante aire de verdad que rodeaba la escena. Cuando entraron a la casa, los tres estaban abatidos. Gonzalo abrazó primero a Vicente y enseguida a Carla. Les pidió perdón y les agradeció que lo hubieran acompañado. Dijo que no le deseaba la muerte a nadie. Y que realmente pensaba que el viejo no tenía cáncer, pero que probablemente estaba equivocado. Dijo que todos tenían derecho a ser perdonados (dijo eso muchas veces, parecía cura).

—¿Y eres poeta o no? —le preguntó Vicente más tarde, mientras cenaban.

De verdad no lo sabía. Sabía que Gonzalo era profesor y que leía mucho y que escribía cosas, pero escribir cosas no suena igual que escribir poesía y escribir poesía no suena igual que ser poeta.

—Escribo poesía, sí.

—¿Y por qué dijiste que no? —preguntó Vicente.

—No quería estar obligado a recitar un poema.

—Pero recítanos un poema —pidió Vicente—. A nosotros nomás.

—Sí, dale —dijo Carla, en el mismo tono anhelante de Vicente.

—Es que los poemas que yo escribo no son para recitarlos, son para leerlos en silencio —dijo Gonzalo.

—Qué fome —dijo Vicente.

—Puede que sea fome. —Gonzalo quería imprimirle a su voz ligereza y energía, pero no pudo evitar un remanente de dramatismo—. Es que yo no soy como mi abuelo.

—Tú nunca nos vas a abandonar —dijo Vicente, como jugando a adivinar la frase, que no era la frase que Gonzalo pensaba decir, en realidad no pensaba decir nada más.

—Nunca. Nunca los voy a abandonar —dijo sin embargo, y sintió el vértigo de las palabras definitivas.

Esa noche Carla y Gonzalo consumaron la reconciliación como perfectos bonobos y solo después del sexo, ya casi de madrugada, exhaustos, emprendieron una prolongada y para nada analítica competencia de disculpas que consagraba el empate y creaba la sensación de que toda esa violencia contenida era simplemente el resultado de un malentendido. Igual Gonzalo había ganado, porque Carla llevaba semanas imaginándose la vida sin él y pensaba que se había comportado como una tonta.

Vinieron días ajetreados y calurosos durante los cuales Carla dio sus exámenes finales en el instituto y Gonzalo corrigió los verbosos ensayos de sus estudiantes. Apenas tuvieron tiempo de planear las fiestas de fin de año.

—Los adultos se ponen de acuerdo para mentirles a los niños —dijo Vicente, con amargura, la mañana del 24 de diciembre.

—¿Y tú crees que eso es posible?

—Sí.

—Espérame dos minutos —rogó Gonzalo.

Vicente terminó de comer sus huevos revueltos desganadamente. Gonzalo regresó con un mamotreto de Chesterton y tradujo en directo para Vicente:

Personalmente, por supuesto, yo creo en Santa Claus, pero estamos en la temporada del perdón, así que estoy dispuesto a perdonar a los que no creen en él.

—Es un libro nomás —dijo Vicente—. Puede ser mentira. Y seguro que hay otros libros que dicen que no existe.

—Chesterton dice que hay gente que cree en el Viejo Pascuero y gente que no cree. Y que él cree. Y es un adulto —le dio risa erigir a Chesterton en representante de la adultez—. ¿Sabes quién fue Chesterton?

—Un escritor.

—Un gran escritor.

—¿Se ganó el Premio Nobel?

—No —admitió Gonzalo.

—Entonces no debe haber sido tan bueno.

Vicente seguía taimado, así que Gonzalo intentó otro argumento:

—¿Te diste cuenta de que con tu mamá estuvimos enojados varias semanas?

—Sí. Cómo no me iba a dar cuenta de eso. Tengo casi nueve años.

—¿Te has fijado en que tu abuela pelea con tu abuelo todo el tiempo, todo el almuerzo?

—Sí.

—¿Te has fijado en que Estados Unidos pelea con Cuba y con Rusia y con todo el mundo? ¿Y Chile con Argentina y con Bolivia y con Perú y Perú con Ecuador?

—¿Sí?

—Bueno, pero sí te has fijado en que los adultos se la pasan peleando.

—Sí.

—¿Y tú crees que esos mismos adultos que se pasan la vida peleando, así, de repente, van a ponerse todos de acuerdo para mentirles a los niños en Navidad?

Vicente se veía muy serio, pensativo.

—Tienes razón —le dijo, y se alejó con una sonrisa dubitativa.

Después de su brillante y desoladora argumentación, Gonzalo partió rajado al súper. El plan era que Carla se llevara a Vicente y volvieran a las tres de la tarde, de manera que Gonzalo tuviera un margen de varias horas para esconder la bicicleta y los demás regalos, pero no sabían bien dónde, pues suponían que, movido por las sospechas, el niño revisaría los roperos y toda la casa.

Era la tercera Navidad que pasaban juntos, pero ya podía hablarse de una tradición: dejaban una copita de algo y un pedazo de pan de Pascua junto al árbol de Navidad y unos minutos antes de medianoche salían a dar una vuelta por el barrio con el propósito de ver en el cielo el carruaje del Viejo Pascuero y luego, para reforzar la ilusión, reparaban en la caca de los renos en el suelo (que en realidad era la caca de los perros, los vecinos se ponían de acuerdo para no recogerla

durante un par de días). Al regresar a casa, el niño veía la copita vacía y el pan de pascua mordisqueado y por supuesto la profusión de regalos, que siempre eran muchos, porque aparte de los regalos verdaderos acostumbraban envolver toda la compra del supermercado, lo que además de generar la impresión de abundancia servía para que el niño entendiera que una lechuga o una lata de atún o tres tomates bien maduros eran dignos presentes navideños. Los falsos regalos llevaban etiquetas que estipulaban con claridad que el remitente era el Viejo Pascuero y el destinatario Vicente, de manera que el niño le agradecía a ese ente imaginario no solo los juguetes sino también las alcachofas o las sandías o los cereales y hasta cosas que le parecían repugnantes, como los kiwis o las berenjenas.

Gonzalo tardó un mundo en el supermercado, sobre todo esperando que le envolvieran los regalos falsos (los empaquetadores lo odiaron con toda el alma). Quería comprar la bici ahí mismo, pero ninguno de los modelos que quedaban lo convencía, así que tuvo que pasar a una multitienda donde vitrineó nerviosamente hasta encontrar una bici azul que se ajustaba a las expectativas y al presupuesto. Tardaron media hora en atenderlo y luego resultó que había problemas con la tarjeta y después lo pilló el tráfico, de manera que al regresar a casa, carbonizado por el calor —detestaba el aire acondicionado— y muerto de hambre, Carla y el niño ya estaban de vuelta y la recién rescatada ilusión navideña de nuevo corría peligro.

Cinco minutos antes de la medianoche salieron a ver al Viejo Pascuero. Gonzalo se devolvió, como siempre, con el pretexto de que había olvidado la billetera, y se tomó de un sorbo la copita de cola de mono y se tragó el pan de Pascua, que estaba medio pasado, y en lugar de los regalos dejó en una rama del árbol una enorme carta. Corrió para alcanzar a Carla y a Vicente. El niño siempre creía ver el carruaje del Viejo Pascuero, pero esta vez tardó más de lo habitual, y de hecho, mientras volvían a casa, solo Carla y Gonzalo afirmaron haberlo visto, Vicente decía que no estaba seguro y que la caca de los renos era sospechosamente parecida a caca de perro.

Al volver encontraron la copa vacía y el plato regado de migas pero ningún regalo. Para entrar a la casa había que subir un escalón no muy alto, de unos treinta centímetros, pero en su carta, escrita en tipografía Comic Sans MS tamaño 24, el Viejo Pascuero explicaba que andaba demasiado mal de la espalda como para subir escalones con tantos regalos a cuestas. Partieron los tres corriendo al auto, donde efectivamente estaban la bicicleta y los demás regalos. Vicente irradiaba alegría. Durante los días siguientes le contó a todo el mundo sobre los problemas a la espalda del Viejo Pascuero.

Para la Navidad siguiente Vicente ya había dejado de creer en el Viejo Pascuero, pero decidió fingir que seguía creyendo. En plan vengativo, pidió tantas cosas que Carla y Gonzalo tuvieron que explicarle que, si bien el Viejo Pascuero era el encargado de comprar y transportar los regalos, unos días más tarde enviaba la factura a los padres, que debían reembolsarle todo vía tarjeta de crédito.

En abril de 2005 descubrieron que a la gata le faltaba el colmillo superior derecho. Pensaron que alguien le había pegado, pero no parecía lastimada y se veía tremendamente cómica. Decidieron llevarla al veterinario, pero al día siguiente Oscuridad no estaba por ninguna parte. Vicente alcanzó a pegar carteles por el barrio, pero al final de la tarde la encontró en el fondo del ropero: también había perdido el colmillo superior izquierdo, y de su boca manaba una mezcla de sangre y saliva. Debajo de un calcetín huacho que le servía de almohada o de colchón estaban sus dos colmillos perdidos.

El veterinario les dijo que era necesaria la opinión de un especialista. Partieron los tres a Colina, donde tenía su consulta la única odontóloga de gatos en todo Santiago. Se detuvieron en una tienda a comprar una gatera para que Oscuridad viajara más cómoda.

La doctora Dolores Bolumburu era una mujer enorme de unos cincuenta años, con el pelo teñido de negro riguroso y los ojos azul claro, casi celestes. Tras examinar rápidamente la dentadura de Oscuridad, la especialista pidió una biopsia y estableció que, independientemente de los resultados, podría ser necesario extirparle a la gata la dentadura completa; había que empezar, en rigor, sacando los dientes contiguos a los caninos perdidos («se llaman dientes caninos, no colmillos», puntualizó), y solo en la operación se sabría si era necesario quitarlos todos o solamente algunos. Igual no era grave que Oscuridad perdiera todos los dientes, podía perfectamente comer sin ellos, dijo la doctora.

—¿Y qué pasa si no la operamos? —preguntó Gonzalo.

—Es incierto, depende de la biopsia. Básicamente, es posible que Oscurita...

—Oscuridad —corrigió Vicente, con el celo de un catedrático de la lengua.

—Puede que Oscuridad vaya perdiendo de a poco todos sus dientes y su calidad de vida disminuya de forma exponencial —dijo categóricamente la doctora Bolumburu.

—O sea hay que quitarle todos los dientes que de todos modos va a perder —dijo Gonzalo, con velada sorna.

—Sí, pero es mejor extirpárselos y propiciar la recuperación inmediata.

Mientras su asistente tomaba la muestra para la biopsia, la doctora elaboró el minucioso presupuesto de la cirugía. Carla y Gonzalo miraron la cifra con incredulidad. No tenían ni que conversarlo para convenir que pagar esa operación sería una locura: 552.000 pesos. Habrían podido considerarlo, eran tiempos de relativa bonanza: a Carla le faltaban unos ramos para titularse pero ya recibía algunos encargos para officiar de fotógrafa en matrimonios y graduaciones, y aunque estaba a punto de renunciar al trabajo en el bufete de su papá, todavía contaba con ese sueldo. El presente de Gonzalo era aún más auspicioso porque una universidad lo había contratado a media jornada, ya no estaba obligado a multiplicarse para cumplir con diversos empleadores y con excepción de las eternas cuotas del crédito universitario, ya casi no tenía deudas. Pero no era un asunto de dinero sino de principios: incluso si la vida de Oscuridad hubiera corrido verdadero peligro, no habrían pagado la operación.

Caminaron en silencio por un sendero empedrado en dirección al auto. Oscuridad pesaba casi

cinco kilos, pero Vicente insistía en cargar la gatera y le hablaba en el tono bajo y condescendiente con que le hablaban a él cuando estaba enfermo.

—¿Entonces cuándo la van a operar? —preguntó el niño al llegar al auto.

—Pronto —respondió Carla.

—¿Mañana?

—Espérenme aquí, tengo que ir al baño —dijo Gonzalo, y se devolvió a la clínica.

Tomó un vaso de agua y hojeó un intimidante ejemplar de *Animal Science Journal* mientras esperaba a la doctora. Nunca regateaba, en realidad detestaba esa costumbre, prefería endeudarse, pero en esta ocasión sentía que era su deber al menos intentarlo.

—Necesito que haga la operación por la mitad de ese presupuesto, señora —le dijo *señora* con la intención de negarle en la cara el título de doctora—. Incluso la mitad es demasiado.

—Eso es imposible —respondió la doctora Bolumburu.

—Usted no tiene idea de lo que esa gata significa para mi hijo. —Gonzalo pensó que el status de padre biológico ayudaría a la causa.

—Es lo que la operación vale —dijo secamente la doctora Bolumburu, que tenía un pie de limón sobre el escritorio y parecía ansiosa por zampárselo—. Lea bien el presupuesto. Ahí está todo detallado.

—Ya lo leí y me parece un robo a mano armada. Usted cree que somos huevones.

—Modere su lenguaje, señor Rojas.

—Entonces modere usted su presupuesto, señora Marlboro.

—Bolumburu.

—No sea usurera, usted es la única odontóloga de gatos en todo Santiago, tal vez en todo Chile.

—A mucha honra —dijo la mujer—. Y también trabajo con perros, conejos y hurones. Lo siento pero ahora estoy ocupada, no puedo atenderlo.

—Usted sabe que nos está robando.

—Si no tienen dinero para costear la salud dental de una mascota, que es de suma importancia, simplemente no deberían tener mascotas.

—¿Y una rebaja significativa? ¿Unas doscientas lucas menos?

—No es posible. El presupuesto refleja los valores reales de los procedimientos y...

—¿Cien luquitas menos?

—Esto no es una negociación, señor Rojas. Tengo unos minutos de tranquilidad antes de la próxima consulta, por favor, váyase.

—Chupasangre.

—Grosero.

—Mala persona.

—Feo.

Gonzalo agarró el pie de limón de la doctora, le dio una mascada voraz e iba a lanzar el resto contra la pared (quería atinarle a un diploma de la Universidad de Utrecht), pero estaba verdaderamente delicioso así que terminó de comerlo mientras corría de vuelta al auto.

—La operación será en junio, falta un montón de tiempo —dijo Gonzalo mientras se lamía los dedos y se abrochaba el cinturón.

—¿Y en qué mes estamos? —preguntó Vicente.

—En abril —respondió Gonzalo—. Son muchos meses.

—¿Y qué día de junio?

—El primero de junio.

—¿Y por qué no la hacen al tiro?

—Porque Oscuridad tiene que prepararse para la cirugía —dijo Gonzalo.

—Y porque no es tan fácil conseguir pabellón —terció Carla astutamente, y la conversación derivó hacia el significado de la palabra *pabellón*. En el camino a casa reforzaron la idea de que la cirugía no era urgente.

Aunque acababa de cumplir diez años, Vicente aún se resistía a abandonar del todo la cronología imprecisa de la infancia. Para él había un día largo que iba de lunes a viernes y otro más corto que era el fin de semana, y por supuesto estaban los hitos, como las vacaciones de invierno y de fiestas patrias, los cumpleaños familiares, la Navidad y el verano, que todavía eran las únicas coordenadas de verdad estables. Dilatar imaginariamente la operación era un ardid que tenía posibilidades de funcionar, porque el significado de junio era impreciso: estufas, goteras, sopaipillas pasadas, chalecos, antibióticos, aburrimiento.

Pero no funcionó, porque la enfermedad de Oscuridad le preocupaba como nunca nada le había preocupado antes. De manera que ese miércoles 6 de abril del año 2005, Vicente se volvió completa e irreversiblemente consciente del tiempo cronológico. Antes de irse a la cama se adueñó de un calendario con fotos de Cartier-Bresson que llevaba años en la cocina y tras un rápido proceso de edición con lápices de colores lo adaptó para la cuenta regresiva. Esa noche anunció con bombos y platillos que faltaban cincuenta y cinco días para el 1 de junio, y desde entonces siguió marcando y anunciando las fechas: cada mañana tarjaba el nuevo día para actualizar el plazo, que voceaba imitando el pregón de los feriantes. Y hablaba mucho sobre la operación, especialmente con la gata pero también con todo el mundo. Era su tema exclusivo.

Llegaron los resultados de la biopsia —tuvieron que sobornar a la secretaria de la doctora para conseguirlos—, que no fueron capaces de descifrar, pero prefirieron creer que la operación no era urgente y siguieron esperando que la fijación cronológica del niño amainara. Veinte días antes del *deadline* estuvieron a punto de decirle la verdad, pero les faltó valentía y no se dieron ni cuenta cuando ya faltaban diez, cinco días para la supuesta operación y lo seguían dilatando. Recién el martes 31 de mayo, a las ocho de la noche, al final de una once que con el propósito de endulzar las novedades contó con unos suculentos y grasosos berlines, Carla y Gonzalo le dijeron a Vicente que la operación no se realizaría. Le explicaron que a última hora, después de sacar cuentas y buscar, sin éxito, desesperadamente, alguna salida, habían llegado a la triste conclusión de que pagar la cirugía era imposible. Fue un discurso sensiblero que por unos minutos parecía encaminado a surtir efecto, pero cometieron el estúpido error de mencionar la cifra.

—La operación vale 552.000 pesos, Vicente, es demasiado dinero —dijo Carla—. Con esa plata podríamos comprar como cinco televisores o irnos de vacaciones a Buenos Aires una semana completa.

—Pero no necesitamos más televisores y Buenos Aires me da lo mismo.

—Es más de cuatro veces el sueldo mínimo —explicó Gonzalo, confiando en que el diálogo derivaría en el concepto de *sueldo mínimo*.

—552.000 pesos, hijo, es lo que gana la señora Sara con nosotros en cincuenta días —agregó Carla.

—Incluso más, cincuenta y cinco —dijo Gonzalo, como si importara esa precisión, que en todo caso Vicente percibió como una última estocada de deslealtad, de crueldad.

En esa clase de discusiones, lo habitual era que Gonzalo adoptara una posición indulgente o menos inflexible que Carla, pero esta vez no había matices: actuaban directamente como el bando enemigo.

—Son casi mil dólares —insistió Gonzalo, con el computador abierto—, novecientos cuarenta.

—Y mil dólares es mucha plata —reforzó Carla, más atinada, porque por supuesto para Vicente mil dólares sonaba a poca plata.

Gonzalo intentó reparar su innecesario error calculando la cantidad en pesos colombianos.

—Vicho, en Colombia serían 2.227.489,8 pesos colombianos, imagínate —dijo, penosamente.

—¡Y qué me importa a mí Colombia! ¡Qué me importa a mí el peso colombiano!

Vicente se fue a su pieza encolerizado y lloroso. No quería dormir, lo que menos quería era dormir. En un rincón del patio, resguardados por el cobertizo, había un montón de periódicos viejos repletos de fascículos e insertos publicitarios mucho más voluminosos que los diarios mismos. Vicente bajó a medianoche, desvelado, llevó todo el legajo a su pieza y estuvo hasta las tres de la mañana revisando la publicidad de multitiendas y farmacias. Esa misma tarde continuó su búsqueda en internet y su antigua idea abstracta del dinero comenzó a volverse vertiginosamente concreta. Fue así como, en apenas unos meses, Vicente no tomó solo consciencia plena del tiempo cronológico sino también del valor del dinero.

—Para el auto, mamá —dijo a la mañana siguiente, camino al colegio.

—¿Por qué? ¿Para qué?

—Páralo —insistió.

—¿Para qué?

—Para que yo pueda ponerme delante y me atropelles —dijo el niño, al borde del llanto.

Ese era el estado de ánimo de Vicente, pero no renunciaba a la lucha: la tarde del martes, por ejemplo, despidió a la señora Sara. Aunque era por cierto inverosímil que fuera él el encargado de echar a la empleada, su explicación fue bastante persuasiva: Carla y Gonzalo la querían, pero no estaban en condiciones de seguir pagándole, y como no se atrevían ellos mismos a despedirla le habían encargado a él esa ingrata misión.

—Yo te quiero, Sara, te quiero mucho, esto no es personal —dijo Vicente, culposo—. Igual puedes llevarte la licuadora.

—Yo tengo licuadora, todavía la estoy pagando pero tengo una, y es mejor que la de ustedes —respondió la mujer, que por supuesto no se creyó el montaje pero igual quedó preocupada y llamó a Carla al trabajo para contarle.

No era fácil castigar a Vicente, que era un niño más o menos ejemplar y tenía buenas notas, al menos en las asignaturas que le interesaban. Por suerte tocaba la tregua de un fin de semana leonino (así los llamaban ahora), que para Vicente no era un castigo aunque tampoco le parecía un

premio pasar tanto tiempo con su padre.

—Faltaste a todos mis cumpleaños —le dijo Vicente a su padre, imitando el sonsonete de un reproche, y era verdad, aunque León generalmente le daba regalos atrasados y hasta una vez le compró una torta y unos niños del edificio que hicieron de extras le cantaron el más desafinado de los cumpleaños felices. A Vicente no le interesaba recriminarle nada a su padre, pero olía ahí una oportunidad.

—Me debes medio millón de pesos, que es incluso menos de lo que te hubiera costado organizar diez fiestas de cumpleaños.

—¿No será mucho?

—Es poco —respondió Vicente, perfectamente preparado para esa objeción—. La torta, las sorpresas, las serpentinas, los gorros, los globos, la piñata, los dulces de la piñata, los canapés, las cervezas para los papás.

—¿Cuáles papás?

—Los papás que llegan a buscar a sus hijos demasiado temprano. Hay que ofrecerles al menos una cervecita, ¿no? Por educación. Y generalmente se toman dos o tres, mientras esperan y conversan entre ellos. Y los vasos y platos de plástico. Todo eso suma más de cincuenta mil pesos. Y no estoy contando los payasos. Supongo que los payasos no son baratos. Multiplica esas cincuenta lucas por diez.

—O sea que me estás haciendo precio.

—Sí.

Vicente llevaba todo el fin de semana hablando de dinero y sacando cuentas en la calculadora científica de su padre, aunque no había querido revelarle a León su motivación. Finalmente lo hizo.

—¿O sea que quieres plata?

—Sí.

—No tengo ni uno, hijo, estoy pato.

—Entonces quiero la colección.

Vicente se refería a la copiosa serie de autitos de juguete que su padre guardaba bajo llave en la mampara del living. Eran casi cuatrocientos modelos de todo tipo que León había atesorado desde la infancia —no dejaba que Vicente jugara con ellos, lo que en principio al niño le había parecido tan decepcionante como incomprensible, aunque con el tiempo se acostumbró a mirar los autitos a través del vidrio, como si fueran los peces de un acuario. La colección era, por lo demás, el monotema de León cuando su hijo estaba en casa.

—¿Tienes alguna idea de cuánto cuesta ese minúsculo autito verde? —le decía, por ejemplo, apuntando a un Jaguar de carrera, hecho en Inglaterra, en 1957, Matchbox.

—No. ¿Cuánto?

—Harta plata —decía León—. Y cada día más. Cuando yo me muera esta colección va a ser tuya —esto lo había dicho decenas de veces—, y vas a poder continuarla, o quizás, si no te interesa, puedes venderla, te vas a embolsar un dineral.

Aunque Vicente era fantasioso, nunca había creído que la colección fuera tan valiosa. En la

coyuntura actual, sin embargo, calculaba que incluso si los vendía de a uno y bien baratos conseguiría dinero suficiente para pagar la operación. Jamás pensó que León se negaría rotundamente. Fue la primera vez que tuvo la sensación o la certeza de que su padre era un imbécil.

—Eres un egoísta, papá —prefirió decirle eso—. Al menos dame algunos, unos cincuenta.

—No. La colección vale como colección, ¿no entiendes?

—Si la Oscu se muere voy a venir acá a romperte la mampara con un martillo.

—Es que es mi vida entera —respondió León, sin inmutarse, como si estuviera acostumbrado a ese tipo de amenazas—. Toda mi vida coleccioné esos autitos. Tienen mucho valor sentimental. No puedo desprenderme de ellos.

—Quiero irme a mi casa —dijo Vicente.

—Espera —le pidió León, sacando la chequera.

Hizo un cheque por 55.200 pesos a nombre de su hijo, a sabiendas de que sería problemático, si es que no imposible, cobrarlo. Tachó minuciosamente la opción «al portador».

—Eso equivale al diez por ciento del dinero de la operación, no puedo poner más.

Para hacerse una idea de los tiempos que se avecinaban, Vicente le pidió a su padre que le dijera cuánto era el diez por ciento de la pálida hamburguesa que estaba a punto de comerse. León se la cortó en diez trozos simétricos y Vicente se comió uno de los pedazos pensando que faltaba mucho, pero era posible. Tal vez para embriagarse de valentía, se tomó al seco un vaso de Coca-Cola y soltó tres tímidos flatos.

La tarde del lunes, Carla miró el cheque con incredulidad.

—El niño debe ir acompañado de su tutor legal para cobrarlo —dijo Gonzalo, que había llamado al banco.

—¿Por qué piensas en cobrarlo?

—No quiero cobrarlo, pero quiero entender la intención de León.

—La intención de León siempre es joder —dijo Carla—. Es increíble que el Vicho haya logrado sacarle plata.

—¿Y a tus papás, también les pidió?

—No creo. Vicente sabe cómo son. Capaz que le prestaran la plata, pero lo obligarían a trabajar en el bufete como mil años —dijo Carla, sombríamente.

Después de discutirlo toda la tarde, decidieron cobrar el cheque, aunque solo fuera para joder a León de vuelta. A la mañana siguiente fueron al banco con el niño, que tuvo que faltar al colegio. En el camino lo tentaron a gastarse la plata en discos —sus incipientes gustos musicales eran desconcertantes: desde el metal de Pantera hasta el pop emo de Kudai—, o por último a donarla a alguna institución de caridad como la Teletón o a los niños con cáncer. Vicente no parecía escucharlos; ni los miraba.

—Vamos a tomar un jugo y seguimos conversando —dijo Carla a la salida del banco.

—¿Y de dónde va a salir la plata para pagar esos jugos? —preguntó Vicente, en pie de guerra—. Si piensan gastarse mi plata en jugos y tapaditos de queso con jamón, mi respuesta es no.

—Por supuesto que vamos a pagarlos nosotros, mi amor, como siempre —dijo Carla, que intentó abrazarlo, pero el niño se resistió—. Son unos jugos, nada más que unos jugos.

No tomaron ningún jugo y la tarde fue un concierto de conversaciones arduas e incompletas.

Vicente se dedicó a revisar la casa subrepticia y minuciosamente buscando cosas que vender. Encontró desde luego muchos libros y pensó, quizás con razón, que Gonzalo no se daría ni cuenta si le robaba unos cuantos. Encontró una bolsa con ropa para la nieve, que su madre únicamente usaba cuando se quedaban sin parafina. Encontró diez horrendas pinturas de paisajes marítimos perpetradas por su abuelo materno en sus ratos de ocio. Encontró un reproductor de VHS, un cerro de casetes, dos cañas de pescar, un inodoro portátil, tres antiguas máquinas fotográficas y un reproductor de diapositivas. Encontró un vestido de novia compatible con un embarazo de cuatro meses. Encontró una caja pequeña con un candado cuya combinación adivinó fácilmente (123), donde creyó que habría dinero o joyas pero solamente había un para él decepcionante patito de hule que en realidad era un vibrador resistente al agua en forma de patito de hule.

Después de planear numerosos robos, sin embargo, más por orgullo que por pudor o culpa, Vicente decidió que no robaría nada, que solo vendería las cosas que le pertenecían, pero todas: calculó que podía vivir exclusivamente con el uniforme del colegio, incluso los fines de semana podía usarlo, no necesitaba nada más.

Hizo una lista que pensaba fotocopiar para difundirla, pero comprendió que la noticia no debía llegar a oídos de los padres de los eventuales compradores, al menos no de inmediato, así que simplemente se la enseñó con discreción a sus compañeros, previo compromiso de confidencialidad. Toda su ropa, todos sus juguetes, todos sus libros salieron a la venta a precios razonables, que dedujo a partir de los catálogos comerciales. Si el emprendimiento funcionaba reuniría incluso un poco más de los 496.800 pesos que le faltaban.

Durante los primeros dos días le fue como el forro, ni siquiera hubo señales de interés. Al tercer día bajó los precios a la mitad, pero tampoco pasó gran cosa, y así hasta la semana siguiente, en que los precios eran francamente irrisorios, de manera que Vicente logró vender tres lupas, un microscopio, unas zapatillas de caña alta y los cinco primeros tomos de la saga de *Harry Potter*. Con una mezcla de orgullo y tristeza, hizo entrega de la mercadería, y aunque sabía que la cantidad reunida era ridícula (8.250 pesos por todo eso), se sintió satisfecho. Pronto hubo interés por los productos más costosos de la lista: la bicicleta, a humillantes 15.000 pesos, y el catre con colchón tamaño individual + ropa de cama (no veía el problema de dormir en el suelo), al conveniente precio de 34.500 pesos. Vicente consideraba esos negocios cerrados, pero justo cuando ultimaba su puntilloso plan para sacar la cama de su dormitorio sin despertar sospechas, el asunto trascendió y Carla terminó por enterarse de las actividades comerciales de su hijo. Además de retarlo y pensar en llevarlo al psicólogo, no supo qué hacer. Gonzalo también habló con el niño, pero no consiguió más que un prolongado rictus de desprecio.

—Cabro de mierda —dijo Gonzalo más tarde, mientras trataban de concentrarse en una película lentísima.

—No le digas así —reclamó Carla—. Nos equivocamos. Debimos explicarle todo bien, desde un principio.

—A mí no me llevaban al dentista porque no había plata.

—¿Te estás comparando con Vicente o con Oscuridad?

—Debimos decirle que no se puede gastar tanta plata en un puto gato.

—Gata.

- Debimos decirle que no se puede gastar tanta plata en un puto gato.
- Gata, gato, la misma huevía.
- Debimos decirle que no se puede gastar tanta plata en un puto gato.
- No entiendo por qué estás tan enojado.

El padrastro fue el encargado de parlamentar con los padres implicados. No hubo problema en anular el negocio de la cama, pero el padre del niño interesado en comprar la bicicleta insistió en aprovechar la oferta, dijo que lo motivaba sobre todo la posibilidad de colaborar con la operación de la gatita. El diálogo fue tan desagradable que Gonzalo prefirió, aunque solo fuera para no seguir discutiendo con ese viejo cínico, hacer el negocio. Él mismo llevó la bicicleta azul, que había comprado hacía apenas un año y medio, a su nuevo propietario.

Alentado por este módico triunfo y también un poco mareado por la popularidad que el pequeño escándalo le había granjeado, Vicente pegó carteles por todo el colegio y diseñó una revista fotocopiada con abundante material gráfico sobre Oscuridad y dos entrevistas falsas en las páginas centrales («Los gatos son seres inferiores», declaraba Carla, y el titular de la entrevista a Gonzalo era aún más infame: «La vida de Oscuridad me importa una soberana callampa»). Gracias a estas maniobras, Vicente logró la adhesión más o menos inmediata de buena parte del curso. Fueron doce los voluntarios del Quinto B que colaboraron con queques, kúchenes, cuchufliés y lollipops que vendieron durante los recreos a lo largo de casi dos semanas. El cierre de campaña fue un momento de relativa gloria y los resultados no tan magros (15.286 pesos), aunque ni siquiera permitían soñar con la meta. Había reunido 93.736 pesos, es decir, todavía faltaban 458.264 pesos.

Cuando, unas semanas más tarde, Vicente por fin comprendió que sería incapaz de juntar todo ese dinero, intentó por última vez convencer a Carla y a Gonzalo. Fue una conversación enredada, tensa y estéril, tras la cual Vicente estalló de rabia y agarró la máquina de afeitar de su padrastro y se rapó al cero. A la mañana siguiente, durante el recreo, provocó a los matones del curso rival hasta desatar una desigual batalla de combos, patadas y escupos. Terminó con un ojo morado y la cara ensangrentada y encima la directora del colegio decidió suspenderlo por tres días.

Fue el comienzo de una calculada rebelión: de la noche a la mañana Vicente se volvió hosco, pendenciero e insolente. Al igual que esas estrellas adolescentes aturdidas por la fama, el otrora niño afable e introspectivo se convirtió en un indefendible barrabás que se metía en toda clase de líos, a saber: lanzamiento de papeles y corontas de manzanas, robo de colaciones, estuches, pinches, gomas, pelotas y zapatillas, invención compulsiva de sobrenombres, falsificación de firmas, adulteración de calificaciones en el libro de clases, uso premeditado de plumones imborrables, fingimiento de enfermedades coronarias, tráfico de bombas de agua y guatapiques, extorsión, nudismo, rayado de muros y detonación alevosa de peos alemanes.

Vicente volcaba su descontento en el colegio pero en casa abandonaba su personaje público porque, más allá de la frustración y el rencor que sentía, le daba lata estropear, puertas adentro, un mundo que de todos modos le gustaba. El colegio era el escenario, lo que tiene sentido, porque el colegio siempre es un escenario, mientras que la casa era una suerte de camarín donde descansaba momentáneamente de los periódicos escándalos que había decidido protagonizar.

Sus dos meses de sistemática rebeldía escolar quedaron reflejados en el lapidario informe de personalidad que Carla y Gonzalo recibieron avergonzados al final del segundo trimestre:

Asiste regularmente a clases	Nunca	N
Demuestra puntualidad en todas las actividades escolares	Ocasionalmente	O
Es respetuoso(a)	Nunca	N
Dice la verdad	Ocasionalmente	O
Es honesto(a)	Nunca	N
Cumple responsablemente con tareas y deberes escolares	Nunca	N
Reconoce sus errores y procura corregirlos	Nunca	N
Acepta críticas constructivas	Nunca	N
Cuida su higiene y presentación personal	Ocasionalmente	O
Participa en clases	Ocasionalmente	O
Cuida su integridad física y la de los demás	Nunca	N
Demuestra espíritu de superación	Ocasionalmente	O
Controla sus impulsos	Nunca	N
Demuestra iniciativa y creatividad	Nunca	N
Coopera solidariamente en beneficio de los demás	Nunca	N
Se integra al grupo curso	Nunca	N
Representa dignamente al colegio en todas las actividades	Nunca	N
Cuida sus pertenencias y su entorno	Nunca	N
Actúa de acuerdo a las normas establecidas	Nunca	N
Demuestra respeto por la cultura y valores nacionales	Nunca	N

Qué instrumento tan inútil, en todo caso. ¿Cómo es posible que estos informes de personalidad, diseñados con las patas, plagados de redundancias y generalidades, verdaderas aberraciones metodológicas, hayan sido utilizados —y lo sigan siendo— para estigmatizar quizás a cuántas generaciones de niños chilenos? ¿Y qué tan calificado estaba, por lo demás, el profesor encargado de decidir esos equívocos adverbios?

Enrique Elizalde había destacado por la banda izquierda en las divisiones inferiores de Santiago Morning, al principio como puntero a la antigua —algunos de sus centros derivaron en verdaderos golazos de un quinceañero Esteban Paredes, futuro goleador histórico del fútbol chileno— y luego como uno de esos laterales más voluntariosos que brillantes que van y vuelven incansablemente durante los noventa minutos. El director técnico bien podría haberle dado una oportunidad en el primer equipo, pero no lo hizo, y el joven futbolista se frustró y se entregó a las piscolas y a la fornicación compulsiva, al punto de que, después de unos años dando jugo, ya con tres hijos de dos madres distintas que alimentar, Elizalde se matriculó en una universidad y aunque tuvo que repetir Biología Celular, Fisiología del Ejercicio y Teoría del Entrenamiento (dos veces), igual terminó recibiendo el título de profesor de Educación Física. Ni él mismo se la creía cuando encontró un trabajo de jornada completa, con un sueldo decente, en un relajado colegio de Ñuñoa, aunque no le gustó que le asignaran una jefatura: él quería nada más que pasear por el colegio vestido de buzo y con el silbato colgado al cuello mientras dictaminaba vueltas a la multicancha y tandas de sapitos, lagartijas y abdominales. El profesor Elizalde desarrolló

rápidamente una razonable fobia a las reuniones de apoderados, pero lo que más odiaba de su nuevo trabajo era sentarse los finales de trimestre en la sala de profesores a sacar promedios y a llenar esos estúpidos informes de personalidad, que no le interesaban en lo más mínimo, salvo cuando funcionaban como cruentos dispositivos de venganza.

Vicente se había portado pésimo, eso era indudable, pero la evaluación de Elizalde estaba lejos de ser justa. Por ejemplo: durante esos meses el niño había sido suspendido con frecuencia, al menos dos días cada semana, por lo que estaba impedido de acudir al colegio *siempre*, de manera que en vez de consignar que Vicente *nunca* asistía a clases con regularidad el profesor debería haber observado que asistía *ocasionalmente* o *generalmente* o incluso *siempre*, porque en rigor el niño iba a clases *siempre* que no estaba suspendido. Se entiende que el profesor declarara que Vicente *nunca* era respetuoso, porque casi todos los profesores habían padecido sus insolencias, pero luego sorprende que considerara que Vicente *ocasionalmente* decía la verdad pero *nunca* era honesto, lo que resulta a todas luces contradictorio; aunque podríamos discutir si decir la verdad y ser honesto son exactamente lo mismo, sería una discusión de talante filosófico para la cual el profesor —esto hay que decirlo con todas sus letras— no estaba preparado.

Por cierto, ¿qué es esa mierda de «respeto por la cultura y valores nacionales»? Suponiendo que se refiera a bailar cueca en septiembre o cantar la canción nacional los lunes por la mañana, o tocar obligatoriamente en la flauta dulce la canción de Los Jaivas «Todos juntos», ¿qué importancia tenía, la verdad, que Vicente se negara a zapatear como un idiota ese baile machista y ramplón, de esforzada sensualidad, rutinario y sobrevalorado? ¿Y cambiarle íntegramente la letra al himno nacional no era, objetivamente, una demostración de «iniciativa y creatividad»? ¿Y acaso no era más interesante y rupturista que en lugar de «Todos juntos» Vicente intentara tocar en la flauta dulce la canción «Lithium», de Nirvana? El profesor, además, mintió descaradamente al afirmar que Vicente no participaba en clases *nunca*, cuando en realidad participaba en clases *siempre*, ese era justo el problema, que participaba en clases *demasiado*, lo que frecuentemente impedía la participación de los profesores.

—Tú sabes que no soy así, mamá —dijo Vicente cuando Carla le enrostró el informe—. Ustedes me obligaron a esto. Si ustedes pagaran la operación de la Osci, mis problemas en el colegio se acabarían al tiro.

Estaban en el living, en actitud de familia-teniendouna-conversación-seria, cuando sucedió algo totalmente inesperado:

—Vamos a hacer la operación este sábado —anunció Gonzalo.

—¿Cómo? ¿Por qué? —preguntó Vicente, desconcertado, ilusionado y conmovido.

Carla tampoco entendía nada, pero disimuló.

—¿Tienes la plata que juntaste? —preguntó Gonzalo.

El niño asintió.

—Nosotros vamos a poner la diferencia —dijo, zanjando el asunto.

El día señalado partieron los tres en el auto no a Colina sino a una clínica cercana. Vicente protestó, pero le explicaron que habían encontrado un nuevo veterinario especializado en odontología felina, un tipo joven y eminente que acababa de instalarse con una consulta en Ñuñoa y que estaba dispuesto a hacer la operación por 120.000 pesos.

Vicente no sospechó el engaño. Su breve temporada en el infierno no lo había despojado completamente de ingenuidad. Por lo demás, parte de la historia era cierta: el doctor era joven y atendía una consulta veterinaria que acababa de instalarse. No era odontólogo, pero aceptó protagonizar la farsa a cambio de esas ciento veinte lucas que le venían de perillas.

El veterinario revisó a Oscuridad y les pidió que esperaran afuera mientras duraba la intervención.

—Esta gatita está como nueva —les dijo, al cabo de una hora, mostrándoles unas radiografías de otro gato que había conseguido—. Resulta que no fue necesario sacarle todos los dientes. Solamente extraje las piezas del fondo, como pueden apreciar en la imagen.

En la imagen no se apreciaba nada con claridad, tampoco en la boca de Oscuridad, que reaccionó airada cuando el niño trató de inspeccionarla.

—La recuperación tardará dos semanas, hay que darle papilla para niños —sentenció el profesional.

—Antes te comías la comida del gato y ahora él va a comer comida de humanos —bromeó Carla, y Vicente le devolvió una sonrisa plena y larga.

El niño fue el encargado de darle la papilla a Oscuridad, que estaba feliz porque le encantaba, en especial la de pollo y el picado de porotos con tallarines.

Gonzalo ayudó a Vicente a preparar las pruebas finales —además del mal comportamiento el niño corría riesgo de repetir el curso, ya que durante su fingida locura se había dedicado a dibujar tetas, pichulas y potos en todos los controles parciales. Estudiaban hasta tarde, dos o tres horas, sobre todo Inglés (el examen consistía en cantar «Sweet Child O'Mine» a capela), que finalmente Vicente pasó raspando. Pero igual era demasiado tarde: el propio Enrique Elizalde tuvo la misión, para él muy grata, de consignar que, considerando sus notas rojas en Matemáticas y Ciencias, Vicente había repetido quinto básico.

—Repetir de curso no es tan grave —dijo Gonzalo—. Le ponen color, a mí hasta me hubiera gustado repetir.

Caminaban los dos solos al colegio, nunca antes habían ido a pie, era un trayecto de cuarenta y tantos minutos: Vicente debutaba como repitente —le molestaba que su nombre rimara con su nueva condición, con su estigma— y Gonzalo pensó que en esas circunstancias podía tener sentido detenerse en ese paisaje que habitualmente miraban desde las ventanas inquietas del auto.

—No me mientas, Gonza. Sé que quieres consolarme, pero no va a resultar. —Vicente caminaba, como siempre, un poco más lento que Gonzalo, pero de pronto daba unos saltos, como sorteando imaginarios charcos de agua, para alcanzar a su padastro.

—No te miento. Es que después no hay vuelta atrás, ya no hay tiempo para detenerse. Me crié en un mundo en que no se podía repetir. Y tú puedes repetir. Es casi como un premio. Deberíamos celebrarlo.

Vicente estaba demasiado nervioso como para sonreír. En la entrada del colegio saludó con triste complicidad a sus compañeros del año anterior. Gonzalo caminó al metro pensando que realmente le hubiera gustado, alguna vez, repetir.

«Para no sentir el horrible fardo del Tiempo, que destroza la espalda y nos inclina hacia el suelo, es preciso emborracharse sin tregua» —Gonzalo pensaba insistentemente en esa frase de Baudelaire mientras tomaba café y se comía un brownie en el casino de la facultad. Tenía menos de una hora para preparar una materia, pero decidió no hacerlo, finalmente sus clases, al igual que casi todo en su vida, resultaban mejor cuando se decidía a improvisar. Se dedicó, en cambio, a redactar esta especie de carta, con la intención de entregársela o leérsela a Vicente:

El tiempo nos acorrالا. El tiempo nos engorda, nos dibuja arrugas, canas y muletas. No podemos detenerlo, retrocederlo, adelantarlo. Y sin embargo repetir de curso es de algún modo detener el tiempo: congelarlo, engañar momentáneamente al futuro, a la muerte.

Repasamos con tranquila rapidez las materias que ya conocemos. Por fin podemos demorarnos: por fin podemos dudar, profundizar, reírnos de nuestras heridas, curarlas. Los repitentes avanzamos a un ritmo propio, dispuestos a perdersenos, a desviarnos. Sin miedo. Sin miedo al miedo.

Conocemos la trama. Las preguntas de los exámenes regresan a nuestra memoria como cálidas melodías famosas. Son canciones que no nos gustan pero igual nos sabemos la letra. Miramos a nuestros profesores, atendemos compasiva, generosamente, sus lecciones, porque ellos también son —ahora lo sabemos— repitentes. Los repitentes perdemos la odiosa ansiedad del éxito. El fracaso nos devuelve la nobleza y la alegría.

Casi sin darnos cuenta hacemos las cosas un poco mejor. O decidimos equivocarnos de nuevo. Porque podemos repetir de nuevo, una y otra vez. Hemos conquistado la libertad de jugar el mismo juego hasta hartarnos, borrachos de felicidad; con las palabras de siempre armamos poemas que nunca nadie entenderá, ni siquiera nosotros, pero los leemos en voz alta mil veces y mil veces experimentamos el mismo soberbio placer.

Los que siguieron de largo —los mateos, los dóciles, los obedientes— nos miran con envidia en los recreos, porque saben que no fueron lo suficientemente sabios, que se perdieron la impagable oportunidad de repetir; los que no repitieron se entregaron sin más, irreversible, ingenuamente, al tonto juego del cronómetro y la angustia. Los repitentes habitamos otro tiempo, legendario y nuevo.

A Carla le encantó la carta, pero naturalmente objetó eso de «podemos repetir de nuevo, una y otra vez». Gonzalo le dio la razón y al final decidió no mostrársela a Vicente. Recién entonces cayó en la cuenta de que reencontrarse con Carla, nueve años después, había sido, en casi todos los sentidos, repetir de curso. Se lo dijo esa noche, muy tarde, medio borrachos los dos, y entonces repitieron, por enésima vez, la ceremonia de hacerse pedazos en la cama, una ceremonia que querían seguir repitiendo indefinidamente, estaban completamente dispuestos a la repitencia eterna de una vida que, sobre todo en noches como esa, les fascinaba: narcotizados por el sexo, embellecidos por las carcajadas, eran hasta capaces de saborear las palabras que se abrían y se confundían como si acabaran de aprenderlas: ritual, rutina, rito, rato, ruta.

Con el tiempo se pierde el ruido de los días, se vuelve difícil recordar con precisión cómo sonaba la vida cotidiana, cuál era la idea de silencio —cuál era el repertorio de sonidos que incluía el ruido blanco: los estornudos, toses, suspiros y bostezos, los autos y camiones pasando de largo, el esporádico voceo de vendedores y predicadores, el caprichoso rugido del refrigerador, las sirenas distantes, las alarmas y los pájaros que imitan las alarmas, las melodías silbadas o murmuradas, los temblores de las puertas, e incluso las palabras, las frases plenamente articuladas en tonos que no rivalizan con el silencio. Todo el mundo habla solo, por ejemplo. Eso nunca sale en las películas. En las películas que alguien hable solo parece intolerable. Todos hablan solos, pero si ven una película en que la gente habla sola, capaz que se retiren a la mitad, indignados, y vuelvan a sus casas a decir en voz alta, a nadie: qué mala la película.

Gonzalo, Carla y Vicente hablaban mucho entre sí, por supuesto, pero también hablaban solos: Gonzalo hablaba con la pantalla del computador y con el espejo y con la olla a presión y con toda clase de electrodomésticos, mientras que Carla hablaba con el espejo, con las plantas y con nadie, y Vicente hablaba con nadie, aunque cuando le hablaba a nadie parecía que le hablaba al gato. Los tres siempre hablaban con el gato, pero hablar con el gato no es hablar solo. Y los tres distinguían perfectamente cuando los demás hablaban solos y ni siquiera surgían malentendidos, ni siquiera era necesario que alguien aclarara que estaba hablando solo. Y quizás a eso se refieren cuando hablan de familias felices.

Siempre fumaban en el antejardín. Siempre reemplazaban inmediatamente las ampollitas quemadas y las pilas del control remoto. Generalmente respetaban las señales de tránsito. Ocasionalmente usaban mondadientes.

Siempre compraban canela y ajo en polvo. Generalmente tenían acidez. Generalmente tenían reparos y esperanzas.

Siempre rellenaban las cubetas de hielo inmediatamente después de usarlas. Generalmente comían huevos revueltos, ocasionalmente duros, nunca a la ostra ni a la copa.

Siempre compraban marraquetas, generalmente les quitaban las migas, ocasionalmente las usaban para jugar a la guerra.

Generalmente cambiaban las sábanas y las expectativas. Ocasionalmente jugaban carioca y

dominó. Ocasionalmente jugaban a hacer sombras con las manos. Nunca desfragmentaban el disco duro. Nunca quitaban a tiempo las hojas de las canaletas. Nunca se quedaban dormidos con la tele prendida.

Generalmente Gonzalo iba al estadio con Vicente, y ocasionalmente también con Carla, a ver a Colo-Colo, que en ese tiempo generalmente ganaba, gustaba y ocasionalmente goleaba.

Generalmente Gonzalo y Carla iban a las marchas, ocasionalmente acompañados por Vicente, que siempre era el que más gritaba y disfrutaba.

Generalmente Carla y Gonzalo dormían abrazados. Generalmente tiraban cuatro veces por semana y el mismo niño que antes siempre bajaba a colarse en la cama grande ya no bajaba nunca.

Generalmente Carla se ponía arriba de Gonzalo, generalmente tenía orgasmos, generalmente más de uno, ocasionalmente más de dos. Siempre, después de hacer el amor, ella iba al baño. Ocasionalmente Gonzalo se lo metía por el culo.

Carla se lo chupaba generalmente por la mañana, cuando volvían de dejar a Vicente en el colegio y les quedaba media horita disponible antes de partir al trabajo.

Generalmente, mientras se lo chupaba, ella se masturbaba. Generalmente se tragaba el semen, ocasionalmente le gustaba recibirlo en la cara y siempre que eso sucedía ella decía, muerta de la risa, que era bueno para el cutis.

Generalmente Carla pensaba que viviría hasta los cien años, sentía que era en cierto modo indestructible, pero ocasionalmente se sorprendía pensando en la muerte.

Generalmente Carla pensaba que si ella se muriera, Gonzalo seguiría viviendo con Vicente. También Gonzalo pensaba eso.

Ocasionalmente hablaban de tener un hijo, generalmente era Gonzalo quien sacaba el tema. «Otro hijo», decía, generalmente, pero ocasionalmente lo llamaba «mi hijo propio».

Generalmente Carla pensaba que si Gonzalo se muriera, ella pasaría unos años de duelo y encierro pero rearmaría su vida con alguien más.

Generalmente Carla olvidaba por completo que Gonzalo no era el padre de Vicente. Y eso le sucedía también, ocasionalmente, al propio Vicente.

Generalmente Carla pensaba que estaría con Gonzalo toda la vida.

Generalmente Gonzalo pensaba que estaría con Carla toda la vida.

Ocasionalmente Carla pensaba que alguna vez, en un futuro impreciso, le gustaría acostarse con otra gente. Ocasionalmente se dejaba cortejar por compañeros de trabajo que la encontraban rica.

Ocasionalmente Gonzalo fantaseaba con acostarse con sus alumnas o con otras profesoras. Ocasionalmente pensaba que alguna vez, a mediano plazo, lo haría.

Generalmente Carla pensaba que si encontrara a Gonzalo con otra mina se moriría de rabia pero al final lo perdonaría.

Generalmente Gonzalo pensaba que si encontrara a Carla con otro huevón se moriría de rabia pero al final la perdonaría.

Generalmente Carla quería estar donde estaba y quería ser quien era.

Dicen que eso es la felicidad: nunca sentir que sería mejor estar en otra parte, nunca sentir que sería mejor ser alguien más. Otra persona. Alguien más joven, más viejo. Alguien mejor.

Es una idea perfecta e imposible, pero igual, durante todos esos años, Carla generalmente quería estar exactamente donde estaba. También Gonzalo. Y también Vicente, sobre todo Vicente

quería estar exactamente donde estaba, con excepción de los fines de semana con su padre, cuando extrañaba su pieza, su casa, su familia.

Una noche Gonzalo soñó que estaba en un avión, en medio de un viaje largo, quizás transatlántico, con la frente pegada a la ventana: no conseguía ver mucho más que la oscuridad informe del cielo nocturno, y sin embargo seguía mirando una cantidad de tiempo que en el sueño le parecía eterna, hasta que le entraban unas ganas terribles de mear —debía molestar a dos tipos casi idénticos que babeaban y soltaban unos ronquidos como sincronizados entre sí, pero lograba, de un modo medio milagroso, articular una zancada para no despertarlos.

Gonzalo caminaba equilibrándose hacia la luz verde que indicaba que el baño estaba desocupado, pero al abrir la puerta había una mujer sentada en el water, con los calzones en los tobillos y las rodillas juntas. No parecía sorprendida y ningún gesto de su cuerpo delataba que quisiera protegerse.

—Este es el baño de mujeres —decía la mujer, con amabilidad.

—En los aviones los baños no son así —respondía Gonzalo, que no estaba convencido de que esa frase aproximada, imperfecta, expresara lo que quería decir.

—Tú estudiaste en un colegio para hombres —adivinaba la mujer.

—¿Y eso qué tiene que ver? —Gonzalo tenía la impresión de conocerla.

—¿Tú crees que es natural separar a los hombres y a las mujeres, como si fueran incompatibles? —El tono de la mujer rozaba la hostilidad y conservaba, sin embargo, una melodía casual, despreocupada.

—Por eso te digo, este baño es para hombres y para mujeres.

—No entiendes nada, Gonza. Mientras yo termino, mea en el lavamanos, como hacías antes. A mí no me parece asqueroso —decía ella.

Despertó en mitad de la noche, con irrefrenables ganas de mear. Mientras intentaba los diez pasos que lo separaban del baño retuvo algunas imágenes del sueño, que le pareció divertido y extravagante, sobre todo porque nunca había hecho un viaje largo en avión. No meó en el lavamanos, como en efecto hizo algunas veces en la adolescencia. Seguía adormilado, le costaba orientar el chorro, que salió disparado para cualquier parte. Pensó en limpiar, miró la botella de cloro en un rincón, pero se caía de sueño, así que volvió a la cama y se durmió instantáneamente.

Lo despertó Carla antes de las seis, aún estaba oscuro. Gonzalo recordó que había meado fuera de la taza y pensó que ella lo despertaba para retarlo.

—Ya sé lo que vas a decirme. —Gonzalo aclaró la garganta.

—¿Qué voy a decirte? —Carla no sonaba enojada, para nada.

—Que meé fuera de la taza.

—¿Y qué vas a responderme?

—Que no es tan fácil achuntarle. El primer chorro, sobre todo, es difícil de controlar.

—¿Y qué más?

—¿Qué más qué?

—Qué más voy a decirte.

—Que tengo que mear sentado. Que qué me cuesta mear sentado. Y yo voy a responderte que es la costumbre, que los hombres no meamos sentados. Y tú vas a decirme que mi idea de la masculinidad es bien burda. Y yo voy a responderte que mear de pie no tiene nada que ver con mi idea de la masculinidad.

—Tienes razón, iba a decirte todo eso, pero después —dijo Carla, llevándose la mano derecha a la frente, como si tuviera fiebre—. Quería contarte que desperté hace media hora y que fui al baño y claro que me molestó limpiar tu pichí, pero después me senté a mear y me hice el test y estoy embarazada.

Tardaron una semana en contárselo a Vicente, que reaccionó con inesperada indiferencia. Por la noche fueron a celebrar a una pizzería y pidieron, como siempre, una funghi tamaño familiar, pero Vicente no quiso ni probarla.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Gonzalo.

—No me gustan los champiñones.

—Sí te gustan.

—Me gustaban, pero ya no me gustan —respondió Vicente, con misteriosa timidez.

—¿Y qué quieres?

—Un expreso.

Nunca antes había tomado un expreso, pero creía que, a sus once años, tenía derecho. Insistió en tomar no solo uno sino tres expresos seguidos, que bebió ceremoniosamente y que encontró horribles pero disimuló de lo más bien. Pasó el resabio devorándose un tiramisú.

—¿Seguro que no quieres pizza? —le preguntó Carla, cuando ya se iban—. ¿Pedimos que te la recalienten?

—No, gracias —dijo Vicente, marcando excesivamente la ese final.

Le costó dormir, por la cafeína, pero quizás si no hubiera tomado esos cafés igual le habría costado dormir. Apareció a las tres de la mañana en el living y se encontró con Gonzalo, que también estaba desvelado.

—¿Quieres pizza ahora?

—Sí —dijo Vicente.

—¿Estás enojado por la noticia? —le preguntó Gonzalo mientras recalentaba dos pedazos grandes en el tostador.

—Me da vergüenza cuando la gente pide las sobras para llevar.

—¿Por qué?

—No sé, me da vergüenza.

—Es que sobró mucha. ¿Por qué no quisiste comer?

—Porque no tenía hambre.

—¿Estás enojado por la noticia? —insistió Gonzalo.

—¿Cuál noticia?

—La de tu hermano. O hermana. ¿Qué prefieres?

—Hermano —dijo Vicente, pero enseguida rectificó—: Hermana.

Tampoco Vicente sabía bien lo que le pasaba. La idea de un hermano le gustaba o al menos pensaba que debía gustarle. Por algún motivo no era capaz de imaginarse a ese hermano o hermana. Durmió un rato, lo despertó el ronroneo feroz de la gata junto a su oído izquierdo. Pensó que Oscuridad tal vez dormiría, en el futuro, con ese hermano o hermana, y de pronto estuvo seguro de que sería una hermana. Fue un pensamiento muy concreto, muy visual, muy poderoso. Volvió a dormir. Por la mañana su reticencia se había convertido en entusiasmo. Una hermana, pensaba: excelente. Se acercó, como si nada, a Gonzalo y a Carla, y declaró que estaba feliz.

—Igual no sé qué nombre ponerle a la guagua —agregó, en tono de aporreado.

—No puedes ponerle tú el nombre a la guagua —le dijo Carla, en serio, después de cambiar miradas nerviosas con Gonzalo—. No es una mascota.

—Es que son los padres los encargados de nombrar a los hijos —dijo Gonzalo.

—¡Sí sé! —dijo Vicente—. Es una broma, cómo no se dan cuenta de que es una broma, parece que perdieron el sentido del humor. Igual sería mejor que uno mismo eligiera su nombre.

—No se puede —dijo Carla—. Una guagua no puede estar sin nombre. Es ilegal.

—Podrían ponerle un número mientras tanto y que el niño después se lo cambiara por el nombre que más le guste —dijo Vicente.

Gonzalo pensó que era una idea razonable.

—¿Y a ti te gusta tu nombre? —le preguntó.

—Sí. Yo también me hubiera puesto Vicente. Suena bien. Le achuntaron conmigo, pero podrían haberse equivocado.

—Ojalá le achuntemos con tu hermano —dijo Gonzalo.

—Vá a ser hermana —vaticinó Vicente.

Pese a que Carla recién tenía ocho semanas de embarazo, les gustaba el ejercicio de pensar en nombres, no podían evitarlo. Por lo demás tenía sentido empezar a parlamentar, no estaban para nada de acuerdo. Carla prefería nombres comunes, como Carolina, Sofía, Matías o Sebastián.

—Sofía y Matías me gustan, pero son cacofónicos —dijo Gonzalo una mañana de domingo, dos semanas más tarde.

Volvían de la feria, los hombres llevaban las bolsas, aunque Carla insistía en que la dejaran cargar al menos la de las lechugas y achicorias. Aunque había pegado el estirón, Vicente seguía siendo muy flaco —igual arrastraba con dignidad la bolsa de las papas.

—A mí me gusta cómo suenan —dijo Carla.

—*Ese día Sofía sabía que Matías tenía una sandía...* Suena mal.

—Suena mal en un libro, pero no en la realidad.

Gonzalo prefería nombres en desuso, originales y bien literarios, como Casandra, Cordelia, Miranda, Horacio o Romeo.

—Si es por eso pongámosle Sófocles, mejor, o Edipo —contrató Carla.

—No es un mal nombre, Edipo —dijo Gonzalo, mirando el horizonte coquetamente, como si considerara esa posibilidad—. Y Medea. Edipo o Medea.

—¿A quién mató Medea?

—A sus hijos —respondió Gonzalo, riendo.

—Ah, perfecto, entonces Medea —dijo Carla—, simplifiquémosle la vida a la niña.

—Si les cuesta tanto ponerse de acuerdo, no entiendo por qué no me dejan ponerle el nombre a mí —terció Vicente.

—Tienes razón, ayúdanos, entonces —le dijo Gonzalo—. Danos ideas. Haznos una propuesta.

Vicente se tomó en serio su rol de asesor onomástico: comenzó de inmediato una lista de nombres de mujer, porque estaba tan seguro de que tendría una hermana que buscar nombres masculinos le parecía una pérdida de tiempo. Su criterio era una mezcla perfecta de los criterios de Carla y Gonzalo, porque pensaba en nombres no tan comunes pero para nada extravagantes; nombres clásicos que entonces no estaban de moda. Entrevistó también a algunas compañeras de curso, para estar seguro.

—Amparo —propuso unos días más tarde, con irrefutable confianza y un montón de argumentos contundentes para enfrentar las posibles objeciones.

Estaban tomando once, era un día raramente luminoso de comienzos de mayo, parecía una ocasión perfecta para discutir el tema, pero sobrevino un silencio inexplicable.

—También pueden ser Aurora, Antonia o Ana —agregó, mientras intentaba comprender lo que pasaba—. Los nombres de mujer que empiezan con A son insuperables. Y Ana puede escribirse al derecho y al revés.

Carla se echó a llorar y partió al baño. Aunque quería ser ella quien le diera la noticia, fue Gonzalo quien tuvo que decirle a Vicente que ya no habría hermano ni hermana, al menos no por el momento. El niño reaccionó con perplejidad y un par de horas después, cuando su demacrada madre salió de la pieza con un bolso para ir a la clínica, la abrazó con más fuerza que nunca. Tuvieron que explicarle lo que ninguno de los dos había querido hasta entonces verbalizar: que había restos del feto muerto en el vientre de su madre. Usaron la palabra *legrado*, que les parecía más técnica o más compasiva que la palabra *raspaje*. Llegó una niñera, Vicente quería quedarse solo, pero cedió.

El ginecólogo había dispuesto que el raspaje tuviera lugar en una maternidad, lo que multiplicaba la amargura infinitamente. En el auto Carla no escuchaba las inútiles frases de consuelo que le decía Gonzalo. Iba concentrada en la imaginación de algo así como un dios antiguo, vengativo, o más bien rencoroso: un dios postergado, consciente de su irrevocable decadencia, que usaba sus últimas municiones, los remanentes del poder inmenso que alguna vez había ostentado, para hacerse presente, para mantenerse fiel al hábito de la destrucción.

—Quiero estar sola —le dijo, al entrar a la habitación, en el tono más dulce que pudo—. Ándate a fumar. Yo pido que te llamen cuando todo haya pasado, mi amor.

Eso hizo Gonzalo mientras preparaban la operación: fumar rabiosamente y aguantar las lágrimas, lo que no era fácil, porque fumar y llorar son actividades complementarias. En algún momento recordó la costumbre masculina de los habanos para celebrar los nacimientos y se vio a sí mismo como una parodia de padre, con su espantoso Belmont light en los labios. Se distrajo fugazmente decidiendo que en adelante fumaría Lucky Strike o Marlboro.

Volvió a la recepción de la clínica y se fijó en las reproducciones de pinturas antiguas, todas alusivas a nacimientos, que atestaban las paredes. Había cinco cuadros de Mary Cassatt. Gonzalo miró intensamente la imagen de una mujer con un moño en el pelo que abrazaba a una guagua rubia. Ambas figuras aparecían de perfil, una frente a la otra, como escondiéndose del espectador; como si el espectador quedara fuera de la dicha, condenado a imaginarla.

Salió de nuevo a fumar y ahora sí lloró en la vereda. Había llorado muy poco hasta entonces —sentía la impropiedad, la ilegitimidad de su dolor, pensaba que el llanto le correspondía exclusivamente a Carla, como si hubiera una cuota de llanto, una cantidad preasignada de sufrimiento. Ambos habían perdido el hijo, pero sobre todo ella. Era él quien la consolaría, esa era su misión, su función, su trabajo. Porque el vientre raspado era el de ella.

Cuando le informaron que la operación había terminado y que Carla seguiría sedada unas horas, Gonzalo corrió en busca del ginecólogo.

—¿Qué era, doctor?

—¿Cómo?

—La guagua, ¿era hombre o mujer? ¿Usted lo sabe? ¿Es posible saberlo?

—Para qué quiere saberlo —dijo el doctor, en un tono que no sonaba a pregunta.

—Quiero saberlo, simplemente —dijo Gonzalo—. Tengo derecho a saberlo.

El doctor sonrió con amabilidad y trató de abrazar a Gonzalo, que se resistió.

—No lo sé —respondió el doctor, y avanzó por el pasillo camino al estacionamiento.

Quería saberlo, hubiera preferido saberlo, aunque no entendía por qué ni para qué. Para igual ponerle un nombre, tal vez. Volvió a la habitación y se sentó en el sillón cama donde pasaría la noche. Tomó la mano de Carla en el exacto momento en que el llanto de un recién nacido se desataba en la habitación contigua. Carla despertó, no quería hablar, volvió a quedarse dormida a las once. Gonzalo no durmió ni soltó la mano de Carla en toda la noche.

Vinieron días de una tristeza pareja, atenuada, que hería como hiere el eco de un grito atroz. Por las tardes veían películas de Éric Rohmer y a veces Vicente se quedaba un rato con ellos frente a la tele, entre interesado y aburrido, consciente de que ver esas películas era nada más que una forma de enfrentar el silencio.

Una mañana despertaron con la noticia de que el chucheta había muerto, pero no de cáncer — el tratamiento había sido todo un éxito— sino de un ataque al corazón mientras tocaba la guitarra en un bar de Matucana. Carla llevaba casi un mes sin salir ni a la esquina, pero pensó que tenía sentido volver al mundo con un funeral. Lo enterraron en el Parque del Recuerdo, un cementerio demasiado caro, pero entre todos los deudos se las arreglaron para diseñar un sofisticado sistema de cheques, transferencias y pagarés. En el funeral, dos compinches y tres hijos del finado tomaron la palabra para realizar la semblanza del chucheta en términos parejamente elogiosos, entre ellos la madre de Gonzalo.

Después de la ceremonia Carla y Gonzalo se sentaron en un escaño de piedra, a la sombra de un memorioso ginkgo biloba.

—Igual era simpático tu abuelo —dijo ella, por decir algo.

—¿Qué?

—Esa tarde, cuando lo conocimos, a pesar de todo me cayó bien. Era un imbécil, pero me cayó bien. Es raro eso.

—¿Qué?

—Cuando sabes que alguien es un imbécil, pero igual te cae bien.

—Sí. Pero a mí no me caía bien —dijo Gonzalo—. Era un seductor. Por eso te caía bien.

Caminaron al auto, en silencio, los dos pensaban en el hijo perdido. Gonzalo nombraba los árboles, como saludándolos: quillay, arce japonés, haya europea, liquidámbar, crespón, pino azul.

—No sabía que eras experto en árboles —le dijo Carla, verdaderamente sorprendida.

—No soy ningún experto. Una vez, en el Parque Intercomunal, Vicente me preguntó el nombre de un árbol y no lo supe. Me dio vergüenza y empecé a estudiarlos.

—Yo me sé muy pocos —dijo Carla, casi para sí misma.

«Y si no conoces los nombres de los árboles, te los inventas». Mientras manejaba a casa Gonzalo recordó esa frase que había leído no sabía dónde, tal vez en un ensayo sobre literatura medieval. Luego pensó en esos cementerios nuevos: apenas unas lápidas sembradas a lo largo y ancho de un parque espléndido, con el pasto mantenido rigurosamente, como una cancha de golf. Los detestaba, se le hacían falsos, saturados de ilegítimo optimismo, desprovistos de nobleza, de belleza.

—Igual me gusta el nombre de este cementerio —dijo, como para sí mismo.

—¿Cómo?

—Parque del Recuerdo —dijo—. No me gusta este tipo de cementerios, pero me gusta el nombre de este.

—Está bueno —dijo Carla, por decir algo.

Esa noche Gonzalo habló dormido. Nunca había pasado, o había pasado pero no de esa manera, porque no eran palabras sueltas, sino frases enteras: hablaba tan fuerte que Carla despertó y alcanzó a oír lo que decía. «No tienes derecho a pedirme eso», era una de las frases. Las demás: «El metro estaba lleno, preferí venirme caminando»; «Déjame patearlo a mí, huevón»; «No hace calor»; «Me acuerdo, por supuesto que me acuerdo».

Carla trató de imaginarse ese sueño, cuyo significado le parecía insondable pero también, de alguna manera, preciso. Y aunque no tiene sentido tomar decisiones a partir de un sueño, mucho menos de un sueño ajeno e incomprensible, la imagen de Gonzalo hablando dormido reforzó en Carla la convicción de que nunca más intentaría embarazarse.

«La naturaleza es sabia», le había dicho su madre al enterarse de la pérdida, y para Carla había pocas cosas menos satisfactorias que estar de acuerdo con su madre, pero debía admitir que eso sentía por momentos: que su cuerpo había tomado una decisión, la decisión correcta. Incluso la reticencia inicial de Vicente le parecía, en retrospectiva, un aviso, una premonición de lo que vendría.

—Estamos bien así, ya eres padre —le dijo Carla, por la mañana—. Has sido un gran padre, el mejor padre para Vicente.

—Gracias —dijo Gonzalo, sorprendido—. ¿Y León?

—León vale hongo.

—¿Lo matamos, entonces?

—Sí.

—¿Cómo?

—Con una Colt 45 —dijo Carla, con la sonrisa chueca, luminosa.

—Con una metralleta, mejor —dijo Gonzalo—, para asegurarnos.

—Envenenémoslo.

—Con veneno para ratas.

—Guillotinémoslo.

—Empalémoslo.

Siguieron un rato soltando risotadas mientras imaginaban los pormenores del crimen y las coartadas.

—Anoche hablaste dormido —dijo luego Carla, como si quisiera cambiar de tema, aunque tenía la sensación ambigua de que no, de que seguía hablando de lo mismo.

—¿Y qué dije?

—Muchas palabras, muchas frases. ¿No te acuerdas? ¿No te acuerdas del sueño, o de haber soñado?

—No, para nada. ¿Qué dije?

—Muchas cosas.

—¿Cuáles?

—No me acuerdo. Nada malo, creo. No entendí bien.

Después de años aprovechando los fines de semana leoninos para organizar fiestas o comidas, Carla y Gonzalo se volvieron reacios a la vida social. No lo habían acordado, pero ambos preferían no recibir visitas por un tiempo indefinido, necesitaban rehabilitar la casa antes de volver a compartirla. Un viernes en la tarde, sin embargo, Gonzalo anunció que el poeta Salgado iría a cenar («está más deprimido que de costumbre», explicó). Carla se molestó y le pidió que mejor se fueran los dos solos a alguna schopería.

Sumamente satisfecha de su decisión, se echó en la cama a escuchar un disco de Juana Molina que acababa de comprar. En lugar de aprovechar la soledad para poner el equipo a todo volumen, prefirió aporrearse los tímpanos con los audífonos de un discman que estaba como nuevo, porque se lo habían regalado poco antes de que naciera Vicente, cuando no sospechaba que también su relación con la música estaba a punto de cambiar tal vez irreversiblemente. Puso las pilas del control remoto en el discman y se echó en la cama a escuchar las primeras canciones del disco, que le gustaron, pero la experiencia de volver a los audífonos se le hizo compleja o ardua o absurda —sentía que estaba faltando a algo, que no tenía derecho a desconectarse de esa manera, que se exponía a alguna clase de peligro. Se los quitó y puso el disco en el equipo mientras picaba fruta para una ensalada. Lo escuchó dos veces seguidas, le pareció una música nueva, intensa y extraña.

Luego regresó las pilas al control remoto y se dispuso a una maratón de *Friends*, cosa que no podía hacer con Gonzalo, que pensaba que era una serie superficial, aunque igual se reía con las salidas de Phoebe y los pastelazos de Joey (y secretamente pensaba que Carla era una enmarañada mezcla de Rachel y Monica). Carla nunca había vuelto a ver la primera temporada, cuyos episodios disfrutó como se disfruta viendo viejos videos familiares. Se veían todos tan jóvenes, casi unos niños: se imaginó a sí misma a mediados de los años noventa, aún más joven que los actores *deFriends*, pensó que por entonces muy probablemente había pasado alguna tarde igual que ahora —echada en la cama en puros calzones viendo en la tele esos mismos capítulos, tal vez riéndose con los mismos chistes. No sintió que fuera ridículo entretenerse tantos años más tarde de la misma manera, al contrario, esos pensamientos la inundaron de una alegría enigmática y plena.

Vio los primeros ocho capítulos de la primera temporada, se saltó el noveno —le daban lata las historias de Thanksgiving— e iba en la mitad del décimo, ese donde Ross adopta un mono y Phoebe conoce a David, cuando sintió que Gonzalo volvía de su cena junto al poeta Salgado. Se puso la bata con desgano y apareció en el living en pie de guerra. El poeta Salgado era el mejor amigo de Gonzalo y el que a Carla le parecía más gracioso, pero esa noche no quería compartir posada con dos borrachos.

—Es que de verdad está muy deprimido, quiere seguir conversando —explicó Gonzalo.

—Convídale de tus antidepresivos —dijo Carla.

—No tomo antidepresivos —respondió Gonzalo, desconcertado.

—Perdona, Carla —irrumpió Salgado, con la falsa prudencia de los borrachos—. Es que ando un poco meado de perro. No entiendo por qué me va tan mal.

—¿Y en qué te va tan mal? —preguntó Carla.

—Con las minas.

—Yo sí sé por qué —le respondió Carla—. Te va mal porque eres egocéntrico y estái más gordo que la chucha. De solo pensar en acostarse contigo las minas huyen espantadas.

Carla se arrepintió enseguida de su desplante y se quedó un rato con los hombres multiplicando inútiles explicaciones. Aunque nunca había necesitado hacer dieta, de puro culposa diseñó una muy sencilla para el poeta Salgado, al que en realidad nadie llamaba el poeta Salgado, porque desde niño era conocido como el Guatón Salgado, al punto de que él mismo solía identificarse de esa manera, lo que de algún modo le permitía olvidar su obesidad, o no entenderla como un problema, porque se había vuelto más un nombre que un adjetivo. (Hubo un tiempo en que bajó como diez kilos, y entonces se decía que el Guatón Salgado estaba flaco, lo que por supuesto no quería decir que en efecto estuviera flaco sino que se veía ligeramente menos gordo.)

—Perdónala, no quiso ser hiriente, a veces es demasiado honesta, nada más, y ya sabes que últimamente la hemos pasado mal —dijo Gonzalo luego, en voz pretendidamente baja, porque también estaba medio chambreado. Igual Carla escuchaba todo desde la pieza.

—No te preocupís, si yo sé que estoy un poco excedido de peso. —Al Guatón le costó un mundo pronunciar la palabra *excedido*.

Llevaba como una hora anunciando que estaba a punto de irse, pero al Guatón Salgado había que echarlo.

—Ya, compañero, a dormir —dijo Gonzalo.

Salgado se incorporó con dificultad y después de golpetear majaderamente la espalda de Gonzalo le dijo:

—Ojalá que te resulte, hermanito. Toda la suerte del mundo.

—Gracias, compañero —respondió Gonzalo entre dientes.

¿Qué era lo que a Gonzalo debía resultarle? Carla no tenía idea. No quiso preguntárselo, porque estaba muerta de sueño y también porque aspiraba a descifrar el misterio por sí misma. Por la mañana, mientras preparaban el desayuno, repasó minuciosamente la paleta de posibilidades. Ya estaba claro que no volverían a intentar tener un hijo, pero entonces pensó que quizás Gonzalo apostaría por convencerla, que ese era su secreto objetivo. Tenía sentido, porque él había sido, históricamente, el promotor de la idea y hasta era raro que, tres meses después, pareciera conforme o resignado.

Alarmada por este pensamiento, le preguntó directamente a Gonzalo cuál era ese secreto, cuál era esa cosa que el Guatón Salgado deseaba que resultara. Él respondió con naturalidad, convincentemente, que tenía listo un libro de poemas y que existía la posibilidad de publicarlo en Ediciones Puente de Madera.

—No tenía idea de que habías terminado un libro.

—Es que no pensé que te interesara.

—Me interesa. Mucho. Claro que me interesa. Déjame leerlo, porfa.

—Voy a corregir unas cosas y te lo muestro.

—Quiero leerlo ahora —dijo Carla, con una determinación dulce; no sonaba autoritaria, solamente enfática.

—¿Mañana?

—Ahora.

Con los años el interés de Carla en la poesía no había aumentado —no tenía tiempo, la verdad: de vez en cuando agarraba alguna novela de Amélie Nothomb o de Yasunari Kawabata o de Salman Rushdie, pero poesía nunca, y aunque a veces los amigos poetas de Gonzalo le parecían divertidos, y aunque él mismo hablaba constantemente sobre poetas, ella tendía a olvidar que, además de estudiarla y enseñarla, Gonzalo escribía poesía. Y sin embargo, si estaba a punto de publicar un poemario, ella quería leerlo, por supuesto que sí.

—¿Y Puente de Madera es la única opción? —preguntó Carla.

—Es la editorial de poesía más prestigiosa en estos momentos —dijo Gonzalo, como quien señala algo evidente.

—Ojalá resulte. ¿Y qué tan probable es?

—Lo están leyendo, todavía no me dicen nada.

—¿Y lo mandaste también a otras editoriales?

—Es que no son muchas las opciones. Visión Comunicable también es una buena editorial, pero tienen pésima distribución, y los cabros de Ediciones Sin Futuro tienen onda, me caen bien, pero sus libros son horribles. Y las demás editoriales están dominadas por mafias a las que no tengo acceso. Y a las que no me interesa tener acceso.

Esta última frase fue afortunada, porque le confirió a su emisor cierta integridad artística. Gonzalo agarró el control remoto y empezó a hacer zapping a la velocidad de sus nerviosos pestañeos.

—Quiero leerlo —insistió Carla.

—Te lo voy a mostrar. Déjame corregirlo un poco. No está terminado.

—Pero dijiste que estaba terminado. ¿O sea que lo mandaste a esa editorial sin que estuviera terminado?

—Es que en ese momento pensé que estaba terminado. Paul Valéry dice que las obras no se terminan, se abandonan. —Esa sentencia perfecta sonaba rara en ese contexto, como si Paul Valéry fuera un relamido profe de francés o un sentencioso carpintero.

—Ya, pero quiero leerlo ahora. Anda a buscarlo, qué te cuesta —dijo Carla, suplicante.

—Vale, pero antes tengo que ir a cagar.

Agarró el computador y se encerró en el baño. Se sentó en el water sin bajarse los pantalones, porque no era cierto que quisiera cagar. Revisó las carpetas donde amontonaba sus poemas y los releyó atropelladamente, intentando verlos con distancia, a través de los ojos de Carla o de un eventual desconocido. Pensó que no eran malos, o más bien que sería difícil decidir si eran buenos o malos, y eso quizás significaba que eran más buenos que malos. También pensó que no eran malos pero sí innecesarios. No parecía que el mundo necesitara esos poemas. Quería escribir los poemas que nadie antes había escrito, pero en ese momento pensó que nadie los había escrito porque escribirlos no valía la pena.

Lo entristeció admitir o comprender que sus poemas no calentaban a nadie. En otros archivos había borradores más intensos y extremos, que cifraban emociones tentativas, inestables, textos graciosos o rabiosos o desesperados, como su diatriba contra los padres biológicos, pero los sentía crudos, peligrosamente transparentes. Era capaz de reconocer en los demás el relampagueo

purificador de la rabia, la calidez del desenfado, admiraba a algunos poetas desmesurados, barrocos, arbitrarios, insondables, pero al escribir procuraba mantenerse lo más lejos posible de la expresión personal, de la dictadura de los sentimientos. La rabia no sirve para escribir poemas, solía pensar, pero esa tarde, mientras revisaba su obra completa escondido en el baño, comprendió que estaba equivocado; que la rabia sí servía, que había fuerza en la rabia y belleza en la fuerza.

No tenía tiempo, sin embargo, para improvisar nada, así que optó por acomodar algunos poemas, los que le parecían más hechos, para armar el manuscrito de su supuesto primer libro. Cortó y pegó los textos en un archivo que tituló «Libro poemas versión 34», eligió la tipografía, el tamaño de letra y el interlineado, y por cuestiones de verosimilitud tiró la cadena y hasta echó desodorante ambiental.

Carla seguía en la cama, esperándolo, había apagado la tele. Él le leyó los veinte primeros poemas, que a ella le parecieron derechamente malos, aunque pensó que quizás no sabía lo suficiente de poesía como para opinar —era un pensamiento compasivo, pues de hecho estaba absolutamente segura de que, a pesar de su histórica distancia con la poesía, sería capaz de reconocer un poema bueno, un poema que al menos la dejara intrigada; lo que escuchó era, para ella, simplemente malo, así que decidió esto: no abrir la boca.

Dolido por la escasa recepción y también temeroso de seguir leyendo —acababa de usar, como diría un comediante, su mejor material—, Gonzalo calculó que aunque Carla tenía la vista fija en la pantalla de su laptop no alcanzaría a reconocer las palabras que él leía en voz alta, y para mayor seguridad ladeó el computador de manera que dificultara aún más la visión de las palabras en la pantalla. Entonces, traicionando absolutamente todas sus convicciones, fingió que leía tres poemas propios que en realidad eran poemas de Emily Dickinson, traducidos por Silvina Ocampo, que sabía de memoria. Carla reaccionó de inmediato. Los encontró raros, le gustaron.

—Léeme más —dijo.

Ya lanzado, fingió leerle cinco poemas de Gonzalo Millán. Eran textos que a él le hubiera gustado escribir y que guardaban alguna semejanza, no necesariamente evidente o quizás evidente solo para él, con los poemas que quería, que intentaba escribir, salvo que eran sin duda superiores. De pronto se sintió pésimo y estuvo a punto de confesarle a Carla lo que acababa de hacer, pero de ninguna manera podía confesarlo sin soltar una larga y peligrosa explicación.

—Son lejos, pero lejos, los mejores poemas que has escrito nunca —dijo ella.

—¿Te gusta el libro, entonces?

—Sobre todo los últimos poemas, me gustan mucho. Léeme uno más —le dijo.

—No tengo más.

—¿Y no era un libro entero?

—Es que los libros de poesía son cortitos.

—¡Uno más!

—Bueno, pero no está terminado.

Fingió que leía «Kamasutra», que era su poema favorito de Millán:

Persistirá la cicatriz de la vacuna
y el lunar del cuello y de la axila.
Persistirán las marcas de tirantes

tras los pechos y en la piel
de la cintura, bajo el ombligo.
Mas no la medialuna,
el bocado del jabalí, la nube rota,
la garra del tigre, el coral y la joya.
Las amorosas huellas debidas
al arte de mis dientes y mis uñas.

Carla le pidió que lo leyera de nuevo y entonces Gonzalo pensó que había cometido un gravísimo error o más bien un error imperdonable en el interior de otro error aún más imperdonable, porque Carla no tenía lunares ni en el cuello ni en la axila.

—Es verdaderamente hermoso, Gonza —dijo Carla—. Es el mejor poema que has escrito. Es simplemente brillante.

—Es una mujer imaginaria —dijo Gonzalo, como disculpándose.

—Por supuesto que es imaginaria, si es un poema —dijo Carla—. Qué me importa si te inspiraste en los lunares de una ex o qué sé yo. Es un gran poema y punto. Voy a recordarlo siempre. Es el mejor poema que has escrito. Gracias.

—¿Por qué?

—Por compartir el libro conmigo —dijo Carla—. Igual, me gustan mucho más estos últimos poemas. ¿Cómo se llama el libro?

—Todavía no lo decido.

—Ponle «Kamasutra», como este poema. Es genial.

Gonzalo sintió que era el peor de los fraudes, el rey de los huevones. Fue al cuartito a esconder los libros donde aparecían los poemas robados —los fondeó en el baño, junto a unos juguetes viejos y una antigua e inservible aspiradora, dispuesto a no leerlos nunca más. No era probable que ella descubriera el engaño, pero Gonzalo prefería estar seguro.

«Y si no conoces los nombres de los árboles, te los inventas», pensó esa noche, sombríamente, mientras chupaba con destreza la entrepierna de Carla.

Gonzalo comenzó a ir a diario al Parque del Recuerdo, a veces un rato corto o a la hora de almuerzo. Los primeros días se limitaba a tomar notas, pero luego decidió escribir ahí mismo, sobre la marcha, lo que otorgaba a sus poemas un peso de realidad que nunca antes habían tenido. El lugar le seguía pareciendo detestable, pero a la vez lo atraía la permanente y a veces persuasiva ilusión de ligereza, esa sobriedad engañosa que pretendía normalizar el misterio y disimular el dolor.

Intentaba absorber, comprender, desmontar el paisaje: miraba los nenúfares y los lirios en la laguna, se internaba por caminos laterales entre los liquidámbaros, examinaba los primorosos jardines separados con rejas de fierro forjado que, con fallida sutileza, delimitaban territorios exclusivos, con escaños de piedra, para que los deudos de la clase ejecutiva se sentaran cómodamente a honrar a sus muertos, y con acceso expedito a los estacionamientos, para que pudieran irse rápido.

Gonzalo ni siquiera se detenía a mirar la tumba del chucheta, su propósito principal era observar a la gente; se colaba en los funerales ajenos respetuosamente, pero lo que más le interesaba eran las visitas breves de gente sola, casi siempre oficinistas que aprovechaban la pausa del almuerzo para escaparse media hora y sentarse frente a sus muertos a murmurar algo y acaso rezar. A veces los deudos sacaban sus tupperwares y comían a una velocidad incierta sus desoladoras ensaladas de porotos verdes, sus tristísimos arroces con huevo, sus severos tallarines con salsa. Algunas tardes Gonzalo les metía conversación a los guardias o se fumaba un cigarro junto a las oficinas mientras sonaba, a volumen moderado, la desangelada música ambiental de los Beatles o Simon & Garfunkel en zampoña o de los Bangles o Radiohead en clave bossa nova. Hubo un par de domingos en que fue con Carla y Vicente —ella tomaba muchas fotos, en especial de los árboles, mientras que el niño se dedicaba a mirarlo todo con voraz curiosidad.

En apenas dos meses Gonzalo consolidó un libro que después de darse muchas vueltas decidió llamar, simplemente, *Parque del Recuerdo*. Para atenuar la impostura, lo envió en primer lugar a Ediciones Puente de Madera, que lo rechazó de forma amable e inmediata, así que lo mandó enseguida a otras editoriales. Algunas lo rechazaron, de las demás no recibió respuesta. Cuando ya comenzaba a resignarse, el solitario editor de Ediciones Porque Sí le escribió un mensaje largo, lleno de barrocos elogios y gazapos ortográficos, en que aceptaba el libro a condición de que Gonzalo financiara el cuarenta por ciento de la edición.

No era la oferta ideal y sin embargo estaba feliz. El tiraje sería de solo doscientos ejemplares, sin distribución en librerías, pero le importaba poco, no hallaba las horas de tener en sus manos su primer libro, que no firmó con el seudónimo Gonzalo Pezoa, que ahora le parecía pueril, ni con sus dos apellidos, que era como firmaba sus artículos académicos, sino con el nuevo seudónimo Rogelio González, que era como Gonzalo Rojas al revés. Carla leyó el borrador varias veces y hasta corrigió unas erratas (pese a su escrupulosa formación académica, Gonzalo creía que *asertivo* era sinónimo de *certero* y que existía la palabra *disgresión*). No lo encontró malo, aunque le gustaron solamente cuatro poemas y apenas uno de toda la serie le pareció verdaderamente hermoso. Echó de menos, por cierto, los poemas formidables que recordaba —

Gonzalo le explicó que eran parte de otro proyecto, aún inconcluso.

Gonzalo había pagado con la línea de crédito su parte de la edición y el editor le aseguraba que el libro se imprimiría pronto, aunque se rehusaba a darle una fecha puntual («no quiero fallarte», le repetía). Justo por esos días en que le costaba dormir pensando en el libro, Gonzalo recibió un lacónico mensaje que le notificaba que había ganado una beca del gobierno para financiar un doctorado en Nueva York. Era una noticia fabulosa, aunque la euforia se entremezclaba con el pavor de contarle a Carla, lo que pasaba por confesarle que había postulado a esa y a otras becas y que ya había sido aceptado en dos universidades —sin decirle a ella una palabra había llenado los formularios, había conseguido certificados y cartas de recomendación, y hasta había tenido la cautela de usar la dirección del trabajo con tal de no recibir en casa ninguna correspondencia que pusiera en riesgo la confidencialidad de sus propósitos.

No solo el Guatón Salgado, varios de sus amigos estaban al tanto de su proyecto, que era razonable, por cierto, quizás más razonable que tener un hijo: el director de la carrera y la decana llevaban como dos años insinuándole, en un tono cada vez menos sutil, que ya era hora de hacer el doctorado, pero hacerlo en Chile le parecía un retroceso. Literalmente: no quería volver a la universidad a escuchar a los mismos profesores cuyas peroratas había soportado, con una cuota alta de paciencia, durante tantos años, y tampoco quería aferrarse a su puesto como hacían esos académicos supuestamente tan bien preparados que sin embargo nunca habían salido de Chile ni aprendido otra lengua ni tenido hijos ni vivido ninguna experiencia mínimamente errática, nada parecido a una aventura: eran como niños grandes con posdoctorado y vuelo teórico pero ninguna experiencia del mundo. Despreciaba a esos académicos justamente porque no era tan distinto de ellos. Y no quería seguir pareciéndose a ellos. Aunque estaba a punto de dejar de ser un poeta inédito, en su fuero interno se había instalado la idea de que no era un gran poeta. Para decirlo en el lenguaje fundamentalista que él mismo a veces usaba, Gonzalo sospechaba que en el fondo no era un poeta, un verdadero poeta. Pero no quería resignarse también como profesor. Quería crecer e intuía la dirección correcta de ese crecimiento.

La misma noche que Carla le dijo que no volverían a intentar un embarazo, Gonzalo, en medio del desvelo, decidió postular al doctorado. En ese momento le pareció que era brutal hablarlo con Carla de inmediato, aunque su idea era irse con ella y con Vicente, de eso no tenía dudas, o las tenía, pero la posibilidad de irse solo funcionaba más bien como una fantasía tenue, lábil, un coqueteo medio autodestructivo que lo regresaba al instante a la fantasía más estable, de ribetes épicos, de la familia probando suerte en Nueva York. Sentía que eran perfectamente capaces de enfrentar cualquier adversidad. Siguió dilatando, sin embargo, la conversación con Carla, en parte porque no quería compartir con ella las expectativas, y luego el probable fracaso de sus planes — pensaba que no obtendría la beca, o que se la darían después de postular durante años, religiosamente.

Nadie puede rechazar una invitación a vivir en Nueva York, pensó, sentado extrañamente en medio de la escalera, la tarde en que esperaba a Carla para contárselo todo, pero no pudo, no supo cómo decírselo, ni esa noche ni los días siguientes. Así pasó un mes entero, un mes muy tenso, lleno de equívocos: Gonzalo apagaba el celular, llegaba tarde, Carla no era celosa pero no podía aplacar la sospecha de una infidelidad. Se lo preguntó frontal, estoicamente, como quien camina por el centro de una avenida esperando un huracán. Él le aseguró que no, que solamente

andaba nervioso por la publicación del libro. Ella pensó que publicar un libro debía ser algo terriblemente estresante y quiso creerle, pero igual trató de leerle el correo, lo intentó con mil contraseñas, hasta que una tarde, al ver a Gonzalo en la cama con la pantalla de Yahoo abierta, simplemente le arrebató el computador y se encerró en el baño.

Se detuvo en los mensajes de mujeres cuyos nombres no le sonaban de nada, pero no encontró más que coqueteos intrascendentes, que ella misma solía permitirse («tu mail me alegró el año entero», «te mando un abrazo largo», «te mando una cantidad alta de abrazos»). Cuando estaba a punto de salir del baño, casi avergonzada de sus sospechas, Gonzalo dijo, desde el otro lado de la puerta:

—Lo que pasa es que nos vamos a Nueva York. —La frase sonó ridículamente fervorosa.

Sentados a la mesa, frente a frente, Gonzalo soltó la historia demorándose en los detalles y dijo que no pensaba ir solo, que esa nunca había sido su intención. Dijo que no iría a ninguna parte sin ella y Vicente.

—Hay muchas fotos que sacar en Nueva York —agregó.

—Hay muchas más fotos que sacar en Santiago —respondió Carla—. En Nueva York ya tomaron todas las fotos. En Santiago no. En Chile no.

—Seguro que encuentras pega.

—¿Sin saber inglés?

—Pero sacas fotos, no tienes que hablar tanto —dijo Gonzalo—. Un fotógrafo puede trabajar en cualquier parte.

—Claro, puedo trabajar de mimo también —dijo Carla.

Tuvieron que interrumpir la conversación, porque Vicente bajó corriendo la escalera, fue a la cocina a buscar un cuchillo y se sentó a la cabecera de la mesa a pelar parsimoniosamente una manzana verde.

—Es peligroso —le dijo Carla.

—No, porque este cuchillo casi no tiene filo —respondió Vicente—. Es que quiero aprender.

—¿Y no te gusta la cáscara? —preguntó Gonzalo.

—Me encanta —dijo el niño—, me la voy a comer también, pero aparte.

Tuvieron que esperar a que el niño pelara, con pulso irregular y extrema lentitud, esa manzana. En un momento Carla pensó que Vicente los había escuchado y se había instalado ahí a propósito, para evitar una pelea o algo así. Pero no había escuchado nada, simplemente andaba empeñado en pelar manzanas.

—Voy a gritarte —dijo Carla, en voz baja, secamente, cuando el niño acababa de volver a su pieza.

—¿Qué?

—Que voy a gritarte mucho —dijo Carla, en voz aún más baja.

Llamó a la mamá del mejor amigo de Vicente para pedirle que por favor lo alojara esa noche. Gonzalo fue a dejarlo.

Unos adolescentes conversaban a gritos en la vereda sobre fútbol o sobre videojuegos de fútbol y sobre un amigo en común que acababa de salir del closet: Carla los escuchaba con atención intermitente mientras hacía la cena y pensaba una y otra vez en todas esas acciones

omitidas, todo ese tiempo de enfermiza cautela; no conseguía entender el silencio de Gonzalo, o tal vez lo entendía como lo que era: una agresión. La existencia de una amante hubiera sido tanto más fácil de comprender, pensaba.

Preparó un salmón con alcaparras y puré de camote, y descorchó una botella de vino blanco. Parecía una celebración y era lo contrario de una celebración.

—Piensa en Vicente, por fin va a aprender algo de inglés —dijo Gonzalo, apenas volvió.

—No me hablaste de esto porque quieres ir solo —dijo Carla.

—Ya te dije, me pareció que era brutal hablarlo en ese momento. Indelicado.

—Indelicado —lo remedó Carla—. Esto me parece hartó más indelicado.

—Tú quieres que sea transparente —dijo Gonzalo—. Pero no puedo ser transparente. Todos tenemos alguna opacidad.

—No me hablaste de esto porque quieres ir solo —repitió Carla.

—El lunes voy a pedir la hora para casarnos. —Gonzalo hizo como si no la hubiera escuchado—. Hay que apurarse con los trámites de las visas. Faltan muchos meses, pero mejor apurarse.

—No me hablaste de esto porque quieres ir solo —volvió a repetir Carla.

—Hay que ver lo del colegio de Vicente, también. Mañana mismo voy a escribirles a unos amigos que están allá, a ver si nos ayudan a conseguir colegio y departamento.

—No me hablaste de esto porque quieres ir solo —dijo Carla por cuarta y última vez.

Se echaron en la cama a mirar el techo, como si buscaran impurezas en la pintura o constelaciones en el cielo nocturno. Tiraron con rabia y desesperación, parecía que ambos tuvieran quemaduras por todo el cuerpo. Después se dijeron cosas atroces, cosas que sentían y otras que más o menos inventaban pero que al decirlas cobraban realidad y era imposible borrarlas o siquiera rectificarlas, matizarlas. De pronto Carla se callaba e intentaba discutir consigo misma, aunque tenía la vertiginosa convicción de que estaba completamente de acuerdo consigo misma.

A las cuatro de la mañana salió al patio y se comió una barrita de granola bajo la luz de la luna. No era nueva en el insomnio, que para ella había empezado muy temprano, a los nueve años: insomnio y narcolepsia. La llevaron al médico, le hicieron mil preguntas, le pidieron exámenes de sueño —tenía que pasar una noche con electrodos en la cabeza y otras partes del cuerpo en una habitación decorada como si fuera un dormitorio, con peluches, una horrible lámpara espantacuco y decenas de fotografías en las paredes (gente durmiendo en poses apacibles, salvo un viejo flaco, de semblante severo, que más que dormido parecía muerto). Una enfermera de voz rasposa le puso los electrodos. De pronto apareció su madre con un cuento y se plantó en el sillón a leerlo en voz alta —a Carla nunca le habían contado cuentos antes de dormir, y quizás esa experiencia nueva le espantó el sueño aún más. Su madre se fue a medianoche y a la mañana siguiente, cuando los encargados del examen le dijeron que la niña no había dormido ni un solo minuto y el examen no había servido de nada, se puso furiosa. Después, unos meses después, Carla logró permanecer despierta todo el día y por las noches volvió a dormir, aunque solía despertar cada dos o tres horas, a veces nada más que unos segundos, otras veces pasaba de largo. Durante la adolescencia todo cambió gracias a las pastillas, aunque a veces soñaba que seguía con los electrodos puestos o que no conseguía quitarse la cera con que los habían adherido a su cabeza o que su cuarto era en

realidad la habitación de una clínica. Luego, cuando nació Vicente, dormía mal, como todas las madres, pero era experta en desórdenes de sueño, y hasta a veces sentía que dormía mejor, porque su desvelo tenía un sentido: cuidaba a alguien, le enseñaba a alguien a dormir, le contaba cuentos.

Era incapaz de dormir sin pastillas, pero a veces prefería no tomarlas para recordar cómo era, quién era en realidad; igual que un miope extremo que decide dejar los anteojos en el velador y pasa todo el día a tientas, incapaz de reconocer la cara de su propio hijo, algunas noches Carla prescindía de las pastillas y recuperaba el insomnio y se sentía curiosamente auténtica. Esa noche, por ejemplo, tomarse la pastilla y dormir como un tronco habría sido, para ella, una hipocresía, necesitaba esas horas adicionales; acababa de decidir que su historia con Gonzalo había terminado, necesitaba seguir pensando hasta aniquilar toda sombra de duda. Pero no dudaba. Quizás solo trataba de entender si terminar con Gonzalo era lo que quería hacer o lo que debía hacer o si esta era una de esas raras ocasiones en que la voluntad coincidía con el deber.

«Piensa en Vicente», qué frase tan ridícula, por favor: llevaba doce años pensando en Vicente, incluso si se lo propusiera sería imposible que no pensara en él. También pensó en el feto muerto y sintió que aún estaba en su vientre, que no lo había expulsado bien, que el raspaje no había funcionado. Sintió, con amargura, que recién ahora terminaba el raspaje. Pensó: Vicente necesita a Gonzalo, lo quiere como a un padre, lo quiere más que a su verdadero padre, porque Gonzalo lo crió; Gonzalo lo quiere como a un hijo propio pero ahora estoy segura de que tarde o temprano va a abandonarlo. Y es mejor que sea ahora mismo.

Fumó, tomó café, abrió otro vino, dieron las nueve de la mañana y ella todavía estaba desparramada en el suelo del living, como inventando posturas de yoga, completamente despierta y demolida y un poco borracha. Fue a la pieza, Gonzalo seguía durmiendo, sus ronquidos sonaban como silbidos incompletos. Lo despertó, lo zamarreó para decirle, sin preámbulos, que se fuera.

—Yo crié a Vicente. —Gonzalo caminaba en calzoncillos por la pieza como si buscara su ropa o como si tuviera frío—. Yo crié a tu hijo. ¿Qué te parece eso, que yo haya criado a tu hijo?

—Y se te quitaron las ganas de criarlo —dijo Carla.

—Tu hijo se parece a mí. Gracias a mí pudiste estudiar. Todo lo que tienes es gracias a mí.

Repitió veinte veces ese estribillo, desbordado de resentimiento: sentía que Carla quería aniquilarlo, patearlo en el suelo, matarlo.

—Lo hice dormir mil veces, dos mil veces, lo cuidé cuando estaba enfermo. Lo llevé al colegio, le mostré el mundo, le enseñé todo.

Está actuando como un hombre, pensó ella; grita como gritan los hombres desacostumbrados a gritar, llora como lloran los hombres desacostumbrados a llorar.

—Gracias a mí no sigues siendo una cuica mantenida, una pendeja, una hijita de su papá. Tu hijo se parece a mí, yo te lo crié. No puedes quitármelo así como así. No puedes borrararme. Tengo derechos.

La última frase era ridícula y tal vez por eso se mantuvo en el aire unos segundos, quizás un minuto entero, igual que cuando un chiste parte en dos una conversación. Solo que no era un chiste.

—Qué derechos vas a tener —le dijo Carla, finalmente, llorando—. Ándate al tiro, a Nueva York o a la concha de tu madre.

Él tomó una ducha larga y salió a comprar un colchón, que instaló en el cuartito.

Vivió dos meses en el cuartito, casi en calidad de okupa. Ella lo echaba todas las mañanas, discutían una o dos horas, él salía y pasaba todo el día fuera, trabajando o haciendo hora por el centro, y a las diez de la noche, después de fingir bastante bien, ante Vicente, la comedia de la estabilidad, se encerraba en el cuartito a leer libros malos, porque los buenos no hacían más que recordarle la complejidad de la vida, mientras que los malos lo tranquilizaban, lo esperanzaban, lo aletargaban. Se sentía completamente perdido. Un terremoto, quizás eso deseaba: que justo entonces sucediera el temblor más terrible de la historia de Chile, que la casa se derrumbara pero sobrevivieran los tres, de manera que durante una larga temporada no hubiera ni viajes ni planes porque el futuro consistiría meramente en alargar la sobrevida —conseguir agua, comida, cobijo y una cierta valiosa alegría momentánea.

Cuatro días después de la separación, Gonzalo por fin recibió, en su oficina de la facultad, sus ejemplares de *Parque del Recuerdo*. Lo primero que hizo fue dedicarle uno a Carla. La llamó, la había llamado todos los días, ella le contestaba con una voz nueva —una voz esquiva y templada, que él desconocía. Le pidió que se juntaran para darle un libro, ella lo felicitó pero le dijo que se lo mandara por correo. Gonzalo fue de inmediato al correo, no consiguió escribir la dirección en el sobre, le temblaba la mano. Lo intentó diez minutos, arruinó quince sobres. Lo intentó hasta con la mano izquierda, que curiosamente le temblaba menos.

—No sé escribir —le dijo a una mujer de unos veinte años que lo miraba con escepticismo y luego con solapada lástima.

La mujer no se parecía en nada a Carla, pero mientras le dictaba la dirección Gonzalo pensó que sí se parecía. Tras despachar el paquete avanzó a pasos veloces entre la multitud que poblaba el centro. Era como si lo persiguieran o fuera él quien persiguiera a alguien o como si quisiera demostrarle al mundo que, aunque no sabía escribir, sí sabía caminar.

Llegó jadeando a la librería Metales Pesados. Saludó al poeta Sergio Parra, uno de los dueños. Se conocían desde siempre, se habían saludado toda la vida, pero no eran amigos. Gonzalo le dio dos ejemplares de *Parque del Recuerdo*.

—¿Y para qué me das dos ejemplares si son para mí? ¿Quieres que lo lea dos veces? —le respondió Parra, con más picardía que mala onda.

—Son para la librería —puntualizó Gonzalo, con la voz repentinamente enronquecida—. Uno es para ti y el otro para la librería. Si se vende me avisas y te traigo más.

—Eso voy a hacer —prometió Parra, mientras ubicaba el libro en la sección de poesía.

A Gonzalo la posibilidad de que un desconocido hojeara su libro y acabara comprándolo le parecía tan halagadora como remota. Igual se distrajo imaginando esa escena mientras almorzaba un minúsculo dulce árabe. Caminó ahora a pasos lentos por el Parque Forestal, hacia Bellavista, iba a pasar por fuera de la discoteca donde seis años atrás se había reencontrado con Carla, pero no quiso cerrar el círculo. Entonces lo llamó su padre, que le dijo que andaba cerca, pero Gonzalo igual tuvo que esperarlo casi media hora. En el camino a Maipú le contó a su padre de la separación y de la beca a Nueva York. Lo soltó todo en una sola frase seguida de un silencio interrumpido por frases breves y monosílabos. No era el mismo taxi en que Gonzalo viajaba cuando niño —el viejo Peugeot 404 se había convertido en un Hyundai Accent—, pero sintió que sí, o más bien recordó con una fuerza inusitada esos viajes en el asiento del copiloto, porque entonces, si no había más adultos, los niños iban en el asiento del copiloto. Eran viajes laborales, no tenían con quién dejarlo, su padre lo hacía agacharse para que los eventuales interesados no pensarán que el taxi iba ocupado. Cuando subía algún pasajero, Gonzalo salía de su escondite y se largaba a hablar. Tal vez en ese tiempo era eso, exactamente eso, nada más que eso: un niño bueno para hablar.

—Quédate unos días con nosotros —le dijo su padre, ya en casa.

—No le pidas eso, tú sabes que no le gusta estar aquí, ya no es de aquí —dijo su madre.

Fue una conversación estéril, tediosa, abrumadora. Le quedaba un libro en la mochila, pero no quería dárselo a sus padres, sentía que era como perderlo. Finalmente lo hizo. Lo felicitaron. Lo felicitaron varias veces, por el libro, por la beca, pero ni siquiera le preguntaron por la separación, era como si llevaran años esperando esa noticia. Tampoco le preguntaron por Vicente. Carla nunca les había caído bien, pero se supone que querían a Vicente.

Su madre hojeaba el libro con una mezcla de orgullo y desconfianza. Gonzalo pensó que nunca la había visto con un libro de poesía en las manos. Hablaron del Parque del Recuerdo. Hablaron del chucheta.

—Decidí acercarme a mi padre porque sentía que estaba perdiendo a mi hijo —dijo Mirta, con una crueldad que sonaba tan inevitable que no parecía crueldad.

Se quedó a dormir esa noche. Se levantó temprano, desayunó con sus padres, estuvo unas horas solo en esa casa sin saber qué hacer. Se echó en la cama matrimonial a ver la tele mientras intentaba descaminadas teorías y aceleradas conclusiones acerca de su vida. En el velador de su madre estaba el libro, su libro. Se puso a leerlo. Era la primera vez que lo leía impreso y en ese momento supo que sería también la última.

Salió, por fin. Se compró un helado en la plaza de Maipú. Eran las dos de la tarde, había mucha gente en las calles, pero caminó hasta llegar a un pasaje desierto. A lo lejos sonaban alarmas de autos y una canción de Amy Winehouse. Se sentó en la cuneta, apoyó la espalda en el delgado tronco de un ciruelo y prendió un cigarro. Tenía la certeza inapelable de haberlo perdido todo. Acabo de publicar un libro, pensó. Mientras fumaba y miraba el cielo vacío de nubes, pensó, sin alegría, que había publicado un libro y que era, finalmente, un poeta, un poeta chileno.

III. POETRY IN MOTION

—*I'm gonna eat your sweet pussy*—dice Vicente, en un inglés de mierda, porque no sabe inglés, lo poco que sabe lo aprendió mirando porno. Ella sí que sabe español, porque hizo un *minor* en la universidad, pero ahora no habla español, ahora solo gime, más que probablemente en inglés.

Vicente tiene dieciocho años y Pru treinta y uno, acaban de conocerse: unas horas atrás, después de una jornada algo tediosa con sus amigos poetas en un bar de Plaza Italia, Vicente esperaba la micro nocturna cuando vio a una gringa vomitando en el paradero y se le acercó, y aunque en el pasado reciente de Pru no había motivos para que confiara en nadie, instintivamente confió en ese chico alto de ojos inmensos que, sin mediar preguntas ni presentaciones, le recogió el pelo para ayudarla a vomitar y hasta le hizo un tímido cariño en la nuca, un cariño como de hermano, como de compañero de juerga o de juegos. Pru le dijo *thank you* y por supuesto que él estaba en condiciones de responder *you are welcome* pero prefirió responder *de nada*, y ya no hablaron más durante los diez o quince minutos de una caminata que no conducía a ninguna parte, porque a veces se camina simplemente para recibir la purificadora oleada del viento en la cara.

Unas semanas antes de que Pru emprendiera el viaje a Chile, en un sobrepoblado bar de Greenpoint, una amiga chilena de un amigo belga le había asegurado que en Chile los taxistas eran, en su mayoría, fascistas, militares retirados y extorturadores, pero que afortunada o curiosamente no tenían la costumbre de asaltar ni de secuestrar a nadie, en el peor de los casos daban unas cuantas vueltas de más, o hablaban estupideces machistas o xenófobas, o machistas y xenófobas, por lo que en Santiago era sensato tomar un taxi a cualquier hora. Así que Pru detuvo un taxi y le dio a Vicente un abrazo y un beso en la mejilla que en Estados Unidos hubieran resultado comprometedores, pero ella llevaba suficiente tiempo en Chile como para notar que en Chile todo el mundo se abraza y se besa en las mejillas a cada rato, y aunque Vicente quería prolongar la escena y al menos preguntarle el nombre no hizo nada por retenerla, no le dijo nada, en parte también porque no podía decirle nada que no sonara francamente estúpido, si hasta preguntarle el nombre en inglés sonaría, pensaba Vicente, en esas condiciones, irritantemente escolar, y en ese momento él ignoraba que hablando lento y claro —él no hablaba ni lento ni claro pero hubiera podido intentarlo— la gringa lo entendería, así que se resignó a verla partir, pero cuando el conductor miró a Pru directo a las tetas y le preguntó adónde iba, como si efectivamente sus tetas fueran las encargadas de responder a esa pregunta, y ella pudo ver la cara del hombre, que era una cara como rocosa y airada que podía perfectamente ser la cara de un fascista-torturador-asesino y por supuesto que podía ser la cara de un violador, Pru pensó que era ridículo seguir el remoto consejo de esa amiga chilena de su amigo belga, una mujer con la que por lo demás había hablado solo cinco minutos, porque cómo va a ser seguro subirse a un auto conducido por un fascista-torturador-asesino-violador a las dos de la mañana.

Pru siguió caminando con Vicente, que la miraba como se mira a la persona más divertida del mundo, y no se equivocaba tanto aunque en ese momento él no podía saber que Pru era divertida porque, a no ser que uno encuentre cómico que alguien vomite en la calle, hasta entonces ella no había hecho nada ni siquiera mínimamente jocoso. Pru le mostró una tarjeta donde figuraba la dirección del hostel donde se alojaba, de manera que ya no caminaban sin rumbo sino rumbo a Providencia, al corazón de Providencia, como diría algún engolado promotor turístico. Habían

caminado tres cuadras en silencio cuando Pru le dijo nuevamente, pero ahora con mayor solemnidad y serenidad, *thank you*, y él le respondió que no se preocupara, que ese era su trabajo, porque Santiago de Chile estaba lleno de gente vomitando en las esquinas, cada noche él mismo se encargaba de ayudar a esos numerosos exhibicionistas del vómito, y la gringa no estaba segura de haber entendido del todo —sabía que Vicente bromeaba aunque no pillaba exactamente la broma. Iba a preguntarle, pero no quería hablar en español, se sentía incapaz, pensaba que no conseguiría más que tropezar con las palabras, así que le habló en un inglés pausado y claro que para Vicente era apenas un poco más inteligible que el chino cantonés, aunque la miraba a los ojos y movía la cabeza como el mejor alumno del curso o como un alumno no tan bueno, incluso muy malo, que únicamente se esfuerza porque le tiene ganas a la profesora.

Una cuadra antes de llegar al hostel Vicente le indicó con señas que se detuvieran en el minimarket, donde compró una botella grande de agua mineral. Se sentaron en la cuneta a compartir la botella y Pru empezó a contarle, al principio vacilando, tanteando el terreno, la historia de cómo había llegado ahí, y su relato era medio incoherente, pero eso no importaba nada, pues su interlocutor era incapaz de entenderla, y eso era lo óptimo, porque aunque Pru necesitaba hablar sin filtros no había nadie en el mundo en quien confiara lo suficiente como para soltarlo todo, así que ese interlocutor desconocido que la entendía poco o nada era el confidente ideal, era mejor que el más calificado de los terapeutas —no quería opiniones ni veredictos, al contrario; quería que alguien se limitara a escucharla o a presenciar, como Vicente, su relato, sin preguntas ni contrapreguntas, sin gestos compasivos, sin palabras explícitas de solidaridad.

Igual Vicente entendía que Pru hablaba del viaje a Chile y de San Pedro de Atacama y que en ese viaje algo o tal vez todo había salido mal, y que un novio o una novia la había traicionado o abandonado, y que la historia que escuchaba era triste, aunque ella intentaba contarla como si no lo fuera. Vicente entendía que Pru se reía de sí misma y que había en su tono algo así como un delicioso pudor pero también un cierto desenfado; entendía que, si supiera inglés, captaría una variedad de ritmos y unos énfasis y decenas de bromas que Pru lanzaba para defenderse de la seriedad. Y pensaba que si él tuviera que contar una historia triste le gustaría contarla de esa misma manera.

Cuando ya se volvía inevitable despedirse, fue él quien se largó a hablar sobre los viajes y sobre la soledad y sobre las cuatro veces que se había subido a un avión y sobre cualquier cosa, y Pru le entendía mucho más que lo que Vicente le había entendido a ella —era un discurso confuso, que a ella le daba risa, porque le resultaba evidente que lo único que él quería era retenerla, y le encantaba esa mezcla de elocuencia con nerviosismo, parecía un conductor de televisión transmitiendo en vivo, obligado a improvisar, un conductor divertido, un conductor genial. Y estaba todo bien, porque ella tampoco quería apagar la tele, lo que menos quería en ese momento era despedirse: cuando las palabras comenzaban a escasear Pru lo abrazó seriamente y quiso que el abrazo se prolongara, y cuando él sintió que, considerando la duración y la profundidad del abrazo sería casi imposible que ella lo rechazara, le dio un tímido beso en el cuello. Entonces ella pensó que no debería acostarse ni con Vicente ni con nadie, pero también pensó, de forma más o menos simultánea, que lo había pasado tan mal que se merecía un revolcón con ese guapísimo desconocido al que probablemente nunca volvería a ver, así que puso su mano derecha en el culo de Vicente y con la mano izquierda le agarró con firmeza el paquete. Fue entonces cuando él dijo su primera frase en inglés:

—*Do you like it?*

En el beso largo que se dieron quedaba un poquitito de vómito, pero a Vicente no le importó.

—*You are really hot*—dice ahora, en un inglés de mierda, mientras lame los muslos de Pru—. *You are a really, really hot girl. And I'm gonna eat your sweet pussy.*

Despierta a mediodía, asombrado, conmovido y ansioso: quiere recordarlo todo, siente el deseo urgente de anotar todo, no solamente los detalles del encuentro, sino que también, por ejemplo, quiere ser capaz de recordar los pormenores de esa pieza de hostel que no tuvo tiempo ni de mirar la noche anterior, lo que le provoca una suerte de latido culposo, porque Vicente piensa que son los poetas y no los narradores los que deben capturar absolutamente todos los detalles de cada experiencia vivida, pero no para contarlos, no para vociferarlos en un relato, sino para inscribirlos, por así decirlo, en su sensibilidad, en su mirada: para vivirlos, en una palabra. Inspecciona entonces con avidez las imágenes emblemáticas que decoran las paredes: hay pósters de Violeta Parra, de Víctor Jara, de Salvador Allende, de Joe Vasconcellos, de las Torres del Paine, de Isla de Pascua, de Valdivia, de San Pedro de Atacama, además de una foto pequeña de Barack Obama, lo que parece inexplicable, seguramente se trata de un guiño hospitalario. Toma nota mental también de las artesanías chilotas, dispuestas con cierta arbitrariedad, los cacharritos de greda de Quinchamalí, unos horrendos cisnes de rafia y esos diminutos sombreritos mexicanos tan habituales en Chile que un ojo desprevenido podría suponer que forman parte de la artesanía chilena.

Qué pensará la gringa de todo esto, conjetura Vicente, mientras la mira tendida en la cama, semicubierta por una frazada roja. Quiere pedirle el número de teléfono, pero Pru está irrevocablemente dormida y sus ronquidos parejos y tenues traslucen, le parece a Vicente, cierto desamparo. Mira el tatuaje ya medio desleído en la parte superior de la espalda: es el tangrama de un barco, con las piezas ligeramente separadas entre sí. Le hace un último cariño en el pelo, aunque no es exactamente un cariño, más bien quiere tocar esos mechones rubios, un poco como un peluquero planificando su labor. Cierra la puerta con cuidado, baja a la recepción, alza las cejas para saludar a un tipo barbudo y enorme vestido o disfrazado de hippie que lo mira con cara de pocos amigos mientras rasguea la guitarra con timidez, como si estuviera recién aprendiendo a tocarla.

Vicente sale al despiadado sol del verano santiaguino, y está a punto de emprender la vuelta a casa cuando le entra un mensaje de su padre diciéndole que a la una y media va a almorzar en Providencia, que si quiere sumarse, y Vicente piensa en unos locos con mayonesa o en unos adorables erizos y decide ir —tiene más de una hora para caminar diez cuadras, pero la felicidad le impide ir lento; los que caminan lento, piensa, en tono mental grandilocuente, están cansados o heridos, y él siente una demoledora alegría, una felicidad sin contrapesos, una plenitud que sería difícil comunicar con palabras: sería posible, quizás, dibujar esa plenitud, a condición de que el trazo no se detuviera nunca. Llega demasiado pronto al restorán, pide un vaso de agua de la llave, está hambriento pero no toca ni el pebre ni las rodajas de marraquetas que le acerca el mozo, prefiere ser prudente, porque no tiene plata y sabe que su padre podría, a última hora, como tantas otras veces, como el cincuenta por ciento de las veces, dejarlo plantado.

Saca su libretita, le parece milagroso no haberla perdido en el trájín de la noche, se felicita por no haberla perdido, quiere escribir un poema o más bien dicho el comienzo de un poema, porque para él un poema es algo que se comienza y solo a veces se termina. Anota de inmediato la imagen que lo ronda:

la luz cenital en la piel descascarada

Cómo le gusta eso de la luz cenital, es tan elegante. Y ese verbo, *descascarar*: últimamente todo lo anda descascarando. Porque todo tiene cáscara, incluso las cáscaras tienen cáscara, piensa. Y entonces escribe muy rápido, en letra ininteligible:

incluso las cáscaras tienen cáscara

Luego empieza una nueva página donde va trazando el poema con otra letra, una letra que no parece de su generación de nativos digitales, pero que también, en cierto modo, lo parece, porque esos caracteres de imprenta corresponden en rigor a una diestra imitación de Times New Roman o de Garamond o algo por el estilo:

incluso la cáscara tiene cáscara
incluso la máscara tiene máscara
incluso lo oscuro oscurece

incluso el sol gira
en torno
al sol

Todos los versos empiezan con minúsculas, porque así se escribe ahora, piensa Vicente; empezar los versos con mayúscula, especialmente si se trata de un primer verso, es señal de conservadurismo estético.

Deja el poema pendiente y empieza otra página porque recuerda su deseo o su obligación de retener los detalles y decide enlistarlos rápidamente:

—piel blanca
—caminata
—Obama
—antebrazos rojizos
—ojos verdes
—melena
—cicatriz pie
—uñas pies restos pintura rojo oscuro
—ronquidos
—menos alta que yo pero igual muy alta
—vello púbico menos rubio casi café
—mediodía
—tangrama barco espalda
—codos resacos

Y enseguida, en otra página, otra lista:

- condones
- antologías
- papel tamaño carta u oficio color celeste

Falta el verbo: comprar. Quiere comprar papel celeste, porque se le ha metido en la cabeza que sus poemas se verían mejor si los imprimiera en papel celeste. Pero lo principal es conseguir, con el dinero de la mesada, alguna nueva antología. Quiere tenerlas todas: las buenas, las malas, las monumentales, las exiguas, las temáticas, las históricas, las demasiado inclusivas, las endogámicas, las mafiosas, las que prefieren definirse como «muestra», las regionales, las escolares, las universitarias, las bilingües, las multilingües, y en especial las que incluyen poéticas, entrevistas y un montón de retratos en que los autores lucen rebeldes, soñadores y hermosos. Las antologías son las guías de teléfonos de los poetas jóvenes, aunque quizás los poetas jóvenes no entenderían la comparación, porque crecieron en un mundo en que las guías de teléfonos estaban dejando de existir. Igual en casa de Vicente hay un montón de guías de teléfonos apiladas en el patio, y quizás sí, en un poema, él escribiría sobre esas viejas guías de teléfonos, sobre todos esos nombres, toda esa información ya medio inútil, todo ese papel malgastado, todos esos números ya caducos. Lo de los condones: la aventura con Pru modificó una tendencia que hasta ese momento parecía irremontable, porque cada vez que salía de casa con condones regresaba con la cajita intacta, estaba convencido de que le traían mala suerte. Cuando los ponía en la billetera pensaba que era un acto de una inocencia y de un optimismo insoportables. Y cuando pololeaba con Virginia, una hermosa chica pelirroja y casi completamente calva (por opción), siempre andaba con condones —no para usarlos sino como una forma de anticipar y de reforzar la fidelidad. Otra tendencia que la aventura con Pru había modificado radicalmente era la tendencia a la tristeza. La tendencia a la ensoñación seguía intacta.

—Empezamos con los viernes sin corbata —es lo primero que le dice León, que llega un poco tarde, pero llega.

Mientras Vicente se devora, por fin, las rodajas de marraquetas con pebre, León abre su notebook y le muestra a su hijo una minuciosa tabla de Excel con los balances de la empresa en que trabaja como corredor de propiedades. No es su empresa y sin embargo suele llamarla así, pomposa, cariñosamente, disfrutando del posesivo, alargándolo: *miiiiii empresa*.

—Nos hemos consolidado —dice—. Esto por fin da dinero. Por eso los viernes sin corbata.

Vicente, por meter conversación, le pregunta quién decidió que ahora los viernes podían ir a la oficina sin corbata.

—Todos, desde el gerente hasta los estudiantes en práctica; todos nos reunimos y tomamos, por mayoría simple, esa decisión.

Entonces León finge una tos y suena tan estúpido como esa gente que tose cuando se encuentra en la calle con un fumador, pero León fuma, así que esa tos significa otra cosa: un cambio de tono, específicamente el paso de la conversación distendida a la conversación seria. Vicente lo sabe y por eso se demora más de la cuenta en ordenar la comida. Mira la carta con ganas de esconderse en ella y quedarse dormido de aburrimiento, porque sabe lo que viene. A lo largo de los años son muy pocas las veces que su padre le ha hablado en serio. León va a hablar en serio, y como tose

artificialmente otras dos veces es posible que hable muy en serio. Pero la comida tarda. Tácitamente está clarísimo que la conversación sería comenzará cuando llegue la comida. Es absurdo, piensa Vicente: debería hablar de una vez, porque si espera la comida para empezar a hablar en serio en algún momento va a hablar con la boca llena o tendrá que callarse para no hablar con la boca llena, y nada de eso se vería muy serio.

Llega la comida y en efecto es como si un director gritara *¡acción!*

—¿A qué vas a postular, finalmente? ¿Qué vas a estudiar? —León se siente ridículo al pronunciar estas frases. Se siente ridículo pero también orgulloso, porque suena como un padre, los padres siempre preguntan esas cosas.

Vicente mastica lentamente sus locos con mayonesa (y perejil con cebolla picada en cuadritos) y mira con vaga repugnancia las prietas desparramadas sobre unas gigantescas papas en el plato de su padre. Y se queda en silencio, como el adolescente que ya no es.

Hace varios meses, cuando acababa de empezar el último año del colegio, anunció oficialmente que no quería estudiar en la universidad. Fue una decisión meditada, que entonces ni sus padres ni sus profesores ni sus amigos tomaron en serio. Vicente se mantuvo firme: no quería ni siquiera dar la prueba de selección universitaria, pero igual tuvo que darla, y cuando hace dos días se enteró de los resultados sucedió lo que se temía: que le fue más o menos bien, sobre todo en Lenguaje, y aunque su puntaje en Matemáticas fue desastroso es casi seguro que podría estudiar varias carreras, el problema es que ninguna le interesa de verdad. Su plan para el inminente año 2014 es dedicarse a leer y a escribir y buscar un trabajo más estable, porque de vez en cuando personifica a Patricio, el amigo de Bob Esponja, en una juguetería, pero no siempre lo llaman (Patricio es un personaje secundario, al fin y al cabo).

Así las cosas, no es la primera vez que esta conversación sucede, y desde hace dos meses, mañana por medio, es el tema exclusivo de su madre al desayuno. Vicente ya está tan acostumbrado a escuchar esas frases largas donde la palabra *futuro* aparece con anormal frecuencia que ha aprendido a dejar crecer las pausas. Es intrínsecamente cortés, le cuesta demorar una respuesta, pero al menos para ese tipo de conversaciones ha construido una estrategia: se queda en silencio hasta que su interlocutor, molesto o inquieto ante la ausencia de una respuesta, no tenga más remedio que repetir la pregunta. León estruja con aires de experto una prieta y da unos sorbos rápidos, como de catador indeciso, al vino tinto.

—¿Qué vas a estudiar? —repite finalmente.

—Ya te dije —responde Vicente con proverbial desgano—. Te lo dije hace como un año. Te lo he dicho muchas veces.

—Pero durante todo este tiempo yo pensé que estabas hueveando.

—No, papá, no estaba hueveando. No voy a estudiar, al menos no ahora. No tiene sentido.

Hay algo entrañable, algo involuntariamente cálido en la voz de Vicente. Algo como protector o pedagógico, que en boca de un joven flaco, de barba incipiente, de ojeras y ojos profundos, con las pestañas solo un poco más cortas que cuando era niño, suena cómico.

—Te queda un día para postular. Qué te cuesta postular. Después vemos qué hacer.

—Es que, si postulo y quedo, me voy a sentir obligado a estudiar, y no quiero.

—¡Pero yo puedo pagar! Si no quedas en una pública hasta puedo pagarte una privada. Si son

casi igual de caras esas mierdas en este país culiao.

—No tiene sentido que te endeudes para pagarme la universidad. Ya te dije, voy a entrar a estudiar cuando la universidad sea gratis —responde Vicente.

Es una excusa que apareció milagrosamente, y a la cual Vicente, para darle más cuerpo a su argumentación, en un principio se aferraba, pero a fuerza de repetirla acabó convirtiéndose en convicción. Vicente fue a todas las marchas por la educación gratuita, y hasta tuvo un fugaz protagonismo como vicepresidente del centro de alumnos en su colegio particular subvencionado, y de verdad confía en los dirigentes estudiantiles que por estos días se preparan para asumir, en marzo, como diputados. Y cree bastante menos pero igual cree en las buenas intenciones de la recién reelecta presidenta Michelle Bachelet. Y cree y desea que la educación en Chile sea, como promete el lema de campaña, gratuita y de calidad, aunque en este punto, si es honesto, debe admitir que si la educación fuera, ahora mismo, gratuita y de calidad, él tampoco querría entrar a la universidad, al menos no de inmediato.

—¿Y tú realmente crees que todos esos conchas de su madre, como por arte de magia, se van a poner de acuerdo para que la educación sea gratis? —dice León.

Su indignación es falsa. Si por alguna desgracia León se convirtiera en diputado o en senador o en autoridad de gobierno y pasara a formar parte de ese grupo al que llama *los conchas de su madre*, probablemente actuaría como un concha de su madre más. También hay algo de impotencia en su tono: a veces siente que le gustaría ser como esos hombres antiguos que golpeaban la mesa. Le gustaría poder obligar a su hijo a estudiar algo, cualquier cosa. El problema es que Vicente es un buen hijo, y la pretendida autoridad moral de León es, a esta altura, totalmente ficticia. Porque ha sido básicamente un mal padre. Un mal padre que de repente, hace nada más que un par de años, descubrió que su hijo era divertido y cariñoso y hasta brillante. Y quizás pensó que no había sido tan mal padre si era capaz de —digamos— producir un hijo con tales características.

Aunque a veces se olvida de llamar a Vicente y a pesar de que, por urgencias para nada reales, suele dejarlo plantado, León disfruta de la compañía de su hijo, y le gusta especialmente mostrarlo, presentarlo a sus amigos, lo exhibe como si fuera un auto último modelo o una modelo con la que estuviera saliendo. Vicente sabe todo eso, o al menos lo presiente; sospecha, incluso, algo que León ni siquiera intuye: que su padre lo necesita mucho más que lo que él necesita a su padre.

—No puedes ser tan ingenuo, Vicente. ¿De verdad crees que la educación en Chile va a ser gratuita?

—Eso le prometieron al país —dice Vicente, con convicción.

—¿Y tú de verdad les crees?

—Eso le prometieron al país.

—¿Tú les crees a los políticos?

—No, pero le creo al movimiento ciudadano. Y a los diputados jóvenes, a los diputados nuevos.

—Esos cabros de mierda no saben nada, recién van a empezar en su primera pega. Su primera pega va a ser de diputados. ¡Linda la huevá! ¡No le han trabajado un peso a nadie!

—¿Por quién votaste, papá?

—Por nadie. Si todos sabíamos que iba a ganar la Bachelet. No fui a votar. En la primera

vuelta me fui a la playa, y para la segunda iba a votar pero me quedé pegado viendo *Breaking Bad*. Puta que es buena, ¿la viste?

—Todavía no.

—Es heavy.

—Tengo ganas de verla.

—¿Y tú votaste las dos veces?

—Sí.

—¿Y sentiste algo al votar? ¿Sentiste como que estabas cambiando el mundo?

—No sé. Muchos de mis amigos no votaron, no confían en este sistema.

—¿Y tú confías en este sistema?

—No mucho, pero Bachelet prometió la educación gratuita y la nueva constitución.

—¡La nueva constitución! Ni cagando la van a dejar a la vieja. Ni lo de la educación gratis, Vicente, ¡por favor! Ni cagando. Y si fuera cierto, si de verdad la educación en Chile llegara a ser gratuita y de calidad —es mejor no consignar aquí las comillas que León marca con un sarcasmo rudimentario, como de Homero Simpson, además de que en su voz hay demasiadas comillas y cursivas y puntos suspensivos y quizás, como habla tan fuerte, habría que escribir todo en mayúsculas y esta página se vería horrible—, si fuera cierto todo eso, si les creyéramos, eso va a tardar muchos años.

—¿Cuántos?

—Por lo menos diez años —dice León, con la soltura de quien está acostumbrado a aventurar cifras—. Tal vez quince, veinte años.

—¿Tanto?

—Bueno, en el absolutamente mejor de los casos, con toda la voluntad política y buena suerte y buenos resultados macroeconómicos, porque eso importa más que la rechucha, por lo menos cinco, seis años.

—En cinco años tendré veintitrés, seré todavía joven. Voy a ser como esos estudiantes pailones que se cambian mil veces de carrera hasta encontrar su vocación —dice Vicente.

—Le tienes miedo al fracaso, yo también le tenía miedo al fracaso cuando cabro, es de lo más normal —dice León.

Vicente no tiene para nada claro que su padre haya hecho algo distinto que fracasar, aunque por cierto le cuesta imaginar qué entiende León por éxito (o por fracaso). Claro que Vicente le teme al fracaso, justo por eso se resiste a dejarse pastorear con el resto del ganado. Fracasar sería, para él, despertar de pronto en medio de una vida insulsa, condenado a la cadena perpetua de un trabajo desgraciado.

—¿Y de verdad no sabes cuál es tu vocación?

—Claro que sí. Tú sabes, papá —responde Vicente, cansado de repetirlo una y otra vez—. Poeta. Yo quiero ser poeta.

—Pero para ser poeta no es necesario ir a la universidad.

—Por eso mismo no quiero ir a la universidad.

—Pero puedes estudiar literatura.

—Quiero ser poeta, no quiero estudiar literatura. O sí quiero, pero no todavía. Quiero entrar a estudiar cuando esté más maduro.

León se ríe y lo mira repentinamente enternecido, no puede evitarlo.

—Pero si eres maduro. Eres una buena persona.

—Gracias, papá, pero yo me refiero a que voy a ser más maduro como poeta. Menos influenciado. En cinco años estaría perfecto. Podría trabajar para juntar plata y viajar y conocer varios países y otras costumbres y entender...

Aunque Vicente habla muy en serio, León suelta una carcajada y le hace un cariño rápido en el pelo.

—Ay, mi poeta, mi poeta chileno —le dice.

—Córtala, papá —responde Vicente, enojado u ofendido o las dos cosas.

—¿Y a dónde quieres viajar?

—No sé, a lugares que no conozco, son muchos. Temuco, Coyhaique, Punta Arenas. Y al norte. A Iquique.

—Yo pensé que querías ir a París o a Roma o Nueva York.

—También, pero después.

Comen el postre en silencio. Son unas papayas con helado de chirimoya alegre. Hablan de fútbol, que a Vicente ha dejado de interesarle, pero procura estar al día justamente para tener algo de que hablar con su papá. Y toman café, toman quizás demasiado café.

Pru y Jessye se conocieron en un máster en la Universidad de Texas y al poco tiempo se convirtieron en roomies, primero en Austin y luego en Williamsburg, en una antigua fábrica de ropa reconvertida en un gigantesco departamento donde podrían vivir tranquilamente diez personas pero vivían intranquilamente como veinte. Las dos trabajaban en bares y escribían artículos sobre temas culturales en revistas emergentes, en espera de la esquivada gran oportunidad en publicaciones más prestigiosas.

Lo único que no hacían juntas era el amor. Buena parte del tiempo se les iba en citas que no conducían a nada, porque también tenían en común un instinto infalible para meterse con los peores candidatos: era como si se propusieran salir con los más estúpidos, los más crueles, los más egocéntricos. Hasta que Pru conoció a Ben, un tipo en sus treinta, de turbadores ojos azules, que llevaba años terminando un doctorado en Computer Science y que era neoyorquino, lo que lo convertía de entrada en alguien casi extravagante, pues era la única persona nacida y criada en Nueva York que Pru había conocido a lo largo de cinco años. Todo indicaba que los padres de Ben eran millonarios; vivían en un fabuloso brownstone en Park Slope, a cuatro cuadras de Prospect Park, del que Ben ocupaba el garden apartment, completamente independiente de sus padres, con quienes decía estar peleado a muerte. Cuando Pru le preguntó cómo podía estar peleado a muerte con sus padres y al mismo tiempo vivir en su casa, Ben la miró como diciendo: no entiendes nada de nada.

Ben solía pasar horas frente a la tele viendo rutinas de comediantes —se plantaba en el sofá con unas cervezas y una generosa provisión de mac&cheese, lo que no tenía nada de raro, pero lo que sí era muy extraño era que no parecía disfrutar para nada de su afición. Muy lejos de cualquier gesto que pudiera entenderse como aprobatorio o reprobatorio, daba la impresión de que, en lugar de escuchar chistes, Ben veía las prósperas noticias de algún país nórdico o algún eterno campeonato de golf o realities protagonizados por gente muda o narcoléptica o impotente. En la vida sí que se reía, y su risa era especialmente estruendosa, pero cuando veía a los comediantes en la tele a lo sumo reaccionaba con una ligera alteración de rictus bastante difícil de interpretar. En un principio Pru pensó que Ben se tomaba tan en serio la comedia porque quería ser comediante, y aunque él lo negaba de plano la hipótesis de la flamante novia no parecía desencaminada: Ben no veía a esos comediantes porque los considerara graciosos, sino para aprender o quizás, más precisamente, para estudiar la tradición y también para conocer a sus pares, porque veía a clásicos como George Carlin o Joan Rivers con la misma atención que les dedicaba a contemporáneos como Dave Chapelle o a Louis CK o a los valientes advenedizos que recién probaban suerte en la competitiva escena de standapers.

Esa hipótesis explicaba, también, que Ben fuera reacio a la compañía de Pru cuando estaba frente a la tele. Al principio ella se sentaba a su lado con una copa de vino blanco y deslizaba comentarios ocurrentes y se desternillaba de la risa, pero Ben la ignoraba por completo y aunque se cuidaba de decirlo era evidente que prefería estar solo. La única persona con quien Ben compartía su afición, o mejor dicho su silenciosa adicción a la comedia, era su prima Martha, una mujer de cuarenta y tantos, de una delgadez mórbida, que no era muda pero hablaba a puros monosílabos, salvo cuando comentaba con Ben, con pasmosa seriedad, las rutinas de los

comediantes. Al igual que su primo, Martha no se reía frente a la pantalla, pero a diferencia de Ben no parecía ser capaz de reír y ni siquiera de sonreír en la vida en general. Su pálido rostro parecía incompatible con la expresión de emociones.

Una noche, para celebrar que llevaban cuatro meses juntos —era tal su inestabilidad amorosa que Pru, como una quinceañera, se había acostumbrado a celebrarlo todo desde el principio—, le propuso a Ben un panorama sorpresa, pero cuando bajaron del metro y él comprendió que se dirigían al Comedy Cellar dijo que no quería ir a ese lugar, que le parecía un sitio espantoso. Entró a regañadientes y estuvo la mayor parte del tiempo mirando el suelo y riendo —era una risa distinta de la usual, una risa prudente y pareja, casi mecánica, cuya velada intención era que nadie notara que lo estaba pasando mal. Pru pensó que Ben sudaba de esa manera porque temía ser interpelado por los comediantes, lo que le pareció irracional, no veía qué tanto material podía ofrecer la vida de Ben para el *crowd work* (algo como «de dónde eres», «de Nueva York», «ah, bueno, lo siento, voy a buscar a algún extranjero para burlarme de su país»). A los cuarenta minutos era demasiado evidente que Ben lo estaba pasando pésimo, se diría que hasta estaba sufriendo, así que se fueron.

Esa noche, inesperadamente, como si necesitara esa velada errática y desagradable para decidirse, Ben insistió en hablar del futuro; dijo que sus intenciones eran serias, que no le interesaba perder el tiempo y que quería tener muchos hijos, lo que a Pru le pareció intimidante porque, como tantos neoyorquinos por adopción, al radicarse en la ciudad ya había decidido que no tendría hijos —pensaba que la maternidad la obligaría a postergar su carrera, y aunque vista desde afuera su carrera había dejado hacía rato de ser promisorio y de hecho tambaleaba, la ilusión de estar en el centro del mundo seguía, para ella, funcionando.

Pru pasaba mucho tiempo en el departamento de Ben, lo que no era fácil para Jessye, que decía extrañarla, ni para Martha, que seguía yendo a ver la tele con su primo pero tenía que resignarse a espaciar sus visitas. Una tarde, a comienzos del verano, al salir de casa de Ben, Pru se dio cuenta de que Martha, desde el segundo piso del brownstone, la miraba fijamente. Aunque se lo había preguntado a Ben más de una vez, Pru no conseguía tener claro si Martha vivía o no en el brownstone, y en cualquier caso la saludó con naturalidad —ella no respondió al saludo y reaccionó con delatora torpeza.

Esa misma tarde, en la librería Community Bookstore, Pru se dio cuenta de que Martha, camuflada detrás de una novela de Cynthia Ozick, la vigilaba. Pru había leído y adorado esa novela y le parecía improbable que Martha fuera también capaz de disfrutarla. No quería ser prejuiciosa ni paranoica, pero durante la semana siguiente la escena se repitió, con ligeras diferencias, en la papelería de la esquina y en un restorán de sushi. Dudaba en decírselo a Ben. Pensaba en eso intermitentemente una tarde de otoño, mientras miraba a los deslumbrantes loros argentinos apostados en la entrada gótica del Green-Wood Cemetery. Se había aficionado a contemplarlos con el zoom del celular, aunque sus gritos por momentos le parecían desgarradores: era como si los pobres loros aspiraran a ser escuchados en la Argentina de sus antepasados. Esa tarde entró al cementerio, miró los robles y algunas tumbas, y estaba concentrada en un majestuoso árbol de maple, fascinada y encandilada por el ardor de ese rojo casi irreal, que la hacía amar esa estación del año, cuando percibió la presencia de Martha, muy mal escondida detrás de un pino.

Esperó todavía una semana antes de contarle a Ben, cuya reacción fue desconcertante.

—Tenemos que arreglar esto ahora mismo —dijo, mientras textaba a su prima—. Problemas familiares, eso sí que no. No podemos estar juntos si tienes problemas con mi familia.

Pru replicó que él mismo tenía o decía tener problemas con su familia, y Ben le devolvió una mirada nueva, una mirada que a Pru le pareció indescifrable y que luego pensó que debería haber intentado descifrar; una mirada en la que —esto lo pensó semanas más tarde, cuando recién comenzaba a encontrar la serenidad necesaria para contar esta historia— eran legibles el desprecio y la insensatez. En los ya cinco meses de su relación con Ben nunca había sentido la desprotección que sintió entonces. Estaban en pelotas, habían tirado toda la tarde, y aunque Ben solamente había bebido una cerveza, Pru tuvo la sensación de que su novio llevaba horas o días enteros borracho, porque hay veces en que resulta aconsejable o útil o necesario pensar que la persona amada lleva días o meses o años o la vida entera borracha.

Pru se vistió rápido, él se puso los puros calzoncillos. Martha llegó de inmediato.

—¿Cuál es el problema? —dijo Martha, con una voz como fingida, casi la parodia de una voz; las pocas palabras que Pru le había escuchado no correspondían al timbre de esa voz.

—Nada, Martha. Es que creo que me estás siguiendo.

—No te estoy siguiendo —dijo—. ¿Por qué habría de seguirte? ¿Te gustaría que te siguiera?

—Bueno, quizás fue una impresión, lo siento. No me gustaría que me siguieras, no es necesario. Podemos salir juntas. Podemos ser amigas.

—¿Te gustaría que te siguiera?

Martha repitió la frase tres veces y se acercó a tal punto que Pru podía sentirle el aliento a café o a chocolate o a café con chocolate, quizás también a pasta de dientes. Pru no retrocedió, pero miró a Ben en busca de ayuda o al menos de un atisbo de complicidad. Era una mirada rápida que decía algo así como *dime qué hacer o cómo la trato o tu prima es una loca de mierda o esto se me está yendo de las manos*. Pero Ben había acercado una silla y se había instalado ahí, en una esquina de la sala, a mirarla. Podría haberse echado en el sofá, no tenía sentido que trasladara esa silla a ese lugar específico, aunque tampoco tenía sentido, por cierto, que no interviniera en el conflicto. Miraba a las dos mujeres con la misma inexpresividad con que solía mirar la pantalla. Martha seguía repitiendo la frase una y otra vez, siempre con la boca muy cerca de la cara de Pru, que pensaba que debía defenderse, pero la única manera de defenderse era golpear a Martha.

Fue Martha quien pegó primero: la empujó y le dio tres patadas en el suelo, fueron golpes erráticos, como de niño tratando de atinarle a una piñata, o como de karate, como de alguien que acaba de presenciar una clase de karate e intenta recrear los movimientos. Pru se incorporó rápidamente. En medio de la confusión y de unas lágrimas profusas, miró a Ben, suplicante, pero él seguía sentado, contemplándolas, como si disfrutara de ese lugar en la primera fila.

Martha volvió a empujarla. Pru alcanzó a agarrarla de los tobillos para neutralizarla. No quería hacerle daño, pero la prima de Ben cayó al suelo y entonces él se levantó y se acercó furioso.

—Suéltala. Si le pegas a mi prima, te metes con mi familia —gritó—. Si le pegas a mi prima, es como si le pegaras a toda mi familia, uno a uno. Es como si quisieras que quedara huérfano.

—No le pegué, no quiero pegarle. Pero no quiero que ella me pegue.

—Suéltala ahora mismo y tírate al suelo —ordenó Ben.

Pru obedeció de inmediato.

Mientras Ben reiteraba innecesariamente su advertencia, Martha empezó a propinarle a Pru patadas en el estómago y en las piernas y en el culo. Ben no intervenía, se limitaba a rodear la escena como señalando el radio de acción, como si fuera el encargado de asegurar la golpiza. Pru

ya no lloraba, ni siquiera gritaba; quería gritar, pero temía enfurecer a su agresora todavía más. Hasta que la propia Martha se echó al suelo a llorar. Y Ben se acercó a abrazar y consolar a su prima.

Pru corrió hasta llegar a Prospect Park y siguió corriendo sin parar, adelantando a varios que corrían por deporte. Salió del parque hacia Grand Army Plaza y luego anduvo sin rumbo como quince minutos hasta que decidió refugiarse en un deli, donde se tomó un café caliente casi de un trago, como si fuera agua helada. Recién entonces, con la garganta medio quemada y una acidez instantánea que en ese momento le pareció purificadora, atinó a llamar a Jessye. Se quedó en el deli esperándola.

Jessye la consoló esa tarde y esa noche y las siguientes semanas, los siguientes meses, que Pru pasó prácticamente encerrada. No quiso denunciar a los primos. Miraba una y otra vez el lacónico Facebook de Ben, ni siquiera se atrevía a bloquearlo: cualquiera que hubiera visto sus fotos pensaría que era un tipo de lo más normal, se repetía, buscando alguna clase de consuelo. Decidió que no saldría nunca con nadie más y pensó que no volvería a sentirse segura.

En busca de sosiego, Pru se mudó provisoriamente a la pieza de Jessye, pero al poco tiempo decidieron compartirla. Como dos adolescentes en una pijamada, juntaron sus colchones y a veces, con creciente frecuencia, despertaban juntas, abrazadas. Una noche Jessye entró al baño y vio que Pru se afanaba con un dildo (el ya clásico conejito naranja fosforescente). Yo puedo ayudarte con eso, le dijo. Ninguna de las dos había estado nunca con una mujer y les gustó muchísimo, les pareció una experiencia superior, increíblemente plena, satisfactoria, y pensaron que era absurdo no haberlo intentado antes. Especialmente Pru lo pensaba: algunas noches, antes de dormir, calculaba el tiempo de felicidad que habían desperdiciado y revisaba una a una sus fallidas relaciones, y recordaba a Ben y se recriminaba por no haber sabido leer los signos, que en retrospectiva le parecían inequívocos. Se sentía demasiado estúpida por no haber huido a tiempo, aunque también pensaba que si no hubiera conocido a Ben tal vez no estaría ahora con Jessye.

Solía recordar los moretones en su cuerpo, era como si no hubieran desaparecido de sus muslos, de sus nalgas, de sus canillas. Recordaba la cara idiota de Martha, soñaba que tomaban café y hablaban de libros, soñaba que eran adolescentes y estaban en la misma escuela y no lo sabían: se encontraban de frente, en la biblioteca, y Martha la miraba con desprecio o bien le sonreía.

¿Por qué soñaba con Martha y no con Ben?

Solamente una noche soñó con Ben, y de forma incompleta o tácita: Pru era comedianta y estaba a punto de salir al escenario, no era su debut, pero estaba nerviosa, quizás era su primera presentación ante un público numeroso; repasaba los chistes iniciales, escuchaba en bambalinas la voz del presentador, y solo cuando estaba en el escenario intuía la presencia de Ben, y le entraba el pánico y trataba de mirar hacia los rincones del bar, porque estaba segura de que ahí estaba su ex estudiándola, contemplándola, con una cerveza en la mano izquierda, porque era diestro pero siempre agarraba la botella con la mano izquierda.

Despertó aún enceguecida por las luces de los reflectores —estaba en su pieza, en mitad de la noche, en esa oscuridad completa que a ella no le gustaba pero que para Jessye era intransable. La sentía respirar a su lado, se acercó hasta casi rozar su mejilla. Jessye dormía con evidente placidez y Pru se sintió amparada y querida como nunca antes. Pensó que debían comprar una

cama king size y tal vez buscar un departamento donde vivir solas, un lugar donde pudieran comportarse como una pareja, aunque el significado de ese deseo era impreciso, porque lo único nuevo era el sexo. Lo único nuevo, en todo caso, era demasiado poderoso e inundaba todo lo demás, pensó Pru esa noche, emocionada. Quiso despertar a Jessye para darle las gracias o para pedirle que nunca la abandonara o para masturbarla. Le vino el pensamiento casi insoportablemente romántico de que quería caminar con ella de la mano. No aspiraba a gritarle al mundo que se amaban, simplemente quería que caminaran de la mano por una avenida cualquiera.

La mañana siguiente se quedaron en la cama y tiraron muchas horas. Se vistieron recién al caer la tarde y partieron a una tumultuosa pizzería de Crown Heights. Ahí se encontraron con Gregg Pinter, un amigo escritor que acababa de ser promovido a senior editor en una revista de creciente importancia, y se tomaron unos Maker's Mark de pie, mientras esperaban mesa. Fue Gregg, que era un viajero consumado, quien les habló de los paisajes lunares, desafiantes, incomprensibles, irracionalmente hermosos, de San Pedro de Atacama: dijo que tenía muchas ganas de ir, que había estado a punto de comprar el pasaje a Chile, pero cuando le ofrecieron el puesto prefirió postergar ese y cualquier otro viaje indefinidamente. Jessye dijo que tal vez ellas podían ir y escribir algo para la revista.

—Seguro —respondió Gregg—. Me encantaría.

—Estamos hablando en serio —dijo Pru, ilusionada—. Lo escribimos las dos, nunca hemos escrito algo juntas.

—Y yo estoy respondiendo en serio —dijo Gregg, con una sonrisa generosa. Quizás existe esto: la sonrisa de quien acaba de adquirir una cierta cantidad de poder y está dispuesto a compartirlo.

Quedaron de conversar los detalles. Gregg no estaba convencido de que escribieran el artículo juntas, quizás podían ser dos artículos asociados, o uno sobre San Pedro de Atacama y el otro sobre Santiago o Valparaíso. Mientras devoraban sus pizzas, Pru y Jessye googlearon fotos del Valle de la Luna y de Laguna Verde y del géiser El Tatio y decidieron que harían, sí o sí, ese viaje.

De vuelta a casa, cuando faltaban dos cuadras para llegar, Pru tomó la mano de Jessye, que por un segundo vaciló pero luego pensó que era una idea magnífica. Caminaron esas dos cuadras en estado de teatral felicidad. A la mañana siguiente, Jessye encontró unos pasajes un poco más baratos de lo previsto y Pru llamó a Gregg, quien confirmó la pauta, pero les advirtió que solo podía pagar un artículo, le daba lo mismo si lo escribían juntas o no, y les pidió que fuera lo más original posible aunque no les dio muchas pistas («traten de hacer algo que ninguna otra revista haría jamás»). Con la alegría de las decisiones súbitas, Jessye compró los pasajes y empezaron a planear el viaje: pasarían la Navidad en el norte, luego irían a Santiago y tenían ganas de esperar el Año Nuevo en Valparaíso.

Vinieron tres meses que para Pru fueron idílicos, virtualmente perfectos: ya no pensaba en sus desventuras, de pronto su vida, en general, era simple y sólida. Jessye, por el contrario, pasó ese tiempo atormentada por dudas horribles; mientras para Pru estar con Jessye significaba exclusivamente que se había enamorado de su mejor amiga, para Jessye estar con Pru le hacía preguntarse insistentemente si le gustaban, en general, las mujeres, es decir, si siempre le habían gustado las mujeres, si siempre había sido lesbiana. Esas dudas tortuosas cristalizaron en unas cuantas fugaces infidelidades con otras mujeres y en una aventura fulminante y mucho más seria con una italiana que conoció en una lavandería. Veinte días antes del viaje le dijo a Pru que no podía viajar a Chile, argumentando que tenía que ir a Arizona para acompañar a su madre, que

estaba enferma.

—¿Qué tiene? —preguntó Pru.

—Aún no se sabe —respondió Jessye, a quien no le faltaba imaginación para inventar alguna enfermedad, pero creía que una mentira menos elaborada aminoraría, de algún modo, la falta.

—¿Es algo grave?

—Aún no se sabe.

—¿Quieres que te acompañe?

—No.

Pru pensó en Arizona y en el desconocido desierto chileno y sintió que era una coincidencia amarga y caprichosa. Jessye desapareció a la mañana siguiente y Pru se llenó de sospechas. Creía y quería haber desterrado para siempre de su vida las sospechas, le dolía desconfiar de Jessye. Sobre el escritorio estaban las novelas y películas chilenas con las que en teoría prepararían el viaje, pero Pru ya no tenía ganas de nada. El día del vuelo llamó a Jessye diez, treinta veces, hasta que ella contestó y le dijo la verdad. Deseaba tanto no herir a Pru que todo resultaba aún más hiriente. «Gracias a ti entendí muchas cosas», esa era la melodramática frase inicial, a la cual retrocedía cada vez que sentía el vértigo que acecha cuando sabemos que el efecto de la frase siguiente será irreparable.

Gobernada por la incredulidad, Pru partió al aeropuerto. La hermosa historia de amor se había vuelto tan burda como las que solía compartir precisamente con Jessye y solo con ella. Y quizás por fidelidad al optimismo pensaba que, como en una sitcom, a última hora Jessye llegaría al aeropuerto y le pediría perdón, pero no llegó.

Subió al avión, pasó las diez horas del vuelo dopada, en el aeropuerto de Santiago caminó como zombi para alcanzar la conexión. Abordó el segundo avión desolada, esperó con falsa paciencia la flamante mochila que había comprado con Jessye en Chinatown, una mañana lluviosa, apenas unas semanas atrás, y cambió cien dólares por una cantidad de pesos que en ese momento le pareció inagotable. Buscó un bus, pero extrañamente ninguno iba a San Pedro de Atacama. Se acercó a unos choferes que fumaban mientras veían un partido de fútbol en un inmenso celular. Les preguntó, en español, cómo podía llegar a San Pedro de Atacama y los hombres la miraron con curiosidad y lascivia.

—¿Me entienden?

—Claro que sí —respondió uno de los choferes, condescendiente—. Usted quiere ir a San Pedro. Y yo puedo llevarla a San Pedro, por supuesto que sí.

Los hombres se rieron, pero Pru prefirió pensar que no se burlaban de ella. Subió a una enorme van, de la cual era la única pasajera. El trayecto hasta el lugar no fue de dos horas, como esperaba, sino de veinticinco minutos. A esas alturas Pru ya presentía alguna clase de error, pero tardó todavía una hora en asimilarlo y dimensionarlo: estaba en la Hacienda San Pedro, un pueblito de la Región de Atacama, y no en San Pedro de Atacama, de la Región de Antofagasta. La confusión no era usual pero tampoco tan rara: en vez de aterrizar en Calama o en Antofagasta, Pru había volado al aeropuerto de Copiapó, llamado Desierto de Atacama, lo que de seguro había inducido al error. La cosa es que estaba a más de ochocientos kilómetros de San Pedro de Atacama.

Era Jessye quien había comprado los pasajes, pensaba Pru una y otra vez; si los hubiera comprado yo, esto no habría pasado. Si los hubiera comprado yo, no sería ahora una gringa tonta

perdida en el último país del mundo.

Como tiene la tarde libre, León le propone a su hijo dar una vuelta por las librerías de Providencia. Vicente encuentra varios libros que quiere leer, en especial una antología de poesía irlandesa contemporánea y un libro de poemas inéditos de Enrique Lihn, y aunque su padre le ofrece comprárselos Vicente no acepta porque siente que en las actuales circunstancias, con el deadline de las postulaciones en el futuro inmediato, sería algo así como aceptar un soborno. Al final igual elige tres libros muy baratos de poetas que tienen quince o veinte años más que él, y que si fueran futbolistas en lugar de poetas serían considerados futbolistas acabados, ya al borde del retiro, pero como son poetas todo el mundo los sigue llamando *poetas jóvenes*, porque el ejercicio de la poesía no da dinero pero prolonga notablemente la juventud.

Se sientan en un café al que suelen ir algunos narradores, cosa que Vicente detesta —no detesta a esos narradores, no podría detestarlos porque ni siquiera los ha leído (es muy raro que lea prosa), pero sabe que su padre lo lleva ahí para que los vea, lo que en cierto modo es como ir al zoológico, aunque su padre nunca lo llevó al zoológico cuando niño (quizás quiere reparar eso). Come un pedazo de una torta de panqueques de naranja que le sabe deliciosa, mientras su padre sigue pidiendo cafés y también se zampa, como si no hubiera almorzado, un ave palta. León de nuevo tose falsamente para reanudar la conversación que Vicente por ningún motivo quiere proseguir, mucho menos en el zoológico de narradores, porque sabe que su papá es capaz de abordar a alguno de ellos para ejemplificar sus argumentos, de manera que finge una llamada urgente de su madre y dice que debe irse a casa de inmediato. El padre, imprevisiblemente, se ofrece a llevarlo, y Vicente dice que no es necesario, porque en realidad no quiere irse a casa, pero León ni lo escucha, ya caminan al estacionamiento.

León quiere aprovechar el viaje para insistir en el tema, Vicente responde con monosílabos mientras rebusca entre los discos de la guantera y no encuentra nada que le guste. Pone un CD de White Lion, una banda que a los pocos segundos le parece horrenda. Escucha los primeros segundos de todas las canciones del disco, hay dos que cree haber oído en la radio alguna vez. Piensa, en plan filosófico, que es inmensamente triste que a alguien llamado León le guste una banda llamada White Lion. Intenta concentrarse en la música o bien en la imagen de su padre escuchando ese disco alguna vez, quizás con el pelo largo y un estrafalario bigote, y la imagen le parece cómica, pero enseguida piensa que ese disco está *actualmente* en la guantera del auto de su padre, por lo que es posible colegir que *actualmente* lo escucha, y no para recordar viejos tiempos sino porque *de verdad le gusta*. Piensa que quizás esa misma mañana León escuchó ese disco y le parece una escena de un patetismo exasperante: su papá camino al trabajo, ya medio pelado, con las arrugas en la cara señalando alevosamente el paso del tiempo (ese adverbio, *alevosamente*, suele aparecer en los pensamientos de Vicente, no así en sus poemas, cosa curiosa), escuchando ese meloso e intrascendente glam rock, con la ventana abajo, fumando, completamente seguro de que tira pinta, de que se ve la raja. Piensa que su padre tenía miedo a fracasar y fracasó. ¿Qué cosa hubiera sido, para su padre, no fracasar? Vuelve a pensar en eso, le parece un problema irresoluble, un verdadero enigma.

Ya falta poco para llegar a la casa y Vicente cae en la cuenta de que su padre ha abandonado la idea insistente de una conversación seria pero también la idea de cualquier conversación y es

evidente que algo le pasa, porque tampoco habla, como suele hacer cuando conduce, sobre el tráfico o sobre los semáforos o —esto resulta particularmente irritante— sobre el hecho mismo de conducir («ahora voy a doblar a la izquierda», «lo adelanto nomás, qué tanto», «voy a tener que encender el parabrisas»). León no dice palabra, y al mirarlo con atención Vicente se percata de que la cara de su padre se ha vuelto morada o verde o mostaza y piensa que está a punto de sufrir un ataque al corazón, porque siempre ha pensado que su padre va a morir de un ataque al corazón, en general piensa que todo el mundo muere de eso, cuando se entera de alguna muerte ni siquiera pregunta la causa, de entrada asume que se debió a un ataque al corazón.

Vicente le pregunta qué le pasa y él responde, con un hilo de voz, que está a punto de cagarse. Y con otro hilo de voz, verdaderamente compungido, León le pregunta a su hijo si hay algún bar o fuente de soda o si algún amigo de confianza vive cerca para pedirle el baño. Vicente le dice que conduzca rápido no más, que puede usar el baño de su casa, pero León se niega terminantemente.

—Hace quince años que no veo a tu mamá, cómo se te ocurre que voy a verla ahora, sobre todo en estas circunstancias. —El dolor lo obliga a hacer una pausa desgarradora en la mitad de la palabra *circunstancias*.

No son quince años, son más. Desde que se separaron, cuando Vicente acababa de aprender a gatear, han pasado diecisiete años. Luego vino un tiempo largo en que León no vio al niño, casi un año entero, hasta que acordaron el protocolo de visitas que, como ya sabemos, estableció que Vicente sería depositado por Carla en casa de sus abuelos, desde donde León lo recogería para llevarlo a su departamento, aunque a veces tardaba en ir a buscarlo y también era habitual que León no apareciera durante todo el fin de semana y derivara la responsabilidad de las visitas en sus anodinos pero solidarios padres.

En diversos momentos de la infancia, pero sobre todo luego, hace relativamente poco tiempo, a los catorce o quince años, Vicente se obsesionó con el tema: quería saber por qué era imposible juntar a Carla y León, no que volvieran a estar juntos, eso ni siquiera se le pasaba por la cabeza, la idea de sus padres juntos le parecía demasiado abstracta, simplemente quería saber por qué no era posible verlos a la vez, en el mismo lugar: era como una obra de teatro en la que un actor hiciera dos roles. Cuando Vicente insistía con las preguntas, recibía respuestas tediosas, como si las hubieran estudiado; como si el día de la separación, en lugar de, como hace la gente normal, gritarse, disculparse, herirse y llorar y tirar por última vez mientras consideran la idea de una reconciliación, para enseguida, dos minutos después, gritarse y herirse y llorar de nuevo y así hasta dar o sentir un último portazo, en fin, es como si en lugar de o además de o después de todo eso se hubieran sentado civilizadamente frente a una pantalla de Word para redactar un riguroso protocolo de reacciones —algo así: «Nunca revelaremos los motivos de nuestra separación pero tampoco incitaremos la sensación de misterio. Las respuestas a las interrogaciones del niño no serán evasivas, sino directas. No mantendremos contacto físico alguno, puesto que el deseo de ambos es no volver a vernos, pero no construiremos tensiones al respecto». No redactaron, por supuesto, un acuerdo como ese, pero en la práctica todo funcionaba como si lo hubieran hecho.

En lo que queda de trayecto, que es muy poco, no hay, en efecto, nada parecido a un lugar donde pedir el baño, lo que vuelve cada vez más razonable que León use el de la casa de Vicente, que fue también su casa alguna vez. Así que mientras su padre contrae hasta la comicidad todos los músculos de su cuerpo, Vicente toma el celular y llama a Carla, que tiene los viernes libres,

porque el semanario donde trabaja se publica los jueves, pero a veces aprovecha ese tiempo para callejear por Santiago tomando fotos para sus proyectos personales. A Vicente le gusta la idea de estar solo en su casa con León, por primera vez en su propio territorio, aunque entiende que buena parte de ese rato su padre lo pasaría cagando —resulta que Carla sí está en casa y reacciona escandalizada ante la idea de que León ocupe el baño, y esta forma tan chilena de referirse a la utilización del baño, *ocupar el baño*, esta vez parece irremplazable, porque Carla tiene la impresión de que León *ocuparía* el baño, es decir, que sería como la inmerecida reconquista de una colonia perdida. Y sin embargo en diez segundos Carla parece haber cambiado de idea y le dice a su hijo que ningún problema, que por supuesto que sí, que le diga a su padre que con toda confianza puede usar el baño, que todo bien, y Vicente, extrañado, se lo comunica a León, que lo agradece pero sigue negándose rotundamente; está decidido a dejar a su hijo frente a la casa y lanzarse a buscar un baño, aunque la idea de detener el auto no le gusta para nada, porque le viene la certeza, mucho más supersticiosa que científica, de que si detiene el auto, si llega a cometer el error espantoso de pisar el freno hasta el fondo, en el instante mismo en que el auto se detenga, él va a soltar la mierda entera, y de hecho en vez de conducir rápido lo hace con exasperante lentitud, y aunque los bocinazos lo agreden y siente que repercuten, que son como zamarreos que contribuyen a precipitar el desastre, igual es mejor conducir de esa manera, como un enfermo de TOC que disminuye la velocidad empeñado en acertar todas las luces verdes, que detener el auto. León conjetura que lo mejor sería que Vicente bajara del auto en movimiento, como ha visto que hace la gente más en las películas que en la realidad —se esfuerza mucho León en autoconvencerse de que en el futuro inmediato conseguirá dejar a su hijo frente a la casa deteniendo apenas el auto y que luego buscará un restorán o un improbable sitio eriazo, y piensa que aunque tenga que volver a comportarse como un monstruo...

Este último pensamiento hay que explicarlo, porque no guarda relación con un juicio moral; no es una metáfora acerca de alguna ocasión en que León hubiera actuado monstruosamente, sino una imagen más bien literal. A ver: muchos años atrás, cuando estaba en el último año en la Escuela de Derecho, meses antes de conocer y de embarazar a Carla (fueron hechos casi simultáneos), León fue con tres amigos a acampar a la Cordillera de Nahuelbuta, y de vuelta, mientras almorzaban unas longanizas con papas en Cañete, decidieron alargar el viaje acampando unos días en el lago Lanalhue. No les quedaba mucho dinero y el costo de instalar la carpa en el camping oficial del lago Lanalhue les pareció exorbitante, así que se devolvieron unos kilómetros para instalarse por cuenta propia, a la mala, en una orilla del lago completamente desierta. Fue una idea genial: esa tarde escucharon música a destajo y fumaron marihuana y se emborracharon con tequila (que era para ellos una novedad) mirando de frente la luna llena, y al día siguiente prepararon unos enjundiosos tallarines con carne y pimentones.

Inmediatamente después de almuerzo León encontró un lugar propicio donde establecer su trono, se bajó los pantalones con naturalidad, e inició su labor sin demoras, con un panorama perfecto del magnífico lago: lo dominaba casi entero, solo el extremo a mano derecha quedaba fuera de su espectro visual, pero igual podía imaginar a esos turistas apiñados, acampando como ridículos boy scouts, mientras que el extremo izquierdo lucía por completo vacío. También alcanzaba a divisar, exactamente al frente, del otro lado del lago, tres puntitos que debían corresponder a tres personas, y la única explicación para su presencia era que habían decidido vadear el lago entero. En ese momento pensó que esas personas pasarían frente a su improvisada

guarida en cuarenta minutos, era difícil calcularlo, pero de pronto se dio cuenta de que esos gráciles puntos suspensivos se movían demasiado rápido como para calificar su desplazamiento como una caminata, y comprobó también que su propia evacuación estaba siendo y seguiría siendo lenta y larga, porque tenía, para decirlo también con una falsa metáfora, mucha mierda dentro. Cinco minutos más tarde los puntitos ya estaban a su izquierda, y entonces pudo distinguir con nitidez las melenas rubias de tres mujeres que trotaban más en actitud de juego que en plan deportivo; en realidad eran tres niñas bien chicas, de nueve, de diez, a lo sumo de doce años, que no trotaban sino que corrían prodigando saltitos de ballet, y que pronto pasarían frente al lugar donde estaba él cagando de manera tan continua, tan ininterrumpible. A León le vino una angustia suprema ante ese hecho inminente y extendió todo lo que pudo sus brazos para juntar unas ramas con las que cubrirse, así que cuando las niñas pasaron a un metro y medio de donde él estaba, un segundo antes de que ellas pudieran verlo, se levantó un poco y tapándose el pene y la cara con las ramas soltó un aullido de hombre lobo o de algún otro monstruo mitológico o cinematográfico. León consiguió que las niñas se desviarán un par de metros hacia la orilla, aunque no quería asustarlas tanto —huyeron despavoridas, y sus gritos, sus alaridos, duraron en el aire mucho rato mientras seguían corriendo, y seguro que aún recuerdan, las pobres, al monstruo del lago Lanalhue, quizás todavía el monstruo del lago Lanalhue aparece en los momentos cruciales de sus pesadillas.

De manera que a esa experiencia se remite León cuando piensa que si encontrara un sitio eriazo no le importaría volver a comportarse *como un monstruo*. Pero ya está frente a la casa y en la reja ve a una mujer que si hubiera visto en una calle cualquiera le habría recordado vagamente a Carla, pero como la ve frente a la casa en que vivieron juntos hace diecisiete años comprende que es Carla. Su impresión es que su exesposa ha sido, como algunos libros, corregida y aumentada por el tiempo —no lo piensa así, porque no es dado a las comparaciones librescas, pero siente algo por el estilo: que Carla ha sido aumentada, porque está notoriamente más gorda, y que ha sido corregida, porque luce radiante, más hermosa, incluso, que hace diecisiete años: los kilos de más (que curiosamente también son alrededor de diecisiete) quizás no están de más, porque la muestran como una mujer en pleno dominio de su edad, consciente de sí misma, que observa con displicencia los malabares con las dietas y la tenaz adicción al tortuoso yoga bikram de sus contemporáneas.

León entra a la casa muy rápido, saluda a Carla con una especie de involuntaria venia japonesa, que con el culo así de apretado es casi el único saludo disponible, y aunque por un momento piensa en usar el baño del segundo piso, la sola idea de subir la escalera le parece un disparate, de modo que se encierra en el baño principal y Carla no aguanta la correspondiente risita sarcástica y ahora está sentada en el living, entre contrariada y divertida con la situación: le gustaría ir a darse una vuelta al supermercado y demorarse horas en el pasillo de los desodorantes ambientales para luego disparar triunfales descargas de aerosol de lavanda o de hierbas silvestres en el baño y por toda la casa hasta borrar del todo las fétidas huellas de su exesposo. Pero no hace nada de eso. Se queda en el sillón, esperando, porque le parece casi obligatorio aprovechar la inesperada presencia («la presencia física», piensa) de León para conversar con él y con Vicente. Por eso cambió de idea, por eso permitió que León usara el baño: piensa en una conversación incómoda pero oportuna, que de una vez por todas deje en claro la necesidad de que Vicente estudie algo. Su expectativa es optimista, desmesurada: imagina que esa misma noche, después de

esa discusión enérgica y productiva, su hijo postulará, por fin, a la universidad.

Vicente se sienta frente a ella y el living se convierte momentáneamente en una sala de espera, y la situación es tan rara que lo natural sería matizarla intercambiando unas bromas, pero los dos se quedan en silencio, con las cabezas casi pegadas, como si aguardaran una noticia crucial, de vida o muerte. Está a punto de ver a sus padres juntos, lo que de algún modo lo emociona, aunque ya no está obsesionado con el tema y no sabe muy bien en qué consiste su emoción, que quizás él describiría como mera curiosidad.

—Cuando tu papá salga del baño, vamos a hablar sobre tu postulación a la universidad —dice Carla, de repente.

Es un error táctico del porte de un buque, porque ante la evidente encerrona Vicente pierde la emoción o la curiosidad de ver a sus padres compartir el escenario, y de inmediato le dice a Carla que lo siente pero tiene que irse y agarra apresuradamente su mochila y grita, hacia el baño, con una familiaridad que tiene algo de gracia, «chao, papá».

Entretanto, mientras dura su labor, León piensa convencionalmente en el pasado, en la implacable carrera del tiempo, en el breve periodo en que vivía en esa casa intentando la comedia trágica de un matrimonio forzado. Todo había sido tan rápido y confuso; lo que la gente vive en cuatro o cinco años ellos lo habían vivido en menos de dos: el embarazo, la atarantada boda, el nacimiento de Vicente, el juicio de nulidad. Cuando él vivía en esa casa solía tocar la armónica mientras cagaba, lo que a Carla le parecía particularmente irritante, a pesar de que él trataba de tocar bajito para no despertar al niño, cosa que no siempre conseguía, porque la armónica no está hecha para interpretarla a medio volumen, no es fácil dosificar el soplado. Quizás debería haber perseverado en la armónica, piensa ahora León, porque aunque trataba de sacar unas canciones de Bob Dylan («Just Like a Woman» y «Like a Rolling Stone»), de Neil Young («Heart of Gold») y de Los Peores de Chile («Chicholina»), siempre terminaba tocando la famosa y eterna melodía de esos temerarios elefantes sobre la tela de una araña.

Entonces en ese baño había un revistero que él mismo había comprado en el Persa Bío-Bío: dos pedazos de pino bien cepillados y barnizados formando una cruz, donde comparecían unas *Barrabases* y unas *Vanidades* y varios ejemplares de *Condorito*. ¿Por qué me llevé el revistero? ¿Dónde estará? ¿Es que ni mi hijo ni Carla leen en el baño? Vicente, que lee en todas partes, al parecer no lee en el baño, o no guarda lo que lee en el baño, piensa León. En cuanto a Carla, a veces la recuerda leyendo en el living, tal vez en el preludio de alguna pelea.

Así la encuentra, leyendo en el living, media hora después.

—Perdona —dice León.

—Pensé que nunca ibas a pedirme perdón —le responde ella con la voz un poco más ronca que la voz que León conserva en la memoria.

Es por supuesto una broma y León se ríe pero enseguida, como si sintiera la necesidad de retirar esa risa, se pone serio:

—Te estoy pidiendo perdón por haber venido así, después de tanto tiempo, a usar el baño.

Carla lo mira con punzante desprecio.

—Igual es bueno verte —le dice luego—. Quizás deberíamos juntarnos y tomar un café, para hablar sobre Vicente.

Ya conversaron al respecto; de hecho, a raíz de la situación, los correos electrónicos han sido

más frecuentes, aunque no por eso más amistosos ni menos escuetos.

—Igual ya no va a postular —dice Carla—. Es un año perdido.

—Al menos consigamos que estudie algo el segundo semestre o el próximo año, sobre todo ahora que me está yendo bien —dice León—. Y a ti también, parece. Ahora eres directora de fotografía de una revista, ¿no?

—Directora de arte.

—Podemos pagarle una carrera.

—Siempre pensaste eso —dice Carla.

—¿Qué?

—Siempre pensaste que te estaba empezando a ir bien —le dice.

Es verdad. Hace diecisiete años, cuando trabajaba como procurador en un bufete en Providencia, León sentía que prosperaba, que venían cosas buenas. Y que Carla y Vicente eran como un peso adicional que aletargaba sus movimientos. Miraba a Carla amamantando al niño en la cama y le parecía que conformaban una sola cosa, un solo bulto.

Una noche, de vuelta del trabajo, estaba a punto de entrar a casa pero en un momento de inspiración decidió seguir de largo. Nada más que eso: siguió de largo, caminó unas cuadras y se detuvo en una esquina. Y tomó una micro al centro, se bajó en un bar y despertó a las nueve de la mañana, con hachazo, en medio de dos putas soñolientas que tomaban nescafés y miraban la tele.

—Perdona, no pude llegar —le dijo luego a Carla, por teléfono.

—¿Por qué no pudiste?

—No quería.

—¿Por qué me haces esto?

—Porque puedo.

Volvió esa noche, pero Carla había cambiado la cerradura. León golpeó enérgicamente mientras ella daba vueltas por la casa con el niño en brazos, arrullándolo. Pegó la oreja a la puerta, alcanzaba a oír la voz nerviosa y dulce de Carla entonando una canción de cuna. Entonces se fue. León sintió que debía enojarse, que debía reclamar, al fin y al cabo esa era también su casa, pero caminaba más rápido y más liviano y eso le encantaba. Ni siquiera le interesaba tener la razón. Quería nada más que volver a ser soltero. Quería nada más que tocar la armónica tranquilo, a todo pulmón, mientras cagaba.

No había, como a veces pensaba vagamente Vicente, un misterio, una situación insólita, tenebrosa, ilícita o espectacular que por lo mismo fuera necesario mantener, a lo largo de los años, en secreto, y que explicara tanto tiempo de distancia absoluta. La historia era tan burda que era mejor suponer que había un secreto, pero no, para nada: simplemente Carla se había metido con un imbécil, y luego, ante el embarazo, había actuado con inocencia y docilidad, como la niña bien que no quería ser, para contentar a sus padres y para creer ella misma que estaba enamorada y que tenía sentido intentar una familia.

Vino un tiempo de amargura, matizado por la épica de la maternidad. Carla odiaba a León, pero era un odio abstracto, porque se odiaba mucho más a sí misma: dependía de sus padres, que no perdían oportunidad de refregárselo en la cara, y cada vez que escuchaba la palabra *futuro* le daban ganas de vomitar. Veía a su hijo recogiendo piedras pequeñas en la maleza o corriendo con otros niños, saludándola, buscándola, tirándole besos, radiante, y le parecía tan

embriagadoramente hermoso que a veces pensaba que esa belleza conseguiría desadormecerla, devolverle todo lo que había perdido. Pero la existencia de Vicente funcionaba también como un castigo incesante y feroz; como un castigo elegido pero incesante y feroz.

—Si de verdad te está yendo mejor —dice Carla al despedirse, en la reja—, si de verdad sientes que las cosas van bien, deberías cambiar ese auto.

—Es del 2009 —responde él, desconcertado.

—Pero estamos en el 2014 —responde Carla.

—Todavía es 2013 —dice León.

—Sí, tienes toda la razón —responde Carla, burlona—. Todavía es 2013. Le quedan dos días a tu auto para convertirse en chatarra.

Y los dos sonrían un poco: muy poco.

La Hacienda San Pedro era un pueblo tranquilo de quinientas personas donde no había nada parecido a un hotel o a un hostel. Junto a los muros de la hacienda que le daba el nombre, reconvertida en fábrica de aceitunas, había un puesto de churrascas. El vendedor le explicó a Pru, en un tono amistoso pero no exento de ironía —una ironía frecuente en el español de Chile, pero en ese momento imperceptible para ella—, que no era la primera turista que llegaba a la Hacienda San Pedro por error.

—Así debería llamarse este pueblo, Pueblo Equivocado —dijo el hombre, celebrando su propia ocurrencia.

Se acercaron cinco personas que fueron más amables, más solidarias. Una mujer dijo que podía alojarla, vivía con sus dos hijas chicas y se dedicaba a hacer pan amasado. Era una casa pequeña de ladrillos pintados de blanco, con un desvencijado pero enorme sofá azul, que ocupaba casi todo el living. Pru se quitó los puros pantalones, se cubrió escrupulosamente con dos mantas y solo después de estar segura de que la familia entera dormía se largó a llorar —era el llanto apagado de los forasteros, de los que no están autorizados a llorar, un llanto que podía confundirse con murmullos o con el ulular del viento o con los alaridos de unos fantasmas lejanos.

Despertó a las cinco de la mañana. La mujer amasaba el pan sumida en un incesante soliloquio que a Pru le pareció que sonaba como un rezo. Luego, a las seis y media, la mujer le pidió que la ayudara a cargar los canastos grandes de pan caliente hasta el almacén que quedaba a dos cuadras. Era la víspera de Navidad y Pru lamentó que en el almacén no vendieran nada parecido a verdaderos regalos, pero compró golosinas para las niñas. Esperó a que despertaran para dárselas y cuando ya partía rumbo a la carretera ellas le dieron a cambio una imitación de Barbie a la que le habían dibujado unos pezones rojos y un poco de vello púbico azul y hasta habían conseguido cortarle el pelo un par de centímetros para que la muñeca luciera la misma melena rubia que Pru.

Guardó agradecida la muñeca en el bolso y se fue a dedo hasta Copiapó, la ciudad más cercana. Hubiera podido intentar subirse a un bus y dormir las catorce horas que la separaban de su destino original, pero no quería —su plan era buscar un sitio seguro donde quedarse y poco más. Se alojó en un hostel pequeño cerca de la Plaza de Armas y pasó la Nochebuena durmiendo.

Al día siguiente habló un rato con un guía de turismo que en español era silencioso y en inglés adquiriría una inesperada locuacidad. Pru tardó en entender que el tipo había memorizado, como si fueran los parlamentos de una obra dramática, largas parrafadas de un tríptico turístico en que se describía la zona, una zona que, como él repetía con cierta insistencia, era menos popular pero no tenía nada que envidiarle a San Pedro de Atacama. Estuvo a punto de quedarse a conocer esos lugares en teoría maravillosos, como Pan de Azúcar o Playa La Virgen, y cuando se enteró de que en Tierra Amarilla pronto comenzaría el rodaje de una película sobre los mineros que hacía tres años se habían quedado encerrados en la mina San José, pensó que también podría escribir sobre eso, pero la verdad es que no sabía qué hacer. Estuvo casi una hora en el puente La Paz mirando el río Copiapó, completamente seco. Una mujer mayor, casi una anciana, se instaló a fumar a su lado y en un español tan lento como las piteadas que iba dando a su cigarro le contó que habían plantado muchas palmeras y pimientos en la ribera y que estaban construyendo el parque Kaukari, que revitalizaría ese sector de la ciudad para siempre. Pru se quedó pensando en ese futuro

parque, trató de visualizarlo con la misma fuerza con que intentaba imaginar el torrente antiguo del río perdido. Antes de irse miró por última vez ese lecho polvoriento donde abundaban los perros callejeros y los niños estrenaban sus bicicletas y monopatines. Pensó que esos niños aguantaban el sol en la cara con alegría, con valentía.

Dos días después dejó Copiapó intentando creer que dentro de todo había sido un buen viaje y que la suma de sus errores, desde Ben en adelante, con el tiempo cobrarían sentido. La primera noche en Santiago durmió quince horas. La tarde siguiente emprendió una caminata larga en dirección al centro, bajo el inclemente sol de las dos de la tarde, pensando de forma obsesiva en los perros callejeros, que al parecer no solo peregrinaban por Copiapó sino por todo Chile —se llaman *quiltros*, le dijo una mesera muy joven, casi una niña, con la que cambió unas palabras en el restorán donde comió unos porotos granados.

Caminó hacia el centro pensando en proponerle a Gregg un artículo sobre esos quiltros. Era una idea, a su manera, brillante: seguiría a algunos a una distancia discreta, limitándose simplemente a describir sus paseos, les tomaría fotos y alternaría el relato con datos e informaciones sobre la desprotección de los perros en Santiago y en Chile en general, y quizás entrevistaría a animalistas, porque debe haber algunos, pensaba, sentada en los peldaños del frontis de la Biblioteca Nacional, justamente frente a un quiltro precioso, de nariz rosada y abundante pelaje negro con zonas canosas alrededor de los ojos y en el pecho.

Miró a la multitud que a pesar del calor colmaba la Alameda, y recordó la tarde en que pasó una hora entera esperando a Ben, sentada en el frontis de la Biblioteca Pública de Nueva York. Se sentía entonces en un escenario, era parte de una escenografía, con esas hordas de turistas tomándose fotos, varios de ellos premunidos de novedosas selfie sticks, tuvo que moverse varias veces para no salir en fotos ajenas. Acá, en cambio, aunque el edificio neoclásico de la Biblioteca Nacional le parecía hermoso, nadie miraba la fachada, nadie reparaba en la gente sentada en las escaleras, nadie tomaba fotos, ni siquiera los turistas: la gente caminaba hacia el Paseo Ahumada o hacia el cerro Santa Lucía mirando al frente, nada más, en realidad casi todos fijaban la vista en el suelo, como si temieran tropezarse. Era extraño y triste pero también placentero, porque siempre le gustaron los lugares donde podía mirar sin ser vista, convertirse en la privilegiada espectadora de la vida de los otros.

Justo cuando Pru se iba, el perro despertó —parecía descolocado, tardó unos segundos en desperezarse y descubrir dónde estaba. Miró a Pru fijamente y soltó unos breves e intensos bostezos antes de enfilar hacia el cerro Santa Lucía como si fuera un ejecutivo que hubiera recordado a última hora una reunión urgente. Pru lo siguió a cierta distancia, pero igual caminaba rápido, para no perderlo de vista. El perro se detuvo en la esquina y parecía que esperaba, como los humanos que lo rodeaban, la luz verde del semáforo peatonal. Pru le acarició la cabeza y le habló en español, el perro respondió con un jadeo convencional, como si hiciera falta que dijera *soy un perro*. Ella siguió piropeándolo en español y de pronto se sintió tonta, porque recordó o bien descubrió que podía hablarle en inglés. Decidió llamarlo Ben, no para recordar a su ex sino para reemplazarlo por alguien en quien —le encantaba este pensamiento— sí podía confiar.

Cruzaron juntos la Alameda y se perdieron por calles interiores, a veces Ben se le echaba encima, como un niño que quisiera enredarse entre las piernas de su madre. Anduvieron muchas cuadras juntos hasta que llegaron a un McDonald's, donde tardaron tanto en atenderla que Pru temió que el perro ya no estuviera esperándola afuera del local y todavía tardó unos minutos más porque fue al baño a tirar la Coca-Cola al lavamanos y llenar el vaso con agua. Por supuesto que

Ben se volvió loco con el olor de la hamburguesa, que ella no le entregó de inmediato, quería encontrar una calle solitaria, ojalá sin mendigos, para hacerlo, y el perro se puso ansioso y empezó a ladrarle, y aunque lo sensato hubiera sido que soltara la bolsa, Pru empezó a correr y el perro a hostigarla con ladridos feroces, intimidantes. Al fin, al pie de un árbol del Parque Inés de Suárez, Ben devoró al instante su cuarto de libra con queso y sus papas grandes, y tardó algo más en terminarse el vaso de agua con delicados y elegantes lengüetazos. Pru se subió a un taxi que el quiltro persiguió dos cuadras enteras —ladraba poco, sin embargo, habituado como estaba a la derrota.

Pasó la tarde en varios cafés, tratando de no pensar en nada. Ya eran casi las diez cuando se decidió a entrar a un restorán que se veía caro, pero quería probar los mariscos. Unos brasileños que la vieron sola la invitaron a sentarse con ellos, eran simpáticos y conversadores y tal vez millonarios, porque pidieron de todo, Pru comió machas a la parmesana, decenas de ostras, locos mayo, erizos, y hasta se atrevió a probar el piure, que es como la cocaína de los mariscos, cuyo resabio por un momento pensó que no la abandonaría nunca, y se tomó al seco unas copas de un exclusivo vino blanco con el solo propósito de cambiar el sabor de boca. La noche se preveía larga, pero los brasileños se levantaron de repente y se despidieron sin demasiada ceremonia. Pru caminó hacia Plaza Italia prometiéndose a sí misma que nunca más en su vida comería nada que proviniera del mar y luego vomitó y entonces conoció a Vicente y ya sabemos lo que pasó después.

Despierta a las tres de la tarde, muerta de hambre. Pide una pizza que come mientras habla por Skype con su mamá y su padrastro. Recién a las seis sale a caminar y ya es casi de noche cuando emprende el camino de vuelta al hostel, quiere nada más que encerrarse en su pieza a leer o a pensar o a dormir, pero en la recepción está Vicente, con un amigo, esperándola.

Pato es el mejor amigo de Vicente y tal vez también el peor, porque la relación entre dos poetas chilenos no suele ser sencilla. Un poeta chileno tarde o temprano encuentra a sus verdaderos poetas chilenos amigos, pero falta, en este caso, para eso: por ahora se escuchan, se respetan, comparten búsquedas, borracheras y tribulaciones, pero mientras Vicente sigue tropezando Pato ya está encaminado, ya vislumbra el camino del éxito, que es un éxito relativo y sin embargo se distingue nítidamente del fracaso, a pesar de que la mayoría de los poetas chilenos escriben sobre el fracaso, así que podría decirse que hay poetas chilenos que escriben sobre el fracaso y se vuelven exitosos y hay poetas chilenos que escriben sobre el fracaso y fracasan.

La promesa del éxito a secas o éxito relativo o no fracaso consiste básicamente en publicar lo más joven posible unos poemas en alguna antología y acto seguido atreverse con un libro o al menos con una plaquette y conseguir que alguien escriba unas frasecitas laudatorias en la contraportada, ojalá alguien importante como Raúl Zurita, aunque ya prácticamente todo poeta chileno ha sido alabado, es probable que con los mismos adjetivos, por Raúl Zurita, el mayor hacedor de blurbs de la poesía chilena y latinoamericana y tal vez del mundo entero. Quizás decirlo así suena mala onda, también podría decirse que Raúl Zurita es el más generoso de los poetas chilenos, de hecho hay quienes lo llaman «el buena persona». De cualquier modo, quizás el verdadero éxito sería que en la plaquette, además de Zurita, a quien de todos modos habría que pedirle un blurb, figurara el nombre de alguien tan respetado como Zurita pero menos alumbrado. Vicente, en todo caso, jamás le pediría un blurb a Zurita, a quien admira inmensa y mansamente, ni a nadie, porque en estas materias y en algunas otras es muy tímido. La cantidad de poetas chilenos tímidos es alta y alcanzaría para armar una copiosa antología, lo que parece buena idea, porque los poetas chilenos tímidos son tan tímidos que no aparecen prácticamente en ninguna antología. Hay quien dice que justamente esos, los que no salen en ninguna antología, son los buenos, los que valen la pena.

Pero la ruta del éxito comienza a delinearse incluso antes del primer libro o plaquette. Descontando concursos escolares y la publicación de poemas en redes sociales, el primer verdadero coqueteo con la fama es el dictamen de la Fundación Neruda, que cada año selecciona a diez poetas jóvenes para participar en un taller que incluye un pequeño pero para nada despreciable estipendio mensual. A finales de marzo Vicente y Pato postularon juntos, y cuando Vicente supo que no había sido seleccionado llamó a su amigo de inmediato, pensando en compartir la penuria, y resultó que Pato sí había quedado. Lo que Vicente entonces sintió fue algo más complejo que lo que suele enunciarse mediante la palabra *envidia*, pero igual sí, igual es esa la palabra.

—No te preocupes, eres joven, tienes dos años menos que yo —le dijo Pato, a manera de consuelo—. Todavía estás aprendiendo, buscando tu propia voz.

Espoleado por el éxito, Pato no pierde oportunidad para exhibir su dominio del escenario y su conciencia generacional. El año en la Fundación Neruda acaba de terminar y podría decirse que su vida cambió para siempre, porque ahora conoce a un montón de poetas sub 30 y ha aprovechado la plataforma para cultivar relaciones amistosas con varios de los poetas sub 40, a quienes desprecia, pero sabe que ese desprecio por el momento no le sirve de mucho. Vicente en

cambio ni siquiera está seguro de sus poemas. Trabaja a conciencia, todos los días empieza al menos un poema, pero es reacio a mostrar los resultados, porque no considera que sean lo suficientemente buenos. Por lo demás, sospecha que sus poemas no cumplen con las expectativas, no calzan, porque si es verdad lo que Pato preconiza, la verdaderamente nueva poesía chilena tiene el deber de ser política, la verdaderamente nueva poesía chilena debe luchar de frente, sin descartar la literalidad, contra el capitalismo y el clasismo y el centralismo y el machismo de la sociedad chilena. Y Vicente, que adhiere a esas luchas, no está seguro de que sus poemas expresen de forma medianamente nítida una dimensión social. Los poemas de Pato sí que hablan sobre lo que está pasando: son puntudos, rabiosos, iconoclastas. Se los celebran en los recitales en los que periódicamente participa, lo felicitan los dirigentes estudiantiles de su facultad. Tiene llegada, dicen. Y a Vicente no lo vuelven loco los poemas de Pato, que ni siquiera a Pato parecen gustarle: es como si los escribiera para saciar una necesidad externa. Igualmente a veces Vicente quisiera escribir como él.

Pato tiende a arrogarse el protagonismo, por eso le cuesta tanto aceptar que esta tarde el protagonista sea Vicente, que no quiere sonar jactancioso, va soltando de a poco los detalles — Pato lo escucha con una mezcla de interés y resentimiento, casi como diciendo en voz alta «esto debería haberme pasado a mí».

—Tal vez la gringa quiera acostarse con los dos —dice Pato, después de considerar la idea unos segundos.

Vicente cree que es una broma y la idea de un *ménage à trois* que incluya a su amigo no le parece demasiado estimulante, pero Pato se entusiasma y trata de convencerlo de ir juntos al hostel a buscar a la gringa. Lo único que Vicente quiere es volver a verla, pero solo acepta cuando Pato le promete que no intentará nada, que se limitará a actuar como intérprete, porque él sí que sabe inglés, dice.

En mitad del trayecto en micro Vicente ya está arrepentido de la idea y propone que hagan cualquier otra cosa, pero Pato es inflexible. A los veinte minutos están en la recepción del hostel. El recepcionista no es el barbón hippie que Vicente vio la noche anterior, sino un tipo flaco, chico y rubio pero que igual rasguea lentamente una guitarra, la misma: se diría que el trabajo exige la interpretación permanente y desgana de esa guitarra. Pru no está en su pieza, los chicos la esperan pacientemente en la recepción, hojeando los libros que compró Vicente.

—*Nihil novum sub sole* —dice pomposa y desdeñosamente Pato, indicándole a su amigo un poema—. Pura técnica, se nota que sabe escribir poemas, pero este huevón no tiene nada que decir.

—*Nulla dies sine linea* —responde, para no ser menos, Vicente, y la frase no viene a cuento, pero es la única cita latina que conserva en la memoria.

—¿Y eso qué significa?

—Que hay que escribir todos los días —dice Vicente.

—Ah. *Labor omnia vincit* —agrega Pato, sin precisar que es el lema del colegio donde estudió.

—Claro —dice Vicente, que no quiere preguntarle qué significa la frase.

Pru aparece a la media hora, lleva anteojos oscuros, una botella de agua mineral en la mano derecha y un iPad en la izquierda. Reacciona con callado pavor ante la presencia de los muchachos. Al impacto de ver a alguien a quien pensaba que no vería nunca más se suma la idea súbita de que Vicente es menor de edad o algo así; la noche anterior le había parecido indudable

que tenía al menos veinte años, ni siquiera le preguntó. Imagina la noticia sabrosa de una ciudadana norteamericana acusada de seducir a un chileno menor de edad. Y ni siquiera sabe si en Chile la mayoría de edad se alcanza a los dieciocho o a los veintiuno. Se tranquiliza cuando Vicente le sonrío. El recepcionista le pregunta, en un inglés que quiere sonar británico, si esos chicos son amigos suyos, y ella asiente y le pide que por favor los deje solos, así que el tipo sale a un patio interior, siempre con la guitarra, y prende un cigarro mientras toca, con pretendida fluidez, la introducción de «Pequeña serenata diurna», de Silvio Rodríguez, que ni Pru ni Vicente reconocen pero que Pato sí reconoce y lo demuestra con un silbido aprobatorio antes de largarse a hablar en un inglés bastante bueno.

Ella trata de sumar a Vicente a la conversación, pero Pato insiste en que él es el intérprete, que su amigo no habla nada de inglés. Pru se sienta en el suelo, con la espalda contra la pared, y se tapa la cara con las manos, con vergüenza verdadera que a ojos extraños parece más bien coquetería. Le dice a Pato que le diga a Vicente que ella estaba muy mal, que por favor perdone lo que pasó esa noche —dice *that night*, como si hablara de un evento remoto y no de la noche recién pasada— y que le agradece que la haya ayudado y escuchado y que lo pasó muy bien y que espera que sean buenos amigos, pero nada más que eso. Pato le traduce a Vicente, que en todo caso ya había entendido, porque el lacerante lenguaje del rechazo amoroso es universal.

La conversación llega a un punto muerto. Pru mira la hora en su iPad y dice que debe irse, tiene trabajo pendiente. Pato le pregunta en qué trabaja. Ella le dice que es periodista y que tiene que escribir algo sobre Chile, pero aún no sabe sobre qué.

—En Chile tenemos bonitos paisajes y buen vino, pero para mí, personalmente, lo mejor es la poesía —dice Pato—. Es lo único realmente bueno. Es lo único en que ganamos el mundial. Dos mundiales, dos campeonatos mundiales. Somos bicampeones mundiales de poesía, es lo único en que somos probadamente buenos.

—Yo pensaba escribir sobre los perros de la calle. ¿Cómo les dicen acá? ¿*Quiltris*?

—*Quiltros* —corrige Pato—. ¿Y por qué te interesan tanto?

—Es que hay muchos, me impresiona —dice Pru—. O quizás podría escribir sobre Pablo Neruda.

—¿Sobre Neruda? Mejor escribe sobre otros poetas, acá ya a nadie le interesa Neruda —dice Pato, con seguridad.

—¿Ni siquiera por la investigación sobre su cadáver?

Pru se refiere a la reciente exhumación del cadáver de Neruda para determinar si murió de cáncer o, como dice la historia extraoficial, envenenado por agentes de la dictadura. Ha seguido la noticia pero no está muy convencida de que a la revista le interese esa historia, además de que es probable que haya medios internacionales más poderosos reporteándola. Y tampoco está segura de tener tiempo para encontrar un ángulo distinto desde el cual enfocar el asunto. Lo mismo le pasa con la en teoría esperanzadora reelección de Michelle Bachelet o los cuarenta años del golpe de Estado.

—La muerte de Neruda es importante, pero es un crimen más de la dictadura —responde Pato—. Son muchos los crímenes de la dictadura que no han sido resueltos.

—Pero no se ha comprobado que haya sido un crimen —dice Pru.

—Bueno, pero es cosa de sumar dos más dos.

—O sea que sí les interesa Neruda.

—Me interesa que se aclaren todos los crímenes de la dictadura. Y sí, Neruda es un emblema. Y como poeta es importante, pero hay muchos otros poetas más importantes. Ya nadie lee a Neruda.

—Pero es importante.

—Claro, si yo mismo soy becario de la Fundación Neruda.

Pato le cuenta a Pru qué es la Fundación Neruda y le explica que el taller funciona en la mismísima casa del poeta en Bellavista. Dice que todos los poetas relevantes de las últimas generaciones han estado ahí.

—*Have you heard of Paul Walls, Leonard Seinhuezei, Germain Karrascou?*

—*No* —responde Pru, con curiosidad o tal vez mera cortesía.

—*And what about Hecthor Herrrnandiz, John Sántander Loyal, Pola Andthecow? Do you happen to know them? Have you read them?*

—*I'm afraid I haven't.*

—*William Valinzuella? Alexandra of the River?*

—*No* —admite Pru, ya medio abrumada.

—*Ralph Blonde, Xavier Beautiful?*

Es bien probable que traducir esos nombres propios para Pru sea la cosa más estúpida que Pato haya hecho a lo largo de su breve y enrevesada vida. Y sigue lanzando nombres, la lista es mucho más larga. Aunque Pru parece interesada por supuesto que no lo está. Vicente piensa que Pato es un ridículo y un siútico y por un segundo lo odia.

—No todos los buenos poetas han estado en la Fundación Neruda. —Vicente saca inesperadamente la voz, en español.

—*What?* —pregunta Pato.

—Que no todos han estado ahí. Piensa en los poetas de regiones, por ejemplo.

—*Well* —admite Pato—, *not all of them, but a good bunch.*

Los amigos por fin se muestran como lo que son, dos niños peleadores, pero la cosa no pasa a mayores.

—Ustedes son como personajes de Bolaño —dice Pru, por primera vez en español.

Es un cumplido, no quiere ser ofensiva, pero ni a Pato, que la mira altivamente, ni a Vicente, que sonríe con extrañeza, les gusta la idea de parecer personajes, ni de Bolaño ni de nadie.

—No era un gran poeta, Bolaño —dice Pato, concluyente.

—¿No te gusta?

—No he leído sus novelas, pero sí unos poemas que no eran nada de buenos —argumenta Pato—. En la poesía se juega todo. Si eres un buen poeta puedes escribir novelas para ganarte unos pesos, porque escribir novelas es más fácil. Yo mismo tengo pensado en algún momento escribir novelas, pero no hay nada más triste que un novelista escribiendo malos poemas. Seguro que Bolaño lo sabía, porque leí algunas de sus entrevistas y no se puede negar que el tipo era inteligente.

Pru mira a Pato con verdadero interés. Le divierte ese tono tan arbitrario y rotundo.

—¿Y tú lo leíste? —Pru le habla a Vicente.

—¿Hablas español?

—Un poquito. ¿Tú leíste a Bolaño?

—Solamente los poemas. ¿Tú?

—Sí, pero no los poemas, solamente unas novelas y los cuentos.

—A mí me gustaron sus poemas —dice Vicente—. No es Enrique Lihn, pero tiene lo suyo.

—Henry Lihn —traduce Pato—, hay que pronunciarlo así —le dice a Vicente—, o si no la gringa va a pensar que le hablas de Tribilín.

La aclaración es obviamente una idiotez, porque para Pru el amigo de Mickey Mouse no se llama Tribilín sino Goofy, pero igual Pato consigue el objetivo de cortar el breve intercambio de frases entre Vicente y Pru. Aprovechando el momento, Pato la invita a un bar cercano y no está claro que la invitación considere a Vicente. Ella ve a Vicente todavía intimidado o errático o devastado y piensa que ha sido injusta, o que ha sido justa, porque no quiere repetir la escena de la noche anterior. En realidad no está segura de no querer, pero Vicente le parece ahora más claramente un niño. Igual pretende agradecerle de nuevo que la haya cuidado, que es algo que últimamente nadie ha hecho por ella, y que la haya escuchado, aunque no la entendiera del todo. Y piensa que quizás también debería agradecerle unos cuantos orgasmos, pero por supuesto no lo hará, los orgasmos no se agradecen. Pru dice que quiere ir al bar pero solo si van los tres. Pato toma la frase como un signo auspicioso y reflota el proyecto del *ménage à trois*, aunque también aspira a una aventura sin el concurso de Vicente.

En el bar Vicente se anima, hablan en un español pausado, tentativo, hospitalario. A Pru le cuesta entenderlos, pero consigue expresarse con cierta propiedad. Pide un agua mineral, ellos toman cerveza, intercambian teléfonos y correos electrónicos y se agregan a Facebook y predominan las sonrisas, pero cuando Pato se toma la palabra la conversación avanza en direcciones aburridas. Aunque Pru suelta cada vez más su español y por momentos habla de corrido, él insiste en hablar en inglés, ya con el indisimulado propósito de dejar a Vicente fuera del juego.

—¿Y tú también vas a escribir novelas después, para ganar dinero? —le pregunta Pru a Vicente.

—No creo —responde Vicente—. Supongo que para escribir una novela hay que estar mucho rato sentado, no sé si aguantaría.

—«La novela es la poesía de los tontos», decía el Chico Molina —agrega Pato.

—¿Y ustedes conocen poetas chilenos? —pregunta Pru, de pronto verdaderamente interesada.

—*We are Chilean poets* —responde Pato, medio ofendido, en un inglés a esas alturas innecesario, porque Pru parece decidida a seguir hablando español.

—Claro —dice ella—, pero además de ustedes: Nicanor Parra, Raúl Zurita, Gabriela Mistral.

Pato le aclara, escandalizado, que Gabriela Mistral murió en 1957 (dice el año exacto). Pru pide disculpas por su ignorancia.

—Ella no tiene por qué saber si Gabriela Mistral está viva o muerta —dice Vicente, con afán justiciero.

—Bastaría que hubiera mirado el billete de cinco lucas —responde Pato—. La gente que sale en los billetes está muerta.

—No. No en todos los países. Hay muchos países donde la gente que sale en los billetes está viva —dice Vicente, que no sabe si lo que dice es verdadero, pero apuesta a que Pato tampoco lo sabe.

—¿Cuáles?

—Puerto Peregrino, República de Terramar, Rocamadour, hay muchos —recita Vicente muy rápido.

—¿Y de dónde sacaste esos países?

—Del globo terráqueo, ignorante. Además, ¿quién sale en el billete de mil pesos? —ataca Vicente, con autoridad.

Pato nunca ha mirado el billete de mil pesos con atención. Acepta el golpe, se queda callado unos cinco minutos. Pero interrumpe pronto, con impaciencia:

—*Have you seen any Latin American movies?*

Pru responde que ha visto *Machuca*, *No* y *Nostalgia de la luz*.

—*Nostalgia de la luz* es preciosa —dice Vicente.

—*And what about Mexican movies? Do you like them?* —dice Pato.

—Me encantan las películas mexicanas —responde Pru, en español—. He visto muchas.

Vicente, que presiente lo que viene, cierra los ojos para enfrentar el chaparrón.

—*And have you seen the movie Y tu mamá también, that in English should be something like And your mother too?*

Pru asiente y dice que la vio hace muchos años y que le pareció divertida, y por un momento piensa en Diego Luna y en Gael García y trata de decidir cuál de los poetas sería Luna y cuál García —Vicente se parece más a Gael y Pato a Diego, pero ella vio una vez, en un diner de Harlem, a Gael, y le sorprendió lo bajito que era, era quizás tan bajito como Pato, mientras que Diego Luna, a quien nunca ha visto, se le antoja que es alto como Vicente. Sumida en esos pensamientos, a Pru no se le ocurre que la alusión a la película entrañe la propuesta de un *ménage à trois* hasta que repara en la mirada ansiosa y pícara de Pato, que para despejar las dudas le toma la mano, que ella retira al instante.

No está enojada, pero piensa que debería enojarse o al menos mostrarse enojada. Se levanta y antes de irse le dice a Pato que debería acostarse con Vicente, que es muy bueno en la cama, pero lo dice en inglés y muy rápido.

—Había que intentarlo, compañero —dice Pato, y termina su cerveza con un sorbo largo.

—Claro —dice Vicente, podrido.

—¿Entendiste lo que dijo la gringa al final? —pregunta Pato.

—No. ¿Qué dijo?

—Que eres bueno en la cama.

—¿En serio?

—Sí.

—Y que deberíamos acostarnos tú y yo.

Vicente se ríe, Pato se queda bien serio y lo mira directo a los ojos.

—¿Te tinca? —le pregunta—. Yo sé que no te gusta acostarte con hombres, pero podríamos intentarlo. Nos tomamos algo y nos dejamos llevar, ¿vale?

—No —dice Vicente—. No me gustas.

—¿Y cómo sabes que no te gusto si no te has acostado conmigo?

—¿De verdad te gusta más Zurita que Millán? ¿Más que Enrique Lihn? ¿Que Rodrigo Lira?

A Vicente le parece absurda la manía de comparar poetas como si fuera necesario ordenarlos

en un ranking, solamente quiere cambiar de tema, y atacar a Zurita le parece una buena salida, porque Pato se desespera cuando le ningunean a Zurita, que para él es una especie de Maradona o de David Bowie y también un mentor o directamente un padre, porque fue Zurita quien no solo aceptó leer los primeros poemas de Pato, sino que luego le escribió un largo mail en rutilantes mayúsculas alabando la «desollante audacia» de esos primeros poemas e instándolo a seguir escribiendo.

—De verdad, Zurita les saca la chucha a todos, es el verdadero poeta del pueblo —dice Pato, en automático tono militante.

—Estái enfermo de la cabeza —le dice Vicente, sorprendido del éxito de su estrategia—. Zurita es muy bueno, pero Millán le pega mil patadas en la raja.

—Millán es demasiado lírico.

—¿Y leíste *La ciudad*?

—Obvio. Es buen libro, pero prefiero *Zurita*.

—¿Cuál libro de Zurita?

—El libro de Zurita que se llama *Zurita*.

—¿Ese libro guatón, que pesa como un kilo?

—Sí.

—Lo voy a leer, pero no me tinca nada —promete Vicente, que ya lo leyó y lo encontró sensacional, pero piensa que es mejor, por esta vez, traicionar esa lectura.

Por su parte, de vuelta en el hostel, Pru llama por Skype a Gregg Pinter, que dice estar en plena resaca aunque luce una camisa abotonada hasta el cuello y se ve especialmente lozano. Pru no conoce tanto a Gregg y su primer impulso es mentirle, pero piensa que, por una cuestión de profesionalismo, debe contarle toda la verdad, que igual resume y ornamenta un poco. Él le dice que lamenta la ruptura con Jessye, pero que las cosas suceden por algo, así que la anima a contar esa historia; ella se niega de plano pero él insiste: que por qué no la ambienta con detalles de esos paisajes, en primera persona, le dice. Gregg está medio obsesionado con la primera persona. Ella responde que no, que para qué, y le propone escribir sobre los quiltros chilenos o sobre el cadáver de Neruda o sobre el nuevo gobierno de Michelle Bachelet o sobre Camila Vallejo o sobre Valparaíso, pero, tal como Pru temía, a Gregg no le interesa ninguno de esos artículos.

—Nuestra revista quiere historias más raras, periféricas, inesperadas.

—¿Y un país repleto de perros callejeros no te parece suficiente?

—Es que tu historia es mejor. Quizás puedes incluir a los perros.

—La historia de una periodista estúpida perdida en un pueblito del norte chileno. —Pru pierde la paciencia—. Una periodista sola, que pasa el Año Nuevo persiguiendo perros callejeros.

—Perdóname, Pru —dice Gregg, con dulzura profesional—, yo sé que esto todavía te duele, y seguro te va a doler mucho tiempo, pero es una historia hermosa, y quizás al escribirla vas a descubrir eso, que es una historia tristísima pero también hermosa e importante.

—¿Importante para quién?

—Importante para todos —dice Gregg, para salir del paso—. Para los lectores.

—Escribela tú, entonces —le dice Pru, con involuntaria agresividad.

—¿Quieres que escriba tu historia?

—No. Quiero decir, eres novelista, escríbela tú, invéntala tú. Yo no quiero.

Gregg se queda callado unos segundos imaginando esa novela o imaginándose frente al computador escribiendo esa novela y hasta firmando un contrato de seis cifras en una oficina de Manhattan con las paredes repletas de diplomas que dicen Pulitzer y National Book Award. Entonces Pru insiste con lo del cadáver de Neruda, y Gregg le dice, como Pru suponía, que seguramente hay medios poderosos a cargo de reportear el asunto y que además Neruda no le interesa porque admitió haber violado a una mujer, cosa que Pru no sabía, aunque como Gregg lo dice en el tono de quien afirma algo conocido por todos finge que sí lo sabía.

Entonces Pru le propone partir de eso pero abriendo el reportaje a otros poetas chilenos. Habla de Nicanor Parra y de los preparativos para celebrar su cumpleaños número cien como festividad nacional, y Gregg no ha leído a Parra pero recuerda que Bolaño lo citaba constantemente, porque es fanático de Roberto Bolaño y por extensión de los numerosos autores que citaba Roberto Bolaño, autores que Gregg no ha leído pero está seguro de que son sensacionales.

Pru le dice que aparentemente es imposible entrevistar a Parra, pero que puede intentarlo, y le habla de esos poetas jóvenes, tan serios, tan peleadores, tan seguros de sí mismos, que acaba de conocer. A Gregg le encanta la idea de un artículo sobre ese país donde los poetas son importantes. Más que hablar de Parra, lo que le gusta es la idea de un país literario, donde la poesía es curiosamente, irracionalmente relevante.

¿Cómo dialogan los poetas chilenos actuales con esa herencia? ¿Cómo es ser poeta en un país donde al parecer lo único bueno es la poesía? Le pide que entreviste a poetas desconocidos para lectores en lengua inglesa, en un espectro amplio, sin importar las edades, la cosa es captar la atmósfera, la escena.

—Vamos a descubrir a un montón de detectives salvajes —dice Gregg, previsualizando el artículo impreso en la revista, mucho más entusiasmado que Pru.

El cuartito de afuera había sido históricamente el depósito natural de toda clase de cachureos, hasta que Carla, cuando acababa de cumplir dieciocho años y estaba a punto de entrar a la universidad, convenció a sus padres de que necesitaba un poco de independencia. Lo desocuparon, lo pintaron, repararon el ínfimo baño adjunto, y Carla pensó que pasaría mucho tiempo en esa pieza que llamaba, con rotunda alegría, *mi casa*. El lugar no era tan independiente, pues de todos modos había que pasar por la puerta principal y atravesar la cocina y finalmente caminar unos veinte pasos para llegar a esa pieza pequeña y helada. Alguien medianamente atlético, sin embargo, podía acortar camino sorteando un muro lateral no muy alto —fue lo que hizo León, tres veces: la primera hubo sexo sin preservativo, la segunda con preservativo, y la tercera vez en lugar de sexo hubo una desesperada reunión en la que discutieron acaloradamente qué chucha hacer.

El cuartito retomó su condición de bodega hasta que Gonzalo llegó a vivir a esa casa y se lo adueñó —compró un escritorio, tapizó de estantes las paredes y empezó a aludir al lugar pomposamente como *mi taller* y a veces también como *mi estudio*, aunque de un modo consuetudinario la habitación siguió siendo para todos simplemente *el cuartito*. Cuando Carla entró a estudiar Fotografía decidió acondicionar el baño del cuartito como cuarto oscuro (cuartito oscuro, lo llamaban, naturalmente), pero eso duró apenas unos meses, porque la fotografía digital ya comenzaba a ganar la partida.

Unas semanas después de la separación, dos amigos de Gonzalo fueron a recoger sus cosas, que eran básicamente los libros que repletaban los anaqueles. No se llevaron el escritorio, que era hermoso, ni la silla, que era medio incómoda, ni tampoco el flamante colchón. Esa mañana Vicente no salió de su pieza. Cuando vio por la ventana que la camioneta atestada de cajas se alejaba, bajó corriendo al cuartito y la visión de esos estantes vacíos le pareció tenebrosa y desoladora. Se quedó mirando las zonas más blancas en la pintura y tuvo el pensamiento confuso de que los libros perdidos habían protegido las paredes, que ahora estaban más expuestas, desnudas. Recorrió con las manos las huellas de la biblioteca y pensó que esas líneas irregulares que subían y bajaban según el tamaño de los libros eran como inútiles escaleras horizontales.

Sentado en el colchón, se entregó a la idea de que si se restregaba los párpados con más fuerza que nunca y dejaba crecer el irisado y fascinante caos eléctrico, justo en el instante en que volviera a abrir los ojos todos los libros reaparecerían. Se arrepintió enseguida de ese pensamiento, que incluso para un chico de doce años era demasiado infantil, y sin embargo hizo algo aún más infantil: no quiso abrir los ojos y salió de la pieza tanteando el espacio como un ciego. Volvió en mitad de la noche, insomne, y se echó en el colchón a dormir; ahí lo encontró Carla, a las cuatro de la mañana: trató de cargarlo pero le fue imposible, así que lo despertó, y como si Vicente tuviera una pierna rota lo llevó a la cama, a la de ella, a la cama que ahora era solamente de ella. Despertó a mediodía, con la vaga impresión de que su madre lo había rescatado del cuartito.

Durante los días siguientes Vicente fue al cuartito repetidamente, todavía sin la intención clara

de apropiárselo. A veces se echaba en el colchón y no pensaba en nada, y otras veces recordaba, con algo que no era nostalgia sino algo así como estupefacción, a Gonzalo. Pensaba que su padrastró o expadrastró no debería haberse llevado los libros: sabía que eran suyos, que con él habían llegado y que por lo tanto era lógico que con él desaparecieran, pero igual sentía que era injusto que se los hubiera llevado. No es que valorara especialmente los libros en general ni esos libros en particular, aunque a veces, cuando Gonzalo estaba trabajando, Vicente entraba a la pieza y miraba las repisas y pensaba que alguna vez los leería. Era una idea vaga que probablemente se relacionaba con la mucho menos vaga sensación de que esa biblioteca estaría siempre ahí porque Gonzalo estaría siempre ahí.

Una mañana de sábado, mientras jugaba a la pelota en una multicancha a diez cuadras de su casa, pensó que el primer paso para adueñarse del cuartito era quitar las repisas. Siguió jugando, pero no podía con la ansiedad, así que pretextó un dolor de cabeza y corrió a casa, a una velocidad que ningún jaquecoso ha alcanzado nunca, para darle curso a su proyecto. No parecía difícil desprender esas nudosas tablas de pino sujetas con escuadras, no era nada muy elaborado: convertido de pronto en un oficioso carpintero adolescente, desatornilló un par de repisas con pulcritud y luego tapó los hoyos en las paredes con plasticina de varios colores, pensando en otorgarle al lugar un aire como artístico, pero quedaba horrible, de manera que volvió a instalarlas, lo que le resultó considerablemente más difícil que desinstalarlas —le tomó la tarde entera del sábado y todo el domingo.

En el baño había una caja donde Vicente encontró una vieja aspiradora, las puntiagudas ramas plásticas de un árbol de Navidad y varios juguetes olvidados, entre ellos una autopista que le habían regalado sus abuelos maternos hacía años —decidió armarla, pero no con el propósito de jugar, sino para que la habitación no se viera tan vacía. Entremedio de las piezas de la autopista estaban los libros que Gonzalo había escondido la noche del simulacro. Vicente hojeó primero el de Emily Dickinson pero no entendió mucho, y luego leyó algunos poemas del otro libro, el de Gonzalo Millán, que igualmente lo desconcertaron, aunque le dio risa que uno se llamara «Blaaamm!» (le dio risa el título, no el poema). Dejó ambos libros juntos en un estante, donde parecían lo que en el fondo eran: los solitarios sobrevivientes de una catástrofe. Armó la autopista en el colchón y quiso jugar pero no tenía pilas.

Vicente se olvidó del cuartito y de la autopista y de ese par de libros huachos por varios meses, pero una mañana despertó con el proyecto de un gimnasio para gatos —imaginó a Oscuridad y a un montón de agradecidos gatos vagabundos instalados en ese recinto que quizás era mejor concebir como un refugio o incluso como un spa, con comida ilimitada y decenas de pelotas luminosas, madejas de lana, masajeadores de pared, ratones sonajeros, almohadillas con hierba gatera y unos cuantos cojines para los huéspedes que prefirieran pasar el día durmiendo, probablemente la mayoría. Pensó que en vez de quitar las repisas podía reinstalarlas en forma de toboganes y diseñó un ingenioso prospecto que llamó, con orgullo, «resbalín en zigzag». Justo entonces, por desgracia, sucedió la trágica muerte de Oscuridad, que no murió por complicaciones dentales sino atropellada, a plena luz del día, por un furgón de Carabineros. Como Vicente llevaba ya casi tres años pensando que Oscuridad moriría en cualquier momento, de algún modo estaba preparado. Él mismo la enterró en el jardín entre el rosal y las ligustrinas, y le dedicó un padrenuestro, aunque su catolicismo era inexistente, de hecho no se lo sabía de memoria, tuvo que buscarlo en Google.

El duelo fue largo y múltiple: todo había, de repente, en muy poco tiempo, cambiado, y aunque

Vicente no lo formulaba de esa manera, relacionaba la muerte de Oscuridad con la ausencia de Gonzalo. Las veces que la gata había entrado al cuartito podían contarse con los dedos de una mano, y sin embargo Vicente creía asociar ese cuartito con la desaparición de Oscuridad y por extensión con la muerte.

La autopista seguía en el colchón, Vicente consiguió unas pilas pero se sintió tonto haciendo competir el auto rojo con el amarillo, ni siquiera lograba identificarse con uno de los dos. Eso fue un día martes. El miércoles desarmó la autopista e instaló sobre el escritorio la tele que tenía en su habitación. No había conexión para la televisión por cable ni antena, pero el aparato alcanzaba a captar casi todos los canales públicos. Se puso a ver una teleserie chilena, lo que le sonaba novedoso, y de antemano decidió que seguiría viéndola todos los días, pero el jueves se aburrió mortalmente y se llevó la tele de vuelta a su dormitorio. Esa noche se durmió pensando que no quería entrar al cuartito nunca más y sin embargo a la mañana siguiente volvió a entrar y volvió a ver esos dos poemarios en la repisa y volvió a hojearlos y a descartarlos, aunque esta vez la soledad de los libros se le hizo problemática: no sabía si ubicarlos juntos en posición horizontal o mantenerlos verticales en rincones distantes, y al final optó por apoyar uno en el otro en medio de un anaquel, en forma de esforzado triángulo, como una choza capaz de albergar a unos cuantos centenares de hormigas. El sábado trasladó al cuartito todos los libros que tenía en su pieza y reubicó también algunos que andaban dispersos por la casa, y en las semanas siguientes robó unos cuantos de la casa de sus abuelos y le pidió también algunos a León. Como ni siquiera alcanzaba a llenar uno de los doce estantes decidió agregar también unas cuantas revistas.

Aunque todas las bibliotecas personales, como todas las personas, miradas de cerca resultan muy extrañas, esa primera versión de la biblioteca de Vicente era especialmente desconcertante, porque junto a Millán y Dickinson comparecían novelas de fantasía como *Luces del norte* o *El catalejo lacado* o *Un mago de Terramar*, ejemplares de *Selecciones del Reader's Digest*, *Estadio*, *Rocktop*, *APSI*, *TV Grama*, *Fibra*, *Vanidades*, *La Bicicleta*, *Condorito*, *Barrabases* y *National Geographic*, novelas de Hernán Rivera Letelier, Salman Rushdie, Agatha Christie y Lawrence Durrell, sesudos y aburridos manuales de Derecho, ensayos de Paul Johnson y Francis Fukuyama, y unos cuantos volúmenes de autoayuda, en una gama que iba desde bestsellers como *Todo está en ti* y *Creer en lo imposible antes del desayuno* hasta *Shakespeare para managers* y *Me toco y me voy*. Era difícil imaginarse los intereses del dueño de esa biblioteca, que parecía más bien una de esas eclécticas colecciones que surgen como por generación espontánea en las casas de playa o en los hoteles o en los basurales.

Fue así como, mucho antes de aficionarse a la poesía y convertirse en un lector voraz, Vicente se volvió un acumulador de libros. Apenas tenía algo de plata iba al Persa Bío-Bío y compraba libros como si fueran manzanas o sandías, aunque la comparación no es buena, porque se hubiera demorado más eligiendo manzanas o sandías, mientras que en este caso le importaba solo la cantidad: le daban absolutamente lo mismo los temas o los géneros o los autores, compraba cinco o diez libros, los más baratos, su proyecto era acumularlos nada más, aunque él sentía que en lugar de coleccionarlos los recuperaba, que restituía la biblioteca perdida. Igual los hojeaba y de vez en cuando leía alguno, pero no era su objetivo.

Ese deseo de restitución solventó la idea de que Gonzalo era algo así como un ladrón de bibliotecas. Llevaba un año sin saber qué hacer con el recuerdo de su padrastro o expadrastro, quien reaparecía periódicamente con unos mails amistosos y divertidos y tal vez demasiado

largos, que Vicente leía y a veces también releía pero rara vez contestaba, porque no tenía claro quién era o quién debía ser Gonzalo, ahora, para él. Carla solía ensayar elípticas explicaciones sobre la ruptura que únicamente demostraban su tristeza y su reticencia a hablar, y Vicente llenaba los vacíos con sus propias sensaciones. Si bien de la boca de su madre no había salido una sola palabra que condenara a su ex, Vicente pensaba que Gonzalo simplemente había sido cruel, desleal y egoísta. Repoblar la biblioteca se volvió una misión urgente que les devolvería la paz o la normalidad o la felicidad o todo eso simultáneamente.

A los catorce años Vicente conoció a Virginia, que fue su primera polola estable. Ella tenía dieciséis y muchísima más experiencia, tanto con hombres como con mujeres, aunque no se definía como bisexual (cuando Vicente se lo preguntó ella le dijo airadamente que prefería no definirse de ninguna manera). La primera vez que se acostaron fue en ese cuartito, así que cumplieron inconscientemente con una tradición y al mismo tiempo la modificaron, porque no hubo embarazo. En apenas unas semanas el cuartito se convirtió en lo que antiguamente se llamaba un nido de amor, porque Virginia se instaló sin pudores, con propiedad, y hasta aportó con un juego de sábanas grises, un vaso de plástico para los cepillos de dientes y una cortina de baño que reproducía la tabla periódica de los elementos.

—Hay que limpiar esta biblioteca —dijo una mañana Virginia, que hasta entonces se había limitado a mirar los anaqueles con altiva extrañeza.

—Yo pasé el plumero en la mañana —dijo Vicente.

—Me refiero a deshacerse de los bodrios —dijo Virginia—. Perdona, pero no puedo creer tu mal gusto.

—Es que no todos los libros son míos —dijo Vicente, imprecisamente.

—Pero la primera vez que vine me dijiste que todos eran tuyos —respondió Virginia, malhumorada.

—Sí, todos son míos —dijo Vicente—. Pero no son para leerlos.

—¿Cómo? ¿Y para qué los tienes, entonces?

Vicente iba a inventar algo pero prefirió decirle la verdad. Ella lo escuchó con la boca abierta, no porque la historia le pareciera asombrosa, sino porque estaba resfriada y le costaba respirar por la nariz, así que Vicente fue a arrancar unos limones y cuando volvió con una limonada tibia Virginia ya estaba empeñada en la clasificación de los libros, hasta entonces ordenados más bien por tamaño y por el color de los lomos.

Virginia destinó una repisa a los numerosos libros malos y otra a los pocos que ella consideraba buenos. Sus decisiones comunicaban cierta seguridad: los de autoayuda y derecho eran por definición malos y recomendaba tirarlos, al igual que los que sonaban a bestsellers, mientras que los libros «literarios» eran automáticamente buenos y valiosos, y las revistas, por supuesto, tenían una sección aparte. Cuando Virginia se encontró con el libro de Emily Dickinson, al prestigio de la poesía se sumó el recuerdo del personaje Emily the Strange, que cuando chica le encantaba, y se echó en la cama a leer en silencio, y luego también leyó en voz alta este poema:

El amor puede hacer todo salvo despertar a los muertos
pero dudo hasta de eso
de semejante gigante que se vislumbraría
si la carne equivaliera

pero el amor cansado quiere dormir,
y hambriento pastar
y así favorecer el brillante vuelo
hasta que se pierde de vista.

—No entiendo nada pero me encanta —dijo Vicente, con sincero entusiasmo.

—Se nota que Emily estaba más triste que la chucha —dijo Virginia—. ¿En serio no la habías leído?

—Leí un par de poemas nomás, que no me gustaron, tal vez era todavía muy chico. Ya te dije que no he leído casi ninguno de estos libros, solamente los de fantasía y algunas historietas.

Eso pasó en las semanas finales de la relación con Virginia, que simplemente se aburría de Vicente, que no era para nada aburrido pero se estaba enamorando y eso a ella le parecía atroz. La tarde en que terminaron, Vicente le regaló el libro de Emily Dickinson. Ella se lo agradeció, pero no quiso llevárselo, tampoco las sábanas grises ni el vasito para los cepillos de dientes. La cortina de baño sí se la llevó, porque le fascinaba la tabla periódica de los elementos.

Vicente quedó demolido y su reclusión permanente en el cuartito fue el mejor testimonio de ello. No se mudó oficialmente, seguía teniendo su pieza de siempre en el segundo piso, pero prefería el desorden melancólico del cuartito. Se llevó para allá el computador y pasaba toda la tarde jugando juegos online o viendo películas cuyos finales adivinaba casi siempre. A veces simplemente dormía toda la tarde. Por supuesto Carla se preocupó. Nunca le gustó Virginia, pero mucho menos le gustaba la tristeza de su hijo.

—No puedes estar todo el día frente al computador —le dijo Carla una mañana—. Estás deprimido.

Evocando sus antiguos y fugaces estudios de psicología, Carla consiguió dar a sus frases una entonación profesional. Vicente se asustó: formaba parte de una generación de niños medicados, muchos de sus compañeros y amigos tomaban pastillas para la depresión y para el déficit atencional, las dos enfermedades de moda, y él no quería sumarse a esa tendencia, porque había sido testigo del sufrimiento de sus amigos. Carla le preguntó si quería ayuda médica, pero él dijo que prefería intentar curarse solo.

—¿Y cómo?

—Voy a hacer algo —respondió Vicente.

—¿Qué?

—Todavía no lo sé, mamá, pero algo voy a hacer. Tengo que salir de esto.

Carla se quedó tranquila, porque sabía que era cierto, sabía que su hijo iba a hacer algo o al menos iba a pensar en hacer algo.

La primera medida de Vicente fue dejar de usar el computador temporalmente, lo que le resultó casi imposible, así que intentó usarlo pero de otra manera. Como en los últimos meses se había volcado a la pornografía, decidió, por lo pronto, hacer lo contrario de mirar pornografía, y después de pensarlo un rato postuló que, ante la imposibilidad momentánea de sexo verdadero, lo contrario de la pornografía era mirar videos de esquimales en YouTube. Los resultados fueron en

principio exitosos, porque era realmente difícil imaginarse a esa gente tan abrigada quitándose una a una las capas de ropa para entregarse a un intrépido polvo, a cuarenta grados bajo cero, en un bosque de Groenlandia, por ejemplo. Era difícil pero no imposible, de hecho llegó a masturbarse unas cuantas veces con esa inspiración en todo caso más imaginativa que la que le proporcionaba el porno, lo que por lo demás mejoraba su autoestima, porque masturbarse mirando porno inevitablemente lo llevaba a comparar el tamaño de su pene con los penes de los actores, y aunque no siempre su desventaja era significativa, ese lado del asunto no existía en la —por llamarla de alguna manera— masturbación esquimal. Por supuesto Vicente sabía que la masturbación esquimal tampoco solucionaba nada, pero la masturbación sin estímulos audiovisuales era impensable, porque las veces que lo intentó pensaba en Virginia y se moría de la pena imaginando sus hombros, sus ojos verdes, sus millones de pecas, sus caderas anchas, sus piernas flacas —la veía en el baño, enfundada en una toalla, rapándose la cabeza con la afeitadora que siempre andaba trayendo en la mochila, como si temiera que su pelo rojo le volviera a crecer en cualquier momento.

Los libros seguían en el orden dispuesto por Virginia y cuando Vicente empezó a leerlos fue básicamente para recordarla, sobre todo el de Emily Dickinson, una autora cuya obra ningún psiquiatra ni psicólogo recomendaría jamás para sobrellevar la tristeza o la depresión, y que sin embargo conectó a Vicente con el poderío de las palabras, con la eficacia de la poesía. «Una vaga capacidad de alas / envilece la vestimenta que llevo», leía Vicente, por ejemplo, y seguía sin entender mucho pero la imagen lograba comunicarle algo y se transformaba, por así decirlo, en un recuerdo instantáneo, en una especie de verdad. Dedicó un día entero a leer los seiscientos y tantos poemas del libro y aunque ninguno le gustó entero, de casi todos retuvo algún fragmento. En realidad sí hubo varios que le gustaron enteros, pero no hubiera sabido explicar por qué. A veces decía en voz alta alguna estrofa ensayando distintos tonos de voz, como adivinando el tono de Emily Dickinson, la manera como ella hubiera leído el poema —por ejemplo estos versos, que Vicente leía como un susurro, enseguida como un lamento y finalmente como quien comunica un hallazgo o revela un secreto:

Hay un cierto sesgo de luz,
en las tardes de invierno —,
que oprime, como
la profundidad de las catedrales —

Quería leer más poesía, pero evitaba el libro de Millán, porque le molestaba que el autor se llamara Gonzalo y además el título —*Vida*— le sonaba medio absurdo, así que un sábado fue a la feria y compró a precio de huevo el poemario *Existir todavía*, de Mario Benedetti, y lo leyó con muy buena voluntad, de verdad quería que le gustara, pero lo encontró rudimentario y cursi.

No tuvo más remedio que leer el libro de Millán —todos los poemas le sonaron en principio completamente raros y a veces cómicos y misteriosos:

Los gigantes están compuestos
por numerosos enanos
como los racimos de gramos.

No sabía si esos poemas le gustaban o no pero tendía a pensar que esa duda significaba que sí

le gustaban. Este poema breve, extrañísimo, por ejemplo, un día le parecía grotesco o tenebroso y al día siguiente lo encontraba inocente o chistoso:

A veces
las gatas
tienen
perritos.

Era como una explicación maestra que servía para todo, hasta podría funcionar como un dicho, como un refrán, pensó Vicente, después de darle vueltas a ese poema tan engañosamente sencillo. Los poemas de Millán que prefería, en todo caso, eran los de amor, tan físicos y al mismo tiempo tan evocadores («y ríes creyendo que te muerdo») y los relacionados con electrodomésticos, en especial con el refrigerador, que a todas luces era el objeto preferido del poeta. «El refrigerador se sobresalta / y trepidando cambia de ritmo», decía Millán, y hasta lo comparaba con un libro:

El refrigerador se abre
como un gran libro
compuesto únicamente
de tapas en blanco.

Había otro poema sobre un refrigerador con la puerta abierta, deshielándose, enteramente vacío salvo por una arveja todavía congelada, «muy pequeña, redonda y verde». Vicente pensó mucho en la soledad de esa arveja, que se parecía a la antigua soledad de ese par de libros en la biblioteca.

Leyó muchas veces esos poemas, que cambiaron para siempre su relación con los objetos y con las palabras, o su manera de mirar el mundo, aunque quizás no fue exactamente así; quizás ya miraba el mundo de esa manera y los poemas de Millán lo sorprendieron por eso, porque los sentía próximos, familiares. Saber que esas impresiones fugaces, marginales, extrañas y para la mayoría de la gente inútiles fueran a parar a un poema, le provocaba una alegría inmensa; que hubiera alguien, un adulto, dedicado a coleccionar esas imágenes, a rescatarlas, a compartirlas, y que entregarse a esa obsesiva aventura fuera algo así como un trabajo, le parecía alucinante.

No tenía ninguna esperanza en la biblioteca de su colegio, pero resultó que el catálogo sí incluía algunos libros de poemas, ninguno de Millán pero sí algunas antologías en las que Vicente leyó poemas de César Vallejo (que le pareció deslumbrante y hermético, aunque no estaba seguro del significado de la palabra *hermético*), Nicanor Parra (oscuro y muy divertido), Gabriela Mistral (ardua y misteriosa), Vicente Huidobro (simpatiquísimo) y Oliverio Girondo (juguetón). En cuanto a los poemas de Delmira Agustini y de Julio Herrera y Reissig, pensó que eran como esas canciones en italiano o en portugués que entendía a medias pero tarareaba y bailaba con enloquecido entusiasmo. Curiosamente en la biblioteca del colegio había solamente un libro de Neruda, *Cien sonetos de amor*, que a Vicente le pareció fome.

—A ver, léeme el poema que más te guste —le pidió Carla una noche.

Había llegado temprano del trabajo y quería que fueran a comer pizzas, por eso apareció en el cuartito, casi nunca iba. Muchas veces había pensado en montar ahí su propio taller, pero al ver a

Vicente instalado con tanta propiedad comprendió que ya no podría quitárselo.

A esas alturas ya era difícil para Vicente decidir cuál era el poema que más le gustaba, pero hacía unas horas había descubierto en internet el pdf de un libro de Carlos de Rokha y estaba pegado en estos versos:

El perro evoca sobre el suelo sangre.

Cada mañana viene hasta mi mesa
y es un recuerdo oscuro que reposa
sobre la alfombra en que recojo migas.

Es solo el fiel testigo que perdona
esa maldad con que lo trato a veces
cuando le pongo el agua en platos sucios.

—¿Este era el enemigo de Neruda, el que se suicidó? —le preguntó Carla.

—No, ese era Pablo de Rokha. Este poema es de su hijo Carlos, que parece que también se suicidó.

—¿Y puedes leerme algún poema de alguien que no se haya suicidado?

Eligió «Botella al mar», de Jorge Teillier, un poema que también había encontrado hacía poco en internet, y que en ese momento funcionaba para Vicente como la explicación final de su amor por la poesía:

Y tú quieres oír, tú quieres entender. Y yo
te digo: olvida lo que oyes, lees o escribes.
Lo que escribo no es para ti, ni para mí, ni
para los iniciados. Es para la niña que nadie
saca a bailar, es para los hermanos que
afroitan la borrachera y a quienes desdeñan
los que se creen santos, profetas o poderosos.

—Es realmente un poema genial —dijo Carla, sorprendida—. Bacán. Me gusta mucho. El final, sobre todo.

—Me alegra que te guste.

Vicente leyó un par de poemas más de Jorge Teillier, que a Carla también le gustaron, aunque estaba distraída pensando que la poesía era como una enfermedad que su hijo también había contraído, una enfermedad asociada al cuartito, una enfermedad que desde luego prefería a la enfermedad previa de la tristeza, pero que de todos modos le preocupaba.

Vicente quería seguir leyéndole poemas a su madre la tarde entera. Eligió varios de Gonzalo Millán, entre ellos justamente uno de los que su ex padrastro había plagiado, pero Carla quiso partir de inmediato a la pizzería.

Caminaron diez cuadras, ella fumaba energicamente, él contaba las ciruelas reventadas en el suelo.

—¿Y hablas de poesía con Gonzalo?

—Me encantaría, pero Gonzalo Millán murió hace como cuatro años, de cáncer de pulmón —respondió Vicente, como si no hubiera entendido la pregunta.

—Me refiero al otro Gonzalo.

—¿Gonzalo Rojas?

—Sí.

—No lo he leído todavía, pero me van a prestar una antología suya que se llama *Del relámpago*.

—Ay, tú sabes lo que te estoy preguntando.

—No, mamá.

—El Gonzalo Rojas que vivía con nosotros.

—¿Y por qué tendría que hablar con él de poesía? Casi nunca contesto los mails de ese hombre.

—¿Y por qué no los contestas? ¿Por qué lo llamas «ese hombre»?

—¿Y cómo tendría que llamarlo? ¿Papito?

—¿Y por qué no contestas sus mensajes? ¿No te gustan? ¿Qué te dice?

—No me dice nada. Me habla de Nueva York, me cuenta historias medio divertidas. Me dice que le cuente cómo estoy, pero me da lata contestarle.

Vino un silencio tenso pero gobernado también por cierta contradictoria dulzura. Vicente se agachó para atarse las zapatillas. Carla miró el pelo largo, negro y enmarañado de su hijo y pensó que si él muriera ella ni siquiera esperaría el funeral, se mataría de inmediato. Se imaginó contemplando las aguas revueltas y sucias del río Mapocho, desde un puente, un segundo antes de saltar.

—¿Extrañas a Gonzalo? —preguntó Carla.

—¿Pero por qué tendría que extrañarlo! En ese caso tú tendrías que extrañarlo, era tu pololo, no el mío. —Se notaba en sus frases el deseo fallido de que todo sonara razonable—. Y si lo extrañara le contestaría los mensajes. No solo a tu ex le gustaba o le gusta la poesía. Miles de personas en el mundo leen poesía. Millones. Millones de millones.

—¿Tanta gente?

—Sí —dijo Vicente—. Que a ti no te guste la poesía no significa que a nadie más le guste.

—Me gusta la poesía, me encanta, me encanta Blanca Varela, por ejemplo —dijo Carla, por decir un nombre, y no mentía, quizás solamente exageraba, porque alguna vez Gonzalo le había leído unos poemas de Blanca Varela que le gustaron.

—Pero no tienes libros de ella.

—Ahora estoy leyendo *La elegancia del erizo*, pero cuando la termine me voy a comprar un libro de Blanca Varela y lo voy a leer y después te lo regalo.

—¿Y tú extrañas a Gonzalo? —le preguntó Vicente, mientras esperaban mesa en la pizzería, el lugar estaba repleto.

—Yo creo que tú y yo estamos bien —dijo Carla, como respondiendo a una pregunta siguiente—. Los dos solos, en la casa. Me gusta que tengas tus libros en el cuartito.

Después, por la noche, mientras intentaba terminar *La elegancia del erizo*, Carla se distrajo pensando que Gonzalo era como una herida en el pie; una herida molesta que sin embargo no le impedía en lo absoluto caminar, que no le impedía ni siquiera correr. Pensó intensamente en esa

perdida vida de familia, en las primeras semanas, cuando Gonzalo apareció o reapareció y con él la idea del amor como compañía, como la más seria de las distracciones. La palabra *familia* se revelaba en el agua con promisoría lentitud: una fotografía colgada al sol como una sábana que nunca llegaba a secarse del todo y que de pronto, sin embargo, de la noche a la mañana, amaneció borrada, velada.

Abandonó la lectura, ya solamente tenía ganas de dormir y levantarse al otro día temprano, quizás muy temprano, con la promesa de un día entero por delante, así que dobló la dosis de somníferos. Por su parte, en el cuartito, Vicente acababa de encontrar, en internet, algunos poemas de Enrique Lihn, y estaba muerto de sueño pero quería seguir leyéndolos y releyéndolos, así que preparó un litro de café y se quedó pegado a la pantalla del computador. Cuando, a las 3:34 am, empezó uno de los terremotos más feroces de la historia de Chile, Vicente corrió a la pieza de Carla y la tomó en brazos —estaba tan profundamente dormida que tardó unos minutos en asimilar lo que acababa de suceder.

La casa resistió, había solo daños menores, pero les daba miedo que el segundo piso se desplomara con las réplicas, y aunque era un miedo irracional, en esas circunstancias no era fácil establecer los límites de lo racional. Decidieron acomodarse en el cuartito, unos cuantos libros se habían caído al suelo y los estantes se habían soltado un poco. Quitaron los estantes, amontonaron los libros en un rincón, y durante cuatro noches madre e hijo durmieron juntos en el cuartito, al que llamaron provisoriamente *el búnker*.

Meses después, ya en plena primavera, Vicente emprendió el reacondicionamiento del cuartito: lo pintó de un celeste casi blanco, cepilló y barnizó las maderas, y cuando todo estuvo listo decidió que en esa biblioteca en adelante solo habría libros buenos —se deshizo de las revistas y de todo el relleno y procuró conseguir más libros de poesía, chilena o de cualquier parte. Pasaba también mucho tiempo en Facebook chateando con otros chicos de su edad que leían poesía. Fue por entonces cuando empezó a ir a recitales y conoció a Pato y a otros amigos que le prestaban libros y lo instaban a mostrarles sus poemas. Vicente ni siquiera había pensado en escribir poemas, pero una noche, en ese mismo cuartito, lo intentó. Ahora leía a Alejandra Pizarnik, a Blanca Varela (Carla había cumplido su promesa), a Enrique Lihn, a Carlos Cociña, a Fernando Pessoa y sobre todo a Rodrigo Lira, pero en el primer poema que escribió imitó más bien a Gonzalo Millán, que finalmente era su poeta más querido. La hablante del poema era una licuadora que contemplaba atónita cómo la iban llenando de todas las frutas imaginables y hasta de verduras —«Qué voy a hacer», se preguntaba la licuadora, con automática desolación, pero no era un poema cómico sino más bien sentimental y nunca se decía que el hablante fuera una licuadora, eso nada más lo sabía Vicente. Lo leyó ante Pato y sus amigos y a nadie pareció disgustarle —eso lo tranquilizó.

Cuando Vicente cumplió dieciocho años el cuartito ya era, con propiedad, de nuevo, la habitación de un poeta. Los estantes no estaban llenos, en realidad la biblioteca apenas llegaba a un tercio de su capacidad, pero todos los libros —en un noventa por ciento de poesía— los había leído al menos una vez y la mayoría como cinco veces. Igual, para que la pieza no se viera tan pelada, Vicente había dispuesto una serie de retratos —de Allen Ginsberg, de Anita Tijoux, de Pedro Lemebel, de Mauricio Redolés— y una especie de altar que compartían, como si pertenecieran a la misma familia, fotografías de César Vallejo y de Camila Vallejo.

Esa es la habitación que, durante los últimos minutos del año 2013, mientras esperaban, en medio de la multitud, los fuegos artificiales de la torre Entel, Vicente le ofreció a Pru. Se la ofreció gratis pero ella se negó de plano y acordaron una cifra modestísima, casi ridícula, simbólica. Le dijo que era una habitación independiente (verdadero), desocupada (parcialmente verdadero), que solían arrendar (falso) a extranjeros (falso).

—Pero tú sabes que no va a pasar nada entre nosotros —le advirtió Pru, entusiasmada y cauta.

—Cómo se te ocurre —respondió Vicente, como si efectivamente Pru hubiera dicho un disparate.

—Perdón, solo quiero estar seguro.

—Se dice *segura*. —A Vicente no le gustaba corregirle el español, pero ella se lo había pedido.

—Segura.

Tres días más tarde, la mañana en que Pru llegó a instalarse en el cuartito, Carla comprendió que en su persuasiva argumentación Vicente había omitido algunos detalles esenciales: le había hablado, estratégicamente, de «una mujer de tu edad, más o menos», lo que no era necesariamente mentira, porque desde muchos puntos de vista una mujer de treinta y un años comparada con una de treinta y ocho son aproximadamente de la misma edad, y hasta era biológicamente posible que Pru tuviera un hijo de la edad de Vicente, aunque habría tenido que parirlo en plena pubertad. A Carla le había parecido razonable alojar por un tiempo moderado —Vicente había hablado de «más o menos un par de semanas»— a una gringa dedicada a investigar la poesía chilena, aunque su hijo le había dado a entender o Carla había entendido que se trataba de una adusta doctora o posdoctora de anteojos enternecedoramente gruesos, de esas que necesitan bibliografía hasta para salir a caminar, y no de una risueña periodista en shorts y polera, de la que Vicente —Carla no tenía dudas— estaba medio enamorado.

Una rubia de piernas largas, flaca, los pechos tirando a abundantes, la cara ovalada, los ojos verdes y grandes, los labios gruesos que dejaban ver unos dientes perfectos: Carla miró a Pru de arriba abajo y pensó que era decepcionante o triste que su hijo adhiriera a una idea de belleza tan típica, tan rutinaria —culpó a las estrategias de los medios masivos de comunicación y a los odiosos concursos de belleza y a la atosigante publicidad y luego se culpó ella misma o tal vez se disculpó, porque a decir verdad a ella también la gringa le parecía preciosa.

Vicente se convirtió de inmediato en el intérprete de Pru, lo que suena descabellado pero no lo era tanto, porque el español de Pru se había desatado, y aunque le seguía costando adaptarse al tono rápido y susurrado del habla chilena, en los momentos críticos combinaba el inglés con unos aleteos y torsiones de labios que, gracias al impulso amoroso, Vicente descifraba perfectamente —seguía ignorando la lengua de Shakespeare, pero entendía casi a cabalidad el idiolecto de Pru.

También Pato ayudaba, a su manera: apenas supo que Pru escribiría sobre poesía chilena seleccionó a doce poetas, de entre veinte y cuarenta años, para una ronda rápida de entrevistas preliminares. La selección era a todas luces sesgada y por supuesto incluía al propio Pato y excluía a Vicente. Cuando Pru le preguntó por qué había elegido a once hombres y solo a una mujer, Pato contestó, con su habitual desparpajo, que no había más mujeres («son pocas y no muy buenas, pero no es culpa de ellas sino del capitalismo patriarcal»). Igual Pru agradeció su gestión no solicitada, le pareció un buen ejercicio previo, necesitaba empezar de algún modo.

Las entrevistas tuvieron lugar en el restorán Galindo, de Bellavista, el primer viernes de enero, y la experiencia fue confusa pero provechosa. Acá van algunas desordenadas conclusiones provisionarias que Pru anotó en una libretita. No todas son medulares ni se refieren estrictamente a los poetas chilenos, y algunas son particularmente discutibles o injustas, pero resultaron valiosas, a la postre, para orientar la investigación:

—«Ser un poeta chileno es como ser un chef peruano o un futbolista brasileño o una modelo venezolana», me dijo un entrevistado, y creo que lo decía en serio.

—Tal parece que a los poetas chilenos les encanta dar entrevistas. Algunos me decían «anota esto» o «esto es importante» o «esto te va a servir». Ni siquiera disimulaban el deseo de influir en mi reportaje.

—Los poetas chilenos me miraron las tetas descaradamente. Y la única mujer que entrevisté también me miró las tetas descaradamente.

—No debí acostarme con Vicente. No debería alojarme en su casa. No debería querer encontrarme con él cada vez que voy a la cocina a buscar un yogur. Y no debería tomar tanto yogur.

—Neruda, De Rokha y Huidobro se odiaban y escribían sobre ese odio y la prensa dedicaba páginas y páginas a registrar esos enfrentamientos. Todavía los poetas suelen aparecer en la prensa (aunque casi no hay prensa, son solo dos o tres periódicos), no necesariamente hablando de poesía.

—Los poetas chilenos son extraordinariamente competitivos, parecen neoyorquinos. Es como si estuviéramos en la bolsa, como si hubiera mucho dinero dando vueltas. Y no hay. Nada. La mayoría son profesores o dan talleres, incluso los más jóvenes dan talleres. El gobierno otorga unas becas, al parecer insuficientes.

—Me parece que algunos de estos poetas serían capaces de liderar una secta si se lo propusieran. O de convertirse en senadores, en presidentes. Vicente Huidobro y Pablo Neruda de

hecho fueron, en su momento, candidatos presidenciales. Quizás los poetas chilenos actuales siguen ese ejemplo.

—Los poetas chilenos son curiosamente más famosos que los narradores y hay muchos narradores que escriben novelas sobre poetas. Son como héroes nacionales, figuras legendarias.

—Ninguno de los poetas que entrevisté, incluidos dos con apellidos mapuches, sabía mapudungun y todos parecían incómodos con mi pregunta. Uno me respondió esto: «¿Y acaso tú sabías hablar navajo o cheroqui o sioux?»

—Necesito entrevistar a doscientos poetas chilenos más, ojalá todas mujeres. Necesito encontrar poetas que no quieran ser entrevistados y entrevistarlos.

—Me pareció que buena parte de los entrevistados tenían severos problemas de halitosis.

—Ninguno se dedica exclusivamente a la poesía. Bueno, no sé si hay algún país en el mundo donde los poetas ganen dinero. ¿Dinamarca? ¿Hay poetas en Dinamarca? Si los daneses son tan felices, no creo, para qué necesitan poetas si son tan felices. Entonces ser poeta en Chile o en cualquier parte es como llevar una doble vida. Es como tener dos familias o muchas familias. Y quizás eso es bueno, no están encerrados, conocen la realidad. No se quedan en sus casas escribiendo bonito.

—«Algunos son mejores llenando los formularios de las becas que escribiendo poemas», me dijo un poeta que se quejaba de todo. Llevaba una polera que decía *I love New York*. Cometí el error de hacérselo notar, pensé que se la había puesto para la entrevista... «Anda a darte una vuelta a las poblaciones y vas a ver a decenas de niños pobres, con los mocos colgando, con poleras con frases en inglés. ¿Tú crees que saben lo que esas frases significan? Uno se pone la ropa que encuentra por ahí, barata. Ahora que me acuerdo, tengo un polerón de la Universidad de Michigan, no sé de dónde lo saqué. Trata de comprar ropa para guaguas con mensajes en español, casi no existen.» Vicente intervino para precisar el significado de la palabra *guagua*. Le pregunté al poeta si tenía una guagua. Me dijo que esa era una pregunta demasiado personal. Después insistió en pagar mi café.

—Vicente me aclaró que en Chile llamar *gringo* a alguien no es necesariamente un insulto, aunque en ocasiones puede ser peyorativo. Y que los chilenos hablan de gringos en sentido general queriendo decir *extranjeros*. Los franceses, los alemanes, todos son o pueden ser gringos.

—¡El personaje de *Nocturno de Chile* existe! Un cura del Opus Dei que escribe poemas y críticas literarias en la prensa y le interesa la literatura de vanguardia... Su verdadero nombre es José Miguel Ibáñez Langlois y da misas creo que en el barrio alto de Santiago y sigue escribiendo en *El Mercurio* de vez en cuando, aunque parece que no de poesía sino sobre Tolkien y C. S. Lewis.

—Algunos de los entrevistados sabían mucho de poesía en lengua inglesa. Un poeta de apariencia ratonil me preguntó si acaso yo creía que Eliot era el mejor poeta del siglo XX. Le dije que sí, a ver qué respondía. Me miró complacido y luego me preguntó si yo creía que *La tierra baldía* era mejor que los *Cuatro cuartetos*. Le dije que los *Cuatro cuartetos* (que nunca he leído) eran por lejos lo mejor de Eliot, sin ninguna duda. Me miró decepcionado, como si mi respuesta le causara un daño personal irreparable. Luego me dijo que yo no tenía idea de poesía y se negó a seguir con la entrevista. Otros dos entrevistados citaron a autores estadounidenses que nunca había oído nombrar y a veces sentí que los estaban inventando para tomarme el pelo, pero acabo de googlear esos nombres y sí, existen.

—Quizás sí aspiran a ser millonarios, porque Neruda fue millonario. Pero entiendo que son

muchos los poetas chilenos que murieron en la miseria. La meta en realidad es la trascendencia. Tal vez no descartan ninguna de las dos posibilidades: ni convertirse en millonarios ni morir en la miseria.

—Odio, con toda mi alma, a los malditos plátanos orientales. No necesito su sombra protectora, prefiero viajar al centro del sol antes que acercarme a esos árboles de mierda que están por todas partes. Siento que esta alergia ha durado años, la vida entera.

—Tengo la sensación de que Carla me odia. No tengo ninguna prueba para afirmarlo, porque me trata bien, pero no le creo. Es como si hiciera un esfuerzo demasiado grande para tratarme bien.

—Hay un colectivo de poetas que organiza «lluvias de poemas» sobre lugares marcados por la violencia política: lanzan, desde un helicóptero, marcalibros con miles de poemas, lo hicieron en Dubrovnik, Guernica, Varsovia y Berlín, entre otras ciudades, y por supuesto lo hicieron primero en Santiago, en el Palacio de la Moneda. Es un proyecto hermoso, divertido, significativo. El problema es que estos son los mismos poetas que organizaron un concurso para que las mujeres les enviaran fotos de sus culos. Literalmente.

—He visto ya tres veces en la calle a un mendigo con un carrito de supermercado vendiendo sus poemas manuscritos. Según Vicente, que lo ha leído, sus poemas son geniales. Según Pato, en cambio, son producto de la enfermedad y eso les quita «valor estético».

—Algunos, la mayoría de los entrevistados, piensan que la poesía salvará al mundo y se creen unos héroes revolucionarios y me dan risa. Y sin embargo no me atrevo a asegurar que estén equivocados. Quizás sí, quizás sí van a cambiar el mundo. Quizás sí son unos héroes revolucionarios. Quizás en sus libros están las claves de todo.

—Todos me regalaron sus poemarios, parecían hombres de negocios entregando la tarjeta. A todos les advertí que no soy capaz de leer literatura en español. Igual trato de leerlos, a veces entiendo poemas enteros, seguro que entiendo los poemas malos y los buenos son los que no entiendo en absoluto.

—Le di a Vicente los libros que me regalaron, a cambio de que me dijera si eran buenos o malos. Él me dijo que todos eran, en cierto modo, buenos, pero que ninguno le gustaba de verdad. Dos minutos más tarde me dijo que no quería contaminarme con su subjetividad. Adoro a Vicente.

—Quiero desayunar marraqueta con palta toda la vida.

Gracias a esas primeras entrevistas, Pru se siente ya más preparada para emprender la segunda parte de su trabajo, que empieza con una conversación con el profesor Gerardo Rocotto, quien según varias fuentes es el mayor experto en las nuevas tendencias de la poesía chilena. El profesor Rocotto —el doctor Rocotto lo llamarían en otros países, pero por suerte en Chile nombrar a alguien por el grado académico es considerado una cursilería— tiene cincuenta años, aunque se ve mucho más joven: es fornido y menudo como un jinete, este sí que se parece a Gael García, piensa Pru, es como un Gael García moreno y en miniatura, es como una miniatura de Gael García (la miniatura de una miniatura).

La entrevista tiene lugar en el departamento de Rocotto, por lo que Pru espera encontrarse con el convencional paisaje de una biblioteca saturada de libros, pero, por el contrario, en el amplio living de ese departamento no hay absolutamente nada más que una mesa chica y dos sillas de playa.

—Me acabo de separar —aclara Rocotto, con ligereza, anticipándose a una pregunta que Pru no pensaba hacer. Su inglés suena antiguo e impostado, gracioso.

—Lo siento —dice Pru—. Yo también me acabo de separar.

Es la primera vez que lo dice, que lo formula de esa manera, y esa sensación de algún modo la tranquiliza.

Rocotto da por terminado el breve bloque de confesiones personales y le pregunta a qué poetas ha entrevistado. Ella recita la lista y le pide su opinión, él responde que es una selección curiosa y después de unos segundos de suspensivo silencio dice que le parece pésima. Ella está de acuerdo y le dice que por supuesto piensa entrevistar a más poetas, sobre todo mujeres. Él dice que eso es imprescindible y añade que falta dar cuenta de la poesía queer y de la poesía indígena, y entonces se lanza a la habitual y valiosa pero también desesperante enumeración de nombres y fuentes bibliográficas. Por lo demás, las intuiciones de Pru son compatibles con el trabajo académico de Rocotto: durante demasiados años la poesía chilena fue estudiada como una lucha de titanes, con esos machos heterosexuales peleándose el micrófono como únicos protagonistas, lo que dejó a muchos poetas de lado, sobre todo a las mujeres y a los grupos minoritarios («me parece problemática la expresión “grupos minoritarios”», acota Rocotto enseguida). El momento actual es expansivo, de estimulante desorden.

—Supongo que leíste a Harold Bloom —dice Rocotto.

—No —responde Pru, avergonzada—. ¿Es bueno?

—No.

—¿Debería leerlo?

—No.

Inesperadamente Rocotto saca del bolsillo interior de su chaqueta una hoja tamaño carta que desdobra y relee atentamente antes de entregársela a Pru. Es una lista de alrededor de cincuenta poetas, especialmente mujeres («no las llames poetisas», le advierte, «es la palabra española oficial, pero suena tremendamente despectiva»), indígenas y queer —nada más y nada menos que un nuevo canon, complementado con una bibliografía de quince artículos, todos firmados por

Gerardo M. Rocotto Contreras.

—Te abrumé —reconoce inesperadamente Rocotto.

—No.

—Sí.

—Bueno, un poco —admite Pru.

—Perdóname, a veces me pongo medio huevón —dice Rocotto.

A ella le encanta ese giro, como de interrumpirse a sí mismo: como si de hecho fuera dos personas, un profesor erudito y rimbombante por un lado y por el otro un tipo cortés y bienhumorado que habita un departamento vacío. El profesor rimbombante intenta lucirse e influir en el artículo de Pru, que a su juicio no estaría completo sin la mención de los poetas referenciados ni la lectura de los numerosos artículos que él mismo se ha tomado la molestia de publicar en revistas indexadas, mientras que el hombre razonable entiende que Pru se propone esbozar un panorama general que, más allá de los nombres, comunique la atmósfera de la poesía chilena desde una perspectiva periodística, y no un tratado académico.

El tipo razonable tacha jovialmente unos treinta nombres de la lista y luego busca en su teléfono los datos de los poetas seleccionados. La conversación toma un aire casual que Pru disfruta enormemente. Rocotto le propone ir a cenar y ella busca pero no encuentra ningún motivo para negarse.

Van a un restorán peruano donde piden dos catedrales de pisco sour y repiten la dosis varias veces, pero no llegan a emborracharse. A veces pasa eso, piensa Pru: cuando la conversación fluye y las risas abundan, la gente consume una cantidad de alcohol que debería ser suficiente para emborracharse y sin embargo no lo consigue.

Rocotto la acerca a la casa a las dos de la mañana. Vicente está en el antejardín, regando, en realidad espera a Pru, pero al ver el auto agarra la manguera y finge que lleva un rato regando. Rocotto se baja del Volkswagen azul metálico —ese modelo Beetle a Vicente siempre le ha parecido ridículo, paródico—, abre la puerta del copiloto y se despide de Pru con un abrazo casual, no sucede nada extraño ni calentón. Igual Vicente se muere de celos. Pru abre la reja y lo saluda con curiosidad. Le pregunta por qué riega a esa hora y él responde que desde cualquier punto de vista esa es la mejor hora para regar.

Pru despierta a las ocho de la mañana con una resaca mayúscula. A pesar del hachazo (acaba de aprender esa maravillosa palabra del español de Chile) se levanta, desayuna y trata de continuar con sus notas en el futón pero se queda dormida casi al instante. Sueña que camina por el centro de Manhattan, a media tarde, es un día soleado, perfecto, las calles lucen inverosímilmente vacías. Pru se detiene cada tanto para mirar el suelo, como si buscara algo, quizás las placas con frases célebres de Library Way. De pronto se da cuenta de que camina con Jessye, quien va muy abrigada. En el sueño Pru siente que debe estar a la altura de las circunstancias y que, haga lo que haga, no debe decepcionar a Jessye. Entran a un hotel, suben una cantidad enorme de escalones, llegan al último piso. Hay una puerta que da a la azotea y un letrero que prohíbe el paso, pero Pru igualmente la abre —suena la alarma y Jessye le dice, con toda la calma del mundo, tentada de la risa, que deben salir de ahí de inmediato.

Vicente se sienta en el sillón contiguo, con el computador en silencio, con el propósito de

avanzar de nivel en Duolingo (está recién empezando), pero se aburre y se dedica, en cambio, exclusivamente a mirar a Pru dormir. Advierte el temblor de sus párpados. Está soñando, piensa, y recuerda ese verso precioso de Rosamel del Valle: «Nunca tuve más ojos que cuando dormías.» Quizás porque siente el peso de esa mirada, Pru despierta. Su primera impresión es que Vicente está enojado o abatido o deprimido.

—¿Estás triste?

—Se dice *triste*.

—No entiendo por qué.

—Yo tampoco entiendo por qué —dice Vicente—. Sonaría mejor *trista* y *tristo*. Pero no estaba triste, para nada.

—¿Me estabas mirando dormir? —dice Pru.

—«Nunca tuve más ojos que cuando dormías.»

—¿Qué?

—Nada, es un poema de Rosamel del Valle.

—¿Rosamel? Es lindo nombre. ¿Es común?

—No, es un seudónimo, se llamaba Moisés Gutiérrez. Se basó en el nombre de una novia que tuvo, Rosa Amelia del Valle. Fue un homenaje. ¿Cuál es tu apellido? Qué raro, todavía no sé tu apellido.

—Smith.

—Entonces yo debería ponerme Prudencio Smith.

—Pero yo no soy tu polola —dice Pru, que se levanta a buscar un vaso de agua.

—No, pero igual sería como un homenaje.

—¿Me estabas mirando dormir?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque eres la mujer más hermosa que he visto en toda mi vida —dice, y se acerca a darle un beso que alcanza a durar tres segundos.

Vicente se la juega toda, no se puede negar su osadía. Pero le va mal. Pru le habla de Jessye, vuelve a contarle la historia, ahora en español. Le cuestan los detalles, los matices, las palabras en general y sin embargo esa pobreza expresiva de pronto le parece adecuada, necesaria.

—¿Y estás enamorada de Jessye?

—No sé —dice Pru, y sabe que debería decirle que sí, que esa sería la manera más efectiva de quitárselo de encima, pero simplemente no quiere mentirle y tampoco sabe si realmente quiere quitárselo de encima.

—Lo que ella te hizo no se le hace a nadie —dice Vicente, y es difícil decidir si suena ingenuo o maduro.

—Sí sé. Es un mal momento. Ahora no puedo estar contigo ni con nadie. Tengo que estar sola. Y no debería quedarme cerca tuyo.

Están de pie, frente a frente. Vicente la abraza, le mete la mano bajo la polera y le acaricia la espalda con naturalidad; enseguida, con un solo preciso movimiento que denota cierta experiencia, le desabrocha el sostén. Ella lo rechaza y vuelve a abrocharse el sostén con torpeza, como si nunca antes lo hubiera hecho.

Se quedan en silencio veinte minutos. Pru decide dejar la habitación. Está determinada, Vicente consigue a duras penas retenerla.

—¿Me prometes que vas a dejarme sola? —pregunta ella, traduciéndose a sí misma imperfectamente.

—Sí —responde Vicente—. Te prometo que voy a dejarte sola.

El lunes por la mañana Pru entrevista a Tania Miralles, una poeta muy joven de La Florida que dice haber aprendido inglés escuchando a Radiohead y de hecho cita frases de *The Bends* y *Ok Computer* a cada rato, muerta de la risa. A Pru le parece hermosa y se sorprende pensando, no necesariamente con alegría, que Vicente se enamoraría perdidamente de ella.

Por la tarde entrevista a Carmen Frías, una mujer de sesenta años que se describe a sí misma como poeta-sanadora. La conversación tiene lugar en un pequeño taller en Bellavista que ella llama *mi consulta*, donde no hay sofás ni nada parecido, sino numerosos cojines bordados con palabras sanadoras. Pru se sienta en la palabra «pespunte» y como está un poco incómoda agrega un cojín con la palabra «heredad».

La mañana del martes Pru entrevista a Remo González, un poeta gay que se resiste a identificarse como gay:

—O sea, soy gay, pero no me gusta que me lo metan, me gusta meterlo. Es más, a mí nunca nadie me lo ha metido, así que soy gay y también soy virgen —dice el poeta, a manera de declaración de principios.

Por la tarde Pru se junta en la Quinta Normal con la poeta y ensayista Dariana Loo, que no hace más que hablarle contra el heteropatriarcado de la poesía chilena, aunque cada tanto aclara que su exmarido, que también es poeta, no es así («deconstruyó totalmente su machismo»). A las cinco llega el exmarido con un niño de ocho años, que es el hijo de ambos. El niño no habla mucho, dicen que tiene problemas de lenguaje, lo que a Pru le parece una paradoja, siendo hijo de dos poetas. Dariana le dice que es una lástima que no haya considerado entrevistar también a su exmarido, y Pru, que tiene un rato libre, dice que puede entrevistarle al tiro. La mujer se va con el niño mientras Pru entrevista al exmarido, que se llama Roddy Godoy y es un tipo extraño, de ojos de perro siberiano y una sonrisa bobalicona que parece mal dibujada. Roddy se define como un poeta experimental y no dice nada que a Pru le parezca mínimamente interesante.

Mientras su interlocutor monologa sobre pospoesía sonora preverbal o algo así, Pru comprende que Dariana y Roddy lo planearon todo, y se distrae conjeturando cómo fueron las cosas: si el exmarido presionó para que su exmujer le consiguiera la entrevista o bien ella honestamente piensa que Roddy es un buen poeta o pospoeta sonoro preverbal y por lo tanto debería ser considerado en el reportaje. También piensa que quizás hay un pacto entre poetas que va más allá del pacto amoroso, lo que no le parece necesariamente bueno o malo. Los padres de Pru, por ejemplo, son dentistas, y mientras estuvieron casados, e incluso durante unos cuantos años después del divorcio, compartieron una consulta y nunca dejaron de recomendarse mutuamente.

—Puede que tu papá sea violento e insensible —solía decir la madre de Pru—, pero es un buen dentista.

El poeta experimental sigue hablando hasta por los codos. Dariana Loo vuelve con el niño, que ahora a Pru se le hace más hermoso, quizás porque se identifica con él —piensa que quizás ser hija de dentistas no es tan distinto de ser hijo de poetas y es un pensamiento tonto que sin

embargo tarda unos segundos en desaparecer de su cabeza.

La familia se aleja rumbo al metro y Pru cree recordar que ella misma caminó alguna vez de la mano de sus padres dentistas separados; recuerda en especial un parque de Carolina del Norte, su pánico a las abejas, los jardines escalonados, el pasto húmedo en los pies. Luego, mientras mira el arruinado y deslumbrante invernadero de la Quinta Normal, piensa que se identifica con ese niño porque el ir y venir de una lengua a otra la hace sentirse como una niña, sobre todo ahora que ya no cuenta con la ayuda de Vicente. A veces habla, como esa misma tarde, solamente español, y se siente feliz de ser capaz de comunicarse con eficacia y hasta recuerda a su histriónico profesor puertorriqueño de Advanced Spanish y piensa que estaría orgulloso de ella. Pero nunca deja de percibir la comunicación como un problema; nunca deja de pensar en las palabras, y a veces se marea y quisiera quedarse callada, en español y en inglés, indefinidamente.

El miércoles por la mañana Pru entrevista a Hernaldo Bravo, un poeta que escribe libros de mil páginas («algunos lo consideran un charlatán y otros un genio», le advirtió Rocotto, sin precisar su propia opinión). A Pru le parece divertido y cariñoso. Hace diez años, cuando recién estaba en la universidad, Bravo fue atropellado por el hijo de un multimillonario, quien se hizo cargo de todos los gastos médicos y le entregó informalmente una cuantiosa indemnización que el poeta usó para fundar una editorial y publicar a todos sus amigos.

—Así nació mi generación —dice el poeta, con orgullo, con verdadera emoción.

—¿Y por qué escribes libros tan largos? —le pregunta Pru.

—Mejor pregúntales a los demás por qué escriben libros tan cortos —responde—. Le tienen miedo a la poesía.

—¿Y entonces por qué escriben poesía?

—No sé, tal vez quieren perder el miedo. Y es mejor que escriban. Es mejor escribir que no escribir. La poesía es subversiva porque te expone, te hace pedazos. Te atreves a desconfiar de ti mismo. Te atreves a desobedecer. Esa es la idea, desobedecerles a todos. Desobedecerte a ti mismo, eso es lo más importante. Es crucial. Yo no sé si me gustan mis poemas, pero sé que si no los hubiera escrito sería más tonto, más inútil, más individualista. Los publico porque están vivos. No sé si son buenos, pero merecen vivir.

—Mucha gente dice que la poesía es inútil.

—Le tienen miedo a lo inútil. Todo tiene que tener un propósito. Odian el ocio, están enamorados del negocio. Le tienen miedo a la soledad. No saben estar solos.

Al mediodía Pru entrevista a Chaura Paillacar, una poeta que escribe en una mezcla de mapudungun y español y que es cordial aunque enfrenta la conversación con visible desconfianza. Luego se va soltando, muy de a poco. Chaura le pidió que hicieran la entrevista caminando, fue su única condición, así que eso hacen, caminan por el Parque Forestal persiguiendo las sombras de los árboles.

—Paillacar significa «pueblo tranquilo» y Chaura es el nombre de un arbusto de fruto comestible, parecido a los arándanos. Las chauras son deliciosas y medicinales. En realidad Chaura es mi apellido materno, pero lo prefiero a mi verdadero nombre, que no te voy a decir. Una mañana, a los doce años, escribí un cuento sobre mis apellidos que se fue convirtiendo, con los años, en mi primer libro.

—¿Y qué cura la chaura?

—En mi familia la usaban para tratar el acné, pero yo nunca tuve —Chaura se toca las lozanas mejillas y sonríe—. Tiene el doble de antioxidantes que un arándano. Pero sobre todo se usa como sustituto de la aspirina, porque tiene ácido salicílico. Dicen que es mejor que la aspirina. A mí no me resulta, en todo caso.

—¿Y la aspirina?

—Tampoco. Es que mis dolores de cabeza son feroces, descomunales.

Luego, como avergonzada de tanta autorreferencia, Chaura cambia el tono para hablar de la represión policial, de los drones y helicópteros sobrevolando Wallmapu. Dice que cada vez que viaja al sur a visitar a sus padres regresa con una sensación de guerra y de derrota. También habla de su comunidad de poetas mapuches mujeres, en Santiago: profesoras de colegio, académicas, empleadas domésticas, artesanas, activistas, todas unidas en la evocación de un lugar de origen que les fue arrebatado, de una lengua que reconstruyen con tenacidad y paciencia. Dice que lee a casi puros poetas mapuches, pero también le gusta la tradición de la poesía chilena, aunque la aburre la grandilocuencia, las peleas, la falta de solidaridad y lo que ella llama la «inteligentonería» de algunos poetas santiaguinos.

—Para mí escribir es una forma de regresar a un lugar donde nunca estuve y que no conozco —dice de repente, emocionada, como si acabara de pensarlo.

Al atardecer entrevista a Maitén Panguí, otra joven poeta de origen mapuche que además de escribir poesía hace hip hop.

—¿Cómo sabes si lo que escribes se va a convertir en un poema o en una canción? —le pregunta Pru.

—Cuando rima es hip hop y cuando no rima es poesía —responde la poeta, con total seguridad.

Esa noche cena con un poeta anónimo —«no tiene nombre», había anotado Rocotto en la lista, junto a un número de teléfono, y naturalmente Pru pensó que se trataba de un error, pero el catedrático le aclaró que este poeta prefería el anonimato más radical, nadie sabía su nombre, había quedado fuera de casi todas las antologías por ese motivo.

Hay quienes lo identifican por su número de teléfono, que es bastante fácil de conseguir, porque el poeta sin nombre es paradójicamente un sujeto bastante sociable. Ha publicado muchos libros, todos en fotocopias, sin registro legal.

—¿Y cómo se te ocurrió?

—¿Qué cosa?

—No tener un nombre.

Pru espera una explicación muy larga y enredada, pero el hombre se queda callado, en pose de absoluta seriedad, y luego estalla de la risa sin ningún motivo aparente, como si se hubiera contado un chiste a sí mismo, y enseguida vuelve a ponerse serio. Es un hombre gordo, pequeño y vigoroso, de cincuenta y tantos años, con poquísimo pelo peinado con gomina.

—No se me ocurrió —dice, por fin—. Sucedió nomás. Me había conseguido plata para las fotocopias de mi primer libro, *Trabajos voluntarios*. Estaba tan feliz, quizás por eso se me olvidó ponerle mi nombre. O sea, le di un anillado a mi polola y fue lo primero que me dijo. ¡Se te olvidó ponerle el nombre, ahueonao! Y yo ya me había gastado toda la plata en la fotocopidora, los

anillados eran bien salados. Al principio estaba achacado, cómo tan imbécil, cómo se me fue a olvidar ponerle mi nombre. Pero después me gustó o me acostumbré. Hay tanta gente, tanto nombre, es aburrido. Mejor no tener nombre. Y después le empecé a poner color. O sea, se me ocurrían cada vez más motivos para no tener un nombre. Da vergüenza «hacerse un nombre» en este país. Sobre todo si eres poeta.

—¿Por qué?

—Porque la poesía, después del golpe, ya no es posible. Es como lo que decía Paul Celan sobre el holocausto. Ya no se puede escribir poesía en este país de mierda. Pero yo sigo escribiendo, no puedo evitarlo. Es mi debilidad. Soy como un drogadicto de la cuestión. No me doy ni cuenta y ya escribí un poema, dos, tres, veinte.

—¿O sea que no hay esperanzas para Chile?

—Este país se fue a la mierda hace rato. Al carajo. Se acabó.

—¿La dictadura no ha terminado?

—No ha terminado, mijita, claro que no. Ganó Pinochet, lo consiguió, debe estar cagado de la risa en su tumba ese hijo de la gran puta. Estamos todos hasta las masas, endeudados e infelices, condenados a trabajar quinientas horas semanales. Deprimidos, saltones, enojados. Medio muertos.

—¿Y no crees que las cosas pueden cambiar con el nuevo gobierno?

—La única esperanza es la misma de siempre, que el pueblo se levante. Pero el pueblo está demasiado deprimido. Habría que repartir antidepressivos en las poblaciones. Primero el Ravotril, después el fusil. No, perdone, nada que ver. Era para que rimara nomás. Usted me entrevista y se me suben al tiro los humos a la cabeza. Me dan ganas de hablarle con puros titulares.

—¿Y qué necesita el pueblo entonces?

—No sé. Yoga, kickboxing, poesía, revolución. Educación verdadera, alegría verdadera, jardines, pedicure, ceviche. Gimnasia rítmica, esgrima. Mucha palta, quinoa, cohayuyo. Piedras filosas, superpoderes, amuletos. Y unas buenas zapatillas. Y sobre todo sexo, todos los días, cada ocho horas, religiosamente, como los antibióticos. Pero sexo de una calidad altísima, superlativa, cósmica. Y buena música.

—¿Y cuál es la buena música?

—Esa cuestión depende de cada uno. A mí, personalmente, me gustan las rancheras.

El poeta sin nombre da por terminada la entrevista. Pagan la cuenta, salen del bar, caminan juntos un par de cuadras.

—Olvídese de los poetas, mijita. Vaya a las canchas de tierra, a las poblaciones, pero vaya con cuidado, eso sí. Cuente lo que pasa ahí. Olvídese de los poetas. De mí también. No somos importantes.

—¿Y entonces por qué me diste una entrevista?

—Porque soy extraordinariamente vanidoso.

—¿Eres vanidoso pero no quieres decir tu nombre?

—Claro. Soy tan vanidoso que no quiero decir mi nombre.

A la mañana siguiente, Pru entrevista a Floridor Pérez, un señor de casi ochenta años que le parece particularmente jovial. Tal vez influida por su conversación con el poeta sin nombre, Pru asume que Floridor Pérez es un seudónimo. Él se da cuenta, y le aclara, tentado de la risa, que no.

—Así me puso mi mamá nomás. Yo creo que está bien tener nombres raros. Insistí mucho con mi primer hijo, no querían ponerle Chile. Tuve incluso que llevar a un amigo poeta que era también abogado. Era absurdo, hay niñas que se llaman África o América o Francia o Irlanda y cero problemas. Había hasta un futbolista que jugaba en Unión San Felipe que se llamaba Uruguay Graffigna. Pero el tipo del registro civil no me dejaba ponerle Chile a mi hijo. Chile es un nombre muy bonito.

—¿Y así se llama? ¿Chile Pérez?

—Bueno, cuando cumplió dieciocho se cambió el nombre. Quería un nombre común y corriente.

Luego hablan sobre el tiempo que Floridor pasó detenido en los primeros meses de la dictadura y de sus años relegado en Combarbalá, exiliado en su propio país.

—Me quitaron todo pero a otros les quitaron mucho más, yo no soy una víctima —dice Floridor de repente. Insiste en eso. Dice que no le gusta hablar tan en primera persona, que el sufrimiento fue colectivo.

Como Floridor Pérez conoce a muchísimos poetas jóvenes, porque lleva décadas a cargo del taller de la Fundación Neruda, al final de la conversación Pru le pregunta su opinión sobre Pato.

—Es un buen muchacho —dice Floridor—. Bueno para la fiesta.

—¿Y le gustan sus poemas?

—Pocazo, pero estoy seguro de que alguna vez, en el futuro, me van a gustar —dice Floridor, con una sonrisa socarrona o bonachona.

—¿Y qué ha significado para usted conocer a tantos poetas jóvenes?

—Para mí son como hijos. No creo que ellos piensen en mí como un padre, pero yo pienso en ellos como hijos. Algunos se ponen ingratos, a otros los sigo viendo, los leo, me alegro cuando les va bien.

La autodenominada poeta urbana que Pru debía entrevistar a mediodía le cancela diez minutos antes, dice que está resfriada. También le cancela el poeta gay que debía entrevistar por la tarde: dice que hace demasiado calor como para salir a la calle. Pru agradece la tregua, se queda en casa todo el día. Lava ropa, la cuelga, la descuelga, la dobla, la guarda. Sale a caminar, compra helado de miel de ulmo pensando en compartirlo con Vicente y Carla, pero ninguno de los dos está en casa. Se come medio litro mientras lee las patibularias discusiones entre poetas chilenos en Facebook.

El viernes entrevista a Miles Personae (este sí que es seudónimo), un poeta que escribe monólogos dramáticos en los que finge voces de torturadores, criminales y otras figuras funestas de la extrema derecha chilena. Son poemas, según Pru ha podido averiguar, paródicos y controversiales. También es autor de novelas juveniles inocentonas, que se venden bastante bien y que firma con su nombre verdadero, Radomiro Robles. Pru esperaba encontrarse con un personaje desagradable, pero el hombre le resulta hasta chispeante.

—Yo me fijé que en Chile no había poetas de derecha, es como si fuera una contradicción ser poeta y ser de derecha. Y entonces creé este personaje-poeta de derecha, que provocaba rechazo y curiosidad. Es difícil encontrar un espacio en la poesía chilena. Yo encontré ese lugarcito —le dice Miles, con inesperada sencillez.

—¿Y tú eres de derecha?

—¡Por supuesto que no! Pero gracias a mí la gente sabe lo peligrosos que son esos huevones.

El sábado, cuando Pru lleva unas horas encerrada en el cuartito trabajando en sus notas, le entra un mensaje de Jessye pidiéndole que hablen por Skype. Nunca, a lo largo de casi ocho años, habían pasado tantos días sin hablar. Pru le responde que no tiene tiempo, Jessye insiste, Pru se conecta a Skype pero le dice que la señal no es buena, así que prefiere no activar el video, y por supuesto es una excusa para no verla. Le dice, también, no sabe por qué, que está en Valparaíso.

—Alessandra abandonó a su marido —dice Jessye, de repente.

La liberación de dos detalles para ella desconocidos —el nombre de la mujer y el hecho de que tuviera un marido, lo que más que un detalle es un dato clave, un indicio para armar una historia de amor escandalosa, apasionada y valiente— le parece a Pru una crueldad innecesaria. La idea de la llamada es avisarle que Alessandra tuvo que mudarse por unos días, por un tiempo, al cuarto donde aún están todas las cosas de Pru.

—Queremos conseguir algo para las dos, pero tú sabes cómo son las cosas en Nueva York —le dice.

Suena como un discurso grabado, como si hubiera ensayado el parlamento. Pru tiene la impresión de que Alessandra está ahí mismo, junto a Jessye, frente al computador, escuchando.

Pru corta el Skype y enseguida le escribe a Jessye un correo en que le dice que no volverá, que guarde sus cosas en alguna parte y que viva tranquila hasta el fin de los tiempos en esa pieza. Después le escribe otro correo tratándola de imbécil por haber comprado mal los pasajes. Y enseguida le escribe un tercer correo, que será el último, en el que le dice que está bien, que disculpe, que no cree que sea una imbécil y que no desea verla en mucho tiempo, quizás nunca más, pero que no le guarda rencor (lo que es completamente falso).

—Ahora no tengo casa. —Lo piensa y lo dice en voz alta, a nadie, a sí misma, para materializarlo.

Se echa en la cama y mientras llora piensa que llevaba mucho tiempo sin llorar y que es la primera vez que llora por Jessye, y le parece asombroso haber aguantado tanto tiempo sin llorar por ella, y ese pensamiento, que podría tranquilizarla, no la tranquiliza en lo absoluto, por el contrario, acentúa su tristeza. Y enseguida recuerda que sí lloró por Jessye, en el sofá de la casa de las niñas y el pan amasado, en la Hacienda San Pedro, y se pregunta cómo es posible que lo haya olvidado y concluye que su cabeza no funciona bien. Se toma un somnífero, busca la Barbie falsa en la maleta y se duerme arrullándola contra el pecho.

Cuando despierta se mete a la ducha y empieza a masturbarse sin pensar en nadie pero unos segundos después del orgasmo descubre que estaba pensando en Vicente chupándole la entrepierna y entonces retoma la imagen y sigue masturbándose y rápidamente viene otro orgasmo. Se echa en la cama conjeturando que quizás no lloraba por Jessye sino por Vicente, que ya no la busca, apenas conversan unos minutos cuando coinciden en la cocina; son como dos compañeros de trabajo que a veces se encuentran por casualidad junto a la cafetera o a la fotocopidora. Escucha en el iPad su lista de canciones favoritas, todas muy tristes y bailables. Cuando suena «Who Loves the Sun» se pone, de hecho, a bailar. La baila cinco veces. Luego vuelve a escucharla, echada en la cama, y trata de traducir la letra al español:

Quién ama el sol

Quién le importa que hace crecer las plantas
Quién le importa qué eso hace
Porque tú rompiste mi corazón

El domingo entrevista por Skype a Rosabetty Muñoz, una entrañable poeta de Chiloé. Pru convalece de su conversación con Jessye, pero logra, imprevistamente, reírse de buena gana con los comentarios sensatos y desenfadados de la mujer, quien le dice que no puede irse de Chile sin visitar la isla. La invita a Ancud, le asegura alojamiento. Le pregunta si es vegetariana, y como Pru responde que no lo es, Rosabetty le ofrece matar un chancho en su honor. Pru tiene agendados unos días en Valparaíso, pero no está en condiciones de hacer más viajes, mucho menos tan lejos de Santiago, le queda muy poco dinero, y aunque no es vegetariana nunca le ha gustado demasiado la carne de cerdo, así que se alegra de regalarle unos días suplementarios de vida a ese pobre chancho.

—Tú estás triste —le dice Rosabetty, a pito de nada.

La entrevistada parece querer entrevistar a Pru de vuelta. Le hace mil preguntas que Pru no quiere contestar, pero acaba haciéndolo. Al final le cuenta toda la historia con Jessye. Rosabetty se queda callada unos minutos, como si consultara una bola de cristal.

—Échala nomás a la Jessye. Harto fresca la fulana. Huevona patuda.

—Bueno, tampoco es mi casa. —Pru no quiere sonar así, desconsolada.

—Son tan fregadas las separaciones. Justo estaba escribiendo sobre eso.

—¿También te separaste?

—No, si yo nunca me he separado, ni loca, estoy de lo más bien con el Juan, hace una porrada de años. Pero un amigo que vive cerca de nosotros se separó y la mujer se llevó la casa y él se quedó con el terreno.

—¿Cómo?

—¿Ubicas los palafitos?

—No.

—Son casas con los pilares hundidos en el agua.

Pru googlea la palabra *palafito* y aparecen decenas de casas construidas sobre aguas tranquilas en Venezuela, en Birmania y en Chiloé.

—Hay palafitos en muchos lugares del mundo, pero en Chiloé también hacemos palafitos en tierra firme —dice Rosabetty.

—¿Cómo?

—Hundes los pilares en la tierra, así no importa si el terreno es disparejo. Es como una casa con patas. Entonces una cosa es el terreno y otra cosa es la casa. Y si se separan a lo mejor uno se va con la casa y el otro se queda con el terreno.

—¿Y cómo mueven la casa?

—La montan sobre unos troncos gruesos y la acarrear con bueyes. A esas mudanzas se las llama «tiradura de casa». Y si hay que trasladar la casa de una isla a otra, se aseguran los troncos armando una balsa y la mueven con lanchas. Es bonito. La casa navegando entre las islas. Y además es práctico, ni siquiera hay que desocupar los cajones. Igual hay que quitar los cuadros de las paredes, porque se pueden caer.

—¿Y la gente se separa mucho en Chiloé?

—No mucho, pero a veces quieres vivir más cerca de tus hijos o de tus nietos, y entonces te consigues un terreno y te llevas la casa. Y es bueno saber que tu casa no está pegada a la tierra. Que sirve para la tierra y también para el mar. Es bueno que la casa tenga patas, todas las casas deberían tener patas.

—Es hermoso —dice Pru, verdaderamente conmovida.

El lunes viaja a Valparaíso, donde pasa cuatro días entrevistando a poetas recomendados por Rocotto, tres mujeres y dos hombres. Los dos hombres no hacen más que hablar pestes de Santiago, aunque ambos son santiaguinos. Uno de ellos le parece a Pru genial y quizás el otro también lo es pero tiende a conceptualizarlo todo y cita constante, majaderamente, a filósofos alemanes y franceses, y le habla o le dicta como un jefe a su secretaria.

En cuanto a las tres mujeres, dicen ser amigas entre sí pero a Pru le parece que en el fondo se odian. La que mejor le cae se llama Javiera Villablanca. Cada mañana, con el primer café, Javiera lee algún poema ajeno diez veces, intentando memorizarlo. Luego desayuna con su hija —viven solas en una casa pequeña en el cerro Miraflores—, la deja en el colegio y el día se le va en trabajos inciertos y mal pagados. Así hasta las once de la noche, en que la poeta se sienta a la mesa del comedor y escribe el poema que leyó en la mañana, tal como lo recuerda. El grado de distorsión varía mucho, pero siempre existe. La idea es recordar el poema durante todo el día y que la vida, por así decirlo, corrija ese recuerdo. Lleva casi veinte años trabajando de esa manera y ha publicado cuatro libros con esas versiones que ella entiende como traducciones o como tergiversaciones de los poemas originales.

La última noche en Valparaíso está exhausta. Se mete a un restorán cualquiera con la idea de comer unas papas fritas y descansar la cabeza, ya no quiere saber más de poetas, pero ni siquiera ha terminado la primera cerveza cuando empieza nada más y nada menos que una lectura de poesía.

Pru siente que toda la población de Valparaíso se dedica a la poesía, aunque intuye que los que leen en ese bar pertenecen a otro circuito, el de los poetas —los llama provisoriamente así— aficionados. Uno de ellos, que lleva el pelo liso hasta los muslos, empieza su lectura de esta manera:

—Quiero dedicar mi presentación de esta noche a uno de mis mejores amigos, alguien que cambió mi vida por completo: Julio, Julio Cortázar.

Sus poemas son horribles pero recibe el premio permanente de los aplausos. Además de la dedicatoria general a Julio Cortázar, cada poema está dedicado a algún otro amigo del poeta: John Lennon, Friedrich Nietzsche (a quien llama Federico), Camilo Sesto, Joaquín Sabina, Jean-Paul Sartre y el futbolista David Pizarro.

Pru piensa que los poetas aficionados le caen mejor que los profesionales. Más tarde, casi a medianoche, unos turistas franceses que conoce la llevan a una tocata del cantautor Chinoy, que a Pru le parece fascinante: su voz extraña, en permanente falsete, el ritmo febril de su rasgueo caótico y delicado se instalan en su memoria para siempre.

—El Chinoy también es poeta —le dice luego un borracho amabilísimo que insiste en encaminarla al hostel—, parece que publica libros y todo.

—¿Y hay alguien en Valparaíso que no sea poeta? —le pregunta Pru.

—Yo. Yo no soy poeta. Pero igual escribo.
—¿Y qué escribes?
—Aforismos.

Después de deshacerse trabajosamente del borracho amable, Pru se echa en la cama del hostal y se pone a mirar videos de Chinoy en YouTube. Hay uno donde el cantante guitarrea sentado en una escalera de madera —«pase, pase nomás», le dice de pronto, en medio de dos estrofas, a un niño que quiere pasar pero no se atreve a interrumpir la grabación, y entonces, sin dejar de tocar, Chinoy se hace a un lado para que el niño suba la escalera rápida y prudentemente. Pru repite la escena una y otra vez. Se imagina a sí misma, años más tarde, mirando ese mismo video y recordando ese viaje con desbocada nostalgia. Se duerme pensando en los últimos versos de la canción, le gustan mucho:

Esa voz que me pide silencio
Si te vas nunca pidas el vuelto
Esa voz que me pide silencio
Si te vas nunca pidas el vuelto.
Si había huellas en el río
Si había mar no había final
Si había huellas en el río
Si había mar no había final

Como era de esperar, durante los cuatro días en Valparaíso Pru recibe numerosas declaraciones de amor a primera vista, pero ella se enamora más bien de Valparaíso, que le parece una ciudad muy ruda y a la vez acogedora, bellamente peligrosa, salvaje, y hasta piensa que los omnipresentes quiltros porteños son más bravos y más felices que sus colegas santiaguinos. Quiere quedarse, pero debe volver a Santiago para las últimas entrevistas. Cuando baja del bus, la ciudad se le hace más triste, le parece un contrasentido que tanta gente viva en Santiago: es como si quisieran esconderse del mar, piensa.

Al día siguiente habla horas con Armando Uribe, un poeta de casi ochenta años que prometió no volver a publicar mientras Augusto Pinochet siguiera en el poder, y durante los diecisiete años de dictadura cumplió su palabra. Desde que volvió a Chile, en 1990, ha publicado más de treinta libros. El poeta vive recluido en su departamento después de la muerte, hace algunos años, de su esposa. Es un señor que fuma de forma incesante alternando aleatoriamente diversas marcas de cigarrillos. Pru empieza la entrevista en español pero él insiste en hablar en un inglés que a ella le parece impecable, a pesar de que lo habla con el único diente que le queda.

Además de poeta, el hombre fue diplomático y luego se dedicó a escribir sobre la intervención norteamericana para derrocar al gobierno de Salvador Allende, tema sobre el cual Pru se muestra interesada, de manera que el poeta se explaya en el asunto, y su relato es tan apasionado y descarnado y contundente que ella comienza a angustiarse.

De repente emerge la música de un organillero, que al parecer se detiene todas las mañanas frente al edificio en cuyo segundo piso vive el poeta.

—Disculpe usted, señorita —dice Uribe, en español, y se levanta con casi inverosímil

jovialidad. Abre la ventana, saluda al organillero mientras rebusca en su bolsillo unas monedas que luego le lanza.

El poeta retoma la conversación, que ahora versa sobre Ezra Pound y T. S. Eliot y otros poetas en lengua inglesa. La charla es animada, y pese a su tono sentencioso el entrevistado le parece particularmente amable, pero nuevamente los interrumpe la música del mismo organillero.

—Disculpe usted, señorita —vuelve a decir el poeta, y de nuevo se levanta y abre la ventana y le lanza unas monedas.

El poeta se sienta y dice:

—Se ve que no le había parecido suficiente dinero.

La penúltima entrevista es una conversación delirante y cordial en casa de Aurelia Bala, una poeta-performer en sus cincuenta, artificialmente rubia y naturalmente enorme, famosa por su vocación contracanonica («para mí Neruda, Huidobro, De Rokha, Parra, Lihn y Zurita son como un solo machito idiota, alharaco y pichico»). En algún momento la poeta le ofrece una galleta de chocolate blanco y marihuana, Pru se come menos de la mitad pero igual sobrevienen los consabidos ataques de risa y un fulminante e inesperado bajón de hambre —Aurelia le prepara un contundente omelette de espinacas y cebollines, Pru se lo devora y se queda dormida veinte minutos aunque cuando despierta siente que ha dormido tres horas o cinco. La anfitriona está en su escritorio escribiendo con ambas manos en dos cuadernos distintos. Es asombroso, la velocidad es prácticamente la misma, quizás escribe ligeramente más lento con la mano izquierda. Por lo demás, ambas manos trazan letras diferentes, le costaría decidir cuál es más clara o más bella. La poeta escribe dos poemas simultáneos y completamente distintos.

—¿Cuándo aprendiste a escribir con las dos manos? —pregunta Pru.

—Muy chica, casi desde siempre —dice la poeta, con amable pedantería—. Todo el mundo debería ser ambidiestro. Si todos supieran escribir con las dos manos, habría alguna esperanza para este mundo culiado —pronuncia con calculado rigor la *d* intervocálica y enseguida se larga a llorar, pero solo quince o veinte segundos.

Pru le pregunta si puede sacarle unas fotos.

—No —dice la poeta, con dulzura.

—Perdona.

—No te preocupes, pero es que hay que cortarla con el registrismo, por la chucha. El registrismo nos va a matar a todos, es un verdadero flagelo.

—Es para recordar, a mí me gusta sacar fotos para recordar.

—Sacas fotos porque sabes que nunca vas a volver. Tú no quieres volver a verme nunca, porque piensas que soy demasiado intensa, todo el mundo piensa eso. Y porque te gusto.

Pru no sabe qué responder. La mira nomás.

—¿Te quedas a dormir, quieres que tengamos sexo? —La poeta le ofrece sexo exactamente en el mismo tono que antes le ofreció la galleta.

Pru sonríe, intimidada, y niega con la cabeza.

—Entonces ándate, que estoy trabajando.

Aurelia Bala la acompaña a la puerta y al despedirse Pru está a punto de preguntarle si además de ambidiestra es bisexual, le parece una información periodísticamente relevante, pero no se atreve.

La última entrevista tiene lugar el martes por la tarde, aunque sería impropio calificarla como una entrevista, porque básicamente Pru se dedica a jugar con los mellizos de dos años de Bernardita Socorro, una poeta de pelo corto y rubio. Hablan mucho, pero casi nada de poesía.

—Cuando eran más chicos me dormía todas las noches llorando. Y había que llorar bajito para no despertarlos. Y creo que ellos se daban cuenta y cuando despertaban lloraban bajito también. Todavía, comparados con otros niños, lloran bajito, es algo muy raro.

—O sea que les enseñaste a llorar —dice Pru.

—¡Claro!

Con repentino entusiasmo, la poeta anota algo, tal vez el comienzo de un poema, en la misma cartulina que uno de los mellizos garabatea con crayones azules. El otro duerme plácidamente en brazos de Pru.

Por esos mismos días Pato consigue que los inviten a una fiesta en casa de Eustaquio Álvarez, un poeta-editor. Vicente le avisa a Pru por teléfono, con la esperanza de, por así decirlo, recuperarla. Pru dice que no puede acompañarlo, pero él insiste, porque se rumorea que en la fiesta va a estar Nicanor Parra. Ella le dice que es imposible que un anciano de noventa y nueve años viaje desde Las Cruces a Santiago para ir a una fiesta. Él responde que no es tan difícil porque Nicanor Parra tiene una casa o más de una casa en Santiago y al parecer es cercano al organizador de la fiesta. Ella le dice que de todos modos va a conocer pronto a Nicanor Parra, gracias a Gerardo Rocotto, que es amigo de un amigo de una hija de Nicanor. Dice que irán juntos a Las Cruces el próximo martes.

Vicente se queda pensando que en efecto es muy raro que un anciano de noventa y nueve años, con seguridad al borde de la muerte —porque un anciano de noventa y nueve años solo puede estar al borde de la muerte—, vaya a esa fiesta. Y piensa que quizás puede colarse en esa visita de Pru a Las Cruces. Soy amigo de una gringa que es amiga de un profesor que es amigo de una hija de Nicanor, piensa Vicente, con coqueta autocompasión, pero luego retoma la sintonía celosa centrada en Rocotto. Y entonces odia un poco a todos, no solo a Rocotto, también a Parra y a la hija de Parra y al amigo de la hija de Parra. Cuando se encuentra con Pato, él le aclara que el Parra que va a ir a la fiesta es el poeta Sergio Parra, el dueño de la librería Metales Pesados, y no Nicanor Parra. Dice que cómo se le ocurre que a sus noventa y nueve años Nicanor Parra va a tomar un bus desde Las Cruces para ir a una fiesta a Santiago. Vicente piensa que si él tuviera noventa y nueve años iría a todas las fiestas a las que lo invitaran y hasta trataría de bailar y de emborracharse, aunque su vida corriera peligro. Y piensa que quiere conocer a Sergio Parra, a quien ha visto muchas veces en la librería, y a quien admira, aunque nunca se ha atrevido a hablarle justamente porque lo admira.

Vicente y Pato llegan a la fiesta a las once de la noche, no quieren demostrar ansiedad. Para sorpresa de Vicente, Pru está en un rincón, rodeada por Rocotto y otros buitres. Pru le explica su presencia: se había comprometido a ir a una fiesta que pensaba que era otra fiesta y no la misma fiesta. Vicente se disculpa y le dice que se confundió, que el Parra que va a ir se llama Sergio y es el dueño de la librería Metales Pesados y que Sergio y Nicanor no son parientes. Y para darse al menos un poco de importancia Vicente le dice que cuando llegue Sergio Parra él puede presentárselo. Ella le dice que sabe que Nicanor y Sergio no son parientes y que conoce bien a Sergio, que ha ido varias veces a su librería. Y que ya llegó, añade Pru, después de algo así como una pausa dramática, apuntando a un rincón donde efectivamente está Sergio Parra, con su característico traje negro y su anillo en forma de delfín en el anular derecho. Pru dice que Sergio Parra tiene un aire a Bob Dylan, pero un poeta-crítico la escucha y se entromete para decir que se parece más al cantante mexicano Emmanuel. Pru mira fotos de Emmanuel en su celular y no está de acuerdo y se queda conversando sobre el look de Sergio Parra con el poeta-crítico.

—¿Y tú también eres poeta? —le pregunta Rocotto a Vicente amablemente, por meterle conversación.

—Yo soy alguien que no quiere hablar contigo —dice Vicente, vaso en mano, sorprendido de su propia hostilidad.

Además de poetas-críticos, y de poetas-editores como Estaquio Álvarez, y de poetas-libreros como Sergio Parra, hay en la fiesta multitud de poetas-profesores, poetas-periodistas, poetas-narradores, poetas-traductores, y unos cuantos vates dedicados a oficios menos literarios (un diseñador que trabaja en una botillería, dos encuestadores, una educadora de párvulos, una tatuadora, dos sociólogas, dos telefonistas, dos DJ, un psicólogo educacional, un peluquero, y un abogado que también es bombero y que tiene a todo el mundo curcuncho con sus analogías entre escribir poemas y enfrentar las llamas de un incendio). No abundan los no poetas, pero hay unos pocos, como la propia Pru, que nunca ha estado ni cerca de escribir un poema, y el profesor Rocotto, que si bien escribía versos en su juventud tuvo el tino de no publicarlos. La proporción hombres/mujeres, a todo esto, es alarmante: apenas unas veinte de las casi sesenta personas apretujadas en el living son mujeres. A Pru también le sorprende, esta vez favorablemente, la variedad etaria: predominan quizás los cuarentones, pero también hay chicos jóvenes como Pato y Vicente y señores de sesenta para arriba (ninguno de noventa y nueve, en todo caso). Parece, de algún modo, una fiesta familiar, con abuelos, padres e hijos dispersos atiborrados en el living de una casa no muy grande ni muy limpia, aunque tímidamente embellecida por los estantes repletos de libros, casi todos de lomos delgadísimos, porque casi todos son libros de poesía.

Vicente mira de reojo a Pru, rodeada por ocho poetas alfa que se disputan su atención. Está triste y apagado, mientras que Pato por supuesto brilla: está en su elemento, comparte y bromea con todo el mundo, habla con frases largas, llenas de oraciones subordinadas, que le permiten exaltar, a la pasada, sus propios méritos («justamente me van a publicar unos poemitas en esa revista»). A pesar de que está en pleno networking, de pronto mira a Vicente y se le acerca para brindarle su apoyo. Vicente quiere emborracharse como nunca antes en la vida; le gustaría, le dice a Pato, que la gringa se fuera de su casa, abrir la puerta de la pieza y encontrarla vacía.

—¿Para echarte en el colchón a llorar y a correrte la paja pensando en ella? —le pregunta Pato, burlón.

Vicente lo mira con rabia, pero piensa que si abriera la puerta de esa pieza vacía haría precisamente eso, ponerse a llorar y correrse la paja, claro que sí.

Un poeta que anda con bermudas agarra la guitarra y canta una canción de Los Prisioneros, pero en honor a Pru la canta en inglés («Like another skin / another flavour / like other hugs / and another smell»), y luego una de David Bowie, pero en español («El tiempo toma un cigarro / y lo pone en tu mano»). Se supone que improvisa, aunque lo hace con tal fluidez que parece haber ensayado el número largamente. Eustaquio Álvarez pide silencio y como nadie lo pesca enseguida vuelve a pedirlo imitando la voz telúrica y carraspeada del poeta Gonzalo Rojas. Consigue captar la atención general, así que alarga la imitación recitando «Al silencio», uno de los poemas más conocidos de Gonzalo Rojas, que caricaturizado por supuesto pierde parte de su belleza:

Oh voz, única voz: todo el hueco del mar,
todo el hueco del mar no bastaría,
todo el hueco del cielo,
toda la cavidad de la hermosura
no bastaría para contenerte...

Otro poeta que lleva con bastante dignidad unos anteojos ridículos interrumpe al dueño de

casa con una imitación de Armando Uribe que es tan buena que Pru reconoce al poeta de ochenta años que acaba de entrevistar, aunque el Uribe imitado habla en español y con todos sus dientes. El dueño de casa y el poeta de los anteojos ridículos siguen compitiendo con imitaciones de Pablo de Rokha, de Enrique Lihn, de Nicanor Parra y de Jaime Huenún. Tercia otro que imita a Zurita leyendo apasionadamente una lista de supermercado, y luego alguien imita a Neruda y recibe múltiples miradas desdeñosas, porque el odioso sonsonete nerudiano es demasiado fácil de imitar.

Vicente se sienta junto a Sergio Parra, quien observa la escena en silencio, con el desprecio y la distancia dibujados en el derrame de los ojos.

—Eso son estos huevones, una manga de cantantes de karakoe, mira lo felices que están, lo están pasando la raja —le dice Parra.

Vicente está a punto de decirle a Parra que la palabra es *karaoke* y no *karakoe*, pero para qué. Está feliz de hablar con Parra. Piensa que su inesperado interlocutor está borracho pero enseguida se fija en que toma cerveza sin alcohol. Justo entonces se da un oasis de relativo silencio, que Sergio Parra aprovecha para incorporarse y gritar, con reposada cólera, más o menos lo mismo que acaba de decirle a Vicente:

—Lo que hacen ustedes es puro karakoe. Ustedes son la generación del karakoe.

—¡Karaoke, ahueonao! —corrigen varios, al unísono, y Vicente se arrepiente de no haberle corregido antes.

—Karaoke, karakoe, la misma estupidez. Eso son ustedes, el karaoke de la poesía, no tienen una sola idea en la cabeza.

—Relájate, Parrita —dicen varios, así lo llaman sus amigos, Parrita, lo que a Vicente le parece ofensivo.

Luego viene una segunda interpelación que aparentemente es un homenaje: el poeta de los anteojos lamentables se lanza a recitar un poema del propio Sergio Parra, y la imitación también es excelente, aunque lo ridiculiza más de la cuenta. Parra enfrenta la imitación con humor, sonríe con un gesto de calculado desdén que quizás acentúa su parecido físico con Bob Dylan o con el hartito menos influyente cantante mexicano Emmanuel o con ambos o con ninguno. Parece que todo va a quedar ahí, pero un poeta gordísimo se acerca a diez centímetros del rostro de Parra (lo que es por supuesto una provocación y también una desgracia, considerando la observación de Pru sobre la tendencia a la halitosis de los poetas chilenos) y le dice, o más bien le espeta, salivando:

—Tus libros valen callampa.

Se arma una escaramuza de empujones. Sergio Parra lleva ventaja, en teoría, porque está completamente sobrio, pero un sobrio que pelea con un borracho suele advertir la futilidad de la pelea, y por lo demás Parra vino solo a la fiesta y ha estado solo buena parte de la noche; es amigo de todos, los quiere a todos, los lee a todos, pero esta noche decidió quedarse en un rincón, y la única persona con la que ha hablado es Vicente, que en todo caso, ante la eventualidad de una batalla campal, defendería a Sergio Parra, y no solamente por su innata tendencia a la justicia, sino también porque el hecho de que alguien como Sergio Parra le haya confiado su comentario antes de hacerlo público suscita en Vicente una fidelidad instantánea, de manera que, aunque es reacio a las peleas y alguna vez, a los quince años, consideró seriamente la posibilidad de tatuarse el signo de la paz en el pecho (por suerte Carla no lo autorizó), estaría dispuesto a unirse a las escuálidas huestes de Sergio Parra.

Al final no pasan de los empujones. Parra saca del refri las cervezas sin alcohol que él mismo llevó y, a pesar de los gestos de acercamiento, opta por irse; Vicente decide acompañarlo, por

fidelidad y también porque le parece que esa salida enérgica le otorga un aura de heroísmo que efectivamente Pru, que contempla los hechos medio aterrada, percibe. O más bien: percibe que Vicente parece formar parte de ese grupo que podría considerarse representativo de la poesía chilena, lo que para ella no es algo necesariamente bueno. Vicente ni siquiera busca a Pru con la mirada para despedirse.

Justo cuando el clima beligerante terminaba, irrumpe en el living un poeta alto y raquítrico, con el torso desnudo, que al parecer habría intentado cagar sobre la cama del dueño de casa. Son dos poetas cuarentones quienes lo acusan y hay un tercero bien borracho que no se sabe si apoya la acusación pero no hace más que repetir, apuntando al poeta raquítrico, en franco tono de bullying: «Con ustedes, la sombra precaria de Enrique Lihn, la sombra precaria de Enrique Lihn, la sombra precaria de Enrique Lihn». El poeta de los anteojos ridículos aprovecha el momento para acusar al raquítrico de haberle robado en otra fiesta un libro de Nikos Kazantzakis, y como si esta acusación fuera hartó más grave que la de haber intentado cagar en la cama del dueño de casa (cosa que por lo demás el raquítrico no niega, por el contrario, dice que intentaba una acción de arte) o la de ser la sombra precaria de Enrique Lihn (tampoco lo niega, simplemente ignora al acusador), se lanza contra todos sembrando combos y patadas a diestra y siniestra.

Pru está en un rincón, junto a Rocotto, que la abraza protectoramente. Está asustada pero puede más su vena periodística: quiere entender la pelea o al menos identificar los bandos, pero no es fácil, porque a los pocos segundos parece que pelearan todos contra todos.

—Acaparaste a José Emilio Pacheco en 1999, conchetumadre —le dice de pronto un poeta de barba abundante y canosa a Eustaquio Álvarez, que hasta ese momento había conseguido milagrosamente mantenerse al margen pero ahora recibe un combo en el hocico.

Es un rencor antiguo, para nada relacionado con los desmanes del poeta raquítrico: en efecto, en los últimos meses del siglo XX, José Emilio Pacheco pasó varios días en Santiago y Eustaquio Álvarez fue su anfitrión y era prácticamente imposible acceder a Pacheco sin contar con su venia. No era esa la primera ni fue la última visita a Santiago del poeta mexicano, quien tampoco era considerado exactamente un rockstar, pero hubo poetas, como el de la barba abundante y canosa, que quedaron resentidos, y el rumor de que el dueño de casa era un acaparador de visitas ilustres (en realidad solo había acaparado a Pacheco, pero ya sabemos que los rumores tienden a la generalización) se instaló para siempre en el bullicioso ambiente de la poesía chilena.

Eustaquio Álvarez queda noqueado en el suelo unos segundos, con unos cuantos amigos fieles reanimándolo. Un poeta gay se apresura a darle respiración boca a boca, lo que no parece necesario —los primeros auxilios devienen beso con lengua y enseguida Álvarez se pone de pie, los invitados guardan silencio y Pru piensa que el anfitrión va a decretar el fin de la fiesta, pero grita, en cambio, imitando de nuevo la voz solemne del poeta Gonzalo Rojas:

—¡Que siga la fiesta!

Y la fiesta sigue, sí: increíblemente la fiesta retoma la normalidad, no quedan huellas ni resabios de las peleas, y hay unos diez entusiastas tardíos bailando «Sympathy for the Devil», pero el grupo se multiplica cuando suena «Estrechez de corazón». Pru baila y conversa a gritos con todo el mundo, recibe consejos y recomendaciones de libros, lo que le parece incómodo, porque lo que quiere es mirar y escuchar (y bailar), pero igual disfruta un poco el protagonismo. Le llega un mensaje de Vicente («tuve que irme con Sergio, perdona»), que ella contesta enseguida («estoy un poco trista porque te fuiste pero lo estoy pasando bien»). Vicente le contesta: «Se dice *triste*».

A las tres de la mañana Gerardo Rocotto decide irse e intenta convencer a Pru de

acompañarlo, pero ella prefiere quedarse, un poco por inercia y por curiosidad, pero también porque no está segura de las intenciones de Rocotto ni de sus propias intenciones. Rocotto, mosqueado, se retira.

Pru va a la cocina con la saludable intención de servirse un vaso gigante de agua. El dueño de casa revuelve una olla inmensa flanqueado por una mujer que lo mira cocinar con exagerada atención, como si en vez de una vulgar sopa de espárragos de sobre el hombre preparara un brebaje de lo más original o misterioso.

La mujer se llama Rita, tiene alrededor de cincuenta años, el pelo largo y blanco, y es extraordinariamente alta. Pru se queda mirándola hasta que Rita advierte su presencia.

—Están todos locos por salir en tu reportaje —le dice Rita—. ¿Quieres sopa?

—Sí.

Eustaquio Álvarez sirve dos tazones y bebe él también un poco directamente del cucharón antes de largar un prolongado bostezo. Rita saca del refri una botella de cola de mono y le sirve un vaso a Pru. El dueño de casa vuelve al living, donde queda poca gente. Pru piensa que es contradictorio tomar esa sopa caliente, que podría espantarles la borrachera, y a la vez esa bebida tan helada, empalagosa y salvaje. Rita no piensa lo mismo, porque alterna sorbos tímidos de sopa con tragos largos de cola de mono, de hecho se sirve de inmediato otro vaso largo. Las mujeres salen al patio. Rita enciende un cigarro y fuma mirando el cielo estrellado. Le ofrece una piteada a Pru, que lo agradece pero dice que no fuma desde la adolescencia.

—Yo tampoco fumo cuando estoy fuera de Chile —dice Rita—. Pero nunca he salido de Chile.

Pru sonríe, le acepta la piteada y aunque sabe que al volver a fumar, después de tantos años, va a toser y le va a parecer horrible, igual se sorprende de lo mal que resulta el experimento. Tose como tuberculosa, Rita trata de ayudarla, le da unos inútiles golpecitos en la espalda. Pru se toma un trago largo de cola de mono, a falta de agua.

Vuelven al living, son las cuatro de la mañana, el dueño de casa figura en el sofá abrazado a la guitarra y roncando como se ronca en los dibujos animados mientras a su lado dos poetas discuten apasionadamente sobre la palabra *ternura*. El poeta de barba canosa está sentado en el suelo absorto en un juego de Snake II en su casi obsoleto celular. El poeta raquítrico, siempre sin polera, habla tranquila y elocuentemente con el poeta reanimador de muertos acerca de una película de Lee Chang-dong. Tania Miralles —la poeta que aprendió inglés escuchando a Radiohead— acaba de llegar y saluda a Pru como si la conociera de toda la vida y luego prende un enorme caño que empieza a despachar con piteadas ansiosas. Un poeta viejo, el único vestido de traje y corbata en toda la fiesta, bebe un vaso de agua mirando por un ventanal en pose desencantada, casi como esperando que lo fotografien. Un poeta borrachísimo se mira en un pequeño espejo de mano mientras canta con desafinada melancolía la canción de Los Bunkers «No me hables de sufrir». Pato, en un rincón, con las huellas del vino tinto estampadas en los labios, juega en absoluto silencio una partida de ajedrez. Pru se le acerca.

—¿Juegas solo?

—Sí, pero me identifico con las negras —dice Pato.

—¿Y vas ganando?

—No. Las blancas me están sacando la chucha.

Pru se queda mirando la partida y piensa que en realidad no, que van ganando las negras. Luego vuelve junto a Rita, toman un poco más de cola de mono.

—No entiendo por qué no echaron al poeta flaco y a ese barbón —comenta Pru, todavía impresionada por la pelea y también sorprendida de sí misma, de haberse quedado ahí—. ¿Cómo es posible que sigan en la fiesta?

—Es que son amigos —dice Rita—. Muy amigos.

—No puedo creerlo —dice Pru, como para sí misma.

—Algunos dejan de ser amigos por unos años pero se reconcilian y después siguen como si nada. O bueno, no sé, estoy hablando por hablar.

Rita quiere irse y se ofrece a llevar a Pru. Es peligroso e innecesario, porque la mujer está visiblemente borracha, pero Pru acepta. El auto es un Fiat pequeño, color naranja, Rita apenas cabe en el asiento. Pru piensa que la conductora se ve cómica y a la vez majestuosa. Del espejo retrovisor cuelga un crucifijo.

—¿Eres católica?

—¿Por el crucifijo? No, es que el auto es de mi hijo mayor.

Pru quiere preguntarle cuántos hijos tiene, y si vive con ellos, y si ese hijo mayor es tan alto como ella. Le pregunta, en cambio, si es poeta. Ella dice que no, pero que le gusta juntarse con poetas, que es un mundo divertido. Se quedan calladas. Por un momento solo se escucha el ruido del motor mientras avanzan por las calles vacías.

—Es un mundo divertido, pero cansador —dice Pru, para reanudar el diálogo—. Son todos muy intensos.

—Pero es un mundo mejor. Un poco. Es un mundo más genuino. Menos fome. Menos triste. O sea, Chile es clasista, machista, rígido. Pero el mundo de los poetas es un poco menos clasista. Solo un poco. Por último creen en el talento, tal vez creen demasiado en el talento. En la comunidad. No sé, son más libres, menos cuicos. Se mezclan más.

—Pero igual son muy machistas.

—Más que la concha de su madre.

—Había muy pocas mujeres en esta fiesta.

—Es que las mujeres vamos a fiestas mucho mejores —dice Rita—. Son medio lateros, medio fomes y terrible de jotes.

—¿Los hombres o los poetas?

—Los hombres. Los poetas también, pero me caen mejor. Es un mundo mejor. Los poetas son más torpes y genuinos. Trabajan con las palabras, pero ni siquiera saben hablar.

—Yo entrevisté a muchos y me pareció que sí sabían hablar.

—Saben dar entrevistas, saben hablar de lo que hacen, te venden un poco la pomada, pero cuando los sacas de la poesía se vuelven tartamudos. Por eso escriben poemas, porque no saben hablar.

Pru está a punto de quedarse dormida pero despierta completamente con un frenazo de Rita al llegar a una luz roja. Si no llevara puesto el cinturón, piensa Pru, me habría azotado la cabeza contra el vidrio. Rita se disculpa. Dice que está muy borracha, que no debería manejar, que deberían prohibir el cola de mono, que es tan engañoso, tan traicionero. Abre la ventana y trata de prender un cigarro, pero le falla el pulso y desiste. Pru se ofrece para manejar e inesperadamente Rita acepta. Detienen el auto, cambian de asiento. Pru lleva muchos años sin conducir, nunca lo hizo en Nueva York. Está nerviosa, pero a las dos cuadas comienza a parecerle placentero y le gusta también saber o medio adivinar el camino a casa. Pru piensa en que hace años que no

fumaba, en que hace años que no conducía. Rita se toca la frente, todavía avergonzada por el frenazo.

—Bájate un rato para que se te pase la borrachera —dice Pru.

Le pide que entren en silencio. Pru la conduce de la mano a través de la cocina. Entran a la pieza, Rita se echa en la cama con naturalidad.

—Así me gustan los colchones —dice—. La gente ahora compra unos colchones blandos que son horribles para la espalda. El chileno es muy de colchones blandos. Este está perfecto.

Luego se larga a hablar sobre el tiempo en que trabajaba en una multitienda, a los veintiún años, en la sección Dormitorio. Dice que era el trabajo ideal, que incluso a veces, en invierno, se turnaban para echarse unas siestas. Y que llegó a saber mucho sobre colchones, que todavía sabe mucho sobre colchones, aunque desde entonces la tecnología ha cambiado un montón.

Pru se tiende junto a ella. Rita le cuenta que también es periodista pero que se dedica a vender seguros de vida. Y que tiene tres hijos, dos hombres y una niña, la niña tiene doce, el del medio veinte y el mayor veintidós. Dice que nunca estuvo enamorada de su esposo. Dice que él se acuesta con otras mujeres y que ella también se acuesta con otras mujeres. Y con otros hombres, pero a veces. Dice que los hombres no saben tirar y que todas las mujeres, sin excepción, sí saben. Dice que la vida está, para ella, cerrada. Pru le pregunta a qué se refiere.

—A eso —responde Rita—. A que está cerrada, a que nada va a cambiar.

—¿Y tú quieres que algo cambie?

—Sí. Quiero que todo cambie, mi vida y la de los demás. Pero nada va a cambiar.

—Yo quiero que casi todo cambie —dice Pru—. Todo.

Rita va al baño, se moja la cara. Luego mira los libros con el ceño fruncido, como si solucionara un crucigrama.

—¿Quién vive en esta pieza?

—Un poeta —le dice Pru.

—Claro.

Rita mira las fotos, se detiene en el retrato de Camila Vallejo y le da un beso.

—Mijita rica —dice.

Pru se ríe a gritos.

—¿Y tu hijo mayor es católico? —Pru piensa de nuevo en el crucifijo.

—Es que casi todos son medio católicos en Chile, de alguna manera —dice Rita—. Yo no. O sí, pero lo disimulo bien. Mi hijo mayor no lo disimula. Por eso me gustan los poetas.

—¿Porque los poetas no son católicos?

—No —dice Rita, tajante—. O sea, los poetas son poetas. Son creyentes, pero en otras huevás.

Rita le pregunta a Pru si tiene cocaína o marihuana o whisky o cerveza. Pru responde a todo que no. Rita bebe mucha agua de la llave y vuelve a echarse en el colchón. Se queda dormida. Pru se acurruca junto a ella y apaga la luz. Duermen abrazadas, como compañeras de curso o como viejas amigas, sus ronquidos funcionan como un cansino diálogo de preguntas y respuestas. Pru la acompaña a la puerta, parece que no hay nadie en casa. Ambas saben que no volverán a verse y se miran con alegría o con gratitud y se abrazan sin tristeza.

Mientras trata de dormir un poco más, Pru piensa que va a comprarse un auto muy chico y un

crucifijo para colgarlo del espejo retrovisor. Se imagina manejando el auto sola, por las calles de una ciudad que no es Santiago de Chile ni Nueva York ni ninguna ciudad que ella conozca. Y piensa que manejando sola por esa ciudad desconocida va a ser completamente feliz.

Por la tarde le vienen ganas de ver a Vicente. Imagina que caminan por alguno de esos parques sin ardillas y miran los árboles en silencio y luego se largan a hablar por horas, de cualquier cosa. Lo busca ansiosamente, no está. Lo espera, se sienta en el living a leer. Carla vuelve del supermercado, la invita a comer unas galletas con queso brie, abre una botella de vino y le dice que Vicente se fue de vacaciones.

—¿Cuándo vuelve? —le pregunta.

—No sé. Es verano, todos sus amigos están de vacaciones. No sé si se fue a la playa o al Cajón del Maipo o al sur.

—Quiero verlo —dice Pru involuntariamente, como pensando en voz alta.

—Supongo que quieres despedirte —le dice Carla—, porque tú te vas pronto.

—Me falta poco, pero todavía no sé cuándo vuelvo a Nueva York.

—Yo sí sé —dice Carla, mientras se toma el pelo en pose despreocupada—. Vuelves pronto, muy pronto. Mañana, pasado mañana. En cinco días, una semana, máximo.

Acaba de ser expulsada y está furiosa, en parte porque entiende los motivos de Carla. Su reacción instintiva es irse de esa casa de inmediato, pero cuando recupera la calma decide quedarse unos días, porque debe esperar al martes, para entrevistar a Nicanor Parra. Se siente como una adolescente y odia eso. Llama a la aerolínea y confirma su pasaje para el miércoles.

A Rocotto no le interesa la obra de Nicanor Parra y le molesta sobremanera el culto al personaje —habla pestes de él, es casi todo lo que hace durante las dos horas que dura el viaje al Litoral de los Poetas: dice que su obra está sobrevalorada, despótica contra los amigos de Parra, que según él constituyen una mafia organizada que controla los medios de comunicación. Dice que visitar la casa de Parra es como un rito de paso para los poetas chilenos. Que muchos lo idolatran y otros lo detestan, pero que igual van a conocerlo, como quien peregrina al altar de un santo, y que Nicanor Parra es cualquier cosa menos un santo.

—Desde hace años que Parra escribe puros chistecitos —sentencia Rocotto.

—Pero tiene noventa y nueve años —dice Pru.

—¿Y eso qué?

—Bueno, si yo tuviera noventa y nueve años quizás me gustaría ser capaz de escribir chistecitos.

—Pero todo el mundo se los celebra como si fueran palabras del Oráculo.

—¿Entonces no es Parra el poeta vivo más importante de la poesía chilena? —pregunta Pru, un poco harta de Rocotto.

—Por supuesto que sí, de la poesía chilena y quizás también de la poesía en lengua española, pero eso qué importa.

—Siento como que te estuviera obligando a hacer algo muy desagradable —dice Pru.

—No, cómo va a ser desagradable —dice Rocotto, intentando que su voz suene más profunda—. Siempre es agradable estar contigo.

Frente a la Playa Chica de Las Cruces, que está repleta, los espera Pancho, el amigo de la hija de Nicanor Parra que es amigo de Rocotto. Pancho vive en Santiago pero está en Las Cruces, veraneando —se sube al auto y les indica el camino a la casa de Parra, los recibe Rosita, la nana-enfermera-asistente de Nicanor, una mujer pequeña, de sonrisa ocasional y permanente actitud desconfiada. Pancho se presenta, dice que ha estado muchas veces con Nicanor, Rosita dice que no se acuerda. Mientras dura el tira y afloja, Pru piensa que es una casa pequeña: después de escuchar tantos chismes sobre Parra y los poetas chilenos llegó a imaginar que el poeta vivía en una mansión y que el balneario de Las Cruces era más exclusivo que Malibú.

En eso llega providencialmente Colombina, la hija menor del poeta, que saluda a Pancho con un abrazo y les dice que esperen unos minutos.

—Pensé que habías concertado la entrevista —le dice Pru a Rocotto, que se encoge de hombros.

—Siempre es así —responde Pancho—, no te preocupes. Pero recuerda que no es una entrevista, no puedes grabar.

Al rato aparece el propio Nicanor. Camina lento pero a paso seguro. Por momentos parece que fuera a perder el equilibrio, pero es más bien su forma de caminar.

—¿A quién buscan? —pregunta Nicanor.

—A Nicanor Parra —responde Pancho, siguiéndole la corriente, Pru no entiende nada.

—Ah, don Nicanor está durmiendo, pasa todo el día durmiendo —dice Nicanor.

—Es que queríamos despertarlo —dice Pancho.

—Es que tiene noventa y nueve años, ¿ah? Si usted tuviera noventa y nueve años seguro que se la pasaría durmiendo todo el día, ¿no?

—Despiértelo nomás, queremos conversar con él —dice Pancho.

—Si usted lo ordena, por supuesto que sí.

Nicanor abre la puerta ceremoniosamente, le da un abrazo a Pancho, saluda a Rocotto y a Pru con un ligero movimiento de manos y una sonrisa entre cordial y distante. Los acompaña a la terraza y desaparece veinte minutos. Regresa con un periódico abierto.

—Por eso usted me sonaba conocida —dice Nicanor, indicando una foto de Britney Spears en el diario—. ¿Usted es la misma que le dio un beso a la Madonna? ¡Yo también le hubiera dado un beso a la Madonna! La Madonna es cosa seria, ¿ah?

—Gracias, Nicanor —dice Pru—, pero yo no soy Britney Spears, lamento decepcionarlo.

—Pero usted no será periodista, ¿cierto? —responde Nicanor.

—Por supuesto que no —dice Pru, coquetamente—, odio a los periodistas.

—Yo no los odio —dice Nicanor, y luego agrega, como deletreando—: Yo los en-vi-dio.

—¿Y por qué los envidia?

—Porque es el trabajo ideal. Ellos pre-gun-tan, nada más. Y nadie les pregunta nada de vuelta. Eso me hubiera gustado a mí. Preguntar. ¡Yo quiero preguntar! ¡Y que no me pregunten! Todas las preguntas son agresivas. Hay que conversar nomás. Pero los periodistas preguntan porque es su tra-ba-jo. ¡El mejor trabajo del mundo!

Colombina se sienta junto a su padre, también llega Rosita con unos vasos de vino tinto.

—Ella es la verdadera antipoeta —dice Nicanor, apuntando a Rosita—. ¡Yo le copio todo!

Nicanor no mira a Rocotto, que intenta conversar con Rosita y Colombina y parece muy tenso. Recién a la media hora el poeta parece notar la presencia del catedrático.

—A usted quería pedirle un favor —le dice.

—Dígame —responde Rocotto, sorprendido.

—«La antipoesía de Parra está totalmente su-pe-ra-da» —dice Nicanor.

La cita proviene de un artículo de Rocotto, que se queda petrificado, incómodo, pero también halagado: le parece increíble que Nicanor Parra haya leído un artículo suyo.

—Lo que yo quería decir es que...

—¡Pero no se preocupe, si tiene razón! ¡Estoy completamente su-pe-ra-do!

—O sea...

—Por eso, profesor Rocotto, yo quería pedirle un favor.

—Dígame.

—Acá a dos cuadras venden un arrollado que es el mejor de toda la zona. Vaya a comprar uno. Y si camina unas cuadras más hay un supermercado bien chico donde venden buenos tomates. Me gustan pintoncitos.

Nicanor se mete trabajosamente la mano al bolsillo y saca un billete de diez mil pesos. Rocotto mira a los demás buscando solidaridad, pero están muertos de la risa, sobre todo Colombina.

—Acuérdese de traerme el vuelto, por favor —dice Nicanor.

—Claro —responde Rocotto, de malas ganas, y no tiene más remedio que salir a comprar.

Las risas continúan pero Nicanor, como todo buen humorista, permanece serio. Luego pide que pongan unas cuecas apianadas y lleva el ritmo perfectamente palmoteando en sus rodillas. Cuando la música termina, Pru le pregunta al poeta si puede grabar la conversación.

—¡Por supuesto que no!

—Me habían dicho que no podía grabarlo, pero igual le quería preguntar.

—O sea, me puede grabar siempre y cuando yo no me dé cuenta.

—O sea que no puedo grabarlo.

—Puede grabarme, pero a escondidas. ¿Usted se ubica con el Auden?

—¿El poeta? ¿W. H. Auden? —Pru se mete la mano al bolsillo para activar la grabadora.

—Sí, pues. Fue profe mío el Auden. Era buen profe. Él también estaba en contra de las grabadoras.

—¿Sí?

—Claro, pues. Por lo mismo que yo. Si yo digo algo bueno, algo que usted podría recordar, entonces para qué tener grabadora. Si yo digo algo interesante usted lo recordaría, ¿ah? Yo tuve clases con el Auden, era buen profe el Auden.

Nicanor habla específicamente de una clase de Auden sobre un soneto de Shakespeare. El profesor había borrado una palabra del soneto y les pedía a sus alumnos que la adivinaran. Nicanor cuenta que él levantó la mano y dijo de inmediato la palabra correcta. Auden reaccionó extrañado y también contrariado, porque esperaba desarrollar la clase exclusivamente en torno a la ausencia de esa palabra y Nicanor la había adivinado al tiro.

—¿Y sabe cómo adiviné la palabra?

Pru supone que la respuesta no es sencilla. Mira a Pancho, que sigue ahí, entre ausente y divertido.

—¡Porque yo había leído ese soneto justo esa mañana! ¡Con el café! ¡Me leía un soneto de Shakespeare todas las mañanas con el café!

Cuando Rocotto vuelve se sientan todos a almorzar el arrollado con tomate. Pru come solo pan con tomate. Nicanor mastica en silencio, lentamente, trabajosamente, y cada tanto lanza alguna pregunta. De pronto se anima y le habla un rato a Pancho, conversan sobre numerosa gente en común. Después, en la sobremesa, Nicanor recuerda a Allen Ginsberg y Lawrence Ferlinghetti y canturrea la primera estrofa de la canción «Dear Prudence». También habla de Violeta Parra, que a veces llama «la Viola» y otras veces «la Violeta Parra». Dice que le parece indigno seguir vivo cuando casi todos están muertos. Dice que su longevidad no representa ningún misterio. Dice que llegó a los noventa y nueve gracias a su adicción a la vitamina C pero sobre todo porque su mamá lo amamantó hasta los diez años. Todos se ríen, pero explica que es verdad: como su mamá seguía teniendo hijos, siempre había leche materna. Dice que a veces no había nada para comer, pero siempre había leche materna.

Pru se levanta para mirar de cerca la fotografía de Violeta y Nicanor colgada en la pared principal del living. Nicanor la sigue, de pronto están los dos mirando la fotografía en silencio, como en un museo. En la foto los hermanos llevar sendos ponchos, él lleva también un sombrero. Lucen serios, el poeta curiosamente parece muy viejo, por supuesto entonces era como cincuenta años más joven que ahora, pero la foto muestra a hombre frágil, acabado. Es una escena cotidiana: Violeta, con un cucharón en la mano derecha, le sirve algo a su hermano, algo que para un chileno

es evidentemente vino navegado, pero Pru piensa que es quizás una sopa, aunque el vaso o taza le parece muy chico como para tomar sopa.

—Me gustaba ser el hermano de la Violeta Parra —dice Nicanor, de pronto, en un susurro, como para sí mismo—. Estaba acostumbrado. Me gustaba mucho.

Pru toma a Nicanor del brazo, ella misma se impresiona de su gesto familiar. Vuelven a la mesa.

—¿En la foto estaban tomando sopa? —le pregunta Pru.

—Navegado —contesta Nicanor.

—El vino navegado es vino caliente con cáscara de naranja, azúcar, clavos de olor y canela. Es algo muy de invierno, muy del sur de Chile —explica Rocotto, es su primer aporte a la conversación, también el último.

—¿Oiga, Pru, qué tiene usted en los bolsillos? —pregunta Nicanor.

—Nada —dice Pru.

—¿No tendrá una grabadora?

—Por supuesto que no. ¿Y usted, qué tiene en los bolsillos?

—Yo tengo un pañuelo —responde Nicanor, sonriendo con desatada coquetería—. Siempre hay que andar con un pañuelo. Es bien útil, sirve para todo. Sirve para llorar y para bailar la cueca.

Enseguida saca el pañuelo que efectivamente lleva en el mismo bolsillo de donde sacó los diez mil pesos y se limpia la frente como si estuviera sudando. Luego anuncia que va a dormir la siesta. Dice que si quieren se queden y lo esperen, que también duerman la siesta en la terraza, o que vayan a la playa un rato, para aprovechar el verano. Pru quiere ir a la playa y volver para seguir hablando con Nicanor, pero Colombina dice que es mejor que todos se vayan, porque su padre está muy cansado, aunque se resista a admitirlo. Nicanor mira a Colombina y le sonríe como si acabaran de encontrarse por casualidad en una plaza desierta.

Antes de despedirse, Pru saca de su mochila un ejemplar de *Poemas y antipoemas* que tomó del cuartito. Quiere que Parra se lo dedique a Vicente, pero no alcanza a explicárselo cuando Nicanor le responde que le firma cualquier cosa pero la próxima vez. Ella le dice que no habrá próxima vez, porque debe volver a Estados Unidos. El poeta le responde que no piensa morirse todavía, así que hay tiempo.

Mientras Rocotto y Pancho, que quedaron con hambre, se comen unos locos medio duros en el restorán Puesta de Sol, Pru camina por la orilla del mar, no puede creer lo fría que está el agua. La playa está repleta, pero consigue echarse en la arena. Se queda dormida, despierta con un pelotazo en la cabeza y unas risas anónimas. Nadie se acerca a disculparse.

—Qué lástima que no viniste con bikini —le dice el niño de diez o doce años que recoge la pelota.

—Déjala tranquila —interviene una chica de veinte, Pru piensa que es la hermana mayor del niño—. Es una turista, ni siquiera habla español. ¿O hablas español?

Pru niega con la cabeza, se levanta y camina rápido hacia el restorán. Se avergüenza de haber sentido miedo, de sentirlo todavía. Se avergüenza de no haberse atrevido a hablar español. Pancho y Rocotto están en los cafés, Pru pide un agua de manzanilla.

—El primer hijo es lo más hermoso, disfrútalo —le dice Pancho a Rocotto, al despedirse.

—¿Vas a tener un hijo? —le pregunta Pru.

—Sí —responde Rocotto, mirando la borra en la taza.

En el camino de vuelta a Santiago no tiene más remedio que contarle a Pru que tiene una novia y que esa novia está en el séptimo mes de embarazo y que acaban de mudarse al departamento que Pru conoció. Pru no dice una sola palabra durante el resto del trayecto. Rocotto monologa un rato, ensaya explicaciones, hasta que por fin guarda silencio. Pru piensa que debería haberse quedado en la playa, jugando a la pelota toda la tarde con esos niños insolentes y tomando helados y hablando español.

La mañana de su último día en Chile, Pru despierta con el presentimiento de que Vicente va a regresar y que al menos podrá despedirse, pero es puro *wishful thinking*. Le escribe, le ha escrito todos los días, lo llama, lo busca en Facebook, pero él no contesta, es como si hubiera desaparecido. A las diez de la mañana sale y camina media hora hacia el departamento de Rocotto, se detiene en una farmacia y aunque no le queda mucha plata compra cuatro paquetes de pañales, que luego le deja en conserjería sin ninguna nota de despedida o aclaración.

Vuelve a casa, hace su maleta, es recién mediodía, el avión sale casi a medianoche. Mira sus notas para el artículo, había decidido empezar a escribirlo en Nueva York, pero instintivamente se lanza con un borrador y avanza rápido, porque le gusta el tono que le sale, ligero, contundente, inesperadamente personal, en parte porque es el tono de una despedida múltiple —una despedida de Chile, y de la poesía chilena, y de Vicente, y de esa pieza de allegada, que para ella es, por ahora, la única que tiene. Y también es una despedida más imprecisa, porque sabe que cuando regrese a Nueva York todo será distinto. Lo sabe, lo teme y lo desea.

Siente, mientras escribe, una cálida seguridad; le gustan sus frases, sus conclusiones, que no son tajantes, por el contrario, conservan un aire indeterminado, vacilante, un poco como alguien que piensa en voz alta. Relee sus primeras notas y a veces discrepa consigo misma y eso le encanta, siempre le ha gustado cambiar de opinión, tal vez lo que más le gusta de su trabajo es el momento en que descubre que ha cambiado de opinión. Piensa en Chaura Paillacar lidiando con los dolores de cabeza y en los ojos saltones del poeta sin nombre y en Aurora Bala escribiendo con las dos manos y en Floridor Pérez con su hijo Chile, a quien imagina como un adolescente tan flaco y larguirucho como el país que le dio ese nombre que quiere cambiarse a toda costa. Piensa en Hernaldo Bravo recién atropellado, en un hospital, escribiendo poemas eternos de puro aburrido, y en los mellizos rayando incesantemente las paredes del departamento pequeño y luminoso de Bernardita Socorro. Piensa en la fiesta de Eustaquio Álvarez y recuerda las palabras de Rita y siente que es verdad, que el mundo de los poetas chilenos es un poco estúpido pero de todos modos más genuino, menos falso que la vida corriente de quienes aceptan las reglas y bajan la cabeza. Por supuesto que hay oportunismo y violencia, pero también verdadera pasión y heroísmo y fidelidad a los sueños. Piensa que los poetas chilenos son perros callejeros y que los perros callejeros son poetas chilenos y que ella misma es una poeta chilena metiendo el hocico en los basureros de una ciudad desconocida —le gusta entenderse a sí misma como una poeta chilena, una poeta chilena que no es poeta ni es chilena, pero de algún modo su peregrinaje de periodista en busca de oportunidades, el sueño siempre frustrado de publicar en las grandes revistas, o al menos de escribir un reportaje notable y rotundo, la hermana con esos hombres y sobre todo con esas mujeres que merodean por los callejones del mito y el deseo. Su vida en Nueva York le parece, en retrospectiva, frívola, pero también es cierto que no quiso hacer cualquier cosa; que siempre buscó, que sigue buscando algo, y aunque no sabe bien qué es, sabe que no se relaciona cabalmente con el éxito o el reconocimiento; igual ella es, desde alguna perspectiva, una figura medio heroica.

Termina el borrador y todavía le quedan cuatro horas por delante; sin ningún motivo deshace su maleta y vuelve a armarla, con metódica lentitud. Da un vistazo minucioso, muy largo, a los

libros de Vicente. Lo imagina ordenándolos, cuando regrese, releyéndolos. Le escribe un mensaje largo en español, un mensaje que le cuesta muchísimo más trabajo que el borrador del artículo; recurre al traductor de Google y a Wordreference.com y a Linguee.com y no queda satisfecha con el resultado pero necesita despedirse de alguna manera. No parece exactamente un mensaje romántico. Le dice que hubiera querido despedirse en persona, le agradece su amistad, pero le habla, sobre todo, de Nicanor Parra y de los palafitos y del perro Ben. Le pregunta si ha estado alguna vez en Chiloé. Le dice que la poesía chilena le parece una familia inmensa, con tatarabuelos y primos en segundo grado, con gente que vive en un gigantesco palafito que a veces flota entre las islas de un archipiélago y hay tanta gente dentro que debería hundirse pero milagrosamente no se hunde. Mete la carta en un sobre que le entrega a Carla.

—Claro que se la daré. Perdóname. Y perdona a mi hijo —dice Carla, mientras la ayuda a subir la maleta al taxi—. ¡Se enamoró de ti!

Pru se larga a reír, pero es una risa nerviosa. No se ríe, por supuesto, de Vicente. En el camino al aeropuerto piensa que ella también se enamoró de él, al menos un poco, y que la idea de no volver a verlo le parece dolorosa. Piensa que una amiga como la Jessye de antes le haría ver la insensatez de enamorarse de un chico chileno de dieciocho años y en cierto modo se alegra de ya no tener una amiga como la Jessye de antes. No sabría explicar ni negar lo que siente. Le gustaba mirar a Vicente, le gustaba hablarle y escucharlo. Mucho. Eso es todo, no hay nada más que explicar, no hay nada más que entender.

Y entonces Pru piensa en quedarse en Chile, pero su vida no es una maravillosa película mala, así que se sube al avión y a mí me dan ganas de subirme con ella y de acompañarla y de seguirla, como el perrito Ben, a todas partes, pero ahora mismo hay como un millón de novelistas escribiendo sobre Nueva York, probablemente mientras escuchan y tararean esa canción tan hermosa que dice «New York I love you / but you're bringing me down», y yo quiero leer sus sofisticadas novelas, que casi siempre me gustan, voy a tratar de leerlas todas para ver si en alguna de ellas sale Pru o alguien parecida a Pru —de verdad me encantaría subirme con ella al avión pero tengo que quedarme en territorio chileno, con Vicente, porque Vicente es un poeta chileno y yo soy un novelista chileno y los novelistas chilenos escribimos novelas sobre los poetas chilenos.

—Te he visto mil veces en mi librería, pero no nos hemos presentado, yo me llamo Sergio Parra.
—Vicente ya lo sabe y Parra sabe que lo sabe, pero a Vicente le gusta que el poeta famoso se presente de todos modos.

Acaban de retirarse de la fiesta, llevan unas cuerdas caminando juntos, Parra detiene un taxi con elegante autoridad. En el taxi le pregunta a Vicente si es poeta, y él le cuenta su historia erráticamente, como corresponde a la situación. Parra le pregunta qué hace por las tardes y él no sabe qué responder.

—Necesito a alguien —le dice Parra.

En la borrachera Vicente piensa que el poeta acaba de emprender una confesión amorosa, por lo que responde que él también necesita a alguien, que se siente muy solo. Parra se caga de la risa y le aclara que necesita a alguien para que trabaje algunas tardes en la librería y Vicente acepta encantado, esperanzado, y se baja del taxi con una sonrisa plena que le dura solo unos minutos más, porque luego recuerda que Pru sigue en la fiesta y apuesta a que Rocotto conseguirá su propósito.

Le escribe a Pru y su respuesta le parece alentadora, pero enseguida vuelve a desmoralizarse. Se va a su pieza para espiar desde la ventana del segundo piso, dormita un rato con la cabeza en el alféizar. Despierta con las voces de Pru y Rita, las ve entrar sigilosamente al cuartito. Se queda mirando, con una mezcla de rabia, desazón e impotencia, los movimientos de las sombras en las cortinas. Lo interpreta todo de forma caprichosa y equívoca.

Mientras Pru y Rita duermen como las ramas entrelazadas de árboles distintos, Vicente se dedica a conjeturar los pormenores de la escena, hasta que en medio de esa guardia penosa e inútil, al cabo de tres largas horas, se queda dormido. Carla lo despierta temprano, lo obliga a vestirse y a desayunar. Van a Providencia, ella le compra unos libros y un helado, él dice que quiere irse a la playa. Vuelven a la casa, ni siquiera es mediodía, Vicente mete como veinte libros y un poco de ropa en una inmensa mochila y parte de inmediato a El Tabito.

Durante el viaje trata de dormir un poco más. En la tele del bus pasan una película de Jackie Chan, Vicente consigue interesarse medianamente en la exigua trama. Luego hojea una antología de Antonio Cisneros:

Las mañanas son un poco más frías,
pero nunca tendrás la certeza de una nueva estación.

Le gustan esos versos, le gusta Cisneros: su desenfado, su lucidez, su mordacidad. Se distrae, piensa que aprende algo leyéndolo, no necesariamente sobre poesía. Se queda estacionado en unos poemas breves, al mismo tiempo divertidos y tristes:

Para olvidarme de ti y no mirarte
miro el viaje de las moscas por el aire

Gran Estilo

Gran Velocidad
Gran Altura.

Se cambia a un libro de Andrés Anwandter. Lee y relea estos versos durante uno o dos kilómetros:

Comienzas a escribir un poema cuyo tema es un lago profundo en esto te encuentra la noche ahora no sabrás cómo volver.

En El Tabito sus amigos no hacen más que fumar marihuana y hablar sobre los inminentes primeros días de universidad. También Vicente fuma un poco y mientras los escucha siente que los adora y que son unos tontos y que está aislado y que quiere estar lo más lejos posible de todos ellos y en ese momento no son sentimientos contradictorios. Están tan ilusionados con la universidad, parece que ya proyectaran vidas macizas, solventes, definitivas. Vicente piensa que van camino al matadero.

Por la tarde juega a las paletas hasta quedar exhausto, y poco antes de que se acabe la luz del día se acomoda en las rocas a leer *Poema de Chile*, el libro póstumo e inconcluso de Gabriela Mistral. Se queda pegado en estos versos:

—Porque algunas cosas son
a la vez buenas y malas,
tal como ocurre con hojas
de un lado aterciopeladas
y con el otro te dejan
con la palma ensangrentada.

Casi no parecen hojas,
parecen mujeres malas.

Lee varias veces esta estrofa, que le gusta y le da risa que le guste —imagina a Gabriela Mistral escribiendo ese poema despechada, después de alguna pelea con Doris Dana, busca fotos de Doris Dana en el teléfono e intenta decidir si se parece en algo, al menos un poco, a Pru. Los dos estamos enamorados de una gringa, piensa. Entonces recuerda a esa señora tan alta y canosa que se metió al cuartito con Pru y como no sabe su nombre decide llamarla Gabriela Mistral. Además tiene la idea de que Gabriela Mistral era alta. Ya es mucha gente, piensa: Rocotto, Gabriela Mistral y yo, todos enamorados de Pru.

El martes parte a Las Cruces. Llega muy temprano, en el pueblo todos saben dónde vive Nicanor, pero si tiene dudas, le dicen, unos mochileros escribieron la palabra *antipoeta* con spray rojo en la puerta del antejardín. No hay ningún auto frente a la casa, así que baja a la playa, y trata de echarse a leer, pero no le resulta: la lectura es la ocupación ideal de los que esperan, pero no para Vicente, que prefiere leer sin planes concretos en el horizonte. Cierra el libro, camina hundiendo los pies en la arena, de pronto ve una colilla de cigarro en la arena, la recoge, y luego ve otra y piensa que tiene sentido hacer tiempo de esa manera. Sigue recogiendo colillas, se

obsesiona juntándolas; las acumula en la mano y luego las mete en un cucurucho que encuentra tirado pero las sigue contando, como si tuviera que llenar un formulario informando la cantidad. Tira el cucurucho con ciento sesenta y ocho colillas a la basura y piensa que son demasiadas, aunque algunas las encontró completamente enterradas en la arena y se veían viejas, como de días, de semanas anteriores. Igualmente le parecen demasiadas, la gente ya no fuma tanto, ciento sesenta y ocho colillas son demasiadas, piensa.

Cuando vuelve a la casa de Nicanor, ya está el Beetle de Rocotto en la entrada. Se queda ahí, medio escondido detrás de unos caricaturescos anteojos oscuros. A los quince minutos ve que Rocotto sale solo, decide seguirlo. Entra al almacén, lo mira comprar el arrollado, lo sigue también al supermercado, se da una vuelta entera para encontrárselo de frente, lo que no sucede, porque a mitad del pasillo el catedrático se detiene a elegir, obedientemente, los tomates más pintones. Mientras elige también, para disimular, unos tomates, Vicente piensa que odia a Rocotto; que aunque no sea precisamente su antagonista, lo odia, lo desprecia. Ambos hacen la fila y regresan caminando casi a la par. Rocotto en ningún momento lo mira.

Vicente retoma su puesto de vigilancia. Le da hambre, lamenta no haberse comprado un Súper 8 o algo, pero se come un tomate, nunca se había comido un tomate de esa manera, como si fuera una manzana. Le parece delicioso, así que se come otro (compró seis, absurdamente). Cuando siente las voces de los visitantes despidiéndose, huye más como un ladrón que como un espía. Ya desde lejos se da vuelta y alcanza a ver la melena rubia de Pru subiéndose al auto.

Se siente muy tonto, porque no hizo nada. No tenía un plan, pensó que llegado el momento se le ocurriría algo. Le regala los tomates que le sobran a un mendigo y vuelve enseguida a El Tabito caminando por la berma de la carretera. Tarda casi dos horas, porque avanza lento, cada tanto se detiene a recoger colillas. Encuentra cuarenta y dos.

Pasa una semana echado en un camarote leyendo puros libros intensos y delgados que le fascinan y quizás también lo lastiman. Y escribe, claro. Son días nublados, las ventoleras parecen incesantes y sin embargo la playa está repleta de gente. Vicente escribe sobre eso y sobre las sonrisas involuntarias, le gustaría escribir un libro entero sobre las sonrisas involuntarias, pero se limita por lo pronto a un poema breve, narrativo y sentimental —alguien hecho pedazos, desalentado, deprimido, tal vez al borde del suicidio, en algún momento del día sonrío, porque la sonrisa es parte de la gestualidad inherente de su cara, o porque hubo un tiempo, que ahora parece lejano, en que solía sonreír, y entonces no puede, incluso si lo desea fervientemente, deshacerse de ese gesto, y lo más probable es que el momento casual de la sonrisa coincida con el momento casual en que se encuentra en la calle con alguien que le sonrío de vuelta.

Le había dicho a Carla que volvería a fin de mes, pero el segundo lunes de febrero despierta con la idea fija de recuperar su vida, y agarra sus cosas y se sube impulsivamente a un bus. Durante el viaje quiere leer y escuchar música y tal vez repasar sus poemas nuevos, pero se va mirando la carretera por la ventanilla todo el trayecto.

Cuando sale del metro descubre que está feliz de volver a casa. Camina pensando que lo primero que hará cuando llegue será ir al cuartito, no porque quiera, como le había dicho Pato, correrse una paja pensando en Pru, sino para experimentar, sin mayores dilaciones, su ausencia, o para borrar cuanto antes las huellas de su presencia. Y hasta se imagina en el trabajo más bien alegre de pasar sus nuevos poemas al computador e imprimirlos en papel celeste, pero ese

proyecto queda pendiente, todos los proyectos quedan pendientes, porque al abrir la puerta de la casa encuentra a su mamá en pelotas tirando en el sillón con:

- a) Pato
- b) Rocotto
- c) Pato y Rocotto
- d) Rita
- e) Gonzalo

(Solución en la página siguiente.)

Ninguna de las opciones corresponde a la realidad, pero todas son más verosímiles que la respuesta correcta. Porque esa tarde, al abrir la puerta de la casa, Vicente ve a Carla tirando como condenada con León.

Se visten de inmediato, pero durante unas milésimas de segundo Vicente no puede evitar la visión de ese enorme pene erecto y humedecido y el abundante vello púbico gris. La escena es cómica, pero a Vicente le parece ominosa y esa sensación va creciendo mientras sus padres, todavía a medio vestirse, tratan de explicarle que fue cosa del momento y luego tanto León como Carla intentan desviar el diálogo hacia la negativa de Vicente a estudiar en la universidad, le dicen que por eso se juntaron a conversar y que...

Vicente sale corriendo.

Carla se echa en el futón, León se lanza sobre ella para retomar el polvo. Carla lo rechaza de un empujón, él insiste, la abraza con brusquedad para demostrarle que sigue caliente. Ella le pega un rodillazo en los cocos, León se retuerce de dolor en el suelo.

—Ya, huevón, para de quejarte y ándate —le dice Carla, en involuntaria voz alta.

Él sale como ofendido, aunque con los cocos ardiendo es difícil adoptar la pose de alguien que se retira ofendido.

Carla se toma al seco un vaso de agua y piensa que está todo muy mal, pero luego va al baño y se mira en el espejo y empieza a reírse a carcajadas, porque no hay manera de justificar lo que acaba de ocurrir, y eso, en el fondo, es cómico. León llegó de repente con la excusa de mostrarle el auto nuevo y una botella de champaña y a ella le pareció todo demasiado burdo y fuera de lugar, pero como León seguía metódicamente algún caricaturesco protocolo de seducción, quiso dejarlo seguir, quiso saber hasta dónde llegaría esa intentona patética, y de pronto la distancia altiva desde la cual Carla contemplaba la escena simplemente desapareció y estaba en el sillón moviéndose encima de su exmarido y pasándolo bien. Nadie, ni sus amigas más ligeras de cascos, comprendería ese relato que a ella misma le suena inconsistente. Ni Samantha Jones me entendería, piensa Carla, con una sonrisa.

La botella sigue sobre la mesa, con la champaña ya casi desvanecida. Toma unos tragos, enciende el computador y abre una carpeta donde guarda sus proyectos fotográficos. Hace unos meses Vicente le regaló un libro de fotografías de gente leyendo y a Carla le encantó que su hijo quisiera unir los mundos de ambos. Y le fascinaron las fotos de André Kertész y desde entonces se propuso retratar a la gente que viera leyendo en el metro o en la calle, con la idea de hacer una especie de libro propio y regalárselo a Vicente de vuelta.

Mira esos archivos, esas fotos. Hay una donde un ejecutivo lee una novela de Stephen King y a su lado viaja un niño en actitud distraída disfrazado de Batman. Le encanta esa foto, porque le recuerda a Vicente a los cuatro o cinco años, cuando vivían, como ahora, solos en esa casa, y él andaba siempre disfrazado con una capa de vampiro y llevaba su espada de pirata a todas partes. Una tarde salieron apurados y el niño olvidó la espada y quiso devolverse a buscarla, pero Carla le dijo que no podían.

—Si no nos devolvemos a buscar la espada no voy a tener cómo defenderte, mamá —le dijo Vicente muy serio y medio triste.

Carla sigue mirando los archivos y bajándose la botella de champaña mientras conjetura alguna explicación decorosa o razonable que darle a su hijo. Piensa también en no explicarle nada, en refugiarse en su condición de madre. Piensa que en lugar de intentar esa explicación imposible va a imprimir esas fotos de gente leyendo para regalárselas de una vez, pero son menos de veinte y ella quiere que sean muchas más.

Luego piensa que hay una explicación que de tan obvia se ha vuelto invisible: está demasiado sola, simplemente. Entonces abre su correo electrónico y contesta el mensaje de un tipo que lleva meses invitándola a salir. Es un pretendiente que le gusta, no sabe por qué no había querido contestarle. También acepta una invitación de una compañera de oficina que no le gusta, porque nunca le han gustado las mujeres —qué tanto, piensa Carla, que en cosa de minutos agenda sendas citas para las noches del viernes y el sábado.

IV. PARQUE DEL RECUERDO

You send me your poems, I'll send you mine.

ROBERT CREELEY

Quando o senhor chegar ao hospital, será fácil saber quem eu sou: serei aquele que mais se parece
consigo.

VERONICA STIGGER

Gonzalo aprovecha las horas muertas del final del verano para mirar tranquilamente los anaqueles de la librería. Tiene ganas de comprar alguna novela larga y pasarse los últimos días de vacaciones echado en la cama junto al ventilador y unas cervezas, así que va directo a la sección de narrativa, pero en lugar de fijarse en novelas recientes o en clásicos que no ha leído se queda hojeando libros que alguna vez leyó y que lo deslumbraron.

Apenas recuerda eso, que esos libros le gustaron, le fascinaron. Quizás es raro, pero así le pasa con las novelas, con la narrativa en general: suele recordar frases aisladas o escenas puntuales y sobre todo atmósferas, de manera que si tuviera que hablar de esos libros sonaría tan tentativo e inseguro como si relatará un sueño. Por lo demás, antes leía rápido, no era su propósito memorizar nada, ni siquiera tomaba notas y tampoco subrayaba —a lo sumo doblaba la esquina de una página para señalar pasajes especialmente relevantes o hermosos, pero tampoco lo hacía todo el tiempo, porque los libros eran para él sagrados, incluso los libros malos eran sagrados. Ahora los respeta menos, ahora los subraya sin pudor y los llena de notas y de papelitos, porque leer es su trabajo. Quizás respondería eso, coquetamente, si alguien se lo preguntara: leer es mi trabajo.

Los poemas sí que los recuerda, porque la poesía está hecha para ser memorizada, repetida, revivida, invocada, evocada. Hay una pizca de ostentación cuando, en medio de una clase o de una conferencia, se le cruza en la cabeza algún poema de César Vallejo o de Idea Vilariño o de José Kozer y se lanza a recitarlo de memoria. Recuerda muchos versos, muchas estrofas, muchos poemas enteros de memoria, aunque ya no los hace pasar por propios, menos mal: esa noche lamentable y decisiva en que relleno su libro con poemas ajenos le parece tan lejana. También Carla le parece lejana. Han pasado apenas seis años desde la separación, pero siente como si todo hubiera sucedido en una vida previa o ajena. Es un tiempo que solo puede visualizar en blanco y negro. Recuerda esos años justamente como una película que ya no sabe si era buena o espantosamente mala. Una película muda, tal vez.

Ahora, cerca de los cuarenta, se siente más joven que entonces, tal vez porque está solo. Antes los demás estaban solos y él no, y ahora que él está solo los demás ya no lo están. Por eso está solo: todos los demás están con alguien, pero nadie está con él. Suena como un pensamiento autocompasivo, pero no lo es, más bien se alegra de su soledad, adora su soledad, la cuida como se cuida un amuleto que anduvo perdido algunos años y le costó trabajo recuperar. Es una soledad amable y ruidosa, poblada de gente que sale y entra de su vida por una puerta giratoria cuyo mecanismo a veces se estropea pero que por lo general funciona bastante bien.

Hojea los capítulos finales del *Ulises*, que leyó con ansiedad, erráticamente, cuando todavía vivía con sus padres, y piensa que alguna vez debería releer esa novela honestamente, de verdad dispuesto a jugar el juego. Abre un ejemplar de *La conjura de los necios* y mientras lee las cinco primeras páginas recupera las carcajadas y la complicidad y hasta le da hambre pensando en las pizzas con palitos de ajo que solía comer en su minúsculo departamento en el tiempo en que leyó esa novela, poco antes de reencontrarse con Carla. Lee la contraportada de *Al faro*, que leyó a los diecisiete años, en medio de un temporal, y recuerda haber pensado o sentido que las frases de Virginia Woolf tenían la capacidad de intensificar la lluvia. Lee los primeros párrafos de «El crimen del profesor de matemáticas», su relato favorito de Clarice Lispector, y piensa en el gélido

mesón de la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Hojea las últimas páginas de *La novela luminosa*, de Mario Levrero, que leyó de corrido, como si fuera un fulminante relato de aventuras, un fin de semana largo en que Carla y el niño andaban en la playa.

Se detiene en los cuentos de *Catedral*, de Raymond Carver: lee las primeras frases de «Parece una tontería», un relato que sí recuerda a la perfección, porque lo ha leído como cincuenta veces. Mientras su vista reconoce esas frases tan familiares, piensa que es deliciosamente absurdo leer ese relato ahí, de pie, como un estudiante sin plata, porque a las librerías se va a buscar libros que uno no ha leído o no tiene, y él tiene *Catedral* en casa, desde los diecinueve años que tiene ese libro en casa, se cambió de casa varias veces pero siempre llevó ese libro consigo, y cuando se fue de Chile partió casi sin libros pero también lo llevó y hasta lo duplicó: una de las primeras cosas que hizo en Nueva York fue comprar, en la librería McNally Jackson, la edición en inglés, y hasta se recuerda sentado frente a la fuente de Washington Square leyendo ese relato por primera vez en la lengua de Carver y pensando que, aunque las traducciones al español de España no solían gustarle nada, «Parece una tontería» le resultaba un título más preciso y más bello que «A Small, Good Thing», el título original.

Quiere leer alguna novela, algún libro de cuentos —sobre todo no quiere leer poesía, o más bien no quiere comprar un libro de poesía, porque la poesía es su objeto de estudio y no tiene ganas de trabajar, pero también hay un motivo secundario o que Gonzalo quisiera considerar secundario: no quiere comprobar que, seis años después, el ejemplar de *Parque del Recuerdo* que dejó en esa librería sigue ahí. Igual se tiente, sin embargo, y mira hacia la sección de poesía, pero el lomo blanco y delgado de su libro resulta a la distancia indistinguible entre la multitud de libros en su mayoría también blancos y delgados. Mejor así, piensa Gonzalo, mejor no saber, y se apresta a reanudar la lectura del cuento de Carver cuando se da cuenta de que el chico del mostrador lo mira fijo. Gonzalo le devuelve la mirada, le sonrío, momentáneamente despreocupado, pero cuando las frases de Carver vuelven a comparecer ante sus ojos la identidad del chico se revela en su cabeza.

No veía a Vicente desde la noche en que salió con los ojos rojos y la cara ardiendo de la casa de Carla. Fue todo tan desolador que hasta parecía conveniente o lícito o incluso legítimo irse sin mayor ceremonia que un portazo. Pero Gonzalo subió a la pieza de Vicente a despedirse; subió con la maleta, lo que era por cierto un despropósito, debería haberla dejado abajo, junto a la puerta —instintiva, tontamente, Gonzalo subió la escalera con esa maleta pesada, precipitada, mal hecha, y si bien le parecía indigno enfrentar al niño con los ojos llorosos y la certidumbre de que lloraría al hablarle, no había tiempo para preparar una escena más digna. Miró a Vicente en silencio, como fotografiándolo: la polera del Colo, los bermudas a la rodilla, descalzo, el pelo largo y medio ondulado, y unas pelusas huachas en la cara —el prospecto de unos bigotes y de una barba por el momento imposibles. Vicente estaba sentado en el suelo jugando con unos legos, era una imagen extemporánea, porque a sus doce años por supuesto que llevaba muchísimo tiempo sin jugar con los legos, pero cuando abajo arreciaron los gritos agarró una vieja caja de plástico que estaba en el fondo del ropero y encontró esas piezas multicolores —jugar con los legos era en realidad la ocupación perfecta para aguantar ahí encerrado esa escena inesperada. Oía los gritos y el inédito llanto de hombre adulto y le parecían tan irreales como las arrebatadas frases que no quería escuchar pero escuchaba. Algo armaba Vicente con los legos —un indeciso rascacielos o

el abultado tronco de un árbol sin follaje— pero también miraba el piso flotante mal puesto, un poco ladeado, que le daba al suelo el aspecto de un rompecabezas completado a la fuerza. No estaba triste ni tenía miedo. Por lo pronto, lo único que esos gritos significaban con claridad era que no podía bajar, que no podía aparecer sin más a buscar un vaso de leche con chocolate o una barrita de cereal. Luego, movido por el deseo de hacer legible el pasado, más o menos inventó que había presentado la separación, que era obvio que las cosas entre su madre y Gonzalo no daban para más, pero no era cierto: entendía que algo pasaba, algo tal vez grave o inusual, y sin embargo esa noche ni siquiera era capaz de conjeturar el capítulo siguiente.

El niño intuyó la presencia de Gonzalo, adivinó que lo miraba a dos metros de distancia y parecía que evitaba mirarlo de vuelta pero más bien temía que al levantar la vista su padrastro no estuviera ahí, porque a veces sentimos con total seguridad la presencia de alguien y levantamos la vista y resulta que no hay nadie y es tan decepcionante. Cinco segundos más tarde comprobó que Gonzalo en efecto estaba ahí y que también estaba su maleta, y Vicente de golpe, al mismo tiempo, lo entendió todo y no entendió nada.

Entonces el padrastro dijo algo que es difícil consignar aquí sin mayores precisiones; hace falta imaginar el ritmo lento, ceremonioso de la frase, que era una pregunta y una confirmación, quizás más una confirmación que una pregunta:

—Me voy, Vicho, pero tú sabes que siempre vas a poder llamarme y que yo siempre voy a estar ahí, que siempre voy a ser tu padrastro.

Debería haber empezado con balbuceos, debería haber aterrizado en alguna imagen que le permitiera avanzar de a poco hacia las frases radicales y cálidas, compatibles con el recuerdo, que hervían en su cabeza. Pero era como si hablaran lenguas distintas. Gonzalo hablaba una lengua que constaba exclusivamente de frases finales, una lengua que hacía daño, una lengua oscura y deletérea, mientras que Vicente hablaba una lengua incorrupta, de palabras vacilantes y vivas, de frases tentativas que empezaban y continuaban indefinidamente.

Lloraron los dos, abrazados, tres minutos enteros, sin decir palabra. Gonzalo le dio un beso en la mejilla derecha, que fue uno de los pocos besos en la mejilla que hubo entre ellos en los años que vivieron juntos, porque los padres besan las mejillas de sus hijos varones todo el tiempo pero los padrastros solo lo hacen para los cumpleaños o para el Año Nuevo o cuando regresan de un viaje largo o cuando se van por un tiempo largo, en este caso para siempre.

«Había una ventana iluminada, pero a demasiada altura para que pudiera verse el interior.» Gonzalo se concentra en esa frase de Carver, o mejor dicho se refugia, se esconde en ella: el libro es un antifaz, y esa frase cualquiera, elegida al azar, es el elástico que fija el antifaz. Recuerda casi todo de ese relato, sería capaz de resumirlo con detalle y de citar frases textuales en español y en inglés, pero esa frase en particular le parece nueva, lo que no tiene nada de raro, porque no es, en sí misma, una frase memorable, y quizás por eso, porque no significa nada preciso, le sirve de coartada para ganar unos segundos escondido tras el libro. Ha decidido acercarse, o ni siquiera lo ha decidido, es necesario, es natural, sería imperdonable que no lo hiciera, y sobre todo tiene ganas de hacerlo, muchas ganas, pero necesita el refugio momentáneo en esa frase cualquiera; necesita quizás respirar a través de esa frase cualquiera para luego hacerlo bien, suponiendo que exista una forma de hacer bien lo que viene. (¿Y qué sería, en este caso, hacerlo bien? ¿Reconocer que antes, que siempre, que durante toda la vida lo hizo todo mal?)

Al entrever que Gonzalo se acerca, Vicente quiere mantener la mirada no en el suelo sino en la superficie que se interpone entre sus ojos y el suelo, que no es un libro sino el mesón con el talonario de boletas y la terminal de Redbanc, pero levanta la vista y sonríe con cruda honestidad. El breve abrazo empieza torpemente, porque en medio está justamente el mesón. Vicente se pone de pie y contribuye a que el abrazo sea menos extraño.

—Así que ustedes se conocen —dice Sergio Parra, que viene llegando.

Ni Gonzalo ni Vicente recuerdan en ese momento el episodio con la cajera del supermercado; ninguno de los dos piensa que en estas circunstancias la mejor respuesta y al mismo tiempo la peor, la respuesta perfectamente paródica, tan oportuna como cruel, sería repetir la frase que Gonzalo le dijo a la cajera del supermercado: somos amigos.

—Nos conocemos hace muchos años —dice Gonzalo, en cambio.

—Muchos —agrega Vicente, con un hilo de voz ronca, como si acabara de despertar.

Gonzalo piensa en la voz de Vicente; piensa que si hubiera escuchado esa voz en otro lugar la habría reconocido. Es un pensamiento confuso, no conoce la voz adulta de Vicente, o más bien acaba de conocerla.

Parra nota la tensión, sabe que acaba de interrumpir algo. Sale a fumar para que Gonzalo y Vicente conversen y mientras fuma mira la vitrina de la librería como si fuera nada más que un cliente curioso. No siente que Gonzalo sea alguna clase de amenaza, pero quiere que en cualquier caso Vicente se sienta protegido.

Se comportan como dos tímidos y cordiales embajadores de países distantes. Gonzalo le cuenta que regresó a Chile hace un par de meses y que pronto empezará con sus clases en la universidad. Vicente le dice que terminó el colegio y le habla de su negativa a seguir estudiando y de su interés por la poesía. Al saber que su hijastro o exhijastro escribe poemas, Gonzalo siente como una puntada o un estremecimiento que no sabría si describir como una sacudida de calidez o un escalofrío. Compra el libro de Carver como si no lo tuviera y por un segundo piensa en regalárselo a Vicente, pero no lo hace, porque es raro regalarle a un vendedor lo que acaba de venderlos, aunque por supuesto los libros no le pertenecen a Vicente, que es nada más que un empleado —un empleado que hace su trabajo: recibe el dinero y pone el libro en una bolsa que le entrega, junto a la boleta y el vuelto, al comprador.

Antes de irse, en el tono demasiado amable de una sugerencia, Gonzalo lo invita a sus clases, le dice que empiezan en dos semanas, que quizás eso puede servirle para tomar una decisión. Él asiente con una ligeramente impostada sonrisa de niño bueno. Gonzalo anota en el reverso de la boleta su correo electrónico, que es el mismo que Vicente conoce desde hace años, y su número de teléfono. Agrega que de todos modos, cuando quiera, se tomen un café. Vicente responde que sí, que encantado, que cualquier día. No hay un abrazo de despedida ni un beso en la mejilla, solamente un desangelado apretón de manos.

En Nueva York se acostumbró a caminar grandes distancias. Uno o dos días cada semana, en lugar de tomar el metro, caminaba una hora y media desde la pieza que arrendaba en un brownstone de Carroll Gardens hasta la universidad. Al volver a Chile conservó esa costumbre. Le gusta sentir las distancias reales, incluso el cansancio le resulta placentero, un placer que incluye la satisfacción del tiempo perdido: mientras los demás avanzan automáticamente, sumidos en la callada furia de un lunes eterno, él puede perderse mirando, pensando, callejeando. Y le gusta saber que desde su nuevo departamento, cerca de la Plaza Ñuñoa, hasta el centro de Santiago, también hay una hora y media. A veces, caminando por Irarrázaval, imagina que se acerca al puente de Brooklyn y se siente idiota y extranjero y le da risa, porque en Santiago no es, no podría nunca ser un extranjero, al contrario: mira los edificios nuevos y horribles que encuentra a su paso como quien advierte cambios feroces en su propia piel; como quien inspecciona moretones y cicatrices en sus propias piernas y brazos.

Esta tarde, en todo caso, caminar es más una necesidad que un ejercicio o un pasatiempo: avanza a una velocidad imprecisa, como si buscara una dirección, como si quisiera detenerse pero no supiera dónde, como si la ciudad fuera nueva o él fuera nuevo; se queda pegado en las esquinas, como si no comprendiera del todo el funcionamiento de los semáforos.

Quizás existe una palabra para designar lo contrario del duelo, lo que se siente no después de que alguien muere sino cuando reaparece; lo que se siente cuando de súbito recuperamos a alguien que había permanecido ausente hasta de nuestros sueños. Palabras como *renacimiento* o *resurrección* son tan inadecuadas, porque lo que Gonzalo siente es más complejo, más específico: lo contrario del duelo coexiste con el duelo, es algo así como una alegría elegíaca. Por lo demás, es él quien acaba de reaparecer, aunque tienda a pensarlo a la inversa, como si Vicente fuera el recién llegado. Vicente siempre estuvo: el que se fue, el que lo abandonó, fue Gonzalo; el que ahora regresa es Gonzalo.

—Yo no desaparecí, a mí me echaron, yo no era el padre, yo era nada más que el padrastro — dice en voz alta, mientras camina.

Extraña eso de Nueva York, había tantos locos hablando solos en las calles que tomó la costumbre de echar él también unas palabras al viento, sobre todo en esas caminatas largas: de pronto decía una frase y nadie lo miraba y hasta alcanzaba a saborear el español, que le sonaba tan exuberante, tan vivo, tan genuino. No sabe si en Santiago hay menos locos o los locos chilenos son menos expresivos, más ensimismados. Se distrae pensando en eso, pero es una distracción falsa, autoinducida. Quiere evitar a toda costa que emerja en su cabeza la figura de su abuelo; se repite, como si necesitara recapitularlo todo para entenderlo, que no hay casi puntos en común, porque ese viejo de mierda abandonó a cada uno de sus numerosos hijos mientras que Gonzalo no tiene hijos y tampoco es posible acusarlo de haber abandonado a ese no hijo o hijastro o exhijastro que tuvo (ni siquiera está claro que pueda decirse que lo tuvo, al menos no de la manera en que un padre «tiene» un hijo), porque no lo abandonó, porque a él lo echaron. Tampoco me parezco a mi propio padre, piensa Gonzalo —a su padre que nunca lo abandonó, que siempre estuvo ahí, que sigue ahí, algo que nunca le ha agradecido y probablemente nunca le agradecerá.

—Soy alguien que estaba perdido y que regresó —dice en un susurro, no quiere hablar tan

fuerte, porque en Santiago la gente sí que mira a los locos que hablan solos en la calle—. Soy alguien que acaba de regresar después de una desaparición forzada.

Pero no es cierto, porque él eligió perderse. Eligió perderse y lo consiguió. Le gustó perderse, lo pasó la raja perdiéndose. Consiguió perderse, triunfó. Consiguió abandonar, triunfó. Consiguió olvidar, triunfó.

—Ven a mi clase, ven a verme a mi clase —dice ahora, de nuevo en voz alta; quiere revisar la frase, imaginar lo que escuchó Vicente, imaginarlo escuchando, recibiendo sus palabras—. Ven a verme a mi clase. Te abandoné, pero ven a ver lo buen profesor que soy.

Ya es de noche cuando llega al departamento. Abre la puerta como si tuviera prisa, como si regresara nada más que diez segundos a buscar el pasaporte o a apagar la calefacción. Pero no tiene prisa alguna y aunque toma cuatro vasos de agua seguidos tampoco tiene sed. El departamento consta de dos espaciosos ambientes y es bastante adecuado para una persona sola, aunque la acumulación de libros y especialmente de cajas le otorga al lugar un aire a almacén o a bodega. Las cajas, selladas con cinta adhesiva, son alrededor de veinte, y hay también unas pocas entreabiertas. Debería haber comprado unos libreros de una vez, pero prefirió dilatarlo todo, como si aún estuviera llegando, instalándose, tanteando terreno.

Una inmensa maleta llena de zapatos y ropa de invierno funciona como mesa de centro, sobre la cual hay veinte o treinta libros apilados y un florero vacío. Gonzalo se prepara un té y se lo toma rápido, sin saborearlo, como se toma un remedio. Son recién las ocho y media y sin embargo siente que no podría leer ni ver tele, que el día ya terminó. Igual trata de leer un libro cualquiera pero enseguida empieza ahí mismo, en la primera página, como si no tuviera tiempo para buscar una hoja en blanco, una operación matemática tan sencilla que podría resolverla de memoria — quiere demorarse, ir paso a paso, desde que estaba en el colegio que no hacía a mano un cálculo aritmético.

$$6: 18 = x: 100$$

y enseguida

$$600 = 18x$$

y enseguida

$$x = 600: 18$$

y finalmente

$$x = 33,333333$$

33,333333 es el porcentaje de tiempo que Vicente vivió con Gonzalo —«un tercio de su vida», murmura Gonzalo, que no calcula la cantidad de tiempo de su propia vida que pasó junto a Vicente (15,39 por ciento). Luego repara en que es un cálculo erróneo, porque no vivieron juntos

desde el principio, y enseguida piensa que tal vez Vicente ya cumplió los diecinueve años —está seguro de que cumple años en marzo pero no recuerda si el 3 o el 30, y hoy es 3, de manera que quizás su cumpleaños era, es hoy. La posibilidad de que el reencuentro haya coincidido con el cumpleaños de Vicente le parece a Gonzalo atroz, y no solo porque olvidó felicitarlo sino también porque esa coincidencia lo convertiría a él, a su aparición, en una suerte de sorpresivo e incómodo regalo de cumpleaños.

Pero no, el cumpleaños de Vicente es el 30 de marzo, lo recuerda ahora con certeza, su familiaridad con el 3 de marzo se relaciona con el terremoto de 1985 —piensa en ese terremoto, cuando él tenía nueve años, y entonces le viene a la memoria un terremoto harto peor, el de febrero de 2010, que él no vivió porque estaba en Nueva York, durmiendo —se levantó a las nueve, desayunó unos hotcakes en el diner de la esquina, recién a la segunda taza de café se le ocurrió mirar el teléfono y al ver las numerosas llamadas perdidas de sus amigos y de sus padres le escribió de inmediato a Vicente, que no le contestó. Unas horas más tarde recibió una desoladora respuesta de Carla, que no quisiera recordar, pero igual abre el computador pensando en releer ese mensaje —teclea la contraseña muy rápido, sin pensarlo, porque no pensamos mucho cuando tecleamos una contraseña, ya nos acostumbramos al movimiento frenético de los dedos sobre el teclado:

Hay que cambiar la contraseña cada cierto tiempo, por seguridad, aunque mucha gente, quizás la mayoría de la gente, se mantiene fiel a alguna fórmula, porque el temor a olvidar la contraseña es aún mayor que el temor a un fraude electrónico o a un robo. Los expertos aconsejan usar claves que combinen mayúsculas, minúsculas, números y signos, y por supuesto es importante que no haya datos personales, que no sea posible adivinar las asociaciones que llevaron a la creación de la contraseña. Desde esa perspectiva, la contraseña del computador de Gonzalo, que también es la de su correo electrónico y que sirve de base a las de sus cuentas de iCloud, Netflix y Spotify, es perfecta:

..VicentE50

Los expertos recomiendan no usar los nombres de los hijos o de los familiares para la contraseña, pero no dicen nada sobre los nombres de los hijastros y mucho menos sobre los nombres de los exhijastros. Igual es heroico que esa contraseña haya sobrevivido todos estos años, a pesar de los periódicos ajustes, porque la contraseña original era vicente26 (el número aludía a la camiseta de Humberto Suazo en Colo Colo) y luego, cuando hubo que cambiarla, fueron apareciendo las mayúsculas y los puntos y hubo también que cambiar los números. Es una contraseña del pasado, una sobreviviente de las contraseñas, seguro que con el tiempo seguirá mutando y la referencia al nombre de Vicente se perderá del todo. Y es tristísimo que Gonzalo la digite automáticamente justo esta noche. Es tristísimo que escriba el nombre de Vicente sin darse cuenta. Es tristísimo que vea nada más que once asteriscos.

Son pocas las personas que asociarían el nombre de Vicente a los datos personales de Gonzalo, aunque igual, hasta hace no mucho tiempo, solía revelar a las personas que iba conociendo la existencia y la importancia de Vicente en su vida, una importancia que a la luz de

los hechos parece discutible, hasta da la impresión de que les hubiera hablado a sus esporádicas novias sobre Vicente para demostrarles que alguna vez había sido algo así como un padre; hasta parece que hubiera usado la existencia de Vicente para anunciar o implicar o proclamar que no era uno más de esos solteros alegremente empantanados en una adolescencia perpetua, en una caricaturesca inestabilidad —uno más de esos treintañeros que caminan por el Village creyéndose protagonistas de alguna novela más o menos buena o de alguna encantadora película independiente.

Decía por entonces que tenía un hijastro con quien seguía en contacto, y era la verdad, aunque el contacto era escaso, quizás no por voluntad de Gonzalo, que lo intentaba. En realidad era excesivo decir, aunque solo fuera a la pasada, que estaban en contacto: lo correcto hubiera sido explicar que no quería perder del todo el contacto, que se resistía a desaparecer completamente. Su muy simplificada versión de la historia era esta: la madre del niño había desintegrado esa familia (lo decía con tino, midiendo sus palabras, pero lo decía). Como se mostraba dispuesto a contestar todas las preguntas —a veces era evidente que quería, incluso que necesitaba hablar del asunto—, solían preguntarle si extrañaba al niño y decía que sí y no mentía: lo extrañaba, de hecho, mucho más de lo que extrañaba a Carla, a quien había conseguido demonizar y olvidar.

—No podés llamarlo exhijastro —le dijo una noche Flavia, una antropóloga argentina con la que a veces salía.

Estaban en un bar de Harlem, tomando vino tinto.

—¿Y cómo le digo?

—Es tu hijastro y ya está. Era tu hijastro y sigue siendo tu hijastro. ¿Nunca quisieron tener otro hijo?

—Sí —dijo Gonzalo—. Ella perdió uno.

—¿Un hijo tuyo?

—Bueno, no alcanzó a ser un hijo.

—Pero ¿era tuyo?

—Sí.

—Entonces vos también lo perdiste al hijo, Gonza. No sabés hablar.

Gonzalo iba a replicar que le parecía ilegítimo arrogarse el protagonismo, pero no lo hizo, le encontró la razón, él también había perdido ese hijo. Nunca lo había pensado de esa manera. Nunca se había pensado a sí mismo como alguien que había perdido un hijo. Se fueron al departamento de Flavia, era un viaje largo, en metro y a pie, hasta Bushwick.

—¿Y, chilenito, querés coger o no? —dijo ella cuando entraron a su habitación.

A veces se acostaban, a veces no, llevaban un tiempo en ese juego. Esa noche se echaron en la cama y se dieron unos besos mientras se quedaban dormidos. Cuando despertaron ambos sabían que no volverían a verse.

Esa fue la única vez que Gonzalo habló de su hijo perdido. A partir de entonces cambió su respuesta, también: cuando alguien le preguntaba si tenía hijos, Gonzalo ya no mencionaba a Vicente —respondía simplemente que no, y al hacerlo sentía una amargura que tardaba en disiparse; una amargura que se prolongaba y se proyectaba a la sensación de que había mentado, de que sí tenía un hijo y ese hijo no nombrado era Vicente y sin dejar de ser Vicente era también el

hijo perdido. Con el tiempo la amargura comenzó a durar menos, quizás lo que tardaba en despacharse el primer whisky, y también la sensación física fue perdiendo intensidad hasta convertirse en una puntada ligera que duraba lo que dura una tos. La puntada nunca desapareció del todo: incluso ahora, cuando le preguntan si tiene hijos, la puntada, la tos, reaparece.

Los meses anteriores al viaje a Nueva York hubieran debido servir para bosquejar una nueva relación con Vicente, probablemente Carla hubiera aceptado algún acuerdo temporal de visitas, pero Gonzalo desperdió ese tiempo totalmente. Se sentía herido y decepcionado, pensaba que Carla era la mujer más tonta del mundo (evitaba nombrarla, pero cuando no quedaba más remedio la llamaba «la mamá de Vicente» o a veces simplemente «la tonta»), y extrañaba al niño de muchas maneras: echaba de menos, en especial, la constante sensación de juego, la posibilidad de lanzarse a cantar o a contar chistes en cualquier minuto, la abrumadora alegría de ser importante para alguien.

Intentaba odiar a la mamá de Vicente y se proponía ensayar con el niño una relación como de amigos, como de hermanos, y sin embargo durante esos meses se escudó en la manifestación de sus heridas y acabó perdiéndose en el cerceado diálogo con amigos indulgentes que estaban muy lejos de entender nada, tal como él mismo estaba muy lejos. Luego, durante todo el tiempo que estuvo en Nueva York, Gonzalo nunca quiso volver a Chile: juntaba plata para viajar por Estados Unidos y fue también a congresos en Marsella, en Salamanca, en Berlín, y hasta anduvo más cerca de Santiago, en São Paulo y en Lima —habría sido fácil, piensa ahora, pagar un pasaje desde Lima para pasar unos días en Santiago y al menos tomar un helado con Vicente.

Debería darse cabezazos contra la pared, de repente hace bien, no siempre está contraindicado, de vez en cuando es lo correcto, lo sensato, pero en cambio está en el suelo, con el laptop en las piernas, revisando su correo, buscando algún atajo, alguna coartada. No renuncia todavía al método, a la secuencia, al relato: busca mensajes en su correo como si en ellos pudiera hallar respuestas a preguntas que ni siquiera se ha molestado en formular, porque sabe que serían insulsas, maniqueas: soy bueno o soy malo, cambié o no cambié, me eché a perder o no me eché a perder.

Lee los mensajes largos y divertidos que le escribía a Vicente desde Nueva York, y relea las respuestas esporádicas y por lo general lacónicas y elusivas del niño. Se detiene en el mensaje que Vicente le escribió después de la muerte de Oscuridad. Eran solamente unas líneas, escritas con enternecedora formalidad, ensayando la distancia de los mensajes serios:

Estimado Gonzalo, esta mañana murió la Oscu, la atropellaron, la enterramos en el jardín, te aviso porque sé que la querías mucho.

Enseguida relea cuarenta veces el mensaje que no escribió Vicente sino Carla desde la casilla de Vicente, unas horas después del terremoto:

Hola, espero que esté todo bien en tu vida.

Supe que le escribiste a Vicente para preguntarle cómo nos había ido con el terremoto.

Estamos bien. No pasó nada. Parecía que se acababa el mundo, pero la casa aguantó sin problemas. Es una mierda todo aquí, sobre todo en Concepción, pero supongo que ves CNN.

Por favor, te digo esto muy en buena onda, no le escribas más a Vicente. Para qué seguir fomentando confusiones.

Te mando un abrazo, cuídate, C.

Lee también la respuesta que él le envió a Carla, que es el último mensaje de toda la serie:

Ok.

¿Se puede releer un mensaje que consta de una sola palabra? ¿Puede decirse que alguien *relee* una y otra vez una sola palabra, como si fuera necesario posar la vista en ella, como si fuera imposible nada más que recordarla? Parece que se puede, porque eso es lo que Gonzalo hace ahora: relea cincuenta, cien, doscientas veces la palabra *ok*.

Sueña que está en el Sit & Wonder, un café de Crown Heights donde solía juntarse con su amigo James Hey, quien de pronto aparece y se sienta con naturalidad enfrente, sin saludar a Gonzalo, como si volviera del baño. Enseguida un tipo de casi dos metros y barba de chivo se les acerca y les pregunta la edad. Ellos se ríen, creen que el tipo quiere saber sus nombres. El tipo aclara que no le interesan sus nombres sino sus edades. James dice que tiene treinta y cinco años, pero a Gonzalo le cuesta muchísimo más responder. Soy más joven que viejo, pero de ninguna manera joven, realmente joven, piensa Gonzalo, como si leyera las pistas de un crucigrama. El tipo sigue esperando la respuesta. Más de treinta, menos de cincuenta, piensa Gonzalo enseguida. Soy más joven que mi padre y más viejo que mi hijo, responde al fin y en el sueño la frase no es absurda, sino casi luminosa, como una revelación.

—Tengo treinta y ocho años —dice al despertar.

Quizás lo dice todavía en el sueño, dormido: es un grito, son las cinco de la mañana. Se levanta y piensa en los significados obvios del sueño, pero también piensa que los significados de los sueños nunca son obvios. Mientras toma café copia la frase en un cuaderno e intenta un poema:

Soy más joven que mi padre
Soy más viejo que mi hijo
Y en mi pecho una camisa
Se desmancha con la lluvia.

Hacía años que no intentaba escribir poesía, tal vez por eso se siente ridículo y deja el borrador a medias. Unas horas más tarde parte al Homecenter, donde compra seis estantes altos de madera aglomerada, no muy elegantes ni resistentes. Paga el flete de una camioneta cuyo conductor es un veinteañero taciturno y amable que se llama Mirko. Su cara le resulta familiar, piensa que le recuerda a Vicente, al nuevo Vicente: quizás la forma del cuerpo o los ojos tan grandes, los rulos indecisos en el pelo. Le pide que lo ayude a armar los muebles y entre los dos terminan el trabajo en menos de dos horas. Piden unas pizzas, toman cerveza. Gonzalo le propone que, por unos pesos más, le ayude a ordenar los libros. Mirko dice que tiene que irse, pero igual lo ayuda con las primeras cajas.

—¿Te obligó tu polola? —le pregunta Mirko.

—¿A qué?

—A ordenar.

—No tengo polola —responde Gonzalo—. Se me ocurrió ordenar los libros nomás, no sé por qué.

—¿Y cómo los ordenas?

—Por género —dice Gonzalo—. Pero no por sexo, por género literario.

—Por supuesto que entiendo —dice Mirko—. Poesía, novela, cuento, ensayo. ¿Crees que porque trabajo haciendo fletes soy un ignorante?

—No pensé eso, perdona.

—Si los clasificaras por sexo, en todo caso, no tendría sentido —dice Mirko—, porque tienes casi puros libros de hombres.

—Antes se publicaban casi puros libros de hombres, por suerte eso está cambiando —dice Gonzalo—. Supongo que en todas las bibliotecas personales pasa lo mismo. Incluso en las bibliotecas de lectoras mujeres.

Lo que dice es lo que piensa, pero suena a discurso elaborado, ensayado, estudiadamente categórico. Mirko mira a Gonzalo con renovada distancia, con ironía.

—Tranquilo, profe —le dice—. ¿De verdad no te acuerdas de mí?

—No —admite Gonzalo, sorprendido—. ¿Nos conocemos?

—Fui tu alumno un semestre entero.

—¿Cuándo? —pregunta Gonzalo, con incipiente entusiasmo.

—Hace caleta de años.

—¿Cuándo? —insiste Gonzalo—. ¿Hace diez años, algo así?

—Casi diez años, el 2005. Fue el único semestre que estuve en la universidad.

—Y no pudiste seguir pagando la carrera —dice Gonzalo, en el tono de quien ha escuchado mil veces la misma historia.

Mirko asiente.

—¿Eran buenas mis clases? Dime la verdad.

—La verdad es que no me acuerdo.

—Por si acaso eran malas, te voy a dar algunos libros.

—Pero no vas a darme los que yo quiero. Vas a darme los malos, los que te sobran. Dame la propina nomás, mejor.

—¿Y cuál libro quieres?

—El que te duela más —dice Mirko, sonriendo—. Tu libro favorito.

Gonzalo le regala entonces la flamante edición de *Catedral*.

—Pero este libro está nuevo —dice Mirko.

—Es nuevo, pero tengo otro, no me duele tanto.

—Eran buenas tus clases —dice Mirko, inesperadamente.

—¿O sea que sí te acuerdas?

—Era la única clase que me gustaba —dice Mirko, con la voz seca, neutralizada, como evitando cualquier atisbo de emoción—. Eras como yo, de Maipú, a veces hablabas de Maipú. Eras como un hermano mayor. Lo sabías todo, sabías explicarlo todo, hasta los poemas más extraños, con palabras simples.

—Gracias.

—No deberías hacer clases en una universidad —agregó Mirko, que tartamudeaba un poco—. Deberías ser profe de niños de cuatro, de cinco años, en Maipú. Eso tendría sentido.

—Me gustaría —dice Gonzalo, que está sorprendido y no miente aunque se siente frívolo.

Conversan un rato más. Mirko tiene que irse, se resiste a aceptar la propina, pero finalmente la acepta y se va.

Gonzalo se echa en el suelo como si intentara curarse un dolor de espalda y dormita una hora entera antes de reanudar su labor. Limpia los libros con un paño de cocina y también los sacude,

por si tuvieran algo dentro. Procede con robótica indiferencia, pero a medio camino comprende que busca algo, que la necesidad súbita de ordenar la biblioteca obedece al deseo de encontrar, en esos libros, papeles, documentos, fotos, sobre todo fotos. Encuentra algunas de Carla —tomadas por Carla: cuando empezó a estudiar fotografía era común que le regalara los ejercicios de los que se sentía satisfecha y Gonzalo guardaba esas fotos entre los libros, inspirado por asociaciones vagas o literales: una mariposa en *Habla, memoria*, de Nabokov; un chincol aterrizando en una rama en *La ola muerta*, de Germán Marín; unas nubes extrañas y demasiado blancas en *Ciudad gótica*, de María Negroni; un hombre en short y polera en la fila de un banco en *Bartleby y compañía*, de Enrique Vila-Matas; el mar reflejado en unos anteojos de sol en *El bello verano*, de Cesare Pavese; una mosca solitaria en *Escribir*, de Marguerite Duras; una novia arreglándose el vestido en *La nueva novela*, de Juan Luis Martínez; una esquina de Providencia embellecida por las flores del jacarandá en *Cartas para reinas de otras primaveras*, de Jorge Teillier.

No busca esa clase de fotos, lo que quiere es el registro más casual de la vida cotidiana — quiere recuperar imágenes de Vicente jugando con Oscuridad en el patio o soplando las velas de la torta de cumpleaños o caminando por el parque; quiere, sobre todo, recuperar las tardes de aburrimiento de repente animadas por la tentación de posar ante la cámara, ante el futuro; esa temeraria seguridad, esa apuesta ciega y audaz por un futuro compatible con el presente.

Carla andaba con la cámara al cuello todo el tiempo, eran una familia, por así decirlo, ampliamente documentada, Gonzalo no se convence de que todas las fotos se perdieran —estaba seguro de haber guardado al menos algunas, pero ahora admite que también es posible que antes de partir las haya tirado a la basura. Recuerda haber tirado cosas a la basura, es posible que por despecho o en un raptó de indolencia haya querido deshacerse de esos recuerdos familiares. Habría sido fácil, habría sido incluso correcto recortar a Carla de esas fotos y echarla a la basura, como una lámina repetida de un álbum de la infancia, pero conservando a Vicente. Podría haberse recortado él mismo de las fotos, haberse tirado a la basura, haberse triturado o quemado, pero conservando a Vicente. Se concentra en esa escena imprecisa, conjetural: él quemando, tirando fotos, como quien se deshace de abundante evidencia, tal vez la mañana en que armó esas cajas y las dejó en el entretecho de la casa de sus padres.

Cuando ya casi ha terminado de ordenar sus libros Gonzalo encuentra, entre las páginas de un poemario de Wisława Szymborska, una foto de la gata Oscuridad, con su dentadura completa:



Carla intentó tomar esa foto tantas veces que llegó a pensar que era imposible, pero persiguió a la gata hasta lograr que mirara a la cámara de frente —es una pose resignada, como para la foto del pasaporte o de la ficha policial, su mirada atónita e inocente comunica tal vez una cierta decepción.

Lee «Un gato en un piso vacío», el poema de Wisława Szymborska marcado con esa foto, y luego se acuerda de «Gato negro a la vista», el poema de Gonzalo Rojas (del verdadero Gonzalo Rojas). Lo busca y se dispone a releerlo, aunque no está seguro de que le guste, y en medio del hojear se encuentra con otro poema, «Crecimiento de Rodrigo Tomás», que el poeta le dedicó a su hijo de tres años, y se queda paralizado ante estos versos que ya conocía pero que solamente ahora, bajo la amenazante claridad del presente, aísla y absorbe:

Te di para tu libertad la nieve augusta y el lucero.
Yo fui tu centinela que te veló en el alba.
Aún me veo, como un árbol, respirando para tus nacientes pulmones,
librándote de la persecución y el rapto de las fieras.
Ay, hijo mío de mi arrogancia,
siempre estaré en la punta de ese paisaje andino
con un cuchillo en cada mano para defenderte y salvarte.

¿Habría defendido él a Vicente, con un cuchillo en cada mano? ¿Lo habría dado todo para salvarlo, para protegerlo? Claro que sí, se responde. Lo hizo, en cierto modo, se dedicó a criarlo, a cuidarlo, y sin embargo luego dejó que el tiempo y la distancia hicieran su trabajo. Aún lo defendería, aún pondría el pecho para atajar una bala, aún preferiría morir él, morir por Vicente, sacrificarse. ¿O no?

Recuerda el cuento de Carver, y el juego de coincidencias y asimetrías lo marea y entristece aún más. Piensa en llamadas telefónicas, en gente solitaria horneando pasteles o llorando en la ducha, en niños agonizando, en padres dormitando en la sala de espera de una clínica. Si Vicente muriera, si hubiera muerto, o si lo hubieran atropellado y agonizara, como el niño del cuento de Carver, ¿Gonzalo habría tomado un avión? ¿Habría volado ocho mil y tantos kilómetros a Santiago? Y si hubiera viajado, ¿qué habría hecho, además de llorar? ¿Y cómo habría sonado su llanto? ¿Un llanto prudente, avergonzado, un llanto de personaje secundario? ¿O uno desgarrador y honesto, que competiría en decibeles con el llanto de la madre y de los abuelos y de los amigos? ¿Un llanto como de pose, una pose como de llanto? Él le habría donado a Vicente un pulmón, un riñón, el hígado, por ejemplo, claro que sí. Se lo habría dado, ahora mismo se lo daría, y quizás sería una buena manera de pedirle perdón, una manera incuestionablemente concreta. Te pido perdón, te doy un riñón.

Hay gente que en momentos de desesperación agarra la Biblia o el I Ching o *El libro tibetano de los muertos*. Gonzalo hace lo mismo pero con poemas. Busca poemas, en realidad ese es su trabajo; si tuviera que definirlo con precisión, si tuviera que explicarlo honestamente, diría que su trabajo consiste en intentar comprender el mundo a través de los poemas que escribieron otros. Por eso necesitaba ordenar la biblioteca: el orden alfabético le proporciona certeza, familiaridad, sosiego. Es bueno saber, por ejemplo, que archivado en la L de Lihn, Enrique está el libro donde figura este poema:

Nada se pierde con vivir, ensaya:
aquí tienes un cuerpo a tu medida.
Lo hemos hecho en sombra por amor a las artes de la carne
pero también en serio

pensando en tu visita como en un nuevo juego gozoso y doloroso;
por amor a la vida, por temor a la muerte y a la vida,
por amor a la muerte
para ti o para nadie.

Luego da con un poema de Matías Rivas en que un padre atribulado y autocrítico le pide perdón a su hijo, y enseguida pilla otro de Fabio Morábito en que un hombre, con persuasiva ternura, acepta sombríamente que su hijo ya es demasiado grande para jugar al caballito, porque sus pies ya tocan el suelo. También lee «A Prayer for My Son», de Yeats, «Catalina Parra», de Nicanor Parra, «El dios de los mamíferos», de Pedro Mairal, «Imagen y semejanza», de Germán Carrasco, «Universal Father», de Julián Herbert, y fragmentos de «Vas a ser padre», de Henri Michaux, y de «El paseo», de Silvio Mattoni.

Lee esos poemas como postulando al lugar imposible del padre, del padre de un hijo doble, mitad abandonado y mitad muerto. No sabe si exagera o disimula. No sabe si adultera o no sus antecedentes. Postula, eso está claro. Llena formularios, construye una imagen de sí mismo, una ficción que, al igual que todas las ficciones en la historia de la humanidad, está basada en hechos reales. Algo sabe de italiano, por ejemplo, muy poco, pero podría mantener una conversación, podría intentar leer algún poema de Valerio Magrelli, o al menos *La Gazzetta dello Sport*, por eso no se pone nervioso cuando, en el momento de llenar un formulario, declara que habla y entiende y escribe italiano con fluidez, y sabe que miente pero también sabe que nunca tendrá que demostrar su dominio del italiano y que incluso si tuviera que demostrarlo saldría, de algún modo, airoso. Diría que está disfónico, por ejemplo, de hecho lo hizo un par de veces en Nueva York cuando necesitaba descansar del inglés, simplemente se excusaba, aleteando con las manos y tanteándose la garganta. Ese ha sido su método, siempre: aferrarse a esas dos o tres cosas que sí sabe, que sí domina, y dejar para mañana la conquista de la verdadera sabiduría; confiar en su intuición y en su buena estrella y si las cosas se ponen bravas salir del paso con relativa elegancia o al menos con astucia.

Pero es verdad que fue padre durante unos años. Fue padre de la manera más plena que alguien que no es padre puede serlo. Su coartada coincide con la verdad. No me dejaron seguir siendo padre, podría argumentar: estuve a punto de aprender el idioma de la paternidad, estudié con disciplina, con fervor, nadie me obligaba, yo solito me matriculé en un instituto, y pagaba puntualmente las mensualidades porque el instituto costaba un ojo de la cara, no hay subvención estatal para estudiar algo así, y yo hacía todas las tareas, era el mejor alumno pero mantenía la humildad, sabía que me quedaba mucho por aprender, usaba todos mis ratos libres para perfeccionarme, pero un día simplemente me cerraron el instituto: un lunes llegué a clases cinco para las ocho de la mañana, como siempre, y estaba cerrado. Y pasó el tiempo y se me fue olvidando ese idioma nomás. Porque los idiomas hay que hablarlos, uno los olvida si no los practica. Lo di todo, lo hice lo mejor que pude. Y hubo errores, muchos, claro que sí. Confiar en Carla, por ejemplo. Enamorarme de ella. Decidir enamorarme de ella. Porque debo haberlo decidido. En algún momento tengo que haberlo decidido y luego lo olvidé, me convenía olvidarlo. En algún momento decidí que estaba enamorado de ella y que todo tenía sentido y que moriría por ella y por su hijo. En algún momento decidí comprar unos cuchillos y decidí que con esos cuchillos me subiría a todas las montañas y a todos los cerros de mi país para defender a Carla y a Vicente con mi vida.

Termina de ordenar los libros desolado por esos poemas intensos que cifran una belleza que no podría suscribir. Sigue intentando adaptarlos a su propia vida, sigue imaginando el poema propio, el poema que él debería escribir a manera de disculpa o de homenaje o de reclamo. Se acuerda de cuando pensaba que con sus poemas podía influir en los demás: ser querido, ser aceptado, ser incluido. Habría sido más fácil decepcionarse de la poesía, olvidarse de la poesía, que aceptar, como hizo Gonzalo, el fracaso propio. Hubiera sido mejor echarle la culpa a la poesía, pero habría sido mentira, porque ahí están esos poemas que acaba de leer, poemas que demuestran que la poesía sí sirve para algo, que las palabras duelen, vibran, curan, consuelan, repercuten, permanecen.

Durante los días siguientes Gonzalo se dedica a preparar sus clases con especial ahínco, entusiasmado por la posibilidad de que aparezca Vicente. Lo imagina llegando atrasado, en mitad de la clase, sentándose con prudencia en la última fila. Le escribe para recordarle la invitación. Dos días después Vicente le contesta. Le pide que le repita los horarios, perdió la boleta donde estaban anotados. Gonzalo le envía sus horarios de inmediato, le da todas las coordenadas para llegar a la facultad, como si Vicente viniera de otra ciudad o de otro país. Él responde que irá a la clase del martes, a las 11:20 am, la primera del semestre.

Gonzalo empieza su clase completamente convencido de que Vicente no llegará, pero llega, y no a mitad de la clase, sino a tiempo. Sí se sienta en la última fila, medio avergonzado. Le sonrío desde el fondo, saca un cuaderno, toma notas. Unas horas más tarde los dos caminan por el bandejón central de la Alameda, bajo el sol indeciso de marzo —en seis años la velocidad de sus pasos ha cambiado: avanzan a un mismo ritmo veloz, pero por momentos Vicente tiende a ir aún más rápido, así que cada tanto da un paso breve, que lo deja casi en el mismo sitio, para esperar a Gonzalo.

Si alguien los mirara con atención pensaría que son padre e hijo o profesor y alumno, pero si además de verlos ese alguien los escuchara, pensaría más bien que son dos eruditos o dos nerds o dos hiperinformados periodistas o lo que de alguna forma son: dos poetas chilenos de distintas generaciones compartiendo sus lecturas.

—¿Y leíste a Yanko González?

—Sí, casi todo.

—¿Y a Bárbara Délano?

—Solo unos poemas en una antología.

—¿Y a Bolaño?

—Las novelas no las leí, es que todo el mundo dice que hay que leerlas, es como obligatorio.

—Es que son tremendas —dice Gonzalo—. ¿Y las de Lihn?

—¿*La Fiesta de Cristal*?

—*La Orquesta de Cristal*.

—Esa. La empecé, me gustó. Voy a seguirla. Igual, de verdad casi siempre me aburren las novelas. Tantas páginas. Como si no bastara con un poema.

—Eso pensaba Pound —dice Gonzalo—. En una carta a William Carlos Williams dice que él solo escribe las partes buenas de las novelas. Y que todo lo demás, las cuatrocientas páginas restantes, son puro relleno y aburrimiento.

—Estoy de acuerdo.

—A veces yo también. Pero hay novelas buenas —dice Gonzalo, con un matiz pedagógico.

El diálogo es considerablemente más largo, se parece a un interrogatorio y sin embargo fluye, funciona; ponen nombres sobre la mesa, que es el deporte favorito o quizás obligatorio de los poetas, y eso los entretiene pero sobre todo les permite hablar mucho sin decir casi nada: hacen

contacto, se acostumbran a las palabras, instalan signos entre ellos. Gonzalo tiende a recomendar a autores que cree olvidados, pero Vicente está al día y se mueve sin problemas por la tradición de la poesía chilena. Y también le habla de poetas más jóvenes, inéditos, que Gonzalo no conoce.

—¿Cuál es el apellido de ese Pato? —pregunta Gonzalo.

—Se llama Patricio López López, su mamá y su papá se apellidan igual.

—¿Y ya publicó?

—Su libro está por salir.

—¿Y va a firmar con el apellido duplicado? —pregunta Gonzalo.

—Sí, le gusta que piensen que es hijo de madre soltera.

—Claro —dice Gonzalo, pensando en su rebuscado dilema con el nombre propio.

—No sé si te gustarían sus poemas.

—Igual voy a leerlo, parece que eres tú el que tiene que recomendarme lecturas, los leíste a todos —dice Gonzalo, complaciente pero de verdad impresionado. Vicente se siente un poco tramposo, un poco culpable, porque no ha leído ni a la mitad de los autores que acaba de decir que leyó. Quiere leerlos, va a leerlos, eso es seguro, porque quiere leerlo todo.

—Y te leí a ti también —agrega Vicente, en voz muy baja, como ensayando la frase.

Gonzalo se queda helado. Mira a Vicente con franca incredulidad, no sabe qué decir. A todos los poetas que salieron al ruedo los envidia un poco, porque consiguieron existir plenamente: si Vicente los conoce ya no cabe dudas de que encontraron a sus lectores, que es bastante más de lo que podría decir de sí mismo. No es parte de esa lista improvisada, nunca lo fue y piensa que nunca lo será. No figura en ninguna lista, salvo que hubiera un registro de poetas malogrados. Y sin embargo Vicente dice haber leído *Parque del Recuerdo*. Ni siquiera había pensado en esa posibilidad. Podría haberlo pensado, él mismo le mandó un libro a Carla y es probable que el niño se cruzara con ese ejemplar; incluso ella, tal vez, por algún motivo, se lo mostró, piensa ahora Gonzalo, con vacilante gratitud.

—¿En serio leíste ese libro? —Gonzalo no dice «mi libro», tampoco dice «me leíste».

—Sí.

La verdad es que Gonzalo no tiró ninguna foto a la basura ni tampoco quemó nada: días después de la pelea final, Carla fue al cuartito y se pasó la tarde entera sacudiendo uno a uno los libros para recolectar, justamente, todas las fotos donde aparecieran ella o el niño. No lo hizo por crueldad, simplemente le parecía injusto que Gonzalo las conservara. Guardó en un cajón las fotos donde salía Vicente solo o con ella, mientras que las fotos donde salía ella sola o con Gonzalo las metió en una bolsa de basura que guardó en el ropero de su pieza, tal como se guarda un abrigo viejo, un abrigo que no volveremos a usar, que no nos queda y que ya no nos gusta y que está raído pero aunque no lo estuviera tampoco queremos dárselo a nadie. Cuando recibió el libro de Gonzalo, después de leer diez veces la dedicatoria impresa en el libro («Para Carla y Vicente») y veinte veces la manuscrita («Nunca sabrás hasta qué punto este libro existe gracias a ti»), lo guardó en esa misma bolsa.

De manera que no fue ese el ejemplar de *Parque del Recuerdo* que Vicente leyó. Hace tres años, la primera vez que fue a la librería Metales Pesados, revisó entera la sección de poesía y le echó un vistazo a ese libro, que no le llamó la atención. Lo hojeó movido por la misma curiosidad voraz que lo llevaba a hojear cualquier libro de poesía. No leyó la dedicatoria y si la hubiera leído tal vez ni siquiera habría pensado que esa Carla era su madre y que ese Vicente era él y que ese Rogelio González era su expadrastro.

La tarde del reencuentro Sergio Parra buscó en los anaqueles el ejemplar de *Parque del Recuerdo* y se lo dio a Vicente.

—Supongo que leíste el libro de tu amigo —le dijo—. Lleva años aquí. Lo trajo él mismo cuando lo publicó.

Vicente hojeó ansiosamente el libro. Ahora sí que leyó la dedicatoria.

—Este Vicente debo ser yo y esta Carla debe ser mi mamá —dijo, indicándole a Parra los nombres con una emoción al mismo tiempo infantil y sombría.

Es como si hubiera salido en la tele por casualidad; se siente delatado o utilizado o alumbrado.

—¿Es tu papá? —pregunta Parra, sorprendido.

—No, pero fue mi padrastro.

—¿Y de verdad no conocías el libro?

—Ni siquiera sabía que había publicado un libro —dijo Vicente, que seguía pasando las páginas con impaciencia—. ¿Y por qué firmó como Rogelio González?

—Probablemente para que no lo confundieran con Gonzalo Rojas —dijo Parra—. Hay un montón de Gonzalos Rojas que usan seudónimo. Te lo regalo.

—¿Y si alguien viene a comprarlo?

—Nadie va a venir a comprarlo. Y tengo otro en la casa, creo.

—¿Qué te pareció, lo leíste?

—No me acuerdo mucho, pero me gustó —dijo Parra.

Era mentira, o una verdad parcial, porque en efecto no se acordaba de mucho. En su momento, salvo un puñado de poemas, le había parecido un libro intrascendente y medio pretencioso; le

había gustado la idea, pero sentía que a Gonzalo le faltaba osadía. Prefirió decirle a Vicente, por si acaso, que el libro le había parecido bueno.

Caminaron juntos esa noche, después de cerrar. Vicente no llevaba ni dos semanas trabajando en la librería, pero Parra presentía que su nuevo empleado necesitaba hablar. Entraron a un bar, Vicente pidió una cerveza negra y Parra su tradicional cerveza sin alcohol.

—La cerveza lleva alcohol —le dijo a Parra un mozo joven, de la edad de Vicente.

—¿Cómo? ¿No tienes cerveza sin alcohol? —preguntó Parra.

—Tenemos muchas cervezas de todo tipo, pero todas llevan alcohol, la cerveza contiene alcohol —respondió el mozo, como quien explica que el planeta es redondo—. Pero tenemos jugos y bebidas, hay de todo.

—Hace años que existe la cerveza sin alcohol —dijo Parra, indignado.

—Personalmente dudo que algo así sea posible, caballero —respondió el mozo, imperturbable.

—También existe el café descafeinado —dijo Vicente, tratando de ayudar.

—Bueno —dijo Parra—, ya que aquí la cerveza sin alcohol no existe, vámonos a alguna parte donde sí exista.

Encontraron mesa en un restorán donde sí había cerveza sin alcohol y Vicente también quiso probarla, pero la encontró horrible, así que pidió al tiro una cerveza negra.

—Qué increíble —dijo Vicente—. Seis años. En seis años nadie compró el libro. Es un fracaso.

—No es tan raro —dijo Parra—. Así es la poesía.

—Verdad.

—¿Era buena onda contigo?

—Sí —dijo Vicente sin dudar—. Pero después se fue.

—Saliste poeta, igual que tu padrastro.

Era una broma, que Vicente recibió con perplejidad.

—Así parece.

—¿Y tu papá no es poeta?

—No, para nada. Es abogado, pero ya no trabaja de abogado. Igual, ¿tú crees que influye?

—¿Qué cosa?

—Que mi padrastro o mejor dicho mi expadrastro haya sido o sea poeta. Pero ni siquiera sabía que había publicado un libro.

—Pero ¿sabías que escribía poemas?

—Sí, pero nunca le di importancia —dijo Vicente—. Sabía que leía mucho y que escribía poemas, pero no que había publicado un libro. Además, en el tiempo en que vivíamos juntos a mí no me interesaba la literatura. Me empezó a interesar hace poco, ya viejo, como a los quince.

Parra soltó una carcajada y Vicente se miró las uñas, como con la intención de comérselas.

—Uno siempre termina pareciéndose a la gente con la que vive —le dijo Parra entonces—. A la pareja, a los amigos, incluso a los compañeros de trabajo, hasta al gato. Yo, por ejemplo, me parezco cada día más a Truman.

—¿Tu gato?

—No le digas a nadie que tengo un gato.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta hablar de mi vida privada —dijo Parra, con la ironía relampagueando en los ojos—. Yo creo que tú vas a ser mejor poeta que tu padrastro.

—Gracias. —Vicente sonrió—. A lo mejor ya no es poeta. ¿Sabes si ha publicado algo más?

—No creo. Pero si publicas un libro, eres poeta. Quizás te arrepientes, pero ya publicaste un libro de poemas, así que eres poeta para siempre, cagaste.

—¿Y si alguien fue tu padrastro por un tiempo sigue siendo tu padrastro para siempre?

Parra se quedó callado unos segundos antes de responder:

—Yo creo que sí. Sí. Si tú quieres, sí.

Prendió un cigarro, alcanzó a darle tres piteadas rápidas antes de que una garzona llegara a pedirle que lo apagara o que se fueran.

—Es que soy extranjero —dijo Parra, chamullando una especie de francés—. No sabía.

—*We are not from here.* —El inglés de Vicente sonó bastante bien.

Llegaron a la Alameda, se despidieron, Vicente caminó unas cuadras mirando las ventanas de los edificios. Le gustaba especialmente esa hora en que los marcos recién iluminados anunciaban el regreso de alguien, y a veces dos ventanas o incluso tres, en distintos lugares del edificio, se iluminaban de forma simultánea: le encantaba imaginar esas vidas inconscientemente sincronizadas.

Se sentó bajo un poste, en la vereda de la calle Santa Isabel, a leer *Parque del Recuerdo*. No esperaba encontrar poesía, la verdad, sino más bien pistas o recados, señales; enfrentó el libro como se lee un expediente, a un ritmo especialmente lento, retrocediendo a los versos anteriores, como si temiera que el texto cambiara de un segundo a otro. Tenía suficiente luz pero igual se ayudaba con la linterna del celular.

Cuando terminó de leer pensó que al menos un poema le había gustado mucho. Este poema:

GARFIELD

Cada vez que un avión se cae
en cualquier parte del mundo
los diarios chilenos informan
si hay chilenos
entre las víctimas.

Pero mi hijo de cuatro años
no pregunta si murieron chilenos
pregunta si murieron niños
porque los niños pertenecen
al país de los niños
igual que los muertos pertenecen
al país de los muertos.

Eso pienso mientras camino

con mi hijo por el cementerio
y lo veo alejarse corriendo
en dirección a una lápida
donde un remolino de papel
y un Garfield de peluche
manifiestan la visita reciente
de unos padres desconsolados.

Mi hijo de cuatro años juega
con el peluche de un niño muerto
y yo temo que quiera llevárselo a casa
pero no dice nada, no quiere
llevárselo: unos segundos más tarde
lo deja respetuosamente
en el mismo lugar
y se despide no sé si del peluche
de la lápida
o del niño muerto.

A Vicente le bastaron dos o tres lecturas para aprendérselo de memoria. No intentaba memorizar los poemas, pero a veces le sucedía que los versos se adherían a su memoria sin esfuerzo y se quedaban ahí, como moscas que aterrizaran por azar en un insectario. Era un poema hermoso, muy distinto de todos los demás del libro, pensaba Vicente —igual no estaba seguro de su juicio, le costaba valorar el texto como tal, porque pensaba insistentemente en ese hijo de cuatro años que aparecía en el poema; suponía que era inventado, pero también pensaba que era posible que Gonzalo tuviera un hijo. Creía que ese hijo no era él, aunque cuando chico tenía un peluche del gato Garfield.

Le preguntó a Carla qué edad tenía él exactamente cuando apareció Gonzalo en sus vidas. Ella le respondió que seis años, lo que se ajustaba a los cálculos y a las sensaciones y a los recuerdos de Vicente. Carla le preguntó por qué quería saberlo. Él respondió que por curiosidad. Le preguntó también si Gonzalo tenía otros hijos.

—No, que yo sepa —dijo Carla, extrañada—. No creo. ¿Si tuvo un hijo después, hace poco?

—O antes.

—Antes, no. Después, no sé, hace años que no sé de él. Pero no creo, no le veo a Gonzalo mucha madera de padre.

—¿Por qué?

—Por nada —respondió Carla—. No sé si tuvo hijos, la verdad. ¿Por qué te acordaste de él?

—Por nada —respondió Vicente.

No quiso revelarle a su madre el encuentro con Gonzalo. Durante los días siguientes releyó *Parque del Recuerdo* muchas veces, casi siempre echado en el colchón del cuartito. El pensamiento de que esos poemas habían sido escritos en ese mismo lugar le parecía a veces placentero y otras veces perturbador. Dudaba si ir o no a la clase de Gonzalo, por unos motivos

difíciles de enunciar, él mismo no los comprendía o conocía, pero mientras dilataba la decisión releía esos poemas una y otra vez. Sentía que releendo ese libro se preparaba para el encuentro. Rápidamente se convirtió por lejos en la persona que más veces había leído *Parque del Recuerdo*. No lo sabía, no podía saberlo, por supuesto.

El día de la clase se levantó muy temprano para releer el libro una vez más e incluso lo repasó en la micro, como si estudiara a última hora para un examen. Recién entonces pensó que era la primera semana de clases y él iba camino a una universidad. El curso de Gonzalo no era para alumnos nuevos, en todo caso, sino un seminario de análisis de textos literarios para estudiantes de tercero y cuarto año. Era una clase larga, de dos bloques seguidos, tres horas en total. Cuando terminó el primer bloque Gonzalo quiso acercarse pero Vicente corrió al patio, se compró un café y se lo tomó en un rincón del casino. Gonzalo pensó que Vicente no volvería a la sala pero volvió. En el segundo bloque analizaron la letra de «Maldigo del alto cielo», de Violeta Parra. El profesor preguntó si conocían la canción, y seguro que los estudiantes la conocían pero ninguno asintió, así que se lanzó a cantarla —no cantaba mal y hasta hizo la mímica de tocar la guitarra. Los alumnos celebraron la interpretación con risitas aprobatorias de complicidad y al final todos aplaudieron, salvo Vicente, clavado en la bruma de un recuerdo nuevo: Gonzalo cantando esa canción y marcando el ritmo con la cabeza mientras preparaba, en la cocina, una salsa de pesto.

A Vicente le pareció una clase extraordinaria, desde luego muy distinta a las tediosas horas de Lenguaje y Literatura en el colegio. Gonzalo se movía con soltura entre referencias que a Vicente no siempre le resultaban familiares. Hablaba de Roland Barthes o de Virginia Woolf como si se refiriera a gente conocida, cercana, abordable. Saltaba de Sylvia Molloy a Viktor Shklovsky o a Elvira Hernández y luego hablaba de Marcelo Mellado o de Yorgos Seferis o de Haroldo de Campos y sin embargo nunca sonaba pomposo, por el contrario: al escucharlo Vicente pensaba que Gonzalo simplemente amaba la literatura y se había dedicado a ella con pareja devoción, tal vez incluso con humildad.

Pensó que Gonzalo sabía mucho, que quizás siempre había sabido mucho, que habrían podido hablar largas horas sobre poesía o sobre el mundo, y hasta sintió que había desperdiciado esos años en que vivían juntos. Pensó, con franca melancolía, que todos los alumnos en la sala, aunque acababan de conocer a Gonzalo, tendrían el privilegio de conocerlo más que lo que él, que había sido su hijastro durante años, lo conocía y lo conocería.

Después de la clase unos cuantos estudiantes rodearon a Gonzalo y lo taparon a preguntas que él contestó con velada impaciencia mientras miraba a Vicente, que seguía sentado en la última fila, con la cabeza repleta de imágenes recién desenterradas.

—¿En serio leíste ese libro? —Gonzalo no dice «mi libro», tampoco dice «me leíste».

—Sí.

El ruido de los autos y de las micros prevalece durante un par de minutos. Vicente ya no está seguro de que haya sido una buena idea decirle a Gonzalo que leyó *Parque del Recuerdo*. Lo dijo porque sí, con espontánea ligereza, pero ahora siente la responsabilidad de formular una opinión.

—Me gustó —dice Vicente, y acelera la pregunta—: ¿Vas a publicar otro?

—No. Ya no escribo. O sea, escribo papers, ensayitos, a veces reseñas. Y tengo que terminar de escribir mi tesis. Pero ya no escribo poesía. ¿En serio te gustó? No tienes que decirme que te gustó si no te gustó. Yo no te iba a preguntar.

—Sí me gustó. Fue raro leerlo, pero me gustó.

—Te lo dediqué.

—Claro, sí. Muchas gracias.

Aquí se lanzan los dos a reír. Porque es absurdo, es graciosamente anacrónico que Vicente le agradezca la dedicatoria.

—El poema que más me gustó fue «Garfield».

—Qué bueno que te haya gustado. Yo creo que es el mejor poema del libro. En realidad creo que es el único bueno.

—Me lo sé de memoria —dice Vicente, y se lanza a recitarlo.

En la medida en que repite el poema, Vicente siente que actúa como un niño que empieza a hablar e imita todas las palabras que escucha, o más precisamente como un pendejo insoportable feliz de lucirse tocando el piano para las visitas. Y también siente que está siendo excesivamente generoso, que Gonzalo no merece esa generosidad. El poema le gusta mucho. Pero alabar a Gonzalo es raro. Es un contrasentido, tal vez una traición.

Mientras escucha su poema en voz de Vicente, Gonzalo mira a su hijastro o exhijastro como si no comprendiera lo que pasa. Siente orgullo y una pena espesa, minuciosa. Se imagina nada más a Vicente memorizando ese poema y la escena le parece de una belleza compleja, agria, punzante. La voz de Vicente es grave y joven —es la voz de un hijo, no la de un padre, es la voz de alguien que no ha tenido un hijo, piensa Gonzalo, a la deriva en sus propias divagaciones. Luego imagina, con razón, que Vicente es la única persona en el mundo que ha memorizado un poema de *Parque del Recuerdo*. Ni Gonzalo sería capaz de decirlo de memoria, justo porque ha tratado, con los años, de olvidar ese libro.

—No puedo creer que te lo sepas de memoria.

—Es que tengo buena memoria —dice Vicente, casi como disculpa.

—También es el que más le gustaba a tu mamá —dice Gonzalo—. El único que de verdad le gustaba a tu mamá.

La alusión a Carla modifica algo, estropea algo: hasta entonces Gonzalo ni siquiera le había preguntado a Vicente por ella. Es como una baja de voltaje. Es como si hubieran pactado no tocar los temas controversiales y Gonzalo hubiera violado ese acuerdo.

Llevan ya cuarenta minutos caminando, se detienen en el Puente del Arzobispo, compran agua mineral y unos Súper 8. Corre un viento leve y frío que quizás sentencia el final del verano.

—Me gusta mucho ese poema, pero no me gusta el libro —dice Gonzalo, un poco para rellenar.

—A mí me pasa lo mismo —dice Vicente—. Ese poema me gusta, en realidad me fascina, pero el libro no me gusta mucho.

Se arrepiente enseguida de lo que acaba de decir. El comentario quedaba bien en boca del autor, pero no de ese lector ocasional que por lo demás acababa de decir que el libro sí le había gustado. Intenta retractarse, Gonzalo lo tranquiliza, le dice que realmente no espera que el libro le haya gustado a nadie, aunque no es cierto, porque por unos minutos pensó, recién, con comprensible inocencia, que a Vicente le había gustado no solo ese poema sino el libro entero, y hasta llegó a sentir la esquivia caricia de un reconocimiento.

—Soy un *one hit wonder* —bromea Gonzalo, para bajar la intensidad—, y ni siquiera ese poema fue un hit.

—Es que tienes que sacar otro disco —dice Vicente mientras retoman la caminata—. ¿Y eso pasó?

—¿Qué?

—Lo que cuenta el poema.

—Una noche me senté y lo escribí de una, como si estuviera viviéndolo. Como si, en la medida en que lo escribía, lo viviera. O como si acabara de vivirlo. Y lo había vivido, de algún modo. ¿Te acuerdas de que tú y tu mamá me acompañaron algunas veces al Parque del Recuerdo?

—No. ¿A un funeral?

—No. Yo iba al cementerio a tomar notas.

—No me acuerdo —en el momento en que Vicente lo dice cree sentir el despunte del recuerdo.

—Una mañana fuimos los tres, con tu mamá, debe haber sido un domingo. De pronto vi a unos niños corriendo, venían hacia nosotros, gritando, chacoteando. Y saltaban las lápidas con mucha destreza. Eran como atletas saltando vallas. Era un día soleado. Recuerdo que te puse bloqueador solar y luego caminamos por el cementerio mirando los árboles.

—¿Y yo también saltaba las lápidas?

—No. Ya no eras tan chico. Te quedabas a mi lado o te alejabas unos metros para mirar las lápidas. Leías en voz alta los nombres de los muertos, las fechas de nacimiento y de defunción. Y creo que sí buscabas las tumbas de los niños. O quizás justo nos detuvimos frente a la tumba de un niño y tú leíste dos fechas demasiado próximas y te pareció desconcertante. Algo así.

—¿Entonces soy yo el hijo de cuatro años?

—En cierto modo sí.

—Pero yo no tenía cuatro años.

—Tenías once años, yo creo. Quizás ya habías cumplido los doce.

—¿Y me pusiste bloqueador?

—Sí.

—¿A los doce años?

—Sí. Es que te cargaba ponerte bloqueador. Echarte el bloqueador era mi función, mi responsabilidad. Casi nunca lo hacía tu mamá. Y te resistías, siempre te resistías. A veces decías

que querías ser más moreno que yo.

—Pero somos casi igual de morenos.

—Tú sigues siendo un poco menos moreno que yo.

A Vicente le parece demasiada intimidad. Las manos de Gonzalo en su cara, en sus brazos, esparciendo el bloqueador solar. Le cuesta imaginar la escena.

—¿Y ese Garfield era mío?

—Sí. La gente deja peluches en las tumbas de los niños y se arruinan con la lluvia y con el sol. Pero en el poema es un peluche que los padres dejaron en una visita reciente.

—Claro, y el remolino también es reciente —dice Vicente, como si estuvieran todavía en la clase de análisis de textos—. O si no también se hubiera estropeado con la lluvia o las heladas.

—Sí. Me imaginaba ese peluche tuyo, que yo te regalé, fue casi lo primero que te regalé. Yo quería que te gustara el gato Garfield.

—¿Por qué?

—Porque a mí me gustaba, todavía me gusta.

—¿Y por qué hablabas de un hijo de cuatro años?

—Lo imaginé así. Imaginé a un niño de cuatro años que no eras exactamente tú —dice Gonzalo—. Pero igual eras tú. Cuando tenías seis años y yo acababa de conocerte, vimos en la tele la noticia de un accidente aéreo, no me acuerdo si en Colombia o en Perú. El locutor dijo que aún no se sabía si había chilenos entre las víctimas. Y tú me preguntaste si en el accidente habían muerto niños.

—Y era mejor para el poema decir que era tu hijo que decir que era tu hijastro —dice Vicente, en un tono que de ninguna manera podría ser interpretado como de reproche, sino más bien como si completara una oración inconclusa.

—Todo eso pasó, pero en otro orden, de otra manera —dice Gonzalo, que prefiere fingir que no escuchó la frase de Vicente—. El poema salió solo, de una vez. Los demás poemas los saqué a la fuerza, con pura voluntad, con pura cabeza, obligándome, o como si alguien me obligara. Tienes razón, el libro no es bueno. Debería haber escrito un ensayo, algo así. Quería hablar de esos cementerios que esconden la muerte, que quieren maquillarla, quitarle dramatismo, evitar a toda costa lo macabro, lo tenebroso, lo fúnebre.

—Lo luctuoso —dice Vicente, por el puro placer de agregar esa palabra rara.

—Lo fatal —Gonzalo sonrío.

—Lo aciago —dice Vicente.

—Lo tétrico.

—Lo siniestro.

—Lo calamitoso.

—Lo inefable.

—Lo indecible.

—Lo inenarrable —remata Vicente.

Sus risas son largas y sus pasos cortos, como si compitieran por llegar últimos.

—La manera de rendirles tributo a los muertos es limpiar la lápida con cera —dice Gonzalo, cuando recuperan la seriedad—. Y hundir claveles en el pasto o dejar un florero con rosas

blancas. De eso quería hablar. De una mujer llorosa encerrando frenéticamente una lápida. Agachada, honrando a sus muertos, trabajando. Cuando tratas de escribir un poema hay algo que se da o no se da. Algo que no puedes forzar. Y esa vez, con ese poema, se dio.

Inesperadamente Gonzalo se sienta en un banco, como si estuviera cansado, aunque no lo está.

—¿Y de verdad dejaste de escribir?

—De verdad. Hace mucho tiempo que no escribo. Ya no soy poeta.

—Pero publicaste un libro de poesía, así que eres poeta para siempre. Estás cagado.

Gonzalo sonríe y mira el horizonte, como si quisiera divisar a alguien.

—¿De qué se trata tu tesis?

Por un segundo Gonzalo piensa en responder esa pregunta pormenorizadamente, pero no quiere aburrirlo. No lo aburriría, quizás, pero le haría ver que ese es el final; que si estudiara literatura tendría que seguir estudiando por años y terminaría escribiendo un estudio de redundantes quinientas páginas que acabaría perdido en los anaqueles de una biblioteca. No parece una opción demasiado seductora.

—Mejor cuéntame tú sobre tus poemas.

—Todavía no son buenos.

—Pero ¿cómo son?

Vicente no contesta. Retoman la caminata, son ya las cuatro de la tarde, pero ninguno de los dos piensa en almorzar. Por primera vez es posible que el encuentro termine. No hay nada acordado, ni Gonzalo ni Vicente saben bien en qué consiste el presente inmediato. Se quedan parados en la esquina de Providencia con Pedro de Valdivia. Parece una despedida. Los dos sienten que hay mucho más que hablar, pero también es posible que, en cierto modo, no haya nada más, o que todo se vuelva difícil, que las palabras dejen de fluir. Caminan unos pasos y entran, casi sin decidirlo, a una librería.

—Está cada día más linda tu librería —le dice Gonzalo a Joan, un catalán avecindado desde hace décadas en Chile.

—Hombre, gracias —responde Joan—. Tú estás cada día más gordo.

Mientras Gonzalo y Joan intercambian bromas pesadas, Vicente revisa las estanterías. Lo primero que busca es *Parque del Recuerdo*, que por supuesto no está, nunca estuvo, no está en ninguna parte. Luego Gonzalo se acerca a la misma sección y por un momento parecen dos desconocidos con las cabezas ladeadas tratando de no estorbarse mutuamente. Gonzalo elige varios libros para regalárselos a Vicente. Piensa que es lo justo, son todos los regalos que no le dio, que le debe, y hay algo liberador en ese pensamiento, pero enseguida comprende que su impulso es bobo y ofensivo: es como una reparación, como una indemnización. Entonces trata de elegir solo uno. Piensa que es mejor no regalarle poesía, porque Vicente parece haberlo leído todo. Piensa en *Juventud*, de Coetzee, pero se arrepiente enseguida, es una elección estúpida, literal, porque es un libro bello y duro sobre alguien que enfrenta más o menos los mismos dilemas y deseos que tal vez enfrenta Vicente, pero regalárselo sería invasivo, caricaturesco. Y quizás los dilemas y los deseos de Vicente son otros, piensa Gonzalo; quizás Coetzee habla de un mundo ya medio enterrado, para bien o para mal. Decide regalarle algo más actual, más apelativo, pero que no lo sea de manera explícita, y se da muchas vueltas, básicamente porque elige un regalo para un desconocido a quien se resiste a pensar como un desconocido. Termina comprando *La montaña mágica*, que es casi lo contrario de lo que busca, un libro para nada actual. Y está bien, los viejos regalan clásicos, piensa Gonzalo, con festiva resignación.

—Tomemos un café —le dice a Vicente al salir de la librería.

Suena casi como una orden. Por supuesto que no lo es, pero así es como suena. Vicente siente que debería irse, pero no podría hacerlo con elegancia, saldría corriendo, y una de las pocas cosas que tiene claras es que ya no quiere salir corriendo de ninguna parte nunca más. Gonzalo lo toma del hombro con naturalidad, como lo haría un padre. No está más gordo, piensa Vicente, recordando las palabras de Joan. De ninguna manera Gonzalo podría ser descrito como alguien gordo, pero es evidente que ha dejado de ser flaco. Tampoco tiene arrugas, solamente en la frente cuando sonríe, y le falta mucho para encanecer o quedar pelado, piensa Vicente, que enseguida trata de decidir quién de los dos es más alto. Él mide un metro ochenta y tiene la impresión de que Gonzalo también.

Se sientan en un café, tardan en atenderlos.

—¿Y ya no fumas?

—Lo dejé hace un par de años.

—¿Y no usabas lentes? —Vicente de pronto cree recordar a Gonzalo con lentes, pero no está seguro.

—Ahora uso de contacto.

—¿Antes usabas lentes, cierto?

—Solo para leer. Ahora los necesito todo el tiempo.

—Pensé que me llevabas al zoológico de narradores.

—¿Cuál es ese?

—El Tavelli.

—Claro, si está lleno de escritores siempre. —Gonzalo suelta una carcajada a destiempo—. Aunque no voy hace siglos. No me gusta el Tavelli. Pero la torta de panqueques de naranja que hacen ahí es extraordinaria.

—A mí también me gusta mucho.

—Entonces vamos y nos comemos un pedazo de torta y de ahí volvemos a este café.

—Vale.

Eso hacen. En el Tavelli en efecto hay varios escritores, y Gonzalo y Vicente, desde un rincón, los miran como si realmente se tratara de animales en exhibición. Se zampan sendas tortas de panqueques y vuelven enseguida al café contigo, donde Gonzalo le entrega a Vicente el ejemplar de *La montaña mágica* que acaba de comprar.



—¿Y por qué me regalas este libro?

—Porque es una maravilla. Sobre todo el capítulo que se llama «Nieve». No me acuerdo bien, pero hay una página que transcribí y pegué en la pared y leí muchas veces.

—Sí, pero no te pregunto eso. Te pregunto por qué me haces un regalo.

—Porque en dos semanas más vas a cumplir diecinueve años. El 30 de marzo —dice Gonzalo.

—Verdad. Gracias. Yo también tengo unos libros para ti, pero no son regalos, son devoluciones.

Vicente saca de su mochila los libros de Gonzalo Millán y Emily Dickinson.

GONZALO MILLÁN

VIDA

(1966-1982)



POEMAS

Ediciones Corallera



Por una fracción de segundo, Gonzalo no se da cuenta de que se trata de sus propios libros. Cuando los reconoce, los toca y hojea con emoción, como si quisiera comprobar que son reales. No rayaba los libros pero sí les ponía su nombre en la primera página: distingue primero su nombre y un instante después su letra, aunque su letra no ha cambiado desde entonces. Hojea los libros, ahora sí subrayados por Vicente, que nunca pensó que llegaría a devolvérselos —no quiere devolvérselos, la verdad: apuesta a que Gonzalo no va a aceptarlos de vuelta, y es una apuesta arriesgada, porque se basa en la idea de que lo conoce, lo que no está para nada claro. Pero apuesta bien:

—Son tuyos —dice Gonzalo.

—No, son tuyos. Perdona que los haya subrayado.

—Son completamente tuyos. Feliz cumpleaños, Vicente —dice, con una sonrisa titubeante—. Feliz cumpleaños anticipado.

—Serían tres regalos en total.

—Pero yo te debo muchos regalos. De cumpleaños y de Navidad. Estos libros no son regalos adelantados sino atrasados, muy atrasados.

—Es verdad —dice Vicente, satisfecho.

Revisan los libros, se detienen en algunos fragmentos. El de Emily Dickinson lo compró en la librería Ulises, que queda ahí mismo, a cinco pasos. Le costó carísimo, recuerda. El de Millán lo consiguió en un intercambio con ribetes de estafa: cuando estaba en segundo año de la

licenciatura, se hizo amigo de un mechón cuyo padre era lector de poesía chilena y tenía ese libro casi imposible de encontrar, que había sido editado en Ottawa en 1984, durante el exilio de Millán, al parecer el propio autor se lo había regalado. Gonzalo le propuso al mechón intercambiarlo por una novela de Roberto Ampuero que acababa de aparecer. Era un trueque asimétrico, no tenía sentido intercambiar una rareza bibliográfica por un libro reciente que Gonzalo ni siquiera había leído, el típico pariente despistado se lo había regalado para un cumpleaños («me dijeron que te gusta leer»). Años más tarde, el estafado quiso el libro de vuelta, no le interesaba la poesía de Millán, pero se había enterado de que con el dinero que le darían por ese libro podía comprar como veinte novelas de Ampuero.

—Y no quisiste devolvérselo.

—No. Le pasó por huevón.

—Al final los libros de poesía terminan valiendo mucho más que los de narrativa —dice Vicente, filosofando.

—Claro.

—¿Y conociste a Millán? —le pregunta Vicente, en tono de franca, de perfecta inocencia.

—Lo vi como cinco veces, en lecturas. Hablamos una noche y pensé que volveríamos a hablar, pero se murió de repente.

—El año 2006.

—Sí.

—¿Echabas de menos el libro?

Gonzalo responde que sí, pero no es cierto. Nunca más leyó a Millán. A Emily Dickinson sí. Es injusto. Después del simulacro, avergonzado, castigó, por así decirlo, a Millán, pero no a Emily Dickinson.

Siguen en el café como una hora más hablando de poesía, de poesía chilena, y tomando cafés cortados. Por momentos hablan como si acabaran de conocerse, como en una cita a ciegas. Hay silencios pero no llegan a ser incómodos, tal vez porque los libros siguen sobre la mesa. Cada tanto Vicente relee algún poema y en un momento abre también *La montaña mágica* en una página cualquiera y lee:

El enfermo, de apenas veinte años, aunque ya un poco calvo y con los cabellos grises, consumido y amarillento como la cera, con grandes manos, gran nariz y grandes orejas, se mostró extraordinariamente agradecido por aquel consuelo y aquella distracción.

Vicente piensa que le gusta ese fragmento y que va a leer la novela entera, que va a empezarla mañana mismo, no sabe si echado en la cama, en pijama, o en el antejardín, con el primer café. Se distrae con ese dilema, como si fuera necesario decidirlo ya mismo.

Luego caminan de vuelta, como si regresaran a la universidad, como si hubieran salido a un larguísimo recreo. Avanzan sin un rumbo claro y ahora sí parece que el encuentro va a terminar, pero Vicente se lanza a contarle su historia con Pru, desde la noche en que la conoció hasta el desenlace, aunque omite la escena de Carla y León tirando. Gonzalo no sabe qué decir. Trata de consolarlo, como lo haría un amigo.

—¿Cómo es Nueva York? —le pregunta Vicente, en el mismo tono desaprensivo en que antes

le preguntó si había conocido a Millán.

Gonzalo podría hablar de Nueva York horas enteras, pero comprende que Vicente va a relacionar esas imágenes con Pru, que va a imaginarse a Pru en ese escenario. Comprende que a Vicente no le interesa Nueva York, sino Pru en Nueva York. Se acuerda de ese poema de Ernesto Cardenal, tan sensiblero y tan preciso:

Si tú estás en Nueva York
en Nueva York no hay nadie más
y si no estás en Nueva York
en Nueva York no hay nadie.

Vicente no lo conocía, se lo agradece. Piensa en escribirle a Pru y mandárselo, aunque preferiría mandarle un poema propio. Y en realidad no está seguro de que el poema de Cardenal sea adecuado. No sabe si quiere —esta palabra la piensa entre comillas— cortearla, se le hace ridículo. Lleva semanas queriendo escribirle, ha leído y releído cien veces la carta que ella le dejó, pero aún no le ha contestado.

—Pero ¿cómo es Nueva York? —pregunta Vicente, de nuevo.

Gonzalo le habla de algunas librerías, del color naranja espeso de un tupelo en el Central Park, de la extravagante biblioteca que armó recogiendo libros cada domingo en las veredas de Brooklyn. De sus intentos por aprender a patinar sobre hielo en Bryant Park. Del zumbido de los radiadores en invierno. De la vista de Washington Square desde los ventanales de Bobst Library. De las eternas batallas veraniegas contra los *waterbugs*. De un día en que pasó como cinco horas buscando botellas iridiscentes en Dead Horse Bay. De su obsesión con unos dibujos de Goya exhibidos en The Frick Collection. De su invariable pánico a las ardillas. De esos pocos raros días silenciosos en que hasta las sirenas de los carros de bomberos parecían haber abandonado la ciudad. De los atardeceres lentos en East River State Park. De los helados de Morgenstern's. De un viaje a Amherst. De las cartas que deja la gente sobre la tumba de Emily Dickinson. De la tarde que pasó leyendo esas cartas.

Vicente asimila esas escenas eventuales, y en efecto no imagina a Gonzalo caminando por Nueva York sino a Pru, pero de pronto se le cruza la idea de que se conocen —que Gonzalo conoció a Pru en Nueva York, o que la conoció recién, que tal vez ella lo entrevistó. Imagina, alarmado, que son amigos o que se acostaron alguna vez. Visualiza la escena, con pánico, con rencor: Pru moviéndose encima de Gonzalo, los dos muy serios, muy concentrados.

—¿Conoces a Pru?

—No.

—En serio, dime la verdad —dice Vicente—, ¿conoces a Pru?

—Te digo que no. ¿Por qué no me crees?

Gonzalo percibe la molestia de Vicente, pero no la entiende. Vicente apura el paso y por un segundo Gonzalo tiene la sensación de que será imposible empatarle el ritmo: que Vicente caminará cada vez más rápido hasta desaparecer en el horizonte.

—Mi mamá se acostó con mi papá —dice Vicente.

Es una frase tan cómica y errática, cualquier ser humano estaría en condiciones de decirla... Vicente se siente tonto, pero mantiene la intención de herir o al menos de impactar a Gonzalo, así que completa el relato, habla del día en que fue a Las Cruces, de la última vez que vio a Pru o la

melena de Pru subiéndose al auto de Rocotto, y del camino de vuelta por la berma a El Tabito. Se queda callado unos segundos, como decidiendo si seguir hablando o no, y luego acelera: habla de esos días inútiles de veraneo, bajo el sol mezquino de la costa en febrero, y de la decisión repentina de volver a Santiago, donde lo esperaba la grotesca sorpresa de ver a sus padres en pelotas, culiando.

Gonzalo no puede creerlo, hasta le vienen celos retrospectivos. Le pregunta a Vicente qué sintió en ese momento, y él se queda callado, porque cree que cualquier cosa que responda es de algún modo una traición.

—Mi papá es un imbécil —dice, y se arrepiente enseguida de decirlo, pero no retira la frase, no sabe cómo retirarla.

—¿Y ahora están juntos?

—No. Dicen que fue algo del momento. Y no creo que pudieran estar juntos. No tienen nada que ver. ¿Y a ti?

—¿A mí qué?

—¿Te interesa mi mamá?

—¿Qué?

—En todo caso, me parece que mi mamá tiene ahora un pololo. —Vicente está a punto de decir que su mamá tiene más bien una polola, pero no lo sabe con certeza, es solo una sospecha.

—Seguro que sí —dice Gonzalo—. Le deben llover los pololos. Tu madre es muy guapa y encantadora y talentosa. No creo que a ella le interese volver conmigo.

A Gonzalo tampoco le interesa volver con ella, pero por supuesto no quiere decirlo. Y Vicente entiende, de todos modos. No le gustaría que Gonzalo volviera con Carla, pero quizás sí quiere que Gonzalo vuelva a existir. Que Carla y Gonzalo existan en mundos completamente separados, paralelos, tal como existen ahora. Y tener acceso a esos mundos. Nada más que eso, nada menos que eso.

Son ya las siete, la mayoría de la gente vuelve a casa. Llegan a Plaza Italia, Vicente mira hacia el paradero donde conoció a Pru y piensa en ella o más bien trata de pensar en ella, porque no le resulta. Le da vueltas lo que dijo sobre su padre, aún quiere retirar esa frase, defender a su padre, y es casi imposible defenderlo, siempre lo ha sido. Qué mierda estoy haciendo, se pregunta Vicente, por qué quiero defender a mi padre y por qué hablo con Gonzalo, por qué lo escucho y lo acepto y le creo. De pronto tiene la visión brutal de su madre abandonada por esos hombres igualmente mediocres; piensa que León y Gonzalo son lo mismo, que no sirven para nada, que fueron incapaces de trascender el estrecho circuito de sus intereses; de entregar verdadero amor, verdadera compañía.

—Es cierto que mi papá es un imbécil —dice, con un leve temblor en la cara o en la voz—, pero tú también. Y tú eres peor. Nos hiciste creer que eras mejor, pero eras peor, eres peor.

Gonzalo recibe esas frases como se recibe un merecido y esperado combo en el hocico, un combo que debería noquearlo, pero ahora mismo no puede darse el lujo de caer a la lona. Enseguida aparece en su cabeza una respuesta tristemente oportuna, que sin embargo se resiste a decir: «Yo no te juzgo por juzgarme.»

—Nunca quise hacerte daño —dice, en cambio.

—No me hiciste daño —responde Vicente, automáticamente—. Yo estoy bien. Yo soy fuerte.

No es tan fácil hacerme daño.

—¿Tienes hambre? —dice Gonzalo, como si no lo hubiera escuchado.

—¿Qué?

—Que si tienes hambre.

—Sí —responde Vicente, desconcertado.

Entran a la Fuente Alemana, piden dos lomitos italianos que devoran en un par de minutos.

—¿Tú conoces a Gerardo Rocotto?

—Sí.

—¿Te cae bien?

—O sea, conozco su trabajo. Como persona me parece insoportable. —En realidad le cae bien, pero solidariza.

—¿Y leíste el artículo de Pru? —le pregunta Vicente.

—No —responde Gonzalo, con extrañeza, pero luego entiende que podría haberlo leído, al fin y al cabo es sobre poesía chilena. Y entonces cree recordar que alguien le habló de un artículo que seguramente es el de Pru. Vicente lo busca en el teléfono, se lo muestra.

—Cómeme otro lomito mientras lo leo —dice Gonzalo, Vicente acepta.

—A veces no tengo hambre pero como algo y me da más hambre. —Se toma el jugo de durazno al seco.

—Sí —dice Gonzalo. Le gusta cuando Vicente suelta esas frases frescas, cotidianas.

El artículo de Pru se publicó hace una semana y todo el pequeño gran mundo de la poesía chilena habla de eso. Hay quienes dicen que es un reportaje profundo, justiciero y renovador, otros lo consideran resentido, sesgado, superficial, incompleto. Acusan a Pru, sobre todo, de feminista y de extranjera. Alguien sugiere que Gerardo Rocotto es el verdadero autor del artículo, que se lo dictó al oído a la periodista. Pato dice que Pru lo trataba mal, Aurelia Bala dice que era una lesbiana reprimida, Rosabetty Muñoz encuentra que el artículo está muy bien pero debió ser mucho más largo, Miles Personae lo considera deficiente, a Javiera Villablanca le sorprende su inesperado protagonismo, Roddy Godoy lo lee cinco veces buscando su nombre, no se resigna al ninguneo, pero luego se consuela pensando que ese es el destino de los poetas verdaderamente experimentales. En fin, como siempre sucede en esos casos, los poetas no nombrados reaccionan ofendidos y los nombrados ajustan su nivel de conformidad o de felicidad a la cantidad de veces que fueron nombrados y no paran de compartir y comentar el artículo en Facebook. Quizás por eso, porque nunca ha estado en Facebook, Gonzalo no leyó el artículo de Pru. Hay algunos errores, no muchos, que los detractores de la publicación señalan como imperdonables y que él advierte enseguida, pero le gustan la perspectiva y el lenguaje de Pru. Y le gusta también que mencione a Vicente, que agradezca su ayuda con algo de cariño o de coquetería (*«It was Vicente Aspuriá —a very young and thus far unpublished poet whose help in writing this article was invaluable in more ways than one— who told me the story of...»*).

—Está bien bueno —dice Gonzalo—. Es distinto, está vivo, es original. Pru escribe bien.

—Sí —dice Vicente—. La primera vez que lo leí entendí poco, después lo traduje en Google y lo entendí más.

—¿Te acuerdas de que estudiábamos inglés?

—No.

—¿Te acuerdas de que hubo un año en que estuviste a punto de reprobar inglés? ¿Que tenías que aprenderte «Sweet Child O'Mine»?

—No me acuerdo, pero debe ser cierto —dice Vicente, como pensando en voz alta—, porque es la única canción en inglés que me sé de memoria y ni siquiera me gusta.

—A mí tampoco, pero la cantamos mil veces.

—¿Fue el año en que repetí?

—Sí —dice Gonzalo—. Repetiste pero no por Inglés.

—Gracias —dice Vicente, en broma, y luego pregunta en serio, para probar la memoria de Gonzalo—: ¿Y te acuerdas de qué ramos reprobé?

—Matemáticas y Ciencias —dice Gonzalo.

Salen de la Fuente Alemana, ninguno de los dos quiere irse a casa. Caminan hasta La Terraza, piden dos schops.

—¿Tú tomas cerveza con alcohol o sin alcohol? —pregunta Vicente.

—Con alcohol. —A Gonzalo le divierte la pregunta—. La cerveza sin alcohol es horrible.

Vicente se arremanga la camisa y deja ver la mitad de un tatuaje en el antebrazo izquierdo. Gonzalo piensa si esa tarde, en la librería, Vicente tenía ese tatuaje o no, está casi seguro de que no. Prefiere no preguntárselo. Le pide que se lo muestre.



—Es lindo. ¿Por qué te lo hiciste?

—Por eso, porque es lindo.

—Se ve reciente.

—Sí, es nuevo.

—¿Te acuerdas de que teníamos uno de esos en el refri? —le pregunta Gonzalo, que por un segundo está seguro de que la respuesta será afirmativa.

—No me acuerdo, ¿un barco? —dice Vicente—. ¿Cuándo?

—Un tangrama. Hace muchos años. Un tangrama magnético, de color rojo, yo mismo lo compré en una tienda de Merced. Jugábamos siempre, yo armaba una figura y tú te acercabas al refrigerador a desarmarla. Quizás fue poco tiempo, las piezas se perdieron.

—No me acuerdo. ¿Qué figura armabas? ¿Este barco?

—Es que no siempre armaba la misma figura, quizás alguna vez armé ese barco.

Es mentira, siempre armaba la misma figura, siempre movía las piezas del tangrama hasta conseguir la imagen clásica de una casa y luego Vicente iba y la desarmaba. Miente para evitar que ese recuerdo se vuelva en su contra; miente porque no soporta tanta ironía, tanta amargura.

—Seguro que tú te acuerdas de lo que yo no me acuerdo y yo me acuerdo de lo que tú no te acuerdas —dice Vicente.

La frase queda en el aire como una inminencia, como una atmósfera, como un mantra sutil.

Llegan los schops y quizás siempre es así: llegan los schops y el primer sorbo es inmediato y la pausa siguiente es para sonreír o para mirar el teléfono y luego viene el segundo sorbo, que es un poco más largo, y entonces sobreviene un silencio de calidad distinta y ya no hay sonrisas, porque después del segundo sorbo de cerveza nadie sabe muy bien cómo comportarse. Vicente, por ejemplo, se refugia en la espuma, mira las ínfimas burbujas desaparecer, y enseguida cierra los ojos y se los restriega enérgicamente.

El lugar empieza a llenarse de gente, porque esa noche hay un partido de Copa Libertadores, juegan San Lorenzo y Unión Española. Los mozos apresuran el paso repartiendo combinados y chacareros, el partido empieza, cada tanto Vicente da un nuevo sorbo y mira a Gonzalo a los ojos y luego vuelve a bajar la vista hacia la menguante espuma de la cerveza.

Entonces Gonzalo habla mucho rato, sin interrupciones, casi una hora —le pide perdón repetidas veces, se apresura a atribuirse toda la culpa: no relativiza nada, no hay excusas ni fisuras ni eufemismos. Habla de familia, de fracaso, de amor, de futuro, de ausencia, de inconsistencia. Habla de la memoria y del poderío de los recuerdos. Habla de egoísmo. Habla, sobre todo, de egoísmo. Vicente lo mira como miraría una pintura incomprensible en un museo. Una pintura extraña y más bien fea que sin embargo le gustaría entender. Gonzalo pestañea rápido y sigue hablando y repite algunas cosas, intenta reelaborarlas, conseguir otros énfasis y otras frases aún más certeras, más contundentes, más honestas, unas frases que no sabe si existen.

—Voy al baño —lo interrumpe Vicente.

Regresa pronto, con la cara y el pelo mojados.

—Sigue hablando nomás —le dice.

Gonzalo no sigue, se queda callado. Toma una servilleta y la arruga un poco, como en cámara lenta, como jugando a destruirla.

—Se te acabaron las palabras —le dice Vicente.

—¿Cómo?

—Nada.

—Dime. Dime lo que quieras.

—Dime lo que quieras —remeda Vicente—. Traías un discurso preparado. Yo no preparé nada. Yo vengo en pelotas.

—No preparé nada, estoy improvisando —dice Gonzalo, intentando una broma.

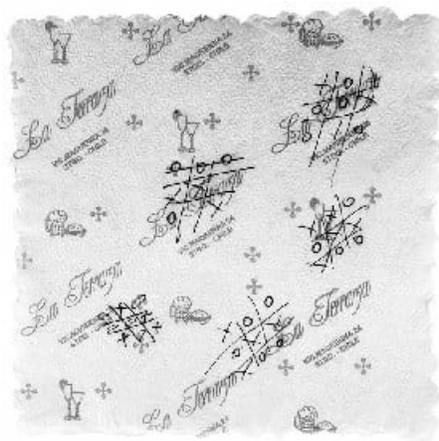
—Pero para improvisar hay que saber hablar. Y tú sabes hablar —dice Vicente, acelerado—. No me acordaba de eso. No me acordaba de que hablabas tan bien. Te escuché hablar muchas horas, muchos años, y no me acordaba de eso. Yo recién estoy aprendiendo.

—Hablas muy bien.

—No es cierto. No hablo bien y no me acuerdo de nada. Y no quiero parecerme a ti ni a mi papá ni a nadie que yo conozca. No quiero hablar como tú. Tú no me enseñaste a hablar. Yo aprendí solo. Yo aprendo solo. Soy mediocre todavía. Me falta mucho. Me falta aprender a hablar de las cosas que importan. Estoy aprendiendo a hablar, todavía. Pero voy a aprender a hablar mejor que tú.

Yo también estoy aprendiendo a hablar, piensa Gonzalo, pero no lo dice, porque entiende que Vicente le pide que aprenda, más bien, a callar.

Piden otra ronda de cervezas y otra vez vienen esos dos primeros sorbos y Vicente mira los últimos minutos del partido y luego está a punto de sumirse definitivamente en la espuma de la cerveza, pero Gonzalo toma una servilleta y traza un gato y marca el casillero del centro con una cruz. Juegan muchas veces, empatan muchas veces. Gastan más de veinte servilletas, hasta que gana Vicente:



—¿Y vas a entrar a la universidad? —le pregunta Gonzalo enseguida.

—No me huevís —responde Vicente, riendo—. ¿A la tuya?

—A cualquiera.

—¿Tú crees que la universidad va a ser gratuita algún día?

—Ojalá —responde Gonzalo, pensando en Mirko, ha pensado en Mirko varias veces durante la tarde; lo imagina hojeando el libro de Carver mientras espera clientes en el estacionamiento del mall. Lo imagina cargando televisores, bicicletas, microondas, muebles de cocina, libreros.

—¿Qué harías tú si fueras yo?

Gonzalo piensa, calla, intenta madurar una respuesta honesta. A los dieciocho años tenía todo tan claro. Creía que era valiente porque había desafiado a su familia. Creía que era inteligente porque leía a los griegos, porque aprendía latín, porque citaba a Derrida. Incluso antes, mucho antes de los dieciocho, a los diez, a los doce años, tenía un plan: hablar de otra manera, vivir de otra manera, pensar de otra manera, romper todos los espejos de la casa hasta olvidar alegremente, definitivamente su rostro. Todos sus amigos fracasaron, ninguno quedó en la universidad, todos siguieron el destino de Mirko, pero él prosperó, se convirtió en la excepción, en el joven empeñoso que aprovechó las contadas oportunidades que tuvo. Y hubo un tiempo largo en que se sentía orgulloso de eso. Ahora no. Ahora se avergüenza. Ahora piensa que él también fracasó.

—¿Y qué harías tú si fueras yo? —vuelve a preguntar Vicente.

—Lo que estás haciendo tú.

—No te creo.

—Estudiaría otra cosa.

—¿Qué?

—No sé, japonés. Física. Entomología.

Piden más cerveza, en la tele repiten decenas de veces los goles del partido, todavía hay algunos oficinistas tomándose los últimos tragos antes de irse a casa.

—Ya, huevón —dice entonces Gonzalo—, léeme tus poemas.

Vicente se resiste un poco, pero quiere, y por supuesto, como todos los poetas chilenos, anda preparado; saca de su mochila un mazo de hojas celestes y se lanza a leer:

si vuelves a mi casa no te olvides:
la llave que es redonda es de la reja

pintaron con acrílico naranja
la llave de la puerta principal

las otras llaves nunca las usamos
es una puerta vieja con dos chapas

cerramos solamente la de abajo
mi casa tiene doce interruptores

y diez enchufes dobles y uno triple
y hay dos alargadores no muy largos

la clave de internet ya la conoces

mi casa tiene grietas invisibles
y gatos desafiante en el techo

y manchas que no veo en las paredes
y un árbol de limones bien amargos

Vicente lo escribió para Pru, naturalmente, pero Gonzalo también se siente parte del poema, porque fue él quien tuvo la idea de pintar la llave de la puerta principal con acrílico naranja —lo hizo más de una vez, cada tanto repasaba la pintura, que duraba tres o cuatro meses, y parece que Carla continuó la tradición, o quizás fue Vicente, piensa Gonzalo, a la vez que revisita imaginaria y aceleradamente cada una de las habitaciones de esa casa para visualizar y contar esos enchufes, esos interruptores.

Gonzalo siente el deseo de escribir, de volver a escribir, aunque solo sea para mostrarle a Vicente los resultados. Le pide que le siga leyendo y Vicente no se hace de rogar, lee como quince poemas más. A Gonzalo le gustan, le parecen plenos, personales; son todos muy distintos, y eso es quizás lo mejor: su voz es la suma de todas esas voces, de todos esos poemas, de todos esos poetas, está multiplicándose, piensa Gonzalo. Hay versos de corte clásico pero de pronto surge un ritmo envolvente y desordenado, una música inconstante, con imágenes tentativas, osadas,

turbulentas y cálidas. Le gusta especialmente un poema largo que habla de casas flotando de una isla a otra, de aviones suspendidos indefinidamente en el aire, de mensajes no enviados; un poema que habla de alguien que mira el oleaje y hace un video en el teléfono y luego viaja largas horas mientras llueve a chuzos pero durante todo el camino no mira por la ventana, no mira los goterones de lluvia resbalados en el vidrio, sino ese video del oleaje en su celular, una y otra vez, una y otra vez.

El último poema que Vicente le lee es también distinto a los anteriores y es el que a Gonzalo más le gusta:

El viento es un él
igual que el trueno y el rayo son ellos
pero la nieve (que nunca he visto)
y la escarcha (que conozco)
y la garúa (que es igual a la llovizna)
y la tempestad son ellas

la palabra lámpara es una ella
igual que la palabra mesa
y la palabra palabra
y la palabra palta

la palabra verano es un él
igual que el invierno y el otoño

se dice una primavera
se dice un terremoto
un tatuaje
un lunar
se dice una peca
una cicatriz
una herida
una lluvia
una gota

pero

un gotero

la uña y el cortaúñas
la lata y el abrelatas
pero el pie y el puntapié

la noche y la medianoche
el día y el mediodía
pero la sombra y el sol

el cuerpo y el espacio

la mano y la blusa

pero el pie y la pisada

y el deseo de no jugar nunca más con las palabras
y el deseo de no jugar nunca más con las palabras
y el deseo de no jugar nunca más con las palabras

—Me gusta muchísimo —dice Gonzalo.

—¿De verdad?

—Sí.

Gonzalo habla de las virtudes del poema como si lo hubiera escrito alguien más, un tercero ausente, un poeta que ambos admiraran, y Vicente sonríe, con alivio y mesura, pero también le pregunta por pasajes concretos, le pide por favor que le señale lo que no le gusta, lo que cambiaría.

—¿Se lo mando a la gringa o no? —le pregunta luego.

—Mándaselo nomás —dice Gonzalo.

—Igual creo que le falta. No me gusta. O sea, no quiero escribir así.

—¿Así cómo?

—Poemas de amor.

—¿Y qué clase de poemas quieres escribir?

—Poemas de verdad. Poemas honestos, poemas que me hagan cambiar, que me transformen.

¿Me entiendes?

—Sí.

—Mejor no se lo mando.

—Mándaselo. Igual, si crees que puede servirte mi opinión, podemos juntarnos a releerlo, a editarlo. Cuando quieras, cualquier día. O a leer más poemas o a conversar de cualquier cosa.

—Y tú me lees tus poemas nuevos —dice Vicente.

—Voy a volver a escribir exclusivamente para mostrarte mis nuevos poemas —dice Gonzalo.

—Trata de que te queden buenos.

—Pero si me quedan malos tienes que decírmelo.

—Vale —promete Vicente.

Es casi medianoche, ya nadie mira ningún partido, un mozo le sube el volumen al reggaetón y Gonzalo y Vicente tienen que alzar la voz para seguir hablando. Lo pasan bien, se cagan de la risa, ninguno de los dos sabe lo que viene y en este momento no les importa. Yo tampoco lo sé: tal vez Gonzalo se entusiasma y vuelve a escribir poemas, vuelve a ser plenamente un poeta chileno, tal vez Gonzalo y Vicente se convierten en dos amigos que se juntan cada tanto a hablar de poesía. O quizás Vicente se va de viaje a buscar a Pru o a buscar a nadie y no regresa nunca o se queda en Santiago para siempre, igual que Gonzalo, y se juntan o pelean o se pierden de vista y vuelven a verse dentro de siete o de veinte años, o no se ven nunca más. Quizás se juntan de vez en cuando, año por medio, o se encuentran por casualidad en lanzamientos de libros, en manifestaciones, en conciertos, en salas de clases, y esos encuentros siempre son incómodos y tristes, hasta que un día simplemente dejan de saludarse.

Ojalá no se pierdan de vista, eso sería lo más parecido a un final feliz, y hasta me dan ganas de seguir escribiendo hasta llegar a las mil páginas solamente para asegurarme de que al menos durante esas mil páginas Gonzalo y Vicente no se pierdan de vista, pero sería condenarlos, desproverlos de vida, de voluntad, porque incluso es posible que quieran dejar de verse, que para alguno de ellos, probablemente para Vicente, o para los dos, sea lo mejor.

No voy a saberlo, no vamos a saberlo nunca, porque esto termina aquí, porque esto termina bien, como terminarían tantos libros que amamos si les arrancáramos las páginas finales. El mundo se cae a pedazos y casi siempre todo se va a la mierda y casi siempre dañamos a las personas que queremos o ellas nos dañan a nosotros irremediablemente y no parece haber motivos para albergar ninguna clase de esperanza, pero al menos esta historia termina bien, termina aquí, con la escena de estos dos poetas chilenos que se miran a los ojos y que lanzan risotadas y que por ningún motivo quieren irse de ese bar, así que piden otra ronda de cerveza.

Ciudad de México, 21 de febrero de 2019